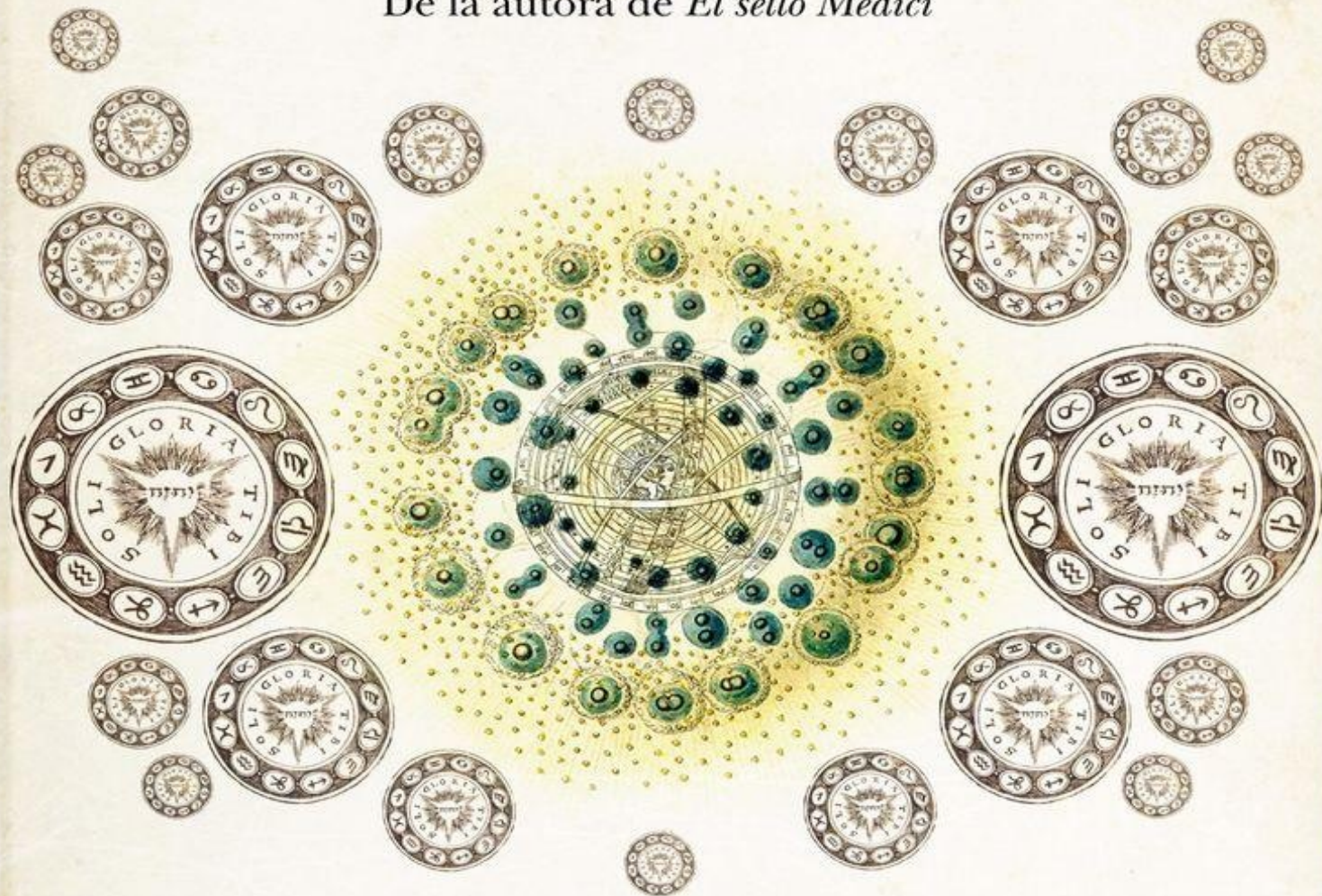




LA PROFECÍA DEL LOUVRE

De la autora de *El sello Medici*



THERESA BRESLIN

Francia, 1566. El último vaticinio de Nost. cambiará el destino de una monarquía, de una de un pueblo y, sobre todo, el de una joven d

Lectulandia



Cuando Nostradamus, temblando y con los ojos enloquecidos, proclama a la corte francesa su profecía de la gran masacre de San Bartolomé, el asesinato en masa de los protestantes calvinistas franceses conocidos por hugonotes, el joven rey Carlos se ríe de las palabras del adivino. Su madre, Catalina de Medici, presta más atención a los augurios del profeta, ya que cree que es realmente capaz de ver el futuro.

Pero las profecías de Nostradamus no son sólo para aquéllos que gobiernan; también tiene un mensaje para Mélisande, la hija del juglar del rey, porque el adivino está seguro de que el destino le vincula a ella. La joven deberá tener a buen recaudo un secreto por el que los miembros de la alta nobleza francesa darían cualquier cosa.

Una sorprendente y profunda aventura que se desarrolla en los turbulentos años de finales del siglo dieciséis en Francia, una época de asesinatos, traiciones, visionarios y luchas de poder.

Lectulandia

Theresa Breslin

La profecía del Louvre

ePUB v1.0

NitoStrad 14.07.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Nostradamus Prophecy*
Autor: Theresa Breslin
Fecha de publicación del original: julio 2008
Traducción: Eugenia Arrés López

Editor original: NitoStrad (v1.0)
ePub base v2.0

Dedico este libro a Sue Cook,
una editora *extraordinaire*.

Primera parte

La profecía
Sur de Francia, primavera de 1566

CAPÍTULO

1

—¡Asesinato! ¡Asesinato y vil traición!

La voz del anciano de larga barba blanca tembló al pronunciar estas palabras.

—¡Escuchadme, os lo ruego! ¡Ríos de sangre corren por las calles de París!

Los nobles y cortesanos reunidos en el gran vestíbulo del Palacio de Cherboucy se agolparon para escucharle. El adivino introdujo la mano entre los pliegues de su manto y extrajo un arrugado pergamino.

Lo sostuvo en alto y proclamó:

*«Con fuego y ejecuciones despiadadas,
reina la traición de la dinastía real.
Con hazañas sigilosas, uno sobrevivirá.
Salvado de la espada, salvado sólo por la palabra».*

»¡Oh, injusticia cruel!

Hundió el dedo índice en el papel y su voz se elevó en un lamento.

—¡Un centenar de muertos! ¡No! ¡Más! ¡Doscientos!

Salpicaduras de espuma blanca se concentraban en las comisuras de sus labios.

—¡Aún más! ¡Y más aún! ¡Trescientos! ¡Cuatrocientos! ¡Quinientos! ¡Y cinco veces quinientos!

Gimió y se tiró del pelo.

—La campana está doblando. París grita de agonía. Los recién nacidos son arrancados del pecho de sus madres. Apuñalados, maltratados y apaleados hasta la muerte. Nadie está a salvo. La gente intenta escapar. ¡Mirad!

Los ojos del anciano parecían salirse de sus órbitas.

—¡Mirad como huyen! Corren en vano. Sus cuerpos se apilan en las calles, sus cadáveres obstruyen el río. ¡El rey está sentenciado! ¡Qué vil asesinato!

Desde su asiento en el estrado elevado, Catalina de Medici, reina regente de Francia, se inclinó hacia delante escuchándole atentamente.

Pero su hijo, el joven rey Carlos, tan sólo rió.

—París es la ciudad que me es más favorable. He instalado mi corte en el palacio real y aquí vivimos sin miedo alguno.

El adivino elevó ambas manos sobre su cabeza.

—¡La muerte es omnipresente! ¡Está aquí con nosotros! ¡Esta noche! —gritó—. ¡Siento su presencia junto a mí!

El anciano miró aterrorizado a las vigas del techo.

—¡Escuchad el batir de sus alas! ¡En este mismo momento, el Ángel de la muerte planea sobre nuestras cabezas!

Un murmullo recorrió la sala. Todos dirigieron la mirada hacia arriba. Algunos ahogaban un grito, otros reían disimuladamente para sus adentros.

—Señor, debe hacer caso a Nostradamus —reprendió Catalina de Medici al joven rey—. No es un profeta como los demás.

—Ya basta —exigió el rey Carlos, levantando la mano para pedir silencio—. Le agradecemos el tiempo dedicado, adivino. Ahora puede retirarse.

Era evidente que la reina estaba molesta, ya que frunció el ceño y se mordió el labio. Sin embargo, no protestó. Tan sólo sacó una bolsa de monedas y dio unas cuentas a un criado para que se las diera al anciano.

Nostradamus observó las monedas con desdén y las arrojó a sus pies.

—No he venido hasta aquí para que me deis oro —replicó con dignidad—, sino para advertiros de una desgracia.

—Juglar —el rey Carlos se dirigió a mi padre—, tocad una melodía para mí.

El rey batió las manos.

—Una melodía alegre. Y pedid a vuestras hijas que bailen un poco.

Mi padre nos hizo una señal para que nos acercáramos.

—Chantelle, Mélisande —dijo colocando sus manos sobre nuestras cabezas—. Creo que el rey necesita un poco de distracción. Un madrigal y un brioso rondel, ¿os parece?

Mi padre punteó las cuerdas de su laúd y comenzó a cantar con voz calmada. Mi hermana Chantelle y yo hicimos tintinear nuestros crótalos al son de la música y esperamos el momento adecuado para avanzar al centro de la sala.

Nostradamus, el adivino, miró fijamente al rey.

—Hoy ignoráis mis advertencias —bramó su voz—. Os aseguro que un día me escucharéis. ¡Pero será demasiado tarde!

Y, dejando las monedas de oro donde yacían, Nostradamus se giró y se alejó a grandes zancadas. Al pasar junto a mi hermana la rozó, provocando que un escalofrío recorriera su cuerpo. El adivino se detuvo y miró hacia atrás. Unos enormes ojos oscuros de grandes párpados.

—Danzad bien esta noche —dijo—. Porque no volveréis a bailar ante este rey.

CAPÍTULO

2

Y así lo hicimos mi hermana y yo esa noche.

Muchos de los cortesanos interrumpieron sus charlas para observarnos, ya que acabábamos de regresar de Inglaterra, donde habíamos aprendido la *mordía*, la danza popular de moda en la corte de la reina Elizabeth de Inglaterra. Yo adopté el papel de hombre y, mientras ejecutábamos los pasos, nos inclinábamos y balanceábamos. Algunos de los caballeros y parte de las damas se nos acercaron para imitar nuestros movimientos.

Nuestra cesta pronto se llenó de monedas. Mi padre era el trovador con más talento de Europa, por lo que estaba muy solicitado en todas las cortes reales. El rey Carlos aplaudió enérgicamente cuando finalizamos nuestra danza, pero no conseguimos levantar el ánimo de la reina regente. Catalina de Medici dirigió una mirada fugaz en nuestra dirección. Solicitó permiso a su hijo para abandonar la estancia, reunió a mis damas de compañía y se retiró a sus aposentos.

A mi hermana y a mí nos permitieron quedarnos con el oro que rechazó el adivino.

Una vez contadas las monedas, aunque Chantelle era mayor que yo y mejor bailarina, las dividió entre las dos a partes iguales. Chantelle era la hermana más amable con la que uno podía soñar. Tenía motivos para querer quedarse todas las monedas, puesto que estaba comprometida en secreto y esperaba contraer matrimonio en breve. Sin embargo, insistió en que aceptara la mitad.

Antes de retirarse a gastar parte de nuestras ganancias en bebida y juegos de cartas, nuestro padre nos acompañó a la alcoba y se aseguró de que estuviéramos a salvo dentro con la puerta atrancada.

Incluso en los castillos reales sujetos a los dictámenes del monarca, algunos hombres, sobrios o ebrios, se aprovechaban de las mujeres desprotegidas.

Cuando Chantelle y yo nos sentamos para bordar otra pieza de su vestido de novia, compuse una nueva canción y nos la cantamos la una a la otra. Mi voz era grave, con un tono demasiado bajo para considerarse dulce, y no era tan elegante como ella en la danza. Pero mis dedos eran hábiles con la mandolina y disfrutaba componiendo música y versos. Así que elegí una melodía y entonamos una historia de caballería, de nobles hazañas y amor no correspondido. Después nos fuimos a la cama, y Chantelle me arrulló hasta conciliar el sueño, describiendo las flores que

adornarían nuestro pelo en sus nupcias.

No pensamos ni un instante en Nostradamus y su funesta profecía.

Hacia la medianoche, se oyó un golpe en la contraventana. Chantelle se deslizó fuera de la cama y avanzó descalza hacia la ventana. Oí una voz masculina. En la terraza esperaba su prometido, Armand Vescault. Mi hermana se arrodilló en el asiento situado junto a la ventana e iniciaron una conversación susurrada.

Yo fingí no oírlos. No me inquietaba que Armand estuviera allí con ella, sin acompañante. No la lastimaría o deshonraría.

Era otro hombre quien, en la maldad de su corazón, pretendía hacerlo.

CAPÍTULO

3

Al día siguiente, Nostradamus fue llamado a la presencia de la reina regente.

Permaneció en sus aposentos todo el día, mientras ella le consultaba sus inquietudes. Catalina de Medici albergaba un gran interés por el misticismo y la astrología, y le preocupaba que hubiera algo de cierto en la profecía que presagiaba infortunios para el rey.

Nostradamus había viajado expresamente desde su hogar en Salon para reunirse con la corte cerca de Carcassonne y entregarles su mensaje. La reina regente se tomó muy en serio su profecía. Creía que la advertencia podía tratarse de una señal enviada desde lo alto para proteger a su hijo.

—Sólo son tonterías —dijo Chantelle.

Estábamos sentadas en los jardines de palacio, afinando nuestros instrumentos, cuando mi padre se acercó para contarnos las nuevas de la corte. En mi regazo reposaba mi hermosa mandolina italiana, cuyas cuerdas, al puntearlas, emitían un sonido que emulaba una cascada.

—Recordaréis que hemos conocido a otros hombres como Nostradamus en nuestros viajes —prosiguió Chantelle—. Hay multitud de adivinos vagando por Europa, anunciando funestas profecías en cuanto se les presenta la ocasión.

—Las palabras de Nostradamus fueron muy precisas —dije—. Habló del Ángel de la muerte. Dijo que sentía su presencia.

—Pero dada la cantidad de personas que asistieron a la velada anoche —protestó Chantelle—, es lógico pensar que alguna morirá en el próximo año. Ocurrirá de todos modos pero, cuando suceda, parecerá que los vaticinios del adivino fueran ciertos.

—No deberías ignorar los augurios con tal ligereza —dijo mi padre—. La muerte del propio padre del rey fue presagiada. Se le advirtió que no se batiera en duelo. El día de su muerte, la propia reina Catalina pidió a su esposo que no participara en la justa. El rey creía que no se exponía a peligro alguno, puesto que el torneo era un mero divertimento con armas de madera. Pero la lanza de su oponente se rompió al estrellarse contra su casco. Una larga astilla le atravesó el ojo y alcanzó el cerebro. Murió retorciéndose de dolor nueve días después.

—Armand está de acuerdo conmigo —dijo Chantelle—. Dice que la esposa de su señor está muy enferma y que no espera ver nacer una nueva semana. Armand dice que, cuando muera dentro de unos días, todos creerán que Nostradamus tuvo la visión

del Ángel de la muerte.

—¿Eso dice? —preguntó mi padre levantando una ceja—. Y, dado que esta mañana temprano, antes de que despertaras, vi al mismo Armand salir del palacio para realizar unas diligencias con su maestro, deberías haber mantenido esa conversación con él anoche, tras retirarte a tus aposentos, cuando te hice prometer solemnemente que no abandonarías la estancia.

El rostro de Chantelle se inundó de destellos de un rosa brillante.

—Señor... —comenzó a decir.

—Chantelle no abandonó nuestro dormitorio —repliqué inmediatamente en defensa de mi hermana—. Armand accedió a la ventana y sólo hablaron a través de la apertura durante unos instantes.

—¡Estabas despierta! —me increpó Chantelle.

—Espero que la conversación fuera apta para los oídos de vuestra hermana pequeña —dijo mi padre, dirigiéndose a Chantelle—. Todavía es una niña.

—¡Ya no soy una niña! —protesté.

—Pero aún no eres mujer, Mélisande —afirmó mi padre. Se acercó a nosotras y nos abrazó.

—Y me alegro de que así sea, porque te perdería al prometerte con algún caballero, como en breve voy a hacerlo con tu hermana.

Nos estrechó en sus brazos y nos acarició la cabeza. Entonces, mi padre clavó su mirada en Chantelle.

—No me complace vuestro comportamiento —le reprimió—. La reputación de una joven es su bien máspreciado. Es algo que debéis proteger por encima de todo. Tendréis que ser más cuidadosa incluso que con vuestras palabras —añadió.

—Lo siento, padre —dijo mi hermana con tono arrepentido.

Mi padre suspiró.

—Creo que tendré que disponer vuestras nupcias. Hablaré de este asunto con el maestro de Armand, el conde de Ferignay, esta misma semana.

—¡Gracias, papá! —gritó Chantelle, rebotando de gozo—. ¡Gracias!

—Lo haré mañana, tras la cacería. Con suerte, la caza se dará bien, y el rey y su séquito regresarán de buen humor.

La naturaleza disciplinada de la corte francesa dependía en gran medida del carácter del rey. Con sólo quince años, dos más que yo, el rey Carlos era conocido por su petulancia y sus accesos de ira. Se decía que su madre no le había dado a luz, sino que lo había parido entre tinieblas, y que utilizaba sus arranques de cólera para liberar tensiones. Sin embargo, desde que nos unimos a la corte en su periplo por el sur de Francia, nos dio la impresión de que la principal preocupación de Catalina de Medici era el bienestar de su hijo. Supongo que Chantelle y yo, al haber perdido a nuestra madre cuando éramos pequeñas, veíamos en el comportamiento de la reina

una manifestación de su amor.

—Coseré el lazo de mi vestido de novia esta noche —me susurró Chantelle—, y en mis plegarias nocturnas pediré que la puntería acompañe a los cazadores.

Desde su más temprana edad, el rey Carlos había amado la caza, y en esta parte del sur de Francia, donde estaba situado el Palacio de Cherboucy, abundaban los bosques repletos de ciervos y jabalíes. Parecía que el clima iba a ser propicio, y los escuderos, los mozos de cuadra y los armeros ya disponían las armas y preparaban a los caballos para la cacería de mañana. Los mozos estaban entrenando a los perros en el patio que se extendía bajo los jardines cuando, de repente, los animales dejaron escapar un ladrido agudo y penetrantes aullidos de alarma.

Mi padre se levantó del asiento para ver qué ocurría.

Oteando desde el muro del jardín, exclamó:

—¡Es un leopardo! El rey estará encantado. Siempre ha deseado cazar con uno de los grandes felinos.

Entonces, vi cómo el rostro de mi padre se turbó.

—No obstante, el portador de este obsequio no será bien recibido por todos.

Chantelle y yo nos unimos a él en la balaustrada. Un elegante leopardo se erguía en el palio. Su pelaje era del color de la cerveza añeja, cuajado de manchas negras como la tinta. Sus orejas caían sobre su cabeza mientras giraba el cuello a uno y otro lado, mirando a su alrededor. Los perros de caza estaban frenéticos, delirantes de miedo, intentando liberarse de sus cuidadores por todos los medios. Hizo falta toda la fuerza de los mozos de la perrera para evitar que huyeran.

El visitante que sujetaba al leopardo no era más que un adolescente; sin embargo, sostenía con una sorprendente laxitud la cadena enganchada al collar del animal.

Detrás del chico, a caballo, se alzaba la figura de un hombre que cubría su cabeza con un sombrero negro, coronado con un ornamento entre pluma y penacho.

Sus vestimentas también eran de un negro absoluto, excepto por las gorgueras blancas en el cuello y el puño de las mangas.

—Su nombre es Gaspard Coligny —nos dijo mi padre ni voz baja—, almirante del Consejo de Estado, uno de los caballeros franceses más importantes de aquéllos que han abrazado la nueva fe protestante reformada. Y un hombre valiente —añadió—, para aventurarse aquí sin guardia, donde los hombres de la Casa católica de Guisa vigilan al rey de cerca.

De repente, se oyó una carcajada procedente de una de las ventanas superiores. El rey Carlos observaba la escena y parecía divertirse con el estado aterrorizado de los perros.

Al ver al rey, el almirante Gaspard Coligny se quitó el sombrero y se dirigió a él.

—Si complace a su graciosa majestad, su primo, el príncipe Enrique de Navarra, le pide que acepte este presente para asistirle en la cacería.

—¿El leopardo? —gritó el rey—. ¿Este leopardo está acostumbrado a cazar con los hombres?

—Lo está, señor. El leopardo, Paladín, y el chico, Melchior, que adiestra al animal, se le ofrecen como obsequio para la cacería real de mañana con los mejores deseos del príncipe Enrique y su madre, la reina de Navarra.

Embriagado por la emoción, el rey asomó tanto el cuerpo sobre el alféizar de la ventana que casi pierde el equilibrio. Vociferó para llamar la atención del adiestrador del leopardo.

—¡Melchior!

El chico levantó la cabeza, haciendo ondear una maraña salvaje de cabellos alborotados. Su rostro tenía la complexión oscura de los habitantes del sur. Las cejas eran firmes y, bajo ellas, se distinguían unos ojos tan aleonados como los del gran felino encadenado a su muñeca.

—¡Acerca al animal! —ordenó el rey.

Melchior condujo al leopardo al centro del patio.

Ahora se encontraban justo debajo de nosotros y, aunque el joven hablaba en voz baja, podía escuchar con claridad cómo se dirigía al grandioso animal. Su lengua no era la del norte de Francia. Hablaba como los habitantes del sur. El Languedoc era la región natal de mi madre, donde había pasado mi infancia antes de emprender largos viajes con mi padre y mi hermana, por lo que comprendía sus palabras.

—Ignora a estos necios, oh Paladín, orgulloso guerrero —dijo Melchior con suavidad—. Noble príncipe, expedito hijo de poderosos cazadores, tu espíritu es como el viento, libre e incontenible. Tu realeza es superior a la de los bárbaros que intentan someterte a su voluntad.

Con la cabeza erguida, el leopardo permanecía inmóvil a su lado.

—Mira —dijo Chantelle, tirándome de la manga del vestido—. Ahí está Armand.

Sentí cómo se estremeció cuando Armand Vescault atravesó el arco de entrada a caballo con su señor, el conde de Ferignay.

—¡Mis perros! —gritó el conde—. ¡Estarán aterrorizados y no podrán participar en la cacería de mañana!

Desmontó y corrió hacia ellos.

—¡Estúpidos! ¡Llevaos a ese animal de aquí!

El caballero levantó la fusta, en un intento de sacudir al chico en la nuca.

El leopardo abrió la boca para dejar escapar un gruñido y mostrar sus enormes dientes afilados bajo las rosadas encías a través de la mordaza.

—¡Quieto, Ferignay! —gritó el rey Carlos desde la ventana—. Ordené que se me acercara el leopardo para poder verlo mejor.

—Disculpe, majestad —dijo el conde de Ferignay, intentando serenarse—. No me había percatado de su presencia.

El conde dedicó una mirada envenenada al joven y entró a grandes zancadas en el palacio.

Le observé mientras se alejaba, notando en mi pecho una leve sensación de desasosiego. Una vez casada con Armand, mi hermana Chantelle pertenecería al séquito de ese hombre.

Tensé para mis adentros que habíamos tomado demasiado a la ligera al conde de Ferignay.

CAPÍTULO

4

Mientras retiraba el caballo de su maestro, Armand se las ingenió para acercarse a la pared del jardín en el que nos encontrábamos. Elevó su mirada hacia mi hermana. Había tal destello de adoración en su rostro que me quedé sin aliento.

Mi hermana cogió una de las flores salvajes, la artema de pétalos rosáceos, que crecía entre las piedras de la pared.

Dejó que la flor cayera de su mano. Armand recogió la flor, la besó y la ocultó entre los pliegues de su túnica. Si mi padre se percató del gesto, no dijo nada. Sabía que la propia historia de su vida había sido un romance; en varias ocasiones nos había contado cómo había intentado conquistar a mi madre con pocas esperanzas, siendo él tan sólo un juglar, y cómo finalmente se había ganado su corazón.

Pasamos el resto del día en los jardines de palacio ensayando nuestro repertorio de canciones. Pero las palabras que el joven adiestrador había murmurado a su animal se habían quedado grabadas en mi mente. Ahora fluían en mi cabeza como un pez en un profundo estanque que, al deslizarse por el agua, forma sus propios remolinos y corrientes, y que mueve la cola de vez en cuando para perturbar ligeramente la reposada superficie. Finalmente volví en mí y, cogiendo la mandolina, comencé a puntear las cuerdas para buscar la melodía que mejor reflejara el alma de los textos.

Mi padre sonrió mientras me observaba.

—¿Otra canción nueva, Mélisande?

Asentí, pero no revelé mi fuente de inspiración. Decidí que la mantendría en secreto.

La vida de la corte proseguía a nuestro alrededor. La finalidad principal del viaje de la corte por Francia era acercar al joven rey a todos los pueblos de su reino. Su madre, la reina regente, esperaba que una demostración tan abrumadora de esplendor y poder mejorara la imagen de la monarquía y sofocara el conflicto entre católicos y protestantes.

El rey disfrutaba de su nueva posición, que le permitía reunirse con los magistrados locales, atender los pleitos y dispensar justicia.

Los señores procedentes de todas las regiones se presentaban ante él como embajadores de buena voluntad y le juraban lealtad. Sin embargo, también llegaban mensajeros con noticias poco gratas: la semana pasada, sesenta monjes habían sido degollados mientras celebraban misa en un monasterio a menos de cinco leguas de la

corte.

A modo de venganza, se prendió fuego al tejado del granero en el que un grupo de familias de hugonotes se había reunido para rezar. Todos murieron al intentar escapar del incendio. Se creía que esta última atrocidad era obra de los miembros de la poderosa familia de Guisa. Los miembros de la Casa de Guisa, de sangre real y lo bastante influyentes para intentar ocupar el trono de Francia, también eran católicos acérrimos, y se habían opuesto vehementemente a los términos del Edicto de Amboise, aprobado recientemente. Este edicto concedía libertades a aquéllos que profesaban la fe protestante, en especial los hugonotes. Sus ataques a las congregaciones de la iglesia protestante y los asesinatos de hugonotes célebres con cualquier pretexto fueron interpretados como una burla deliberada a la autoridad del rey. Los hugonotes, que crecían en número y fuerza, respondían a la violencia con sus propias matanzas.

Aunque el rey parecía poco preocupado por estas amenazas, su madre, la reina regente, luchaba constantemente por mantener controladas ambas facciones. Creía firmemente que su familia había sido elegida para gobernar Francia por designio divino, por lo que buscaba activamente señales místicas que le mostraran el camino a seguir.

Nostradamus permaneció todo el día en los aposentos de Catalina de Medici y, por la noche, convocó a su hijo e insistió en que asistiera a la reunión sobre asuntos de estado que iban, a mantener. El conde de Ferignay era uno de los caballeros de la cámara y Armand nos contó lo que ocurrió en la velada.

Nostradamus había mostrado a la madre del rey, la reina Catalina, el libro conocido como *Las profecías*, que había publicado hacía unos años. Contenía una cuarteta en la que había predicho con acierto que el hermano mayor de Carlos, Francisco, casado con María, reina de los escoceses, moriría antes de su dieciocho cumpleaños. Había pruebas documentadas, verificadas por el impresor del libro, de que las cuatro líneas se habían escrito antes del acontecimiento. Al caer la noche, se había corrido la voz por todo el Palacio de Cherboucy.

*«Primer hijo de la viuda, desgraciado matrimonio
sin hijo alguno, dos islas en discordia,
antes de dieciocho años, edad incompetente,
para el otro, el compromiso tendrá lugar más joven».*

Ahora había pruebas de las habilidades del adivino para pronosticar el futuro. Se había predicho con exactitud la muerte del hermano mayor del rey Carlos. Había vuelto de una cacería quejándose de un dolor detrás de la oreja. Se descubrió que un extraño tumor estaba creciendo en esa zona y murió justo antes de su decimoséptimo

cumpleaños, era el primer hijo de la reina viuda y su muerte había causado gran desasosiego. Incluso yo, que no hacía mucho caso a las profecías, sentí un escalofrío inusual cuando me lo contaron. ¿Debería estar preocupado el rey por esta nueva profecía de Nostradamus?

*«¡Nadie está a salvo!
¡Qué vil asesinato!
¡El rey está sentenciado!».*

Cuando finalizó la audiencia con su madre, el rey regresó de muy mal humor a sus aposentos.

—La reina no desea que participe en la cacería mañana —se le había oído quejarse—. Acepto esta procesión real, arrastrando a toda la corte por Francia para promover el apoyo de la nobleza de rango inferior. ¿Y con qué fin? Ninguno aparente, aparte de situar al elegido entre dos facciones religiosas que se matarían entre ellas por el más mínimo antojo. Estamos lejos de París, de nuestro castillo en el Loira, de la civilización. Pero podéis estar seguros de que mañana participaré en la cacería.

Carlos hizo volar una silla por la habitación y arrancó los visillos de su cama real, pisoteándolos con desdén a continuación.

En un arrebato de resentimiento, el rey Carlos decidió ir a cenar a los aposentos de la escandalosa duquesa Marie-Christine. Se convocó a todos sus músicos para entretenerles, por lo que mi hermana y yo nos vestimos con esmero y fuimos con mi padre a tocar mientras comían.

El leopardo estaba allí. Inmóvil como una estatua, se mantenía sentado sobre las caderas, con su larga cola ensortijada alrededor de las patas. El joven, Melchior, estaba de pie junto a él, mirando fijamente al frente.

Le vi mover los labios mientras acariciaba la cabeza del animal, pero esta vez me encontraba demasiado lejos para escuchar su discurso.

De repente, las palabras que le había oído susurrar al leopardo ese mismo día se reorganizaron en mi cabeza. Las notas de la melodía se deslizaron en el lugar adecuado. Elevé la mandolina y, mientras tocaba, entoné esta canción:

*«Paladín, portas un nombre de gran nobleza,
orgullosa príncipe de sangre real.
Prisionero de otros, sin embargo,
tu espíritu indómito como el mar.
Expedito hijo de una poderosa raza,
tus conquistas se rinden ante tu majestad.*

*Sombra silenciosa, veloz en la caza.
Tus cadenas se convertirán en libertad».*

Melchior no giró la cabeza, pero alteró la postura de su cuerpo.

Levanté la mirada y nuestros ojos se encontraron. Entre nosotros hubo un destello de reconocimiento. Algo más que palabras. Más que música. Vi algo desnudo en su alma.

Entonces, un velo cayó sobre sus ojos y su rostro se volvió impasible.

Incliné la cabeza.

—Me gusta esa canción —dijo el rey Carlos, repantigado en su asiento. El joven había bebido demasiado—. Supongo que esas palabras hablan de mí. Soy el príncipe encadenado y sometido a la voluntad de otros. Mi madre me ordenó que pagara al adivino cien monedas de oro. Confía a ciegas en sus profecías. ¿Pero de verdad alguien puede ver el futuro?

—Por supuesto que puede, mi señor.

La duquesa, ataviada con un vestido que dejaba al descubierto gran parte de sus pechos, se inclinó hacia delante con un gesto provocativo.

—Yo también tengo el don de la clarividencia. Vaticino que me llevaré esta uva a la boca.

Alargó la mano hacia el frutero y extrajo una rechoncha uva verde.

—¿Ven?

La elevó hasta la boca y la atrapó con sus labios. A continuación, la hizo rodar por su lengua y dijo en un tono vibrante:

—¡Ahora, profetizo que el rey de Francia se comerá esta uva!

Volvió a abrir la boca para sonreír al rey y todos pudieron ver como sujetaba la fruta con firmeza entre los dientes.

El rey Carlos se sonrojó. Se inclinó hacia ella y presionó toscamente sus labios sobre los de la duquesa. Ella fingió dejarse hacer, pero se retiró en el último momento. Él se acercó más.

La duquesa se levantó de su silla y emprendió una falsa huida. El rey la persiguió y le dio alcance fácilmente. Una carcajada profunda escapó de la garganta de la mujer. Entonces, el rey Carlos volvió a besarla. Ella se hundió en el pecho del joven y, mientras él la sujetaba, cayeron juntos en uno de los divanes diseminados por la sala.

—Es hora de retirarse, preciosas —nos dijo mi padre con un suspiro.

Ahora me pregunto si esa manifestación de cortejo amoroso le entristecía porque le recordaba la pérdida de nuestra madre. ¿O quizá deseaba protegernos de las costumbres inmorales de la corte?

No es que mi padre no tuviera sus fallos, ya que gran parte de nuestro dinero se

perdía en apuestas y bebía más de lo que debiera, pero estaba totalmente en contra de la moral relajada en las cuestiones amorosas. No era especialmente religioso, ya que se ausentaba con frecuencia de la iglesia; sin embargo, nos pedía siempre que rezáramos nuestras plegarias nocturnas y recibiéramos cada nuevo día con una canción de alabanza al Creador. Una vez subió a la montaña, se puso en pie y extendió los brazos. Rió en voz alta de alegría, diciendo:

—¿Puede haber algo más maravilloso? Ningún palacio o príncipe se le puede igualar.

En otra ocasión, izó una mariquita con el dedo y nos instó a Chantelle y a mí a que observáramos mientras el insecto abría las alas y se alejaba volando.

—Mirad el incomparable diseño de esta criatura, que puede volar libre de las preocupaciones que los humanos debemos sufrir.

Pero en este momento de la historia de Francia, la libertad individual de una persona estaba sometida al control de otros. La ausencia del culto formal de mi padre podía generar comentarios y su modo de vida se podía ver con recelo.

—Justo cuando se ponía interesante —gruñó mi hermana mientras nos preparábamos para dormir—. ¿Cómo voy a aprender el arte del amor si nunca se me permite observar cómo se comportan los demás durante el cortejo?

—Lo que se estaba exhibiendo esta noche no era amor verdadero —dije citando a mi padre—. La duquesa Marie-Christine está casada. Su esposo se encuentra en París y está seduciendo al rey Carlos en su beneficio.

—No estaré bien preparada para el matrimonio —siguió quejándose Chantelle mientras me ayudaba a quitarme el vestido—. No conozco ninguno de los trucos que necesita una mujer para seducir a un hombre.

—Vi cómo esta mañana dejabas caer la flor salvaje a Armand en el jardín —le dije mientras me ponía el camisón—. Fuiste tan atrevida como cualquier ingeniosa cortesana.

Chantelle rió nerviosamente mientras deslizaba el camisón sobre su cabeza.

—¿Viste cómo la besó y la colocó en su túnica cerca del corazón?

—¡Oh, Armand! Te amo tanto. Moriré si no puedo yacer contigo pronto —grité, lanzando ruidosos besos para provocar a mi hermana.

Chantelle respondió tirándome del pelo y forcejamos juntas, riendo. Después nos subimos a las camas de un salto y nos recostamos, susurrándonos en la oscuridad.

—Mañana será un día glorioso, Mélisande —dijo Chantelle—. Cuando la cacería termine, nuestro padre me presentará al conde de Ferignay y le pedirá que conceda su beneplácito a nuestro matrimonio. ¡Imagínate! Puede que esté casada dentro de unas semanas.

A lo lejos, el ruido del palacio se deslizaba en la habitación.

Los mensajeros iban y venían, los cascos de los caballos traqueteaban sobre el

adoquinado. Oímos la voz áspera del capitán de la guardia que hacía sus rondas nocturnas cada hora.

Mientras oía estos sonidos y las palabras de mi hermana, también yo esperaba a que llegara la mañana. No tanto porque se fuera a disponer el casamiento de mi hermana, sino porque yo también participaría en la cacería. Esa noche, cuando mi padre solicitó permiso para retirarnos, el rey había dicho que cazaría sin duda alguna al día siguiente y que podríamos cabalgar tras él durante al menos una parte de la cacería.

Yaciendo en mi camastro esa noche, pensé en los que estarían allí.

Pensé en el leopardo. Y pensé en Melchior.

CAPÍTULO 5

La niebla se elevaba desde la campiña a ambos lados del río cuando el séquito real se reunió la mañana siguiente.

—Es demasiado temprano para salir —dijo Chantelle tiritando al salir de palacio, mientras se ajustaba la capa sobre los hombros.

Yo temblaba también tras ella, pero más de emoción que de frío. Le di a mi hermana un abrazo rápido. Sabía que odiaba madrugar y que no tenía ningún interés en participar en la cacería.

Sólo lo hacía porque le había rogado que me acompañara, ya que sin su presencia no me habrían permitido asistir.

Ante las puertas de entrada al Palacio de Cherboucy, el jefe de caza del rey, el *Grand Veneur*, estaba reuniendo a los cazadores. Los nobles y cortesanos, hombres y mujeres a caballo y a pie, caballos, cuidadores de perros y portadores de armas tomaron posiciones conforme a sus instrucciones.

A un campo de distancia aproximadamente, varios campesinos de la localidad les contemplaban. La mayoría portaban un costal o un bolso de caza al hombro. Todas las tierras forestales pertenecían al rey, aunque, a menudo, algunas eran donadas o arrendadas a la aristocracia o al clero mayor. Ningún, hombre corriente tenía derecho a matar pájaros o animales del bosque, pero hoy podían seguir a nuestro cortejo y quedarse con lo que los criados reales no recogiesen. Todo lo que encontraran se consideraba un obsequio del rey, y suponía la comida o las pieles utilizadas para sobrevivir al invierno.

Oí suspirar a Chantelle cuando vislumbró a Armand Vescault.

Inmediatamente me sentí mejor por haberla persuadido de que saliera de su cálida cama. Sonríó felizmente y montamos en los caballos que un mozo de cuadra ya había preparado para nosotras. Chantelle se sentó erguida en la montura con la esperanza de que Armand la viera. Mi hermana había afirmado que él se las arreglaría para acercarse a ella en algún momento del día. Todo era posible en el furor de la caza. Pero quizá no fuera posible hoy, puesto que nuestro padre se aproximó para cabalgar con nosotras. Cuidaba de nuestro honor y había dispuesto el cortejo de Chantelle y Armand con prudencia y cautela. Hacía más de un año que se habían conocido y enamorado en la corte real de París, pero papá no aceptaría el matrimonio de mi hermana y ni tan siquiera permitiría que Armand hablara a su propio señor feudal en

ese momento.

Había insistido en que Chantelle esperara un poco y nos había llevado a Inglaterra para que ambos pudieran poner a prueba sus sentimientos. Pero ahora estábamos de vuelta en Francia y era evidente que su amor no se había apagado.

El segundo teniente tenía una nota con el orden en que los cortesanos se debían agrupar alrededor del rey. Respondía a un estricto protocolo basado en el rango y los privilegios. Fuimos conducidos al lugar que se nos había asignado, abriéndonos camino entre los escuderos y cazadores, los diversos ayudantes y los portadores de armas, así como una veintena o más de criados, a caballo o a pie. La madre del rey Carlos, la reina regente, había decidido no asistir a la cacería. No obstante, debido a la inquietud que sentía por su hijo, había enviado a su propio médico y un boticario cargado de cajas que contenían instrumentos y medicinas. Cuando el rey llegó, apenas se percató de su presencia, y fueron relegados a la parte posterior del séquito; sólo los campesinos avanzaban tras ellos.

El rey Carlos no podía haber manifestado su irritación ante la presencia de estos hombres de manera más rotunda.

El mozo de cuadra del rey acababa de conducir el caballo de su majestad al centro del cortejo cuando un alboroto recorrió las filas de los nobles reunidos. Se pudo oír un enfurecido murmullo de voces. A continuación, una voz más alta que el resto dijo:

—¿Cómo se atreven estos protestantes a acercarse al rey sin el permiso de la reina Catalina?

—Es el adalid de los hugonotes, el almirante Gaspard Coligny —nos dijo mi padre—. Va a unirse a la cacería de hoy.

Entonces, él también ahogó un grito.

—¡Y trae al joven príncipe Enrique de Navarra con él!

Agité las riendas para mover mi caballo de forma que pudiera ver mejor al príncipe, primo del rey, y heredero lejano del trono francés. Navarra era un pequeño reino en la frontera occidental de Francia y su soberana, la reina Juana, había convertido el país al protestantismo hugonote. Su príncipe, Enrique, era menor que el rey Carlos, pero su aspecto era más saludable y franco. El almirante Gaspard Coligny avanzaba en cabeza, guiando su caballo para que siguiera al maestro adiestrador de los perros; éste sujetaba a los lebreles del rey, que se soltarían para comenzar la caza. El príncipe Enrique se erguía en su montura. Vetas grises cubrían el cabello de Coligny y su rostro estaba surcado de cicatrices de luchas a espada libradas y ganadas. Los ropajes oscuros de los hugonotes les otorgaban una apariencia solemne. En efecto, ambos estaban osando mezclarse sin titubear entre los señores católicos, conocidos por su violento recelo ante la posible privación de su posición junto a la persona del rey.

Yo no era el único jinete que intentaba desplazarse hacia posiciones más

adelantadas.

Por delante de mí, un joven apuesto hundió los talones en los flancos de su caballo, intentando interceptar el avance del almirante Coligny. Conocía a este noble de vista y por su reputación. Con tan sólo quince años, el terco y testarudo duque de Guisa había heredado el título cuando su padre fue asesinado a traición por algunos protestantes. Culpó a Gaspard Coligny y se había declarado enemigo acérrimo de todos los hugonotes. Al instante, el tío del duque, el cardenal de Lorena, que se había posicionado junto a él, se inclinó y tiró de las riendas.

—¡Ahora no! —dijo el comandante en tono profundo y acucioso—. ¡Ahora no! Éste no es el lugar. Ya llegará nuestro momento, os lo prometo. Entonces derribaremos a esos herejes para que nunca vuelvan a emerger.

El duque de Guisa frunció el entrecejo, pero mantuvo controlado el caballo, y observamos cómo el almirante Coligny presentaba el príncipe Enrique al rey.

—¡Me gustaría daros las gracias por traerme a Paladín, el leopardo! —dijo el rey, tendiendo ambas manos hacia Gaspard Coligny.

El líder hugonote tomó la mano extendida, inclinó la cabeza y besó los dedos de su rey.

—Es un honor servirlos, su majestad —dijo el hugonote.

—Y vos, estimado Enrique, príncipe de sangre real, ¡nunca olvidaré un acto tan generoso!

El rey Carlos se estiró sobre su silla de montar y abrazó a su primo. Ambos jóvenes, descendientes directos del santo rey Luis de Francia, parecían realmente felices de encontrarse de nuevo.

—Hoy cabalgaréis junto a mí, uno a cada lado —proclamó el rey.

Se escucharon rumores de enfado y molestia por parte de los señores, que tuvieron que desplazarse de sus posiciones privilegiadas para acomodar a los dos hugonotes.

Entonces, los perros comenzaron a ladrar y los caballos a relinchar y bufar alarmados, y supe inmediatamente que Melchior y su leopardo habían llegado. La mayoría de jinetes refrenaron sus caballos, pero el rey hizo avanzar el suyo y yo me apresuré a ocupar el espacio creado para tener mejor vista. Melchior y Paladín se encontraban en el portón exterior. El leopardo no estaba embozalado.

—Ahora, señor.

El rey agitó la mano en dirección a su primo.

—Presentadme a este prodigioso animal.

El príncipe Enrique desmontó y, con paso decidido, se acercó al lugar en que se encontraban Melchior y Paladín, situándose frente a ellos.

El leopardo estiró el cuello. Ahora su cara estaba prácticamente al nivel del príncipe Enrique. Sus ojos miraban fijamente al hombre. Abrió la boca de par en par

y se relamió. Pero Enrique se mantuvo firme. Melchior dio una orden y el leopardo se sentó sobre las caderas.

—Rey Carlos —dijo el príncipe Enrique haciendo una reverencia—, es un honor para mí presentarle a Paladín, el leopardo.

El rey rió y batió las manos, cuando instó al resto de su séquito a que aplaudieran la valentía del príncipe hugonote, el surco del ceño del duque de Guisa se hizo aún más profundo.

En medio de la tensión, Chantelle me susurró:

—Armand está aquí.

El amado de Chantelle había conseguido acercarse a ella tanto como se atrevió. Pero fue el conde de Ferignay el que atrajo mi atención. Avanzó lentamente con su caballo hacia el duque de Guisa y les vi intercambiar unas palabras acompañadas de miradas furtivas.

El rey sostuvo la mano en alto. La larga y alborotada fila de personas y animales enmudeció. El rey dejó caer la mano.

El profundo toque del cuerno de caza resonó desde los muros del palacio hasta la pradera y el valle que se extendía más allá.

¡La caza había comenzado!

CAPÍTULO

6

Al tronar de los cascos de los caballos, los ladridos de los perros y los gritos y alaridos de los participantes, salimos en tropel del Palacio de Cherboucy.

Melchior y Paladín iban en cabeza, y desde el principio su paso fue ligero. Los participantes en la cacería vestían ropas de caza especiales. Los jubones de cuero de los hombres estaban abiertos en la espalda para facilitar sus movimientos, mientras que la mayoría de las mujeres habían adoptado la moda de la reina: cuando cazaba, utilizaba pantalones largos bajo el vestido, de forma que podía tapar sus vergüenzas, ya que tenía por costumbre remangarse las faldas para poder pasar la pierna sobre el pomo de la silla de montar. Las damas que deseaban mantenerse a la cabeza del grupo adoptaban ahora este método de monta, ya que les ayudaba a cabalgar tan lejos y prácticamente tan rápido como muchos de los hombres.

El rey y el príncipe Enrique galopaban enérgicamente tras Melchior y el leopardo. El atuendo del rey, de morado florentino rayado en seda carmesí, contrastaba con el austero blanco y negro de la vestimenta de su primo. Junto a los apagados ropajes del almirante Gaspard Coligny y los asistentes personales del príncipe Enrique, el resto de la compañía irradiaba color.

Los arneses de los caballos estaban decorados con plata labrada y las túnicas de los vasallos y escucleros portaban bordados del blasón de armas de sus maestros. Los miembros de la casa de Guisa, para mostrar su linaje real, vestían túnicas decoradas con la flor de lis francesa.

Llegamos a las inmediaciones del bosque y agitamos las riendas para frenar a los caballos. Los jinetes y los cazadores a pie daban vueltas de aquí para allá, mientras los perros corrían arriba y abajo, intentando seguir un rastro.

Melchior se apartó del grupo y liberó la cadena del collar que se ceñía al cuello del leopardo. Se la dio a uno de los criados. Entonces, se quitó la camisa. Las mujeres que me rodeaban se miraron las unas a las otras. Una recorrió con la lengua el borde de sus labios y otra soltó una risita nerviosa.

La piel del pecho de Melchior era de un tono más claro que su rostro, de un dorado que brillaba como polvo de oro. Reposó su mano en la cabeza de Paladín y, a continuación, se giró para encarar el bosque. Al hacerlo, un grito ahogado recorrió el grupo y sentí cómo mi propio pulso se aceleraba.

La espalda de Melchior estaba cubierta de complejas espirales, en forma de

laberinto circular. Pintadas en diversos matices de violeta, verde, amarillo y añil, las líneas giraban y se retorcían en cada hombro y recorrían su columna vertebral hasta la pretina de sus calzones.

—Símbolos paganos —gruñó uno de los cazadores.

Clavé mi mirada en la forma. Procedía de otra época; pertenecía a otras creencias. Desde las profundidades de la antigüedad, más cercana a la naturaleza que los rituales de las religiones de nuestro tiempo, me recordaba a los grabados que había visto en las piedras erguidas en el sur de Inglaterra, en la región de Carnac en el oeste de Francia y en algún sitio más que no podía recordar bien. No eran idénticos, pero evocaban una efímera familiaridad, como una melodía absorbida en la niñez que se graba en tu memoria cuando te quedas dormido.

Los perros comenzaron a ladrar y el grito se elevó.

—¡Los galgos tienen el rastro!

—¡Qué rapidez! —gritó Carlos deleitado—. En las cacerías previas, pasé horas avanzando entre la densa maleza antes de avistar un animal.

Dicho esto, gritó al almirante Gaspard Coligny:

—¡Me habéis traído suerte hoy!

El adalid hugonote sonrió con placer. Entonces, aprovechando que el rey estaba absorto en sus pensamientos, dedicó una mirada triunfal al duque de Guisa.

El rey miró alrededor.

—¿Dónde está Melchior? ¿Dónde está el leopardo?

Melchior ya se encontraba allí. Había anudado la camisa a su cintura como si fuera un pañuelo. Se inclinó para hablar al oído al leopardo.

El joven y el animal se pusieron en marcha y el resto del grupo avanzamos con ellos.

Melchior y Paladín se desplazaban con grandes zancadas. Con los músculos tensos bajo la piel, corrían juntos tras los galgos, seguidos de cerca del séquito de caza.

Muchas de las damas de la corte no participaban en la cacería por el placer de perseguir animales, sino para lucir un nuevo traje o sombrero. Su verdadero propósito era atrapar a otro caballero como pasatiempo. Por ello, algunos de los hombres consideraban más entretenido ralentizar el paso para acompañar a estas clamorosas y así perseguir a su propia presa. Pronto les dejamos atrás. Había viajado a caballo a través de los bosques y las colinas de Inglaterra, España y Francia, por lo que podía cabalgar al ritmo de los mejores jinetes allí reunidos.

No habíamos avanzado mucho cuando divisamos al venado. Una vez más, Carlos profirió un grito agudo e histérico, inundado por la alegría.

—¡Magnífico! ¡Una cornamenta completa! ¡Nos encontramos ante un auténtico rey del bosque! ¡Digno de un rey de Francia!

El animal se adentró en el denso bosque, por lo que ahora dependíamos de los perros. Los cazadores escucharon atentamente sus aullidos y se abrieron paso a través de los arbustos para guiarnos. Avanzamos con dificultad durante unos minutos, hasta que Paladín y Melchior giraron para tomar una ruta distinta. El rey Carlos dudó.

El príncipe Enrique señaló al lugar al que se había dirigido el leopardo, y rey y él galoparon en esa dirección. Los más próximos le seguimos. Pocos metros detrás de nosotros, el resto del séquito se movía a duras penas entre los árboles tras la estela de los sabuesos.

Nuestro pequeño grupo desembocó en un descampado y se detuvo. Melchior se encontraba de pie junto a un árbol inmenso. El gran felino estaba tendido junto a una de las ramas extendidas.

El duque de Guisa gritó:

—¡El leopardo se ha perdido!

—No es cierto —dijo Melchior.

El rey Carlos frenó su sudoroso caballo y trotó con él hacia Melchior.

—¿Por qué no persigue al ciervo?

—No es un guepardo ni una pantera —dijo el muchacho con voz calmada, pero con autoridad—. El leopardo sigue su propio estilo de caza.

—No está cazando —advirtió el conde de Ferignay, para su regocijo—. ¡Se está escondiendo!

—¡Silencio! —demandó el rey, levantando la mano.

Había visto cómo las orejas del leopardo se erguían.

—¡Atrás! —exclamó Melchior con tal rotundidad que todos, incluido el rey, le obedecieron, confundiéndose con el paisaje que les rodeaba.

Un enorme ciervo se aproximó saltando desde los árboles. Reculó y se detuvo, olfateando el aire.

—¡Ahhhh! —Carlos lo observaba embelesado. Sus mejillas se colorearon con brillantes manchas carmín.

—Si deseáis que el leopardo mate al venado —les dijo Melchior—, deberéis sujetar a los perros.

El rey miró al príncipe Enrique, quien asintió. Carlos saltó del caballo y dio órdenes a los cuidadores. Los hombres fueron a llamar a los perros a fin de evitar que se escaparan. En ese momento, el resto de cazadores que les habían dado alcance se aproximaron desde la maleza. Los portadores de armas distribuyeron las lanzas y las ballestas. Un portador presentó un largo cuchillo de la longitud del brazo de un hombre al rey Carlos.

Otros dos, armados de forma similar, se colocaron a ambos lados del rey por miedo a que el venado decidiera atacarle.

—¡Quietos! —ordenó el rey—. Quiero ver cómo el leopardo mata al animal.

De repente, sentí lástima por la criatura. El ciervo pifó contra el suelo, con las babas resbalando por su boca. Sé que para que los humanos podamos vivir es necesario que los animales mueran. Es parte del ciclo. Y nosotros debemos abandonar este mundo al final del tiempo designado para cada uno y así dejar lugar a nuestros descendientes. Sin embargo, la visión de esta noble bestia en peligro hizo temblar mi corazón.

Algunos galgos que habían escapado de los cuidadores se aproximaron al descampado y se abalanzaron sobre su presa, entre ladridos furiosos. El ciervo bajó las astas, corneó a los perros y los lanzó por los aires. Los torturados animales aterrizaron en el suelo. De sus cuerpos desgarrados manaba sangre.

El rey gritó. Era un grito de alegría. Los penetrantes aullidos de dolor de los perros inflamaron sus ánimos.

Haciendo alarde de agilidad y flexibilidad, Paladín se dirigió al siguiente árbol y trepó a una rama superior.

—¡El leopardo es un cobarde! —exclamó el conde de Ferignay—. Mirad cómo se retira. Dejadme que acabe con el venado antes de que lo perdamos.

Sin apartar la mirada de Paladín, Melchior volvió a dirigirse al rey.

—Os digo, señor, que este felino caza desde los árboles en su estado salvaje. El leopardo no os fallará.

—¿Escucháis al joven, Ferignay? —dijo el rey conmovido por la emoción—. Me asegura que, en su propio habitat, así es como estos animales capturan a sus presas.

Ferignay dirigió una mirada furiosa a Melchior.

Una vez más, el leopardo se movió ágilmente, eligiendo la mejor posición, mientras el ciervo sacudía rabioso las astas al verse amenazado por los cazadores que le circundaban.

Llegado este punto, seguramente el animal debería intentar escapar.

Había llegado el momento. El ciervo decidió pelear. Irguió los cuartos delanteros y se adelantó con su enorme cabeza.

—Creí que el leopardo sería el que matara al animal.

El rey Carlos se llevó el puño a la boca para ahogar un quejido de decepción.

El ciervo se preparaba para cargar contra sus enemigos.

Entonces, el leopardo se abalanzó sobre el venado.

Con un elástico movimiento, Paladín brincó desde el árbol al lomo del ciervo. Clavó profundamente las garras extendidas en el cuerpo de su víctima y los poderosos colmillos en su cuello. El ciervo luchaba, intentando liberarse de su atacante.

El leopardo se aferraba desesperadamente a su presa, cegado por la furia. Pero el ciervo era fuerte y volvió a flexionar los músculos del tronco. Paladín cayó a un lado. El rey manifestó su desesperación con un grito. El ciervo giró en redondo, intentando

realizar un movimiento final que desprendiera al leopardo de su carne.

Un error fatal.

Al hacerlo, dejó expuesta la parte delantera de su cuerpo. Con una velocidad increíble, el leopardo aflojó el agarre del lomo de su presa, abrió las mandíbulas una vez más y clavó los dientes profundamente en la garganta del ciervo. De la garganta del animal herido de muerte manó sangre a borbotones.

El rey chilló extasiado.

—¡Estabais equivocado, Ferignay! —exclamó—. ¡El leopardo es un luchador!

El ciervo sacudió la cabeza. Golpeó al leopardo duramente contra el suelo, pero Paladín no estaba dispuesto a dejarlo escapar. Ahora el venado estaba arrodillado. La sangre resbalaba de la herida abierta.

Puso los ojos en blanco y oímos su último suspiro.

—Utilizad vuestro cuchillo —pidió el príncipe Enrique al rey Carlos—. Directo al corazón. Tenga piedad y acelere su final.

Pero el rey le ignoró.

—¡Soltad a los perros! —gritó Carlos—. ¡Soltad a los perros! ¡Tendrán carne fresca que saborear!

Aparté el rostro mientras los perros se aproximaban a la víctima.

Para Melchior era el dictado de la naturaleza: un animal mataba a otro como presa natural. Para el rey era el derecho a decidir cómo morir.

Para el conde de Ferignay era una oportunidad de ajustar cuentas.

El leopardo estaba entretenido con la presa. El príncipe Enrique y Gaspard Coligny se habían apartado a un lado. El rey, fascinado por la sangre que brotaba del animal abatido, se acercó para arrodillarse y observar embelesado la agonía del animal. Melchior estaba en pie, vigilando a Paladín.

El conde de Ferignay hizo una señal al hombre a caballo situado tras él. Éste le entregó prestamente una fusta que tenía sujeta al cinto.

El conde levantó el brazo y, tomando como blanco a Melchior, soltó la fusta.

El utensilio de cuero se desplegó en toda su longitud emitiendo un chasquido, y la punta de plomo situada en el extremo astilló la piel de la espalda de Melchior. El chico gruñó y, girándose con rapidez, atrapó el extremo del látigo. Tiró con fuerza y Ferignay tuvo que aferrarse a los estribos para no caer al suelo.

Me oí gritar «¡No!» y mi corazón se detuvo. Hacer desmontar y estrellar a un noble contra el suelo sería ir demasiado lejos. Ni la protección del rey salvaría a Melchior de las consecuencias de tal insulto.

Melchior miró a Ferignay con desdén. Dejó caer la mano y liberó el extremo del látigo.

El conde de Ferignay atrajo el largo látigo de cuero y lo enrolló entre sus manos. Su rostro reflejaba un gesto de satisfacción que no se debía a la exitosa caza del

ciervo. El sentimiento de preocupación que me inundaba al pensar en este hombre se consolidó en uno de aversión.

Me percaté de que en el conde de Ferignay había nacido un rencor que permanecería hasta ser vengado.

CAPÍTULO

7

Esa sensación de intranquilidad me acompañó mientras regresaba al palacio.

Desmonté del caballo y, mientras el mozo de cuadras lo retiraba, decidí dirigirme a los aposentos que compartía con Chantelle por la escalera de servicio. Avanzaba por el pasillo superior cuando vi al profeta Nostradamus junto a una ventana, apoyado en un bastón plateado. Su larga túnica y su alta figura le otorgaban un aspecto muy característico, por lo que no fue sorprendente que le reconociera. Lo que me sorprendió fue que él me reconociera a mí.

—Mélisande —dijo.

Su acento era el de su tierra natal en la Provenza y, al pronunciar mi nombre, enfatizó la «s» y las últimas sílabas, lo que otorgaba un aire de misterio que nunca había apreciado.

—Algo os aflige —dijo, mirándome intensamente—. Pero no es por vos, sino por vuestra hermana Chantelle...

—Señor —le interrumpí—. Se dice que podéis ver el futuro. ¿Qué veis allí para mí?

Me miró fijamente a los ojos. Sentí que exploraba los confines de mi alma.

—Además de mis tres hijos varones, he sido bendecido con tres hijas —dijo Nostradamus lentamente—. Diane, la menor de ellas, no es más que una niña. También tengo una algo mayor, y otra jovencita un poco más joven que tú, por lo que... —dudó—. Veo lo que cualquier muchacha ansia. Creceréis y os convertiréis en una mujer. Los hombres os dedicarán hermosos cumplidos.

Negué con la cabeza. No estaba interesada en las cosas bonitas que pudieran decirme los hombres. Había visto este tipo de cortejo muchas veces, en las cortes de Inglaterra y Francia. Menudos mentirosos eran los hombres. Dirían cualquier cosa para persuadir a una joven hermosa. Por vagueza o falta de talento, acudían con frecuencia a mi padre y le pagaban para que compusiera una canción o un par de versos que pudieran hacer pasar como suyos. Después los utilizaban para cortejar a las damas a su antojo. Aunque creyera que tales cumplidos eran muestra evidente de amor sincero, no era probable que recibiera muchos. Mi rostro era demasiado simple, mi cuerpo muy anguloso, sin las robustas curvas que gustaban tanto a los hombres. Nostradamus me sonrió.

—Veo que mis palabras no os agradan. ¿Qué os hubiera gustado escuchar?

Recordé las palabras de mi hermana. «Se puede jugar con las palabras para que cualquier profecía sea cierta». El maestro Nostradamus me contó lo que creyó que a una muchacha le gustaría que le ocurriera.

—¿Decís lo que pensáis que la gente desea escuchar? —le pregunté.

—La joven doncella tiene la lengua afilada.

Creí que estaba molesto por mi osadía; sin embargo, el extraño hombre reflexionaba sobre mis palabras.

—Sí —respondió—. En ocasiones lo hago. Tengo que comer y ganarme el pan para mi esposa y mis hijos.

—Entonces no es adivino.

—No soy un charlatán —replicó—. La vida es dura y las comodidades son pocas, sobre todo para aquéllos sin ingresos o que no están emparentados con una casa noble. Pongo mucho cuidado en la elaboración de mis almanaques. Empleo muchas horas en su composición a fin de que estén listos para el año siguiente. Proporcionan consejos prácticos y remedios sencillos y eficaces para distintas dolencias. También indican las mejores épocas para la siembra y la cosecha.

—Pero las predicciones sobre el clima, las mareas y las cosechas son afirmaciones prácticas que puede realizar cualquier persona ducha en las tradiciones rurales.

El anciano me había estado estudiando mientras hablaba. De repente, levantó la cabeza y los hombros y se alzó sobre mí. Me sentí empequeñecer bajo la intensidad de su mirada.

—Os diré lo que veo. Pero recordad que habéis pedido que os diga la verdad. Puede que resulte difícil aceptarla.

Retrocedí un paso. Ahora no estaba segura de querer escuchar lo que tenía que decirme. Pero no podía detenerle.

—Un amargo dolor os rodea, Mélisande. El juglar no puede defender a sus hijas. Se os exigirá que seáis muy valiente. Vuestro padre os necesitará enormemente. Y otro individuo también requerirá vuestra intercesión. No obstante... —interrumpió la frase—. No sé si estáis a la altura de esta misión.

Al decir esto, Nostradamus se alejó, dejándome pensativa. Cuando se dirigió a mí por primera vez mencionó el nombre de Chantelle. Si su inquietud estaba relacionada con mi hermana, ¿por qué dijo que mi padre necesitaría mi ayuda?

Agité la cabeza para aclarar mis pensamientos. En cualquier caso, no tenía tiempo para preocuparme de eso, ya que tenía que darme prisa en llegar a nuestro dormitorio para cambiarme de atuendo. Se había dispuesto que Chantelle y yo fuéramos presentadas al conde de Ferignay al llegar la noche.

El sol se había puesto y las antorchas iluminaban los patios cuando mi padre vino a escoltarnos a los apartamentos del maestro y señor de Armand.

Al ver a Chantelle ataviada con su mejor vestido y con el pelo trenzado, los ojos de mi padre se llenaron de lágrimas.

—Te pareces tanto a tu madre —dijo.

Extrajo de su cartera una cadena de aljófares y la depositó alrededor del cuello de mi hermana. Chantelle rompió a llorar y rodeó efusivamente con los brazos a mi padre, quien la abrazó. Después nos abrazamos todos. Mi padre y yo asimos a Chantelle con ternura. Sabíamos que si el matrimonio quedaba acordado esa noche, se acabaría el largo compromiso. Las nupcias se celebrarían muy pronto. Los días en que podía acceder a mi hermana libremente llegaban a su fin.

—Secad vuestros ojos, mis bellas damas —nos pidió mi padre—. Y vayamos a informar al conde de Ferignay de lo afortunada que es su familia por unirse a la mía.

CAPÍTULO

8

—Su excelencia, ¿puedo presentaros a mis hijas?

Mi hermana y yo esperamos en la puerta de los aposentos del conde de Ferignay, mientras mi padre se adentraba en la sala para presentarnos formalmente al señor feudal de Armand Vescault.

Los ojos de Chantelle examinaron el pequeño salón que se extendía ante nosotras y se detuvieron al descubrir su objetivo. Desde su posición cerca de la ventana, Armand agitó los dedos para saludarla. En estas circunstancias, mi hermana no se atrevió a devolver el saludo, pero una leve sonrisa brotó de sus labios. Mientras tanto, yo estaba pendiente del conde y del hombre que se encontraba junto a él. Era el hombre que había visto durante la cacería y que había proporcionado al conde el látigo con el que castigar a Melchior. Por su tamaño y sus rudos rasgos, así como por el puñal que sobresalía en su cinto, intuí que pertenecía a la guardia personal del rey.

—Prestad atención, Jauffré —dijo el conde de Ferignay girándose para dirigirse a este hombre—. Hay algunos asuntos de los que me gustaría que os ocupaseis en los próximos días.

A continuación, Ferignay mencionó varias tareas sin importancia.

Sentí como la piel me ardía de rabia cuando me percaté de que el conde estaba haciendo esperar deliberadamente a mi padre mientras trataba asuntos carentes de importancia de forma ostentosa, con el único fin de subrayar su superioridad. Sin embargo, si mi padre se molestó por tales muestras de malos modales, no lo hizo aparente de ningún modo.

Cuando terminó con su lista de instrucciones, el conde se puso en pie y examinó altivamente a mi padre. Él también se había despojado de sus ropas de caza y ahora vestía una larga túnica de terciopelo granate. Observé que la tela había sido cortada hábilmente para ocultar su grueso cuello y su pesado vientre. Su rostro reflejaba los estragos de años de excesos. «Un hombre glotón», pensé. Glotón. Orgullosos. Y, por lo que había presenciado hoy, cruel.

Ferignay indicó a mi padre que se acercara.

—Y bien —dijo lentamente—, señor juglar.

Mi padre ni dijo nada, sólo inclinó la cabeza. A continuación, levantó los ojos y miró al conde de Ferignay.

—Es evidente que no sois un juglar corriente —prosiguió el conde—, sino el

famoso trovador con el que unos años atrás contrajo matrimonio la noble dama Beatrice de Bressay, desafiando a sus padres, que la repudiaron por ello.

Mi padre respondió tranquilamente.

—Mi esposa se reconcilió con sus padres antes de morir, mi señor.

—¿En serio? —Un matiz de interés se filtró en la voz del conde—. Y ahora que han muerto sin heredero alguno, la casa y las tierras de la isla de Bressay serán de vuestra propiedad.

Mi padre volvió a asentir y, pese a mi juventud, lo conocía lo suficiente para afirmar por la inclinación de su cabeza y el gesto de sus hombros que el conde no le apartaría de su propósito.

—Buenos ingresos de la agricultura y la pesca, por lo que he escuchado.

Ferignay parecía ávido de información.

—Las gentes que cultivan la tierra y pescan en las aguas alrededor de la isla de Bressay viven para disfrutar de una justa recompensa por su trabajo.

La respuesta de mi padre era enigmática, pero Chantelle y yo comprendíamos su significado. Sabíamos que nuestro padre no era un señor feudal que prohibiera a los habitantes sus derechos de caza, y tampoco infligía exagerados impuestos.

—¿Y por qué elegiría un hombre ser juglar ambulante cuando puede vivir la vida de un señor en su hogar o en la corte?

Ferignay observaba a mi padre con verdadera curiosidad.

—Después de la muerte de mi esposa hace unos años, el lugar sólo me inspiraba tristeza —respondió mi padre—. Sentí que mi lulo solitario no era bueno para mis hijas, por lo que busqué empleo en las cortes reales de Inglaterra y Francia, para que pudiéramos tocar juntos. Además, en realidad no soy el propietario de la isla de Bressay. La guardo en fideicomiso para mis hijas. La mitad será de Chantelle y la otra mitad para Mélisande. La heredarán cuando alcancen la mayoría de edad o cuando se casen, lo que suceda en primer lugar.

—¡Una mujer heredando por su propio derecho! —exclamó Ferignay—. La ley no lo permite.

—En la región de Francia de la que procedemos, somos fieles a las viejas costumbres de los occitanos —dijo mi padre.

—¡Ah, los rebeldes habitantes del sur! —dijo Ferignay con voz burlona—. No obstante... Un acuerdo de este tipo podría resultar ventajoso.

—Como mi señor ha apuntado tan acertadamente —replicó mi padre de inmediato, aprovechando la oportunidad de profundizar en el tema—, implica que, en caso de que mi hija Chantelle contrajera matrimonio con vuestro pariente, Armand Vescault, aportaría la mitad de la isla de Bressay.

Ferignay reflexionó sobre esta idea. Miró hacia Armand, que avanzó rápidamente desde la ventana e inclinó la rodilla para tocar el suelo ante él.

—Os ruego, mi señor, que concedáis vuestro consentimiento —demandó Armand humildemente—. Mi servicio a vuestra excelencia no se vería afectado en modo alguno y mi matrimonio con esta dama me haría enormemente dichoso.

—Vaya, una unión por amor.

Los ojos de Ferignay centellearon. Yo le observaba exhaustivamente, y me pareció detectar que una emoción que apenas reconocía se encendió en sus adentros durante ese mismo segundo. ¿Era maldad?

—Armand Vescault también es un buen partido —dijo Ferignay dirigiéndose de nuevo a mi padre—. Como habéis dicho, aunque lejano, su parentesco conmigo es evidente, ya que compartimos un primo que murió hace años. Ya sabéis bien que yo estoy emparentado con la casa de Guisa y, por lo tanto, con la sangre real.

Era obvio que el conde de Ferignay quería convencer a mi padre de que sería un gran honor para Chantelle pertenecer a su familia. Mi padre murmuró una respuesta neutral, ya que era de todos conocido que la fortuna de la casa de Guisa no era tan boyante como antaño. Hacía algunos años, una de las hijas de la casa de Guisa, María, reina de los escoceses, había contraído matrimonio con el hijo mayor de la reina Catalina de Medici cuando él era aún un niño. Con estas nupcias, la familia de Guisa esperaba reinar en Francia.

Pero el joven príncipe había fallecido, María había regresado a Escocia y el siguiente hijo de la reina Catalina, Carlos, era ahora rey de Francia. Este revés había acabado con las ambiciones de la familia de Guisa.

—El color de mi blasón es el azul real e incluye la flor de lis de Francia —prosiguió el conde de Ferignay—. Os habréis percatado de ello en la cacería de hoy.

Si mi padre no nos hubiera dado instrucciones estrictas a Chantelle y a mí de que permaneciéramos en silencio a menos que el conde de Ferignay se dirigiera directamente a nosotras, le habría preguntado al conde si se había dado cuenta de que fue a nosotros a quien escogió el rey para cabalgar justo detrás de él al comienzo de la cacería.

—Y nuestros escudos son dorados para indicar nuestro vínculo con la casa real de Francia.

—Soy consciente de ello, mi señor —dijo mi padre diplomáticamente—. Mis hijas y yo conocemos los colores de las casas reales, puesto que hemos viajado por el extranjero. De hecho, viajé con Chantelle lejos de la corte durante los últimos meses para probar su amor por Armand y asegurarme de que el suyo fuera un matrimonio auténtico y duradero. Acabamos de regresar de Inglaterra.

—Entonces habréis visto a su reina, Isabel. ¿Es tan vanidosa como dicen?

Mi padre dudó un momento y afirmó:

—Se opondría abiertamente a que se le considerara hermosa en el sentido convencional de la palabra, aunque su porte es noble.

—¿Más noble que nuestro rey? —preguntó el conde con picardía.

Pero mi padre tenía mucha experiencia en la vida cortesana para caer en tal trampa.

—Como vuestra excelencia ha dicho, mi señor, la nobleza de Francia porta la sangre real.

—¿Y aspira a que su hija forme parte de ella?

Miré a Chantelle. Se retorció los dedos y mantenía la cabeza gacha, como yo debía estar haciendo. Mi padre me lanzó una mirada de reprimenda, por lo que incliné la cabeza, pero pronto la volví a alzar. Lejos de las formalidades iniciales, ambos hombres habían dado pie a una negociación, y me parecía demasiado interesante para perdérmela.

—Yo deseo la felicidad de mi hija —dijo mi padre.

—Y yo os repito: Armand no es un vulgar escudero con el que deseáis casar a vuestra hija —replicó el conde de Ferignay.

—Además de su dote, mi hija aporta su elegancia, y es una intérprete consumada.

—La reina regente, Catalina de Medici, y las damas de la corte aprecian la destreza en la costura.

—Mi hija puede realizar bordados esmerados. Las ropas que luce esta noche han sido decoradas por su propia mano. Y —se apresuró a decir mi padre para tomar una posición de ventaja—, tengo entendido que la reina valora mucho el talento musical. Chantelle posee una dulce voz y toca varios instrumentos.

—Veámosla pues.

El conde ondeó la mano imperiosamente. Mi padre nos hizo una señal para que nos aproximáramos.

Los ojos del conde de Ferignay me observaron con detenimiento, y se detuvieron cuando se encontraron con los míos. No aparté la mirada de él.

El conde arqueó una ceja al percatarse de mi imprudencia y desplazó la vista a Chantelle. Entonces se detuvo. Mi hermana no pudo ver su mirada ávida, ya que inclinó la cabeza tímidamente cuando mi padre mencionó su nombre. Pero yo observé cómo reaccionaba el conde ante su presencia.

Chantelle no era consciente del efecto que provocaba en los hombres. La suya era una belleza natural que resultaba más elegante al no estar adornada con artificio alguno. Su rostro y sus formas eran adorables. Mientras que mi pecho era plano, sus senos abultaban bajo el corpiño. Mis caderas eran huesudas como las de un niño, mientras que las suyas eran redondeadas. Su rostro era pequeño y de forma acorazonada. El mío era anguloso, con los pómulos altos y las formas recias. Yo solía tener el pelo enredado; por contra, sus cabellos brillaban suaves como la seda mojada.

—Muy hermosa —ronroneó el conde de Ferignay—. Muy... hermosa...

Tomó la mano de mi hermana y la elevó hacia sus labios. Mi padre y Chantelle

sonrieron. Parecían despreocupados ante el análisis exhaustivo llevado a cabo por el noble. Un presentimiento rondaba mi mente, un olor a peligro. Había un aura alrededor de ese hombre que no me gustaba. Ferignay sostuvo la mano de mi hermana unos segundos más de lo habitual. Su beso se esparció entre los dedos de Chantelle.

—¿Tenemos vuestro permiso, mi señor? —interrumpió Armand.

—¿Cómo?

Ferignay le miró y, a continuación, dirigió la mirada a mi padre.

—Ah, sí, claro, podéis contar con mi permiso. Daré mi consentimiento a vuestro matrimonio.

Una sonrisa calculada se curvó en sus labios mientras observaba a Armand y Chantelle fundirse en un abrazo.

—Sólo una cosa —nos dijo antes de que abandonáramos sus aposentos—. Me gustaría mantenerme informado de vuestros planes. No lo olvidéis. Deseo conocer específicamente y por adelantado la fecha fijada para vuestras nupcias.

CAPÍTULO

9

Cuando regresamos a nuestro dormitorio, Chantelle me agarró de ambas manos y me hizo dar vueltas y vueltas por la habitación.

—¡Me voy a casar! —gritó—. ¡Me voy a casar con Armand!

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas, y por las mías también, puesto que me alegraba enormemente de su felicidad. Finalmente, se cansó de girar en círculos y me soltó, cayendo ambas sobre su cama.

—Soy tan feliz, Mélisande. No puedes imaginar lo feliz que soy. Soy tan afortunada de haber encontrado a un hombre al que amar y que me ame a su vez.

Me sentía dichosa por ella, ya que no era tan ignorante como para no saber que la mayoría de matrimonios se concertaban con fines políticos. Las jóvenes, de las clases más poderosas a las más humildes, se utilizaban en alianzas para repartir poder entre los hombres. En algunas ocasiones, una pareja se enamoraba, pero era cosa del azar y a menudo sucedía una vez celebrado el matrimonio.

Chantelle yacía vencida por la emoción del día y pronto se sumió en un ligero sueño. Disponíamos de mucho tiempo antes de la cena, cuando se nos llamaría para entretener a los nobles, por lo que decidí aprovechar que mi hermana estaba dormida para poner a prueba mi audacia y llevar a cabo una misión por mi cuenta.

El Palacio de Cherboucy había sido construido alrededor de varios patios, con las escaleras de servicio en sus aristas. Ascendían y descendían en espiral, conectando en su parte inferior con las cocinas y, a través de largos túneles subterráneos, con el edificio de las caballerizas. Recogí un pequeño cuenco del botiquín que llevábamos con nosotros en nuestros viajes, abrí muy despacio la puerta de nuestros aposentos y me deslicé en el corredor.

En los niveles superiores, los pasillos estaban en silencio. La mayoría de los nobles descansaban tras la cacería, o aprovechaban el tiempo libre para acicalarse el pelo o elegir las vestimentas que lucirían esa noche. Se había organizado una gran cena para celebrar que el rey había regresado sano y salvo, acallando cualquier alarma provocada por los siniestros pronósticos de Nostradamus.

En los pisos inferiores las cosas eran muy distintas. Cada centímetro bullía de gente. Los mozos cargaban con sacos de cebollas y castañas, y con bandejas de

hermosas trufas y setas. Los animales muertos en la cacería se habían llevado a la cocina, y los carniceros estaban ocupados despiezando y cuarteando las reses. Los cocineros se afanaban por lograr los mejores cortes, mientras que todos los criados de la cocina, de cualquier rango y condición, corrían con platos y todo tipo de utensilios de cocina. En el barullo, se abofeteaba y pateaba a los de posición más modesta, los pinches.

Cuando me detuve para comprobar que me hallaba en la ruta correcta, uno de ellos, que no era más que un niño de seis o siete años, me adelantó tambaleándose bajo el peso de un cubo de huesos. El pequeño tropezó, desparramando el contenido. Se sentó entre el mantillo de hojas, y comenzó a sollozar. Con premura, antes de que nadie pudiera verlo, recogí gran parte en el cubo y se lo tendí al niño. Él lo cogió agradecido y prosiguió su camino en dirección a las perreras. Me colé entre los fuegos, donde se asaba en largas brochetas la carne de venado, liebre y otros animales de caza matados esa mañana.

Conseguí orientarme en tal laberinto, en parte por instinto y en parte ayudada por mis recuerdos del día anterior, cuando me fijé en cómo el chico, Melchior, retiraba al leopardo después de presentarlo al rey Carlos. El rey había exigido que se dispusiera un lugar especial para alojar al animal y se había llamado al cuidador del caballo del rey para garantizarlo. Mi padre, mi hermana y yo nos encontrábamos junto al muro del jardín de palacio, por lo que le vimos indicar dónde debía dirigirse Melchior.

Atravesé el depósito de grano y llegué al lugar que buscaba. Ante mí se extendía un amplio pasaje que ascendía hasta el patio principal, a fin de que los carros y carromatos realizaran sus entregas en las despensas de este nivel. A un lado se había erigido una puerta de madera a media altura para separar una sección del sótano.

Me puse de puntillas y miré por encima de la puerta. Una ventana que se abría en la parte superior de la pared dejaba pasar suficiente luz para mostrarme la escena que acontecía tras el portón.

En un rincón, había una gran plataforma sobre ruedas sobre la que reposaba una jaula hecha de barras de metal. Enroscado dentro, sobre capas de paja, descansaba Paladín, el leopardo. Fuera de la jaula, había un pequeño colchón desenrollado en el suelo. Sobre él, medio desnudo, dormía Melchior.

La puerta chirrió cuando la abrí para acceder a la habitación. De inmediato, el leopardo se irguió y me miró sin pestañear. Entré con sigilo y observé al muchacho. En reposo, su rostro era hermoso. Las largas pestañas descansaban sobre sus mejillas. Su respiración sacudía el suave vello del labio superior. Me mantuve inmóvil e intenté no realizar ningún movimiento brusco, pero el leopardo no estaba cómodo. Comenzó a sacudir el suelo de la jaula con la cola. Sería mejor que no tocara a su maestro. Me arrodillé y coloqué el cuenco que portaba junto a su lecho. Cuando me levantaba para partir, Melchior se dirigió a mí, sin apenas abrir los ojos.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

Estaba tan sorprendida que respondí con un chillido similar al de un ratón.

—Traigo un ungüento.

Entonces se puso en pie. Sus ojos, como los del leopardo, estaban impávidos.

Le devolví la mirada. Melchior bajó la vista de mi rostro al cuenco que yacía en el suelo.

—¿Qué contiene?

—Árnica, un bálsamo de flores amarillas con borraja. Ayudará a que la herida sane. La que sufriste hoy en la cacería.

El joven se llevó la mano al hombro para intentar tocar el lugar en que el látigo de Ferignay le había astillado la piel.

—Sí —dijo.

Cogió el cuenco y me lo entregó. A continuación, me ofreció su espalda.

—¿Podrías ayudarme? No puedo estirarme tanto.

Retiré la tapa y deslicé los dedos por el ungüento, que apliqué al trozo de carne viva. Toqué con mis dedos su cálida piel morena. El leopardo emitió un ligero ruido desde su garganta.

—Tranquilo, Paladín —dijo Melchior—. Es una amiga.

Murmuró algunas frases más que no pude comprender.

—¿Qué le decís al leopardo?

El chico se giró para mirarme.

—Creía que conocíais mi lengua. Cantasteis mis palabras muy bien la otra noche. Me sonrojé.

—No pretendía espiaros. Me encontraba en el jardín del castillo y os oí hablar, y la música entró en mi cabeza —vacilé—. Es difícil de explicar. Cuando ocurre, no puedo ignorarlo.

—Lo entiendo.

Dijo esto con tanta claridad y seguridad que me hizo creer que realmente lo entendía.

Me volvió a dar la espalda y observé en el dibujo que surcaba su piel, en las volutas y los símbolos surgidos de la antigüedad. Examiné los anillos y las elipses, y me pareció que entre ellas había un tributo a la presa. El venado. Un homenaje al animal cazado que nos alimenta. Y también al cazador. El leopardo. Los círculos eran sus manchas, las formas creadas por el dedo de Dios cuando insufló vida al animal.

Melchior no pronunció palabra, pero el silencio entre los dos no era incómodo. Sentí que me estaba esperando. Pero ¿qué esperaba? ¿A que hablara? ¿O a que actuara?

Extendí el brazo. Con la punta del dedo índice, dibujé el contorno del dibujo superior. Y, al hacerlo, comenzó a revelárseme. Era un símbolo que debía leerse a

más de un nivel, concentrando todos los sentidos en él. Como mi música. ¡Claro! Por eso Melchior me comprendía.

Bajo la caricia de mis dedos, las formas titilaban en mi mente. Los bucles enortijados me hacían avanzar hacia el corazón del laberinto, mostrándome el camino, tal como hacen las estrellas en el cielo sobre nuestras cabezas, manteniendo su rumbo desde el comienzo de los tiempos.

—Es la vida —susurré.

Melchior extendió el brazo hacia atrás y puso su mano sobre la mía, presionándola contra su piel, adentrándome en el complejo ritmo de las líneas, en el remolino de formas.

Cerré los ojos. Sentí el tamborileo de su pulso bajo la palma de mi mano. De repente, mi propia respiración se hizo irregular. Mis ojos estaban abiertos de par en par.

Melchior se giró hacia mí. Tenía los ojos cerrados. Su rostro estaba próximo al mío. Un halo de dulzura se apoderó de mis sentidos. El tiempo se detuvo a nuestro alrededor, esperando nuestra señal para seguir transcurriendo.

El leopardo cambió de postura y dejó caer la cabeza sobre las patas. Cuando lo oyó, Melchior movió la cabeza. Él abrió los ojos y yo me enderecé.

Las manos me temblaban cuando volví a tapar el cuenco que contenía el unguento sanador y se lo tendí al muchacho.

—Tened —dije—, quedáoslo como pago por las letras de mi canción. Es un buen remedio —añadí—. Debéis tener cuidado con las infecciones. Hay ratas en los túneles y portan enfermedades.

Melchior rió con delicadeza.

—No debo temer a las ratas si mi leopardo está cerca.

Yo también reí. Tomó el cuenco de mis manos, hizo una reverencia formal con la cabeza y me dio las gracias.

—Probablemente ésta haya sido la única muestra de amabilidad recibida desde que entré a formar parte de la comitiva de empleados de vuestro rey. Me temo que no es tan cortés como el príncipe de Navarra.

—¿Cómo fue —pregunté con curiosidad— que acabasteis sirviendo al príncipe Enrique?

—Recibí el leopardo como obsequio cuando yo era tan sólo un niño y él un cachorro. Mi padre lo encontró en el gran bosque de los Pirineos donde vivíamos, junto a su madre, que había muerto. Lo trajo a casa y creció conmigo. Aprendimos a cazar juntos. Su fama se extendió, y vinieron hombres con intención de comprar el leopardo, pero mi padre no quería venderlo. Así que mataron a mi padre, pero a mí me dejaron vivir, porque sabían que me necesitaban para controlar al animal. Paladín y yo cazamos muy bien juntos. Un hombre llamado Gaspard Coligny supo de nuestra

destreza. Ofreció una gran suma de dinero a los hombres que me retenían, y éstos nos vendieron. Y ahora Gaspard Coligny nos ha utilizado como propiedad personal para ganarse los favores de vuestro rey.

—Siento la muerte de vuestro padre y que os retuvieran contra vuestra voluntad.

Melchior sonrió.

—Paladín y yo —dijo— sólo tenemos que esperar. Un día regresaremos a las montañas. Cuando llegue el momento, seremos libres.

El tañido de la campana de la cena repicó en el palacio. Me estremecí.

—Debo irme. Mi presencia será requerida para entretener a los nobles.

Melchior se puso en pie y sujetó la puerta que yo debía atravesar. Era consciente de que sus ojos me miraban mientras corría por el túnel hacia las cocinas y subía la escalera de caracol a mis aposentos.

CAPÍTULO 10

Cuando regresé a la habitación, mi padre se encontraba allí con mi hermana.

—¿Dónde has estado? —me preguntó con dureza.

—He... he estado en las cocinas —le respondí.

—Ay, Mélisande, siempre has tenido demasiado apetito —dijo mi padre—. Pero sabes que no es una buena idea que una doncella deambule sola por los pasillos de cualquier palacio.

—Sí, señor —dije, e incliné la cabeza, consciente de que le había mentado al no revelar que no era comida lo que buscaba cuando descendí al sótano.

—El rey tiene algo de fiebre —comenzó a decir mi padre.

—¡La profecía! —grité—. ¡Se está cumpliendo!

Mi padre sostuvo la mano en alto.

—¡Mélisande! —exclamó seriamente—. ¡Modera tu lengua!

Mi rostro enrojeció y volví a bajar la cabeza.

—Proseguiré —dijo mi padre—. Su majestad, el rey Carlos, está algo débil después de los esfuerzos de la cacería y esta noche cenará en sus propios aposentos con algunos invitados. Asistiremos y tocaremos melodías suaves como acompañamiento de fondo a su discreción.

A continuación, se giró hacia Chantelle y le dijo:

—Aunque estáis hermosa con ese vestido, cariño, sería más apropiado que ambas lucierais —hizo una pausa para aclararse la voz—, atuendos menos sugerentes esta noche.

Cuando abandonó la habitación para que nos cambiáramos, pensé que quizá no había pasado desapercibida para mi padre la mirada que el maestro de Armand, el conde de Ferignay, le había dedicado a mi hermana.

Resulta un gran honor ser llamados a tocar en los aposentos privados de cualquier monarca, por lo que Chantelle y yo nos vestimos con esmero. Mi hermana parecía más contrariada que yo por no poder lucir su vestido más favorecedor. Por lo general, me importaban poco tales requerimientos, pero Chantelle me convenció de la importancia de la ocasión. Hizo que prestara especial atención en estirar la falda de mi vestido color salvia y alisar el ribete del lazo dorado que adornaba mi cuello. Mi cabello resultó un desafío más arduo para ella, pero consiguió sujetarlo con una redecilla de seda verde pálido entramada con hilo de oro.

—Tienes la frente alta y delicada, Mélisande —comentó Chantelle mientras me peinaba—. Es una cualidad muy elegante. Debes exhibirla para sacarle partido. Cuando tu cabello está recogido de este modo, se pueden ver tus ojos, tan azules, tan parecidos en color a los de nuestra madre.

Me gustaba cuando Chantelle me decía estas cosas. Nuestra madre había muerto cuando yo tenía seis o siete años y, a medida que transcurría el tiempo, comenzaba a olvidarme cada vez más de ella. No quería que así fuera, pero me parecía que cuando nuestra vida cambió y partimos de casa, me fui alejando de ella. Pensé que nuestro padre también se había dado cuenta. Era uno de los motivos por los que quiso unirse a la corte francesa. En cuanto supo que se planeaba un viaje real para visitar todo el reino, nos hizo partícipes de su idea de viajar con el séquito del rey. Sabía que nuestro itinerario incluía el Languedoc y que, después de parar en Carcassonne, se aproximarían a la isla de Bressay. Cuando llegara ese momento, mi padre pretendía que aprovecháramos el tiempo libre para visitarla. Chantelle y yo podríamos reencontrarnos con nuestra tierra natal y él se pondría al día con los asuntos relativos a las propiedades.

Los tres recogimos nuestras partituras y los instrumentos musicales y esperamos en las habitaciones exteriores de los apartamentos del rey a que se nos llamara para entrar en los aposentos reales. Había gente entrando y saliendo constantemente: lacayos portando mensajes, criados de la casa real, así como de los señores y las damas, y palafreneros con sus caballos. Todos eran supervisados y atendidos por el servicio personal del rey.

Aunque muchos nobles solicitaban audiencia con el rey o pedían al menos vislumbrar a su majestad, a ninguno se le permitía. El cardenal de Lorena, tío del duque de Guisa, se detuvo ante las puertas e hizo una petición similar. Quedó perplejo cuando el chambelán del rey le negó la entrada.

—¡Apartad! —ordenó al hombre tembloroso—. Me han llegado noticias de que el rey está enfermo y he venido para conferirle la bendición de la Santa Madre Iglesia.

—Nadie puede entrar, señor —balbuceó el chambelán—. Son órdenes expresas de su majestad. Absolutamente nadie.

—¿Vais a negar al rey, su más católica majestad, el consuelo de su religión en el momento en que se siente afligido por la enfermedad? —bramó el cardenal.

—Su eminencia, dispongo de una lista de las personas a las que se permite el acceso, y su nombre no se encuentra en ella.

—¡Dejadme ver ese documento!

El cardenal arrancó el papel de los dedos del chambelán. Apenas se lo había aproximado al rostro para examinarlo cuando se oyó un murmullo de tafetán y el papel le fue arrebatado de las manos.

—¿Cómo os atrevéis a...?

El cardenal se giró y vaciló. Ante él se alzaba la reina regente, Catalina de Medici.

—Su majestad... —comenzó a decir.

Con un movimiento perfecto, Catalina de Medici devolvió el papel al chambelán del rey.

—Destruid esa lista —le ordenó. A continuación, agarró con firmeza la mano del cardenal y besó su anillo—. Nos complace enormemente que os preocupe tanto el bienestar de nuestro hijo, el rey. Tened por seguro que seréis la primera persona a la que llamaré personalmente si creo que el rey Carlos necesita consuelo espiritual.

La reina bajó la voz para adoptar un tono confidencial.

—Dejadme ir ahora y hablaré con su majestad —dijo la reina—. Permitidme que le informe de sus buenos deseos e intenciones de reconfortarle. Estoy segura de que le complacerá saber que os habéis apresurado en acudir a sus aposentos para asistirle. Le rogaré que haga una excepción en vuestro caso y que se os permita el acceso.

En ese momento, el médico del rey, Ambroise Paré, abandonaba la habitación del rey. El médico exclamó:

—El rey me ha pedido que haga un comunicado. Su majestad sufre de fatiga, nada más. Si Dios lo quiere, estará recuperado y con suficientes fuerzas para asistir al culto en la capilla mañana.

Los cortesanos cuchichearon entre ellos y la noticia se difundió rápidamente por las habitaciones. El cardenal de Lorena fue a hablar con su sobrino, el duque de Guisa, que acababa de entrar en los aposentos en compañía del conde de Ferignay. Sus gestos me hicieron pensar que la información, en lugar de animarles, les había desalentado.

Catalina de Medici hizo una señal a mi padre y los tres avanzamos.

—Permitid que estos músicos entren tras de mí —dijo al chambelán.

Cuando nos conducía dentro, le apartó a un lado y añadió:

—Pero bajo ningún concepto dejéis pasar a nadie más. Eso incluye a todos los miembros de la casa de Guisa, y en particular al cardenal de Lorena.

Mientras seguíamos a la reina regente a los aposentos privados del rey, mi padre nos susurró a mi hermana y a mí:

—No habléis a menos que se os dirija la palabra. No escuchéis las conversaciones privadas. No hagáis ningún comentario ni mostréis vuestra opinión, con un movimiento de vuestro cuerpo o una expresión en vuestro rostro, escuchéis lo que escuchéis esta noche.

CAPÍTULO

11

La advertencia de nuestro padre sobre vigilar nuestras emociones no fue en vano, puesto que el rey no estaba solo como su médico había señalado.

La primera persona a la que vi cuando entré en la sala fue Melchior.

El corazón se me inflamó en el pecho. El joven se encontraba de pie junto a su leopardo, Paladín, en el extremo de una larga mesa que se había dispuesto en el dormitorio del rey para acomodar a los invitados a la cena. Aunque accedí a la habitación por un lateral alejado de su vista, al entrar, tanto el leopardo como el chico giraron la cabeza para observarme. Ninguno dio muestras de percatarse de mi presencia, pero noté un cambio sutil en su actitud. Mantuve la compostura en el rostro y avancé con Chantelle y mi padre al lugar designado junto a la ventana.

El rey Carlos estaba muy cansado. Estaba sentado, apoyado en los cojines, en una enorme silla que presidía la mesa.

Tres de los asientos estaban ocupados por los dos hermanos menores del rey y por su hermana de doce años, la princesa Margot. Los hermanos del rey eran, al igual que él, delgaduchos y estrechos de pecho, pero Margot, con su complexión lozana y sus oscuros y brillantes rizos, exhibía un magnífico estado de salud. En los sitios restantes se sentaban el profeta Nostradamus y, más cerca del rey, los hugonotes, Enrique, príncipe de Navarra, y el almirante Gaspard Coligny. ¡Con razón la reina había dado órdenes al chambelán para negar la entrada a todos los miembros de la casa de Guisa!

La reina Catalina abrazó a su hijo y ocupó su lugar a la diestra del monarca.

—El médico real, Ambroise Paré, anunció vuestro estado de salud a la corte —le dijo—. Me complace saber que os encontráis mejor.

—¿Cómo se ha recibido la noticia? —preguntó el rey Carlos a su madre—. ¿Los miembros de la corte se alegraron de que no estuviera enfermo?

—Se preocuparon al no veros, hijo mío —respondió Catalina de Medici—, aunque algunos siempre están deseosos de sacar provecho de cualquier circunstancia. Ese arrogante cardenal de Lorena, tío del duque de Guisa, intentó abrirse camino vociferando, pero yo frustré su propósito.

—Un día, tendremos que tratar con la insubordinada casa de Guisa a punta de espada —dijo el rey mostrando su enfado.

—Puede que llegue el día en que tengáis que tratar con ellos, pero no es éste el

momento —replicó su madre en tono conciliador.

—Ah, el juglar —dijo el rey al percatarse de nuestra presencia—. Su música siempre me sosiega el espíritu.

El rey Carlos nos hizo una señal para que comenzáramos a tocar y pidió a los criados que empezaran a servir la cena. La familia real y los invitados charlaban mientras comían, como haría cualquier otra familia. Estaba sorprendida con el trato cordial y familiar que se daba al joven príncipe Enrique de Navarra. Seguí su conversación, aunque mi padre me lo había prohibido, y descubrí que el príncipe Enrique había compartido parte de su infancia con los hijos de Catalina de Medici. Su madre, Juana de Albret, reina de Navarra, había adoptado posteriormente la nueva religión reformada. De esta forma se había creado una escisión, y cada parte veía con cierto recelo a la otra. El reino de Navarra del príncipe Enrique se extendía al noroeste del Languedoc, en la frontera entre Francia y España. Cada vez más hugonotes franceses, concedores de la solidaria recepción, buscaron refugio en esa región. No se estaban congregando únicamente en Navarra, sino que también ocupaban ciudades del oeste de Francia, como La Rochelle y Jarnac. Esta expansión resultaba molesta para la reina regente, Catalina de Medici, y así lo manifestaba:

—No queremos que algunas regiones del reino de Francia se conviertan en un protectorado de Navarra —declaró.

El almirante Gaspard Coligny respondió en nombre del príncipe Enrique, que en ese momento estaba bromeando con la princesa Margot.

—La reina Juana de Albret de Navarra no desea invadir territorio francés, su alteza. Busca vías de reconciliación.

—Desde su posición en el Consejo de Estado de Francia, sabrá que la corona francesa también lo desea con vehemencia —replicó Catalina de Medici con acritud—. Su majestad ya ha otorgado muchas libertades a los hugonotes en lo que respecta a sus prácticas religiosas. Recordad que en Francia, a diferencia de otros países de Europa, la ley permite a los ciudadanos elegir su religión. El sentido común y la bondad del rey han dirigido a su país por esta azarosa senda para lograr la armonía entre ambas facciones.

Era evidente que el rey Carlos no había hecho ninguna de estas cosas. Todo eran maquinaciones de su madre, que velaba por sus intereses como reina regente. El rey ni siquiera estaba suficientemente interesado para participar en la discusión política en su propio banquete. Durante la cena, el rey Carlos charló con sus hermanas menores y jugó con Paladín en varias ocasiones. Ordenó que le acercaran al leopardo y que le quitaran el bozal para poder darle pedazos de carne de su bandeja. Si Melchior se oponía a que se consintiera a su animal de esa forma, no lo manifestó en modo alguno. Y, aunque a lo largo de la noche no hubiera mirado de forma evidente en mi dirección, sabía que estaba escuchando mi música.

Tocamos y cantamos durante aproximadamente una hora. Entonces, el rey Carlos nos dio permiso para descansar y comer los restos del banquete real que reposaban en los platos sobre el aparador.

Yo deseaba hablar con Chantelle desesperadamente para pedirle su opinión sobre lo que habíamos escuchado. Pero no lo hice porque mi padre, una vez más, nos había lanzado miradas de advertencia a ambas.

El silencio me ayudó a concentrarme y me fui percatando poco a poco de que el semblante de mi padre era más que el de un padre intentando inculcar buenos modales a un niño; la expresión del rostro de mi padre era de recelo. Pero ¿qué podía temer? Caíamos en gracia al rey y no haríamos nada que le ofendiera. Me senté en una banqueta y escuché los sonidos de palacio, dentro y fuera de la habitación, y volví a sentir la agitación dentro de mí que presagiaba una canción que se formaba en mi mente. Intenté analizar la sensación mientras emergía. ¿Las palabras y las notas manaban como un manantial de la tierra? ¿Qué afluentes de la mente alimentaban el alma de la que la musa se nutre? Las palabras se agitaban en mi cabeza. Miré al leopardo y el ámbar de los ojos de Paladín me devolvió el reflejo de la verde hierba. ¿Qué historia podría contar este animal de los oscuros Pirineos en los que una vez fue amamantado por su madre? En esos parajes había hierba, y piedras, y un laberinto...

—¿Conocéis vuestra fuente de inspiración?

Estas palabras pronunciadas en la habitación, tan parecidas a las que rondaban mi cabeza, me devolvieron bruscamente a la realidad.

Fue el rey quien formuló esta pregunta a Nostradamus.

—El buen Dios es la fuente de toda inspiración, señor —respondió el profeta.

Catalina de Medici aprovechó para interrumpir su discusión con Gaspard Coligny.

—Ah, sí, maestro Nostradamus. ¿Seríais tan amable de hacer algunas predicciones para esta familia esta noche?

—Su hijo, el rey, se recuperará de la debilidad —dijo Nostradamus confidencialmente—. Vivirá en los años venideros.

El profeta detuvo su discurso. Entonces, añadió:

—El reinado del rey Carlos quedará marcado en la historia.

—¡Claro! —exclamó Catalina de Medici deleitada—. ¿Lo veis, querido? El profeta afirma que vuestro reinado será digno de mención. ¡Seréis por siempre famoso!

Me cuestionaba por qué nadie le había preguntado al adivino de qué forma estaría marcado el reinado del rey Carlos.

El rey inclinó la cabeza ante Nostradamus.

—Entonces, ¿desaparecieron los funestos presagios y la desesperanza de ayer?

Su hermana pequeña Margot dejó escapar una risita. Nostradamus se sobresaltó y la miró fijamente. A continuación, desvió la mirada hacia el rey y dijo con terquedad:

—Vi lo que vi.

—¿Y qué más visteis? —preguntó Catalina de Medici demandando más información—. ¿Mis otros hijos reinarán también?

Nostradamus asintió, pero parecía distraído.

—Hablasteis de una forma de acercar posturas...

—¿Sí? —preguntó Catalina de Medici con ansiedad—. ¿Tenéis alguna observación que hacer al respecto? ¿Alguna indicación de cómo conseguirlo?

Gaspard Coligny movió su silla, manifestando que la conversación le incomodaba. Era evidente que consideraba frívolo formular esta pregunta al adivino. Recordé las palabras de Melchior y me fue fácil averiguar el porqué. Coligny había concertado el encuentro de los dos jóvenes por su cuenta. Le habían llegado rumores de que el rey Carlos deseaba un leopardo, había buscado uno y se lo había conseguido al príncipe Enrique de Navarra. Después había dispuesto que lo condujeran al Palacio de Cherboucy, sabiendo que los ultracatólicos hombres armados de la casa de Guisa estarían en la corte. Asumiendo un enorme riesgo personal, había escoltado al príncipe Enrique y había participado en la cacería, pensando que el rey Carlos les concedería una audiencia privada como muestra de gratitud.

Deseaba caer en gracia al rey y ganarse el favor de la causa hugonote. Pero, en ese momento, las ambiguas predicciones de un adivino amenazaban con eclipsar una discusión seria.

—Seguramente, la forma de solucionarlo es... —interrumpió Coligny cuando Nostradamus se puso en pie. Los ojos del profeta permanecieron fijos en un punto.

—Cinco veces tres.

Dijo esto con voz firme, sin emoción alguna, mirando al infinito.

—Cinco y tres —repitió Catalina de Medici—. El tres es un número mágico.

Todos los asistentes miraban a Nostradamus. Pero yo no. Seguí su mirada y vi lo que sus ojos observaban con tanta fijación. Sobre el aparador colgaba un gran espejo. En él podía ver reflejada su imagen. Y la mía.

—Un gran rey de Francia se encuentra entre nosotros —proclamó el profeta.

Ante mis ojos, la superficie del espejo se onduló y la imagen permaneció inmóvil. Parpadeé. Era cansancio, nada más. Me había levantado temprano esa mañana y había mantenido el ritmo de la cacería todo el día. Y, mientras que los demás descansaban por la tarde, yo había llevado el ungüento a Melchior. Estaba cansada. No era más que eso.

Cerré los ojos.

—Un gran rey de Francia se encuentra entre nosotros.

Las palabras resonaron en mi cabeza. ¿Nostradamus las había repetido? Abrí los ojos. La superficie del espejo estaba en calma. Miré mis propios ojos, las pupilas

oscuras y dilatadas. Mi mirada se desvió al marco de plata con un complejo relieve en forma de espiral.

—Un gran rey de Francia se encuentra entre nosotros.

Nostradamus elevó las manos por encima de la cabeza. El anillo de labradorita brillaba en su dedo.

*«Dos personas unidas en un lazo sagrado,
dos reinos,
un...».*

Se detuvo.

—¿Un qué? —le preguntó Catalina de Medici.

—Hay alguien aquí cuyo propósito está aún por determinar.

Nostradamus miró a su alrededor. Sus ojos eran tan blancos como el anillo de labradorita que lucía en el dedo índice.

—No puedo verlo con claridad.

Agotado por el esfuerzo, el anciano se hundió en la silla.

—Estábamos hablando de una forma de acercar posturas —insistió Catalina de Medici—. Es decir, entre católicos y protestantes. Dos reinos unidos... —la reina razonó sus palabras—. ¡Ya sé!

Se puso en pie.

—Dos reinos. ¡Dos personas! ¡Lo veo claro, aunque vos no lo veáis!

Nostradamus levantó la mano débilmente.

—Vos no disponéis del don —dijo.

—¡Isabel de Inglaterra! —gritó Catalina de Medici—. Mi hijo desposará a la reina de Inglaterra.

Una nota incorrecta emergió de la lira de mi padre. Recupero rápidamente la melodía y mantuvo los ojos concentrados en las cuerdas.

—¡Llamad a Throckmorton, el embajador inglés! —ordenó Catalina—. ¡Decidle que traiga un retrato de su soberana, la reina Isabel! Este acontecimiento es crucial. ¡La Inglaterra protestante y la Francia católica unidas!

¿Era eso lo que Nostradamus pretendía sugerir cuando pronunció estas palabras? El profeta parecía confuso. Comenzó a temblar.

Sin respetar el protocolo, me acerqué al aparador y le ofrecí un vaso de agua. Nostradamus lo aceptó. Cuando sus dedos tocaron los míos, su mano se estremeció como pinchada por un aguijón invisible.

El anciano me miró fijamente.

—Mélisande —susurró.

—¿La reina de Inglaterra? —dijo el rey Carlos, cuestionando el argumento de su

madre—. ¿No es mucho mayor que yo?

—Su majestad... —comenzó a protestar Nostradamus.

Catalina de Medici le pidió que guardara silencio.

—Está claro. Tiene mucho sentido. Nuestros dos reinos se convertirán en uno. Entonces seremos más fuertes y podremos resistir a la autoridad de España, que desea sitiarnos con sus conquistas en los Países Bajos. Un matrimonio entre Francia e Inglaterra curará las heridas de la escisión que nos divide. Nos uniremos en una sola potencia, y así lo harán las dos religiones, y los seguidores de ambos serán aceptados.

La puerta se abrió, y el desconcertado embajador inglés, Throckmorton, entró en la sala, portando una miniatura de su reina. La reina Catalina la cogió con premura.

—¡Mirad! —exclamó colocando la figura bajo las narices de su hijo—. ¿Creéis que esta mujer sería una buena consorte para vos?

Entonces, recordando nuestra presencia en la sala, se dirigió a mi padre:

—¡Juglar! Acabáis de regresar de Inglaterra. ¿Consideráis que su reina es suficientemente digna para mi hijo?

Habíamos conocido a Isabel de Inglaterra. Su grandiosidad y majestuosidad eran impresionantes. Devoraría a este mozalbete como un lagarto a un insecto palo.

Mi padre elevó la mirada.

—La majestuosidad de la reina de Inglaterra es innegable —dijo con voz tranquila—. Por supuesto... Sí.

—Parece una mujer bastante hermosa —dijo Carlos con cierta reticencia—. Si así lo deseáis, amada madre.

Throckmorton tenía la mirada asombrada de un hombre al que se le hubiera caído encima el techo de su casa. No podía tomarse la propuesta en serio, aunque no sabía bien si era por el vino que había consumido esa noche o por el hecho de que la idea fuera tan inesperada y, a su parecer, disparatada. Y, estando convencido quizás de que ésta era una de las bromas que Catalina de Medici acostumbrada a hacer para divertirse, reaccionó de la forma más natural, aunque fatídica.

El embajador inglés soltó una carcajada.

CAPÍTULO 12

Para cuando el embajador Throckmorton se percató de su error, ya no había manera alguna de arreglar la situación.

—Oh, gentil reina —improvisó—. He padecido dolores de cabeza estos últimos tres días y mis pensamientos carecen de claridad.

—Puede retirarse, señor —dijo Catalina de Medici fríamente.

Throckmorton, sabedor ahora del desliz que había cometido, intentó reparar su error.

—Disculpe, majestad —dirigió su petición al rey Carlos—. Perdóneme, sólo pensaba que... ejem, mi reina ya tiene una edad, y vos sois...

Detuvo su discurso cuando vio el abismo que se abría ante él. Ahora no podía resolver la situación, sin denigrar a una o varias de las partes implicadas. Comenzó a toser.

—Me temo que he comido algo, un trozo de pan, tal vez... Se me ha quedado atascado en la garganta.

Throckmorton se tapó la boca.

—Si me permite retirarme a mis aposentos, volveré para hablar con vos mañana.

El desdichado hombre salió de la sala.

—¡Es él quien se me atraviesa en la garganta! —Catalina de Medici estaba encendida de ira—. ¡Y acabaré escupiéndolo!

Caminaba con agitación, recorriendo los aposentos del rey de arriba abajo y golpeando con el puño la palma de su mano.

—¡Cómo osa burlarse de mí! ¡Cómo se atreve a intentar frustrar mis buenas intenciones!

—No le deis importancia —dijo el rey intentando consolar a su madre—. Podemos buscarne otra consorte.

—¿No os dais cuenta de que ha ofendido a vuestra noble persona? ¿De que nos ha ofendido a todos?

Catalina de Medici cesó su paseo, y clavó una intensa y arrogante mirada en Carlos y el resto de sus hijos.

—¿Ninguno de vosotros valora la importancia de la diplomacia? ¿No veis los fines por los que luchamos?

Se giró cuando no obtuvo respuesta, emitió un quejido de desesperación y se

arrancó el velo de la cabeza.

—¿Por qué todo el mundo malinterpreta lo que intento hacer?

Sus hijos se sentaron erguidos en sus sillas. Vi como todos ellos, especialmente la princesa Margot, temían a su madre. El rostro de la muchacha se tornó afligido y pálido. Permanecía sentada sin moverse, más atemorizada que un criado en presencia de su cruel señor.

—Me vengaré de ese ridículo sapo y su herética reina —declaró Catalina de Medici.

Gaspard Coligny tosió. Pero la reina regente no le oyó, o prefirió ignorarle, tal era su pasión. A Coligny le debió parecer más prudente no señalar que Isabel de Inglaterra era una hereje, ya que él también lo era, así como el joven príncipe de Navarra, quien estaba sentado a la mesa del rey.

Catalina de Medici se volvió a sentar y continuó comiendo. Aunque ya había cenado bastante, seguía engullendo a toda prisa, introduciendo todo tipo de dulces dentro de su boca simultáneamente. Esto pareció calmarla, por lo que intentó volver a iniciar la conversación, pero sin éxito, ya que todos los invitados a la mesa estaban callados y poco dispuestos a unirse a ella.

Poco después, Nostradamus pidió que le excusaran, alegando que necesitaba descansar para poder realizar más predicciones para la reina. Apoyado firmemente en su bastón plateado, salió por la misma puerta que le había visto entrar. Sin embargo, cuando Gaspard Coligny y el príncipe de Navarra se pusieron en pie para abandonar el salón, la reina insistió en que se marcharan como habían llegado, en secreto.

El rey Carlos, que para entonces había bebido demasiado vino, protestó:

—¿Para qué soy rey —proclamó estridentemente— si mis invitados no pueden venir e irse cuándo y cómo yo digo?

—Sería una imprudencia, mi señor —dijo su madre, cambiando el tono de reprimenda drásticamente para intentar convencer a su hijo de que hiciera lo que ella creía mejor—, y vos no sois un rey insensato. Podría resultar imprudente contrariar abiertamente a la casa de Guisa. Recordad que ellos disponen de un gran ejército de soldados y disfrutan de la lealtad de los ciudadanos de París y de gran parte de la Francia católica.

—Señor, no tengo en mente dejarme avasallar por los hombres de su recámara exterior —bromeó el príncipe Enrique—. Y, en cualquier caso, prefiero los pasadizos secretos. ¿No recordáis —se dirigió a la princesa Margot— cómo jugábamos en uno cuando éramos niños en el castillo de Blois?

Margot asintió feliz, y el color volvió a aparecer en su rostro. La niña corrió hacia adelante impulsivamente para abrazar a su primo y reposar la cabeza sobre su hombro. Enrique sonrió y le tiró del pelo entre bromas.

Me percaté de que había mencionado ese recuerdo de la niñez para mitigar la

tensión y que, a diferencia de Catalina de Medici, el príncipe de Navarra era diplomático por naturaleza.

El rey Carlos se quejó insistentemente, pero al final obró conforme a los consejos de su madre. Se descorrió una cortina junto a la cama del rey que revelaba una puerta oculta. Conducía indirectamente a un patio exterior, donde dos caballos esperaban al príncipe Enrique y a Gaspard Coligny.

Gracias a esta artimaña, era de esperar que la familia de Guisa no se percatase de su presencia en el palacio y de que se había celebrado una audiencia privada con el rey.

El rey Carlos abrazó a su primo y le despidió diciendo:

—Buen príncipe, primo de mi sangre, deseo que podamos acabar con las diferencias que nos mantienen separados.

Pero había diferencias más allá de la religión, pensé. Aunque era más joven que Carlos, el príncipe Enrique tenía los cabellos rizados y en su rostro asomaba una barba incipiente. El cabello del rey era ralo y lacio. Más alto y delgado que su primo, su silueta parecía encorvada frente a la robusta figura de Enrique. Los ropajes de ambos jóvenes acentuaban el contraste. La indumentaria formal del príncipe Enrique era de un austero gris, mientras que Carlos lucía ropas de seda amarilla que dejaban entrever pliegues de encaje en brazos y piernas. Un diamante cintilaba en una de sus orejas, y más joyas brillaban en los anillos de sus dedos y alrededor de su cuello. Sin embargo, en lugar de aparentar majestuosidad, su figura parecía fatua junto al firme porte del muchacho más joven.

—Me gustaría que pasáramos más tiempo juntos —dijo el príncipe Enrique—. Disfruté nuestro día de caza con el leopardo.

Al mencionar la cacería, el ánimo del rey Carlos se elevó.

—Fue una matanza gloriosa. Miró a Paladín y Melchior, que permanecían impassibles junto a la mesa. —Me encantaría cazar otra vez con semejante bestia.

El príncipe Enrique dirigió su mirada hacia Coligny, que le respondió inclinando la cabeza de un modo casi imperceptible. Más tarde me preguntaría si la conversación posterior había sido ensayada con antelación.

—Querido primo —dijo el príncipe Enrique—, ¿por qué no os quedáis con el leopardo mientras estéis en el sur de Francia?

—¡Una espléndida idea! —interrumpió Gaspard Coligny—. El leopardo y el muchacho podrían acompañaros en vuestras veladas de caza, señor, a medida que os desplazéis por el país con la corte. Más adelante, cuando viajéis al norte hacia París, podríamos concertar la devolución del leopardo.

Por las mejillas del rey Carlos resbalaban lágrimas de alegría.

—¡Y allí nos encontraremos y cazaremos juntos de nuevo!

Estrechó entre sus brazos a su primo en señal de gratitud.

Cuando el príncipe Enrique y Coligny se marcharon, el rey anunció su intención de retirarse a descansar. Nos concedió permiso para abandonar la estancia e hizo llamar a sus sirvientes.

—Yo me quedaré un poco más —le dijo su madre—. Tenemos cosas que hablar. Sus ojos centellearon cuando se volvió a sentar a la mesa.

Con alivio, mi padre, mi hermana y yo salimos del dormitorio del rey. No sé con exactitud qué pasaba por la cabeza de mi padre, ya que nunca tuve oportunidad de preguntárselo, pero sabía que, en lo que a mi respectaba, me complacía gratamente abandonar ese lugar de intriga y engaño.

CAPÍTULO 13

A la puesta de sol del día siguiente, toda la corte sabía que el príncipe hugonote de Navarra y el almirante Gaspard Coligny, el cabecilla no oficial de los protestantes franceses, habían cenado en privado con el rey Carlos.

—Todo el mundo lo sabe —le dije a Chantelle esa tarde, cuando ensayábamos con mi padre nuestro repertorio en el jardín.

—Está en boca de todos, desde las cocinas hasta las alcobas.

—Os rogaría que no hablarais así, Mélisande —dijo mi padre, mostrando su desaprobación—. Tales expresiones os hacen parecer una lavandera chismosa.

—Lo siento, papá —dije—. Pero ¿cómo puede ser que todos conozcan lo que la reina regente deseaba mantener en secreto?

—Tenéis mucho que aprender de la vida de la corte —respondió mi padre—. El rey no puede orinar en su real orinal sin que el mundo sepa su contenido dos minutos más tarde.

—Armand dice que todos los nobles tienen una red de espías —dijo Chantelle.

—Y hasta los espías tienen espías —dijo mi padre entre risas. Se puso en pie y señaló al noroeste—. En esa dirección, más allá de Toulouse, se encuentra la isla de Bressay. Cuando contraigáis matrimonio, Chantelle, y estéis a salvo con Armand, me llevaré a Mélisande allí para que se tome un respiro de este ambiente contaminado.

A lo lejos, se oyó el sonido de los rápidos cascos de un caballo, seguidos de gritos en el patio junto a la puerta principal de palacio. Mi padre se acercó al muro y miró hacia abajo.

—Seguro que es otro mensajero que porta malas noticias —dijo de modo pesimista.

De repente, escuchamos la atronadora voz del cardenal de Lorena.

—¡Qué atrocidad! —gritó—. ¡En el santísimo nombre de Dios! ¡Esto es un sacrilegio!

Entonces oímos el estrépito de más caballos, seguido de gemidos y sollozos de mujeres. Chantelle y yo nos apresuramos a ver lo que causaba tal conmoción. Un grupo de monjas había accedido al patio, escoltadas por algunos campesinos y ganaderos. Sus hábitos estaban ensangrentados y desgarrados. Les habían arrancado las tocas de la cabeza y sus cráneos mal afeitados mostraban magulladuras y cortes. Se apiñaban en un grupo, llorando de la forma más lastimosa, rompiendo en sollozos

cada vez más sonoros, mientras varios carromatos rodaban tras ellas hacia el centro del patio, con un cargamento compuesto por los cadáveres del resto de su comunidad.

—¡Dios bendito! —exclamó Chantelle santiguándose.

Hombres y mujeres salieron corriendo del palacio. El cardenal de Lorena avanzó con apremio hacia las monjas y las bendijo, reconfortándolas una a una. A continuación, se remangó la túnica y trepó al primer carromato. Ignorando los charcos de sangre, comenzó a administrar el último sacramento a los cuerpos que allí yacían.

Unos minutos después, el duque de Guisa se acercó al trote desde los establos a la cabeza de una columna de soldados. Iban completamente armados, y se detuvieron únicamente para dialogar con el cardenal antes de atravesar galopando la puerta del palacio.

Mi padre frunció el entrecejo y murmuró para sí mismo:

—Mala suerte correrán los hugonotes que se crucen en su camino hoy.

Cuando los soldados regresaron, ya había anochecido. Estábamos tocando discretamente tras la silla del rey durante la cena en el salón principal cuando la puerta se abrió con estrépito. Los soldados del duque arrastraron a dos hombres hasta la sala y los lanzaron al centro, donde cayeron de rodillas.

—Hemos capturado a dos herejes asesinos —informó el duque de Guisa— y los hemos traído aquí para que el rey los juzgue.

El rey Carlos se levantó ligeramente de su asiento.

—Es una impertinencia por vuestra parte —dijo—. Estoy cenando. Celebraré el juicio mañana. O... o cuando me plazca...

Al decir estas últimas palabras, el volumen de su voz disminuyó. Su madre le tiró de la manga. El muchacho intentó apartar su mano, pero ella insistió.

—Al menos fingid escucharles —aconsejó a su hijo.

El cuerpo del rey aún estaba debilitado, por lo que el monarca no podía ponerse en pie sin apoyo. Volvió a retrepase en la silla.

—Escucharé lo que tenéis que decir —dijo, y nos hizo una señal para que dejáramos de tocar.

El duque de Guisa indicó los agravios cometidos por los hombres.

—Estos hombres son hugonotes —afirmó—. Hoy es domingo. Les espiamos cuando celebraban el culto con otros hombres en un granero. A los hugonotes no se les permite hacerlo en domingo. Además, sólo se les permite reunirse para rezar en sus propios hogares y éstos se encontraban en un lugar público. Este granero está próximo al convento del Niño de la Esperanza, donde las santas hermanas fueron masacradas y violadas.

—El granero donde orábamos es de mi propiedad y está a más de treinta

kilómetros del convento del Niño de la Esperanza —dijo a modo de defensa uno de los prisioneros, desde su posición arrodillada—. Dono trigo a las hermanas de la congregación. No les procuraría más daño que el que deseara para mi esposa y mis hijos. Mi esposa y mis hijos —añadió, con la voz rota por el dolor—, a los que vuestros soldados asesinaron sin piedad.

—¡Veinte monjas han sido masacradas! —dijo el duque de Guisa elevando la voz—. Este hombre tiene sangre en la manga.

—En el lugar en que me heristeis con vuestra espada, señor. Lo que veis es mi propia sangre. ¿Podéis traer a las monjas aquí y preguntarles si fuimos nosotros sus agresores?

El duque de Guisa avanzó hacia el prisionero y lo abofeteó.

—¿Cómo osáis venir con exigencias, perro miserable? ¿Creéis que traeríamos a esas santas mujeres, mujeres a las que habéis violado, a vuestra presencia? Su mera petición es vergonzosa e indica vuestra culpabilidad.

En ese momento, el otro prisionero, un muchacho de unos quince años, habló:

—Somos inocentes —dijo—. Pero permitidme que os recuerde: «La venganza es mía, dijo el señor».

—No buscamos venganza.

El cardenal de Lorena avanzó hasta el lugar en que se encontraba su sobrino.

—Los católicos de Francia desean que se haga justicia. La justicia del rey.

El rey juzgó a los reos al día siguiente. Los dos prisioneros serían quemados en la hoguera. Se convocó a todos los miembros de la corte y dignatarios extranjeros. Se dispuso que Throckmorton, el embajador inglés, ocupara un asiento próximo a la reina regente. Catalina de Medici se había vestido como si el acontecimiento se tratara de un importante asunto de estado, con un collar de pesadas joyas y una capa larga de piel de armiño blanca que envolvía su cuerpo. Su vestido de viuda de tafetán negro se realzaba con un amplio cuello de encaje almidonado que se desplegaba por detrás de su tocado para enmarcar su rostro, lo que le proporcionaba un aspecto majestuoso. Se había convocado para el acto al verdugo de Carcassonne. La reputación de este hombre era de una crueldad extrema, y así lo demostró aquel día en el patio del Palacio de Cherboucy. No estranguló a los prisioneros compasivamente antes de la quema, sino que les sacó las entrañas mientras estaban atados al madero antes de acercar la antorcha a la hoguera.

Sus gemidos y gritos se podían oír por encima del ruidoso murmullo de la muchedumbre. Mi padre nos mantuvo alejadas de la gente que se empujaba para ver con claridad las ejecuciones.

—No creo que nadie piense que estos hombres son culpables del asalto a las monjas —le susurré a mi padre—. Entonces, ¿por qué el rey les condena a muerte?

—Lo más probable es que la madre del rey, Catalina de Medici, le haya aconsejado que lo haga para apaciguar a la facción católica que la cree confabulada con los protestantes —me contestó mi padre—. Quizá también desee demostrarle de lo que es capaz a Throckmorton, el embajador inglés que la ofendió. Incluso es posible que haya pensado que la delicada salud de su hijo le impediría cazar en los próximos días y que necesitaría otra diversión con la que ocupar su mente.

Recordé cómo se había regocijado el rey Carlos al ver al leopardo desgarrar la garganta del venado vivo.

—¿Quién sabe? —prosiguió mi padre—. Debemos acelerar el matrimonio de Chantelle junto a Ferignay estará protegida y, una vez celebrada la ceremonia, vos y yo partiremos a la isla de Bressay.

¿Por qué teníamos que partir? ¿Qué debíamos temer? No habíamos hecho nada malo.

La reacción a este acto de barbarie fue multitudinaria. El rey de España, que apoyaba la causa católica, aplaudió a Francia por tratar con agilidad y determinación el problema con los herejes. La reina Juana de Navarra dirigió a la corte francesa una carta formal, aunque furiosa, en la que preguntaba por qué se había negado un juicio a los prisioneros si los hugonotes disfrutaban del amparo total de las leyes de Francia.

Se dice que Catalina de Medici respondió a estas misivas reales con un simple: «Católicos y protestantes ponen a prueba mi paciencia a diario». Alegando que su estado de salud, era delicado, el rey Carlos se retiró a sus aposentos. Se creía que era un pretexto para evitar recibir un aluvión de mensajes apoyando o condenando sus acciones. Sin embargo, estas maniobras políticas no disuadieron los planes de boda de Chantelle.

—Papá me ha dado permiso para pasear con Armand con motivo de la celebración de nuestro compromiso oficial —me dijo Chantelle una tarde—, pero no puedo ir sola. Me acompañarás como carabina.

Nos abrazamos y reímos. ¡Yo! ¡Carabina de mi hermana! Fingí tomarme mis obligaciones muy en serio.

—Debéis cubriros la cabeza con un velo —le exigí—. ¡Y mirad vuestro vestido! Es muy atrevido. ¿Quién creéis que sois? ¿La duquesa Marie-Christine?

Chantelle tiró de su vestido hacia arriba para ocultar la uve de su escote.

—Así está mejor —le informé con remilgo. Extendí el brazo—. Ahora podemos partir y reunimos con vuestro pretendiente.

Armand estaba esperando bajo uno de los arcos del patio. Avanzó con premura cuando nos vio aproximarnos.

—Quiero llevaros a un sitio, Chantelle. —Dicho esto, me dedicó una pequeña reverencia—. Si me lo permite la señorita carabina.

Asentí, disfrutando plenamente del nuevo poder que se me había conferido.

Armand nos condujo por el patio principal del palacio, atravesando el edificio de las caballerizas. Junto a la puerta abierta de un pesebre se alzaba un hombre de avanzada edad. Era el profeta Nostradamus. Estaba esperando mientras amarraban las alforjas a su caballo. Estaban repletas de libros y papeles, pero vacías de ricos ropajes o joyas. Para un hombre que gozaba el respeto de Catalina de Medici, la reina regente de Francia, viajaba sin graneles comodidades.

—Mélisande —dijo.

Me detuve. Armand y Chantelle siguieron caminando como si no hubieran, oído nada. Les miré. Mi obligación era acompañarles. No debía distraerme, aunque...

Miré al profeta.

—Me preguntaba —dijo— si os importaría decirme vuestra edad.

—He cumplido los trece años, señor —respondí.

—¿Y el día y el mes de vuestro nacimiento?

—El decimoquinto día de enero.

—¿Es posible? —murmuró estas palabras en un tono tan bajo que apenas pude oírlas. Entonces prosiguió, hablando en voz alta—: Cinco veces tres hace quince, y enero marca el comienzo del año, el mes número uno.

—Sí —dije, porque no podía contradecirle, pero me sentía algo incómoda allí parada, por lo que le pregunté:

—¿Os marcháis?

—El rey y la reina regente me han concedido permiso para regresar a mi hogar en Salon —me contó.

Deseaba alejarme de su presencia por todos los medios. Bajo la brillante luz primaveral, sus predicciones y la intranquilidad que habían sembrado en mí me parecían remotas. Además, Chantelle y Armand ya estaban prácticamente fuera de mi vista y no sabía adonde nos conducía el joven.

—Vuelvo a mi hogar en Salon —repitió—. Salon, que está en la región de Provenza.

—Os deseo un buen viaje, señor —dije, y corrí para alcanzar a mi hermana y su prometido.

Se habían dirigido a una plaza adoquinada más pequeña y de menor uso.

Avanzamos a la torre más cercana y entramos a través de una puerta de madera. Ascendimos por la escalera de caracol hasta que, por fin, en la planta superior, Armand abrió la puerta con un gesto triunfal.

—Hablé con el jefe de la casa real y nos ha concedido estas habitaciones para hacer de ellas nuestro hogar.

—Me parece tan egoísta que pensemos en nuestras nupcias cuando el rey se encuentra enfermo... —dijo Chantelle.

—Los médicos le han diagnosticado una fiebre común, nada más —nos contó Armand—. Aunque mi señor dice que el linaje de los Medici ha contaminado la sangre real de Francia. Culpa a la reina regente de la débil salud del rey y de sus hermanos menores.

Nadie advirtió el hecho de que la hermana del rey Carlos, la princesa Margot, gozaba de un estado de salud óptimo. Me daba la impresión de que se culpaba a Catalina de Medici por las afecciones que afectaban a la familia, pero que no se

premiaba ninguno de sus méritos. Sin embargo, aquella tarde la salud del rey de Francia nos importaba bien poco. Estábamos muy ocupados explorando las dos habitaciones que se convertirían en el primer hogar de Armand y Chantelle. La recámara interior era muy pequeña, pero suficiente, como señaló Armand, para alojar una cama.

—He pedido un colchón de lana y he encargado a un carpintero que fabrique una plataforma para la cama. Dispondremos de ellos en los próximos días.

Chantelle inclinó la cabeza y se sonrojó. Me dirigí a la ventana y miré hacia abajo. La altura me provocó una sensación de vértigo. Abajo se encontraba el establo, donde las diminutas figuras de los herreros y los mozos de cuadra se desplazaban de aquí para allá para atender a los caballos.

—Seré la doncella de la torre —dijo Chantelle sumida en una ensoñación, mientras se acercaba a observar el paisaje desde la ventana.

—Y yo seré tu príncipe —murmuró Armand, posando sus labios sobre el pelo de mi hermana.

Me retiré discretamente a la habitación exterior y los dejé solos. Mi comportamiento no era el adecuado para una carabina, pero pronto estarían casados y sabía que se podía confiar a ciegas en Armand.

La ventana de esta habitación era mucho mayor. Desde aquí, podía ver la ciudad doblemente amurallada de Carcassonne, con sus torres y almenas. Entre ella y nosotros se extendía la campiña del Languedoc: bosque, tierras de cultivo y ríos. Para mí, mi hermana era una princesa, y me parecía apropiado que contrajera matrimonio en la tierra natal de nuestra madre, cuna de gentes independientes que compartían una noble historia. Decidí que les escribiría una balada como obsequio para su boda. Contaría el romance de Armand y Chantelle en forma de tensón, una composición cantada a dos voces en versos alternos.

Les imaginé allí, sentados junto a la ventana; Chantelle rasgueando su lira y cantando con su bella y melodiosa voz, y él observándola con los ojos y el corazón llenos de amor.

Las palabras se presentaban ante mí y se ligaban al paisaje que me rodeaba, la naturaleza y sus dones, viñas y hierbas, y el canto de los pájaros entonando el nombre de mi hermana.

Armand hablaría primero y Chantelle le respondería.

«—*Oh, dama en vuestro cenador,
¿qué observáis
desde la torre
con ojos de añoranza?
—Veo a un elegante caballero*

*que cruza la muralla de la ciudad
y avanza cabalgando hasta aquí
para reclamar mi corazón».*

Mis dedos tamborilearon en el antepecho de la ventana, casi movidos por una fuerza invisible. Quería escribir la canción inmediatamente, antes de que de mi mente la olvidara. Me agité nerviosa, impaciente por marcharme de allí. Necesitaba un instrumento, algo para atrapar la melodía y que no se perdiera entre mis pensamientos. Atravesé la habitación, golpeé la puerta y la abrí. Los jóvenes estaban junto a la ventana, entrelazados en un abrazo.

Armand se retiró de un salto. Reí al descubrir la incomodidad que causaba en el apuesto caballero la mera presencia de una muchachita.

El rostro de Chantelle rezumaba amor.

Cuando pienso en mi hermana ahora, ésa es la imagen que intento recuperar de mi memoria, evitando el otro sombrío recuerdo que me acompaña. Ese día es el que deseo recordar, cuando estaba segura y feliz en los brazos de su amado.

CAPÍTULO 15

Durante la siguiente semana, mientras papá formalizaba el contrato de matrimonio y organizaba la ceremonia, Chantelle y yo nos mantuvimos ocupadas amueblando su nido de amor.

Compré unos retales de muselina y juntas cosimos unas cortinas para las ventanas de las habitaciones de la torre. El conde de Ferignay les obsequió con una mesa y dos sillas; los amigos de Armand compraron para la pareja una pequeña cocina. Mi padre les regaló una cómoda de roble y una estera para tenderse, y procuró que todo estuviera preparado la mañana del día de la boda de Chantelle.

Mi hermana quería salir de la torre hacia el lugar de la ceremonia. Aunque habíamos rogado a nuestro padre que nos dejara pasar la víspera de las nupcias allí, él nos lo había prohibido estrictamente. Por lo tanto, Chantelle y yo tuvimos que madrugar mucho el día de su boda y transportar su vestido y el resto de adornos desde nuestra habitación en la parte principal del palacio. En camisón y envueltas en nuestras capas de viaje, reíamos mientras íbamos y veníamos atravesando el patio. En uno de estos trayectos, me adelanté y corrí al jardín para recoger un ramillete de las artemas que allí crecían. Eran el símbolo del amor de Chantelle y quería trenzarlas en las cintas de su cabello.

Mi nuevo amigo, el pequeño pinche de la cocina, nos trajo una palada de ascuas calientes para la cocina, donde calentamos un poco de agua. Nos quitamos los camisones, temblando por el frío de la mañana. A continuación, nos bañamos la una a la otra antes de prepararnos para el acontecimiento.

Chantelle deslizó el vestido de novia sobre su cabeza y yo adorné su cabello con una corona formada por numerosas trencitas, atándolas con lazos blancos y entrelazándolas con las flores silvestres rosas. Dejé caer la mata de oscuro pelo brillante de mi hermana sobre sus hombros, donde se rizó en bucles sobre el delicado bordado de su vestido.

—Estáis tan hermosa que me duele el corazón —le dije.

Chantelle se dirigió al dormitorio y esparció el resto de las flores sobre su cama nupcial. A continuación, abrió la ventana. Las cortinas de muselina flotaron en la brisa que soplaba desde las llanuras. Chantelle me abrazó fuertemente.

—No estaremos separadas —me juró—. Vendrás a visitarme a menudo cuando viaje con la corte. Pediré a Armand, mi esposo, que ordene a papá que lo permita.

Las dos nos reímos de esto; Chantelle superaría en rango a mi padre en su nueva posición de esposa de un vasallo.

Me prometió que, en cuanto quedara encinta, vendría a la isla de Bressay y pasaría el embarazo conmigo. Nos cogimos de las manos y salimos a la habitación exterior.

Allí nos esperaba el conde de Ferignay. Divisé también a su guarda personal, Jauffré, en la puerta de entrada.

—Pero, señor... —dijo Chantelle sorprendida—. Se dispuso que fuera mi padre quien me acompañara hasta el lugar de la ceremonia. Además, las nupcias no se celebrarán hasta dentro de una hora.

—No he venido para acompañaros a vuestra boda, muchacha. Vengo para reclamar lo que me pertenece por ley, el derecho de pernada.

—¿Cómo?

Chantelle había palidecido.

—Me lo habría cobrado anoche si vuestro fastidioso padre no se hubiera asegurado en todo momento de que la puerta de vuestros aposentos estuviera cerrada a cal y canto.

—No lo entiendo.

Chantelle observaba desesperadamente la puerta, desde donde Jauffré vigilaba con mirada lasciva.

—Yo creo que sí —replicó el conde—. Es posible que vuestra hermana sea más ignorante, pero vos tenéis suficiente experiencia para saber que es derecho de un señor reclamar a la esposa del vasallo en la víspera de su boda.

—Señor, debéis de estar bromeando.

Ahora la voz de Chantelle temblaba de miedo.

—No, en absoluto. Aunque creo que pretendéis encender mi pasión con vuestra pretensión de inocencia.

—¡Por supuesto que no! —gritó Chantelle. Y éste fue el grito que me hizo reaccionar cuando me di cuenta de que ese hombre pretendía abusar de mi hermana de la forma más deshonrosa.

—Iré a buscar a mi padre —dije. Corrí hacia la puerta, pero Jauffré entró en la habitación y me agarró bruscamente por las muñecas.

—Sed razonable —le pidió el conde de Ferignay a mi hermana—, y no será necesario que os haga daño.

—¡No me someteré a vuestra voluntad! —exclamó Chantelle.

—Lo harás —afirmó el conde.

—¡No lo hará!

Armand Vescault apartó de un codazo a Jauffré y entró en la habitación.

—¡Armand! —gritó Chantelle e intentó acercarse a él.

El conde de Ferignay la agarró del brazo; al hacerlo, rasgó su vestido. La empujó con violencia a un rincón de la habitación y extrajo su espada de la funda. Armand estaba desarmado, pero no dudó. Corrió para proteger a Chantelle y se colocó entre la espada y la joven.

—No tenéis por qué hacer esto —dijo a Ferignay—. Hay muchas otras mujeres en la corte para quienes sería un honor satisfaceros. Dejadnos en paz a mí y a mi prometida, os lo ruego.

—¡Apartaos de mi camino! —gruñó el conde—. No aceptaré órdenes de un simple vasallo.

Jauffré se había adelantado para proteger a su maestro, por lo que vi la oportunidad perfecta para escaparme y buscar ayuda. Volví a correr hacia la puerta, pero el hombre era más rápido que yo y me atrapó, agarrándome por el pelo.

Chantelle y yo chillamos al unísono. Armand se abalanzó sobre Ferignay y, gracias a su mayor fuerza y rapidez, consiguió arrebatarse la espada antes de que pudiera elevarla para asestar un golpe. Armand dejó caer la espada y forcejeó con el conde.

Jauffré me lanzó a una silla con tal fuerza que me desplomé con ella y caí al suelo, medio conmocionada.

—¡Huid! —gritó Armand—. El juglar goza del favor del rey. ¡No permitirá este sacrilegio con su hija!

—¡Matadle! —gritó Ferignay a Jauffré—. Matadle. ¡Ahora!

Y Jauffré sacó la daga de su cinto y la hundió hasta la empuñadura en la espalda de Armand. El joven avanzó haciendo eses, aferrándose a la cintura del conde. Pero no quedaba un atisbo de fuerza en él, y el conde se lo quitó de encima con facilidad.

Había sangre, mucha sangre, que se extendía por la espalda de la camisa blanca de Armand. Cayó sobre su rostro y la sangre seguía manando. Cubría la cara de Armand; salía de su boca.

—Le habéis matado —gimió Chantelle, y corrió, se arrodilló y levantó la cabeza de Armand intentando abrazarle. Una enorme mancha de la sangre de su amado se filtró en el vestido blanco de novia de Chantelle, tiñéndolo de carmesí.

—Ése era mi deseo —afirmó el conde. Se acomodó la ropa y se dirigió a Chantelle—. Y ahora satisfaré mi voluntad.

—Armand está muerto.

Chantelle elevó la cabeza y me miró.

—Armand está muerto. Mélisande, ¿qué debo hacer?

—Os he dicho lo que debéis hacer.

El conde se quitó el cinto y lo dejó sobre la mesa. Estaba temblando, pero ahora parecía más decidido a continuar con su malvado propósito.

Chantelle le observaba fijamente. Parecía volver en sí. Volvió a mirar a Armand y

de nuevo al conde.

—Sí —dijo—. Ya sé lo que debo hacer. ¿Me concederíais un momento con mi hermana?

Yo no entendía lo que Chantelle estaba diciendo. Me dolía tanto la cabeza que no podía ponerme en pie. Chantelle se acercó a mí. Se inclinó y me besó en el rostro.

—Adiós, mi querida Mélisande —susurró, deslizando los dedos por mi mejilla—. Hasta siempre, hermana del alma.

Levanté la cabeza y observé cómo Chantelle avanzaba tranquilamente hacia el dormitorio. No era posible que fuera a entregarse a ese demonio. Conocía a mi hermana mejor que ninguna otra persona en el mundo. Hablábamos y compartíamos secretos. Era mi hermana, pero también una buena amiga, y, cuando mi madre nos dejó, fue como una madre para mí. Su corazón era puro. Aunque no era tan impulsiva y temeraria como yo, era valiente a su manera.

¿En qué estaba pensando? No había ningún arma en esa habitación con la que poder defenderse. Ni mesas ni sillas. No había nada allí dentro; sólo la cama y la ventana.

La ventana.

—¡Chantelle! —grité—. ¡Chantelle!

CAPÍTULO 16

Avancé a gatas hasta el dormitorio. La habitación estaba vacía. La cortina de muselina ondeaba ante la ventana abierta. Me asomé a la ventana y miré hacia abajo. A lo lejos divisé el cuerpo de mi hermana, que yacía roto sobre los adoquines. No debió gritar mientras caía porque no había nadie junto a ella. Pero sí había alguien gritando. Me percaté de que era yo la que chillaba. Me llevé el puño a la boca y me mordí los nudillos.

Oí pasos en la habitación. Me giré. El conde de Ferignay estaba detrás de mí. Durante un breve momento, pensé que iba a empujarme al vacío pero, entonces, se dio la vuelta repentinamente y se marchó. Le escuché dar órdenes a su guarda personal.

—Recoged el cuerpo de ese joven idiota y sacadlo de aquí antes de que esa bruja ponga en pie a todo el palacio.

Me giré hacia la ventana y me incliné sobre el marco. La gente comenzaba a congregarse junto al cuerpo de mi hermana y miraba hacia arriba. Empecé a balancearme hacia delante y hacia atrás.

—Chantelle, Chantelle —gemí. Entonces vi claro lo que debía hacer. Me aferré a ambos lados del marco de la ventana y comencé a trepar. Me habría lanzado tras de ella si alguien no me hubiera agarrado. Intenté zafarme con todas mis fuerzas. Mordí, arañé y pateé al hombre que intentaba detenerme, el que creía su asesino, sólo para descubrir que era mi padre el que me asía entre sus brazos.

—Mélisande —me abrazó con firmeza hasta que me tranquilicé—. Un joven pinche llamó a golpes a la puerta de mis aposentos y me dijo que viniera cuanto antes. ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está Chantelle?

No le respondí. Sólo me eché a llorar y señalé a la ventana. Una mueca de horror se reflejó su rostro. Me apartó a un lado y asomó la cabeza. Su cara estaba pálida cuando se dio la vuelta. Temblaba y no podía pronunciar palabra.

—¿Qué ha ocurrido? —susurró—. ¿Fue un accidente?

—Un accidente no —tartamudeé—. Un accidente no. La muerte de Chantelle es obra del conde de Ferignay. Vino aquí para reclamar su derecho sobre el cuerpo de mi hermana como señor de Armand. Su prometido murió intentando defenderla, apuñalado por el hombre de confianza de Ferignay y por órdenes del propio conde. Cuando esto ocurrió, Chantelle se arrojó por la ventana. ¡Asesinato! —grité,

golpeando el pecho de mi padre con los puños—. ¡Asesinato!

Mi padre me rodeó el hombro con su brazo y me condujo fuera de la habitación. Descendimos la escalera de caracol, la misma que Chantelle y yo habíamos subido tan alegremente hacía sólo una hora. Salimos al patio y vi el rostro aterrorizado del pequeño pinche entre la muchedumbre que nos abría paso conforme avanzábamos.

El médico del rey, Ambroise Paré, se encontraba junto al cuerpo de mi hermana.

—Me temo que ha fallecido —informó a mi padre—. Espero que os reconforte saber que fue una muerte rápida. Se rompió el cuello en la caída.

—Os lo agradezco, señor —respondió mi padre en un tono monótono. Buscó en su bolsa una moneda, puesto que era costumbre pagar al médico que ofrecía sus servicios en caso de fallecimiento.

Monsieur Paré colocó su mano sobre la de mi padre.

—No hay nada que pagar, juglar. Guardad el dinero para el funeral de vuestra hija. Tendréis que enterrarla sin demora por el riesgo de una posible epidemia de peste.

Ni siquiera tuvimos la satisfacción de saber que Chantelle y Armand yacerían cerca el uno del otro en sus tumbas. No se encontró rastro alguno del cuerpo de Armand.

El conde de Ferignay afirmó que Armand Vescault había desaparecido la mañana del día de sus nupcias. Dijo que su vasallo le había contado que había cambiado de opinión acerca de contraer matrimonio con una dama de tan humilde cuna. Había visto a Armand salir a caballo del palacio. Sugirió que Chantelle, incapaz de soportar la humillación, se había suicidado tirándose desde la ventana de la torre.

No tuvimos noticias de esto hasta nuestro regreso del lugar donde habíamos enterrado a Chantelle.

—Iremos a pedir justicia al rey —dije a mi padre.

Él corría de un lado a otro de nuestros aposentos en palacio, guardando partituras en una cartera y nuestra ropa en alforjas.

—Debemos partir antes de que amanezca un nuevo día —dijo.

—¿Partir? —pregunté. Observé la habitación que Chantelle y yo habíamos compartido y de la que habíamos salido exultantes de felicidad aquella misma mañana.

Nuestro costurero, del que colgaban los brillantes hilos que habíamos utilizado para bordar el vestido de novia de Chantelle, estaba abierto. La pluma reposaba sobre unas notas abandonadas en el escritorio. Era la partitura en la que había comenzado a escribir una canción nupcial para Chantelle y Armand como obsequio de boda.

—No podemos marcharnos hasta que el conde de Ferignay sea juzgado por los asesinatos de Chantelle y Armand.

—No habrá juicio sin testigos.

—Habr  quien testifique.

— En contra de Ferignay? No lo creo.

—Yo misma soy testigo de lo que ocurrió.

—Mélisande —dijo mi padre con firmeza—. Abandonaremos el palacio en una hora.

— Pap ! —grit , indignada por lo que consideraba la debilidad de mi padre—.  Pap !  Es que no amabais a Chantelle?

Al escuchar estas palabras, mi padre ech  a llorar.

—La adoraba. Al igual que a vos. Y es este amor el que me dice que debemos partir.

— Qu  tiene que ver vuestro amor por mí con nuestra partida?

—Mélisande —dijo con desesperación—, las complejidades de la vida cortesana son demasiado tortuosas para tu entendimiento.

Patale  rabiosa por sus palabras.

—Ya no soy una niña. Soy una mujer, y si segu s pensando en huir, me ver  obligada a ir yo misma a demandar justicia al rey.

— No!  No debéis hacer eso!

— Lo har ! —grit , presa de un ataque de histeria—.  Lo har !  Lo har !  Lo har !

Entonces, mi padre hizo algo que no había hecho nunca antes. Me abofeteó.

Ca  de espaldas, con ambas manos sobre el lugar surcado por su mano.

— No veis que ahora est is en peligro?

Negó con la cabeza, incapaz de responder. Mi padre ajustó las correas de las alforjas.

—Ir  a ver al tesorero real y le pedir  el dinero que se me debe. Tendr  suerte si recibo al menos la mitad, pero eso bastará si es suficiente para permitirnos llegar a la isla de Bressay. Mientras permanezco fuera, deberéis atrancar la puerta, Mélisande, y no dejaréis entrar a nadie. Quitaos ese vestido y poneos ropas adecuadas. Llevar is vuestra capa de viaje y la mandolina, nada más. Ir  al establo a preparar mi caballo y amarrar las alforjas. Después volver  a por vos y abandonaremos el palacio con la mayor discreción al anochecer.

Recogió la cartera y las alforjas, y salió de la habitación. Me sent  en el borde de mi catre. Estaba demasiado agotada para llorar. Mi padre estaba traicionando a mi hermana y a Armand, y no había nada que yo pudiera hacer. Debía obedecerle. Cogí mi mandolina y la introduje en la bolsa de transporte de gamuza. Después busqué por toda la habitación la capa de viaje. Recordé que estaba en la torre. Si quería estar lista para partir con mi padre a su regreso, debía ir a buscarla sin demora.

Me acerqué a la puerta. Entonces, vacil . Me gir , extraje las largas tijeras de nuestro costurero y las ocultó en la pretina de mi vestido. A continuación, abrí la

puerta de la habitación y salí con cautela de los aposentos.

El palacio estaba en silencio, ya que los cortesanos se habían reunido para la cena en el salón principal. Atravesé el patio y me dirigí a la habitación del torreón. La capa descansaba junto a la silla. La cogí rápidamente y la metí en la bolsa que contenía mi mandolina. Me la colgué del hombro y me apresuré a bajar las escaleras de la torre, puesto que sentía que la tristeza se apoderaba de mí en cada segundo que pasaba en esas habitaciones.

Accedí al edificio principal del palacio y entré en el primer pasillo. Algo me obstruía el paso. La figura de un hombre se cernía sobre mí.

Era el conde de Ferignay.

CAPÍTULO

17

—Dejadme pasar —dije.

El odio que sentía por ese hombre era tal que ya no tenía miedo de él.

—Tenemos que hablar, vos y yo.

Miró a un lado y a otro del pasillo. Al ver que nadie observaba, me agarró del brazo y me arrastró a una alcoba cercana. Me miró de arriba abajo.

—A falta de la hermana mayor, creo que vos me serviréis.

—No sé lo que pretendéis —dije—. Dejadme ir.

Me mantenía presa por el brazo y ahora me zarandeaba bruscamente.

—No tenéis formas. Vuestro rostro carece de atractivo. Sois mucho más atrevida y obstinada de lo debido en una muchacha, pero mi fusta pronto acabará con vuestra testarudez —el conde dejó escapar una carcajada—. Puede que incluso disfrute domándote.

—¿Qué queréis de mí?

Me esforzaba por comprender lo que buscaba ese hombre.

—Sé que deseabais a mi hermana. Cuando os la presentaron, vi cómo la mirabais.

—No os negaré que habría sido un incentivo hacerla mía, pero un hombre tan endeudado como yo no puede permitirse ser exigente.

—¿Me queréis a mí?

Le miré fijamente.

—¿No creeréis que os quiero por vuestras virtudes, estúpida? —dijo—. Es vuestro patrimonio lo que me interesa. Concedí mi permiso a mi vasallo para que contrajera matrimonio con vuestra hermana para quedarme con las tierras. Armand Vescault era tan inocente que se las habría confiscado con bastante facilidad una vez casados. Desafortunadamente, mi apetito superó a mi buen juicio esta vez. Vuestra hermana era particularmente hermosa, a diferencia de las meretrices pintarrajeadas de la corte que cansaban mi paladar.

La rabia recorría mi cuerpo mientras le oía hablar de Chantelle de esa forma. Con un rápido movimiento, me liberé de la garra que me oprimía el brazo, pero él se desplazó ágilmente por la alcoba y me bloqueó el paso.

—Ésta es la situación —dijo—. En ausencia de vuestra hermana, todos los bienes pasarán a vuestras manos cuando os caséis. La isla de Bressay ofrecería abundantes ingresos a cualquiera que pudiera administrar las tierras con más astucia que vuestro

padre. Parece no darse cuenta de que los campesinos deben trabajar la tierra en beneficio de su señor y no del suyo propio. Envié a mis hombres a la isla cuando vuestro padre la mencionó por primera vez como dote de vuestra hermana. Vos y yo nos casaremos. Me quedaré con vuestras tierras, lo que me ayudará a saldar mis deudas y obtener unos ingresos adicionales.

No podía creer tal insolencia, pero comencé a percatarme de que hablaba muy en serio y de que me hallaba en grave peligro. Si pidiera socorro, ¿quién me rescataría? No se oía movimiento en el pasillo. Los cortesanos estarían cenando en el gran salón. Aunque me oyeran gritar, ninguno de los criados se atrevería a interferir en los asuntos de un noble, especialmente de uno con vínculos a la casa de Guisa.

—Vuestra esposa está viva —dije.

Quizá si le entretuviera, mi padre regresaría a nuestra habitación, no me encontraría y vendría a buscarme.

—Por ahora —replicó Ferignay—. Agoniza, pero *monsieur* Paré ha dicho que no durará más de un día o dos. Podremos casarnos dentro de una semana.

—No me casaré con vos —dije.

—No os dejaré elección.

Se abalanzó sobre mí. Pero había recordado las largas tijeras que ocultaba en mi pretina, y las tenía en la mano. Mi vestido se rasgó cuando me agarró, pero ya tenía la punta de las hojas en su garganta.

—Hay una vena aquí —jadeé—. Si clavo las tijeras, os desangraréis hasta la muerte antes de poder pedir ayuda.

—No lo harás —dijo, pero el tono de su voz era vacilante.

—Sí que lo haré —afirmé con rotundidad.

Y en ese mismo segundo lo habría hecho, para vengar la muerte de mi hermana, entre otros muchos motivos. Debió vislumbrar este propósito en la firmeza de mi voz, ya que dijo en un tono conciliador:

—Escuchadme. Estáis actuando de modo irracional. Si me matáis, encontrarán el cuerpo y seréis ahorcada, y es muy probable que vuestro padre también, porque creerán con toda seguridad que ha influido en vuestro comportamiento.

Debió sentirme titubear, puesto que prosiguió más confiado.

—Podemos hacer un trato, vos y yo. Casaos conmigo y os dejaré en paz. Tengo suficientes amigas y vos podréis tener vuestros propios acompañantes, siempre que seáis discreta. Viviréis segura con vuestro padre junto a un poderoso señor que os proteja. De lo contrario, os convertiréis en una asesina. Ambos seréis fugitivos y se os perseguirá. Pensad en ello.

Comencé a reflexionar sobre lo que Ferignay había dicho. Si me casaba con él, mi padre y yo estaríamos protegidos frente al mundo. Tenía razón; si le mataba, nunca escaparíamos de palacio. Recordaba el castigo que los miembros de la casa de Guisa

habían dispuesto para los dos granjeros hugonotes, que no habían hecho otra cosa que cantar alabanzas a Dios según sus propias costumbres.

—Incluso os dejaré tocar vuestra estúpida música —añadió Ferignay—, si se os antoja. A vos y a la cosa vaga e inútil que es vuestro padre.

Mi zozobra se esfumó. Quizá mi padre fuera modesto, bebedor y aficionado al juego, pero no vago ni inútil. Su alma estaba llena de amor por la vida, y por la música. Al igual que la mía.

—No —dije—. Nunca me casaré con vos.

Pero me había distraído y el enemigo se aprovechó inmediatamente. Sus dedos reptaron alrededor de la mano que sostenía las tijeras. Y me agarró de la muñeca.

—Haréis lo que os diga, señorita. Quizá si me prometéis que os portaréis bien no os azote todos los días... sólo un día de cada dos.

La mano que me quedaba libre se convirtió en una garra. Mis uñas arañaron su rostro, surcando una lágrima irregular desde el ojo hasta la barbilla.

—¡Salvaje! —aulló, llevándose ambas manos a la herida—. ¡Descarada! ¡Seréis mía! ¡Y os maltrataré cada día durante el resto de vuestra vida!

Intentó agarrarme, pero conseguí huir. Mientras corría, pensé en qué podía hacer. La corte estaba cenando. Iría al salón principal. Donde la realeza estaba sentada a la mesa. Me dirigiría al rey, nuestro rey, que había prestado sagrado juramento ante el altar de Dios de cuidar de su pueblo, y le pediría justicia. El rey Carlos, quien tenía en gracia a mi padre, me escucharía.

Había olvidado que el rey se encontraba enfermo. La persona que presidía la mesa del banquete esa noche y que dispensaba justicia en nombre de su majestad era la reina regente, Catalina de Medici.

CAPÍTULO 18

—¡Justicia! —grité, mientras entraba en el salón principal y me arrojaba de rodillas frente a la mesa—. ¡Solicito justicia en nombre del rey!

—¿Quién es esta criatura? —preguntó Catalina de Medici, con la cuchara a medio camino entre el plato y sus labios.

El cortesano que se encontraba de pie tras la silla de la reina se inclinó hacia delante y dijo en voz baja:

—Es la hija menor del juglar. La mayor murió esta mañana, al precipitarse desde una torre del palacio por una promesa de matrimonio rota.

—Ah, sí.

La mirada de la reina mostraba cierta compasión.

—Hoy mis damas de compañía no han hablado de otra cosa. Hasta qué punto nos engañan los hombres. Una muerte muy desafortunada, en efecto.

—¡No ha sido una muerte desafortunada! —dije entre llantos, pues las lágrimas habían inundado mis ojos al escuchar mencionar a Chantelle—. El conde de Ferignay provocó la muerte de mi hermana y la de su amado.

Al decir esto, el duque de Guisa y el cardenal de Lorena, quienes estaban sentados cerca de la reina regente, intercambiaron miradas. El duque llamó a su criado y habló con él; de inmediato, el hombre salió del salón a toda prisa.

—¿Estáis diciendo que vuestra hermana no se arrojó de la torre para poner fin a su vida? —me preguntó Catalina de Medici.

—Sí que lo hizo, su majestad, pero el conde de Ferignay la obligó a hacerlo —mi voz temblaba, pero ya que había llegado tan lejos, estaba dispuesta a continuar—. Se suicidó porque su amado, Armand Vescault, fue asesinado en su presencia por el conde de Ferignay.

Catalina de Medici me miraba con dureza.

—Esa acusación es muy grave.

—Lo sé. Pero aún así la mantengo.

—¡Mélisande!

Hubo un revuelo entre los grupos de cortesanos reunidos a un lado del salón. Era mi padre. Intentaba llegar hasta mí, pero se lo impedían algunos hombres con el atuendo propio de la casa de Guisa, que habían accedido al salón y ahora se distribuían por la sala.

La reina Catalina miró alrededor.

—¿Dónde está el conde de Ferignay? Dejad que se acerque.

—¿Se me acusa de apuñalar a mi propio siervo, Armand Vescault?

Aparentando asombro, el conde de Ferignay avanzó al centro de la habitación.

—Esta niña está histérica por la conmoción de la muerte de su hermana. Acogí a Armand, hijo de mi primo, como miembro de mi servicio personal. Era apenas un muchacho, un huérfano sin fortuna, y le traté como a mi propio hijo.

—No clavasteis la hoja personalmente, pero ordenasteis a vuestro guarda que le matara cuando intentó defender a su prometida, mi hermana, de vuestras intenciones deshonestas —afirmé.

—Lo que decís no tiene sentido —replicó el conde—. Armand Vescault abandonó el palacio esta mañana. Le vi partir.

—¿Y qué causó entonces, conde de Ferignay —preguntó Catalina de Medici—, el araño que surca vuestro rostro?

—Ah.

El conde se llevó la mano al lugar donde le había arañado, marcado por una estría de color carmesí. Pensé que no le quedaba escapatoria, porque era evidente el tipo de acción que había causado esa herida. Bendije a la reina regente por su mente despierta y su vista aguda.

—Me avergüenza decirlo, su majestad.

El conde inclinó la cabeza.

—Insisto, señor conde —respondió la reina.

—Tuve una cita con una dama de la corte. Esta señorita tiene una forma singular de manifestar su pasión.

¡Cómo podía ser tan embustero! ¿Había pensado esa excusa en el breve período de tiempo transcurrido desde que le herí o las mentiras surgían voluntariamente de su lengua mendaz?

Se escucharon risitas entre los curiosos reunidos en el salón.

—La duquesa Marie-Christine acostumbra a marcar a sus conquistas de ese modo —observó algún bromista.

—¿Tuvisteis esa cita mientras vuestra esposa yacía moribunda? —le reprendió Catalina de Medici.

—En estas circunstancias, un hombre necesita consuelo —respondió el conde de Ferignay.

—Quizá sea vuestra esposa la que necesita consuelo por vuestra parte en sus últimas horas —dijo la reina con aspereza.

—Me merezco tales reproches, vuestra majestad.

El conde inclinó la cabeza fingiendo arrepentimiento.

—Esa historia no es cierta —dije, elevando la voz—. El conde miente. Esa marca

en su rostro...

El conde de Ferignay me interrumpió en un tono de voz más confiado y atrevido.

—Es cierto que aquí se han dicho algunas mentiras, su majestad. Y debemos preguntarnos por qué. Antes de partir, Armand se sinceró conmigo. Me dijo que ya no le interesaba contraer matrimonio con la hermana de esta joven. Desde que esta familia se unió a nuestra corte, había sido partícipe de algunas de sus conversaciones. Estaba empezando a sospechar de la verdadera intención de estos músicos al pretender el favor del rey. Se conoce que procedían de la corte de Isabel de Inglaterra, donde entretuvieron a esa falsa reina que ha jurado enemistad a Francia. Y ahora se habían ganado los favores de su majestad, por lo que disponían de acceso a su persona. ¿Quién sabe que maldad pretendían?

—¡Traed al juglar! —gritó Catalina de Medici.

Mi padre avanzó. Mi ánimo flaqueó cuando vi que estaba escoltado por dos de los soldados de la casa de Guisa. Se había visto arrastrado por mi imprudente insensatez.

—Explicaos —le ordenó la reina.

—Su majestad —dijo mi padre—. En primer lugar, vine a su corte en París, donde mi hija mayor Chantelle se enamoró de Armand Vescault, y él de ella. Me llevé a mi hija lejos, para que pudiera considerar si deseaba contraer matrimonio con ese hombre. Creí que serviría para probar si su amor era verdadero. Al ser tan joven, no quería que se casara y lo lamentara en el futuro.

La reina no dijo nada. Quizá a Catalina de Medici no le agradara demasiado la novedosa idea de que una mujer pudiera elegir con quién desposarse. Su propio matrimonio con el anterior rey de Francia había sido concertado cuando ella era una niña.

—Nos invitaron a la corte de la reina Isabel de Inglaterra para tocar con motivo del bautizo del hijo del conde de Henley —prosiguió mi padre.

—Ese bautizo —interrumpió el cardenal de Lorena—, ¿se celebró mediante el verdadero sacramento de la Iglesia o con una falsa ceremonia de la ficticia fe reformada?

El bando de Ferignay se había anotado un tanto. Porque, aunque la reina regente era compasiva con los protestantes, estaba bajo la presión pública de la casa de Guisa, que la instaba a mantener la fe católica como única religión de Francia.

Mi padre, que nunca destacó por la firmeza de su discurso, se distrajo y vaciló en su explicación.

—Lo desconozco, su eminencia. Mis hijas y yo no asistimos al servicio. Nos llamaron para tocar después de las celebraciones.

—Ajá. Analicemos pues las circunstancias de vuestras actuaciones en la corte —dijo el duque de Guisa—. Tocasteis para el rey en los aposentos reales la otra noche, y ahora el rey está enfermo. ¿Estuvisteis cerca de la comida que se sirvió a su

majestad esa noche?

Catalina de Medici estuvo alerta una vez más.

—Vos y vuestras hijas tuvisteis acceso a los platos expuestos en el aparador —dijo la reina regente—. Recuerdo que estuvisteis allí —se detuvo para pensar—. Hicisteis un comentario sobre la majestuosidad de Isabel de Inglaterra. ¿No es cierto?

Ahora empezaba a ver por qué mi padre había intentado advertirme de las insidias de la vida cortesana. No podía afirmar públicamente que sólo había dado la razón a la reina cuando dijo que Isabel de Inglaterra podía ser una buena consorte para su hijo. Si lo hacía, dejaría traslucir algo que ella no deseaba que la facción de los Guisa supiera.

Vi cómo los ojos de la reina volvían a pasearse por el salón. Había un gran número de soldados de la casa de Guisa presentes. Catalina se dirigió directamente al duque de Guisa.

—¿Creéis que podría tratarse de una conjura?

—Pienso que este hecho requiere una investigación exhaustiva —respondió el duque de Guisa.

A continuación, dedicó una mirada a Ferignay, aunque llena de enojo. Su propia conspiración había quedado oculta por este asunto, por lo que debía defender a su pariente.

—Su majestad —dije—. Vine para que pedirle que investigara la muerte de mi hermana y el asesinato de Armand.

—Estas gentes son juglares errantes —volvió a hablar el conde de Ferignay—. No se les había concedido permiso real para partir; no obstante, cuando fui a sus habitaciones para expresar mis condolencias por su pérdida, estaban preparando su equipaje para abandonar el palacio. Puede que desee saber que el juglar tiene una casa en la isla de Bressay, cerca de la frontera con Navarra.

—¿Es eso cierto? —preguntó la reina a mi padre.

—Sí, pero... —comenzó a decir.

Ella levantó la mano.

—No postergaremos más nuestra cena. Mañana trasladaremos al rey y a la corte a un lugar más adecuado, donde le asistan en su enfermedad y pueda tratar los asuntos de estado. Entonces atenderemos vuestro caso. Mientras tanto, creo que lo mejor es que vos y vuestra hija seáis custodiados estrechamente en palacio. Pero... —prosiguió, mirando con serenidad al duque de Guisa—, se ocuparán de ello mis propios soldados. Ordenad a vuestros hombres que se retiren. Y el conde de Ferignay deberá permanecer en la corte hasta que este asunto se resuelva.

Mi padre se las había ingeniado para aproximarse a mi lado; yo apenas me había percatado, paralizada por un sentimiento de incredulidad. ¡El asesino podía moverse con libertad mientras a nosotros se nos custodiaba! Podrían asesinarnos de múltiples

formas, o encerrarnos y olvidarnos durante veinte años o más, o incluso ejecutarnos sin un juicio previo, como había ocurrido con los hugonotes.

Mi padre extendió la mano y, con el pretexto de acariciarme el pelo, me susurró:

—Si podéis aprovechar un descuido durante el cambio de guardia, corred, Mélisande, y salvaos.

Y, por una vez, le obedecí sin protestar. El rencor poblaba los rostros de los dos grupos de soldados que se daban codazos y empujaban entre ellos mientras se nos conducía hacia la salida principal. Parte de los miembros de la corte se habían concentrado aquí, agolpándose para ver al padre y la hermana de la chica que se había quitado la vida por amor. Entre ellos vi el rostro del pequeño pinche. Me hizo una señal con la mano y gritó:

—¡Una rata! ¡He visto una rata! ¡Una enorme! ¡Ahí, en la mesa!

La gente sentada a la mesa que señalaba brincó, volcando sus taburetes. Mi padre se abrió paso entre los soldados que nos rodeaban y corrió, fingiendo escapar. Aproveché para esquivar al soldado más cercano y corrí en dirección opuesta, por una puerta lateral. Ante mí había una escalera que ascendía a un piso superior y, tras ella, una puerta de salida al exterior. Estaba cerrada. Corrí y tiré de la manivela para abrirla. Pero unos brazos fuertes me apresaron, envolviendo mi tronco y paralizando mis brazos.

Y una mano selló mi boca.

CAPÍTULO 19

Una voz en mi oído. Un susurro.

—Soy yo, Melchior.

Me atrajo hacia la pared y comenzó a subir las escaleras.

—Si subimos, nos cogerán dentro del palacio —dije.

Se puso el dedo sobre los labios.

—Confiad en mí —dijo. Y así lo hice.

Señaló hacia arriba y yo le seguí tan rápida y silenciosamente como pude. Oíamos el ruido de los pasos de los soldados tras la puerta que habíamos dejado atrás. Seguimos ascendiendo hasta que llegamos al final de la escalera para descubrir, como había sospechado, que no había salida.

—Estamos atrapados —dije.

—No —dijo Melchior negando con la cabeza—. Por aquí.

En el suelo, había una apertura estrecha y larga. Se agachó y descendió por el orificio. Extendió la mano y me dijo:

—Venid.

A mí no me resultaría tan sencillo, ya que cargaba con la bolsa que contenía mi mandolina y mi capa, pero no iba a dejarlas, no podía abandonarlas, porque servirían como pista del camino que habíamos seguido. Las botas de los hombres resonaban cada vez más cerca. Me arrodillé y me adentré en el reducido espacio junto a Melchior.

—Seguidme —me pidió. Y se alejó de mí gateando.

Avancé tras él en la cegadora oscuridad. Poco después, llegamos a una zona en la que el conducto se ensanchaba. Había más espacio y más luz. Alcanzamos el punto donde el suelo se cortaba abruptamente. Asomé la cabeza y me invadió una sensación de vértigo: estábamos en el tejado del gran salón.

Melchior declaró con rotundidad:

—Debemos cruzar al otro lado.

—¿Cómo?

Señaló las vigas del techo que se extendían de un lado a otro del salón. Negué con la cabeza y retrocedí.

—Dadme la mano.

Su voz no suplicaba ni ordenaba. Extendió la suya. Miré hacia abajo. Sentí que mi

cabeza se balanceaba y que todo mi cuerpo era arrastrado hacia el borde.

—¡Miradme!

Esta vez, su voz era más insistente. Le miré a los ojos. Reflejaban serenidad, pero en lo más profundo de ellos vislumbré determinación.

—Podéis hacerlo —dijo—. Podéis hacerlo.

Coloqué mi mano en la suya. El joven avanzó sobre la viga. En equilibrio perfecto, como un gato.

—Tened cuidado con dónde pisáis —me aconsejó.

Miré hacia abajo para ver dónde debía colocar los pies. La profundidad del suelo se apresuró en saludarme.

—¡No miréis abajo! —me ordenó con firmeza—. Id intuyendo vuestros pasos conforme avancéis.

Pero no podía evitar desviar mi mirada. En el salón, los soldados me buscaban por todas partes, lanzando por los aires bancos y sillas. Si alguno elevaba la vista, estaba perdida.

Ambos estaríamos perdidos.

De repente, me percaté del tremendo riesgo que estaba asumiendo Melchior al ayudarme, ya que el conde de Ferignay aún le guardaba rencor. Creía que el chico había aterrorizado a sus perros y le había humillado delante del rey. Ferignay se alegraría de tener una excusa para que Melchior recibiera su merecido.

Habíamos llegado a la parte central del salón, donde las vigas del techo se entrecruzaban. Nos detuvimos a descansar un poco. Me aferré a la madera e inspiré. La enorme araña de luces colgaba justo debajo de nosotros. El alboroto originado por la búsqueda hacía que se moviera lentamente, avivando así las llamas de cientos de velas. Los mástiles cruzados del bastidor de la lámpara proyectaban su sombra sobre el salón.

—Tenemos que bajar ahí.

Melchior señaló la vigueta inclinada del tejado. Le miré fijamente. La viga descendía en ángulo. No podría andar sobre ella.

—Debéis hacerlo. Habrá algo de espacio en el punto en que se une con el borde del tejado y podremos pasar al otro lado del palacio.

¿Dejarme caer sobre la viga y bajar deslizándome por ella, envuelta en mi vestido y cargando con la mandolina? Era imposible.

—Éste es el camino hacia la libertad. Lo harás.

Melchior asintió para inflingirme valor. Entonces, ocurrió algo inesperado. Me sonrió. Su gesto me cogió por sorpresa. La apariencia solemne habitual de su rostro mulo. Podía ver el brillo de sus blancos dientes y sus ojos encendidos. No me pude contener y le devolví la sonrisa.

Y creí comprender al menos uno de los motivos por los que Melchior me estaba

ayudando. Con mi huida, tendría la satisfacción de haber vencido a los que nos perseguían, los que pensaban que controlaban su vida. Melchior y su leopardo eran prisioneros, pero una parte de él escaparía conmigo.

Y, a pesar del peligro inminente, en algún lugar de mi mente se despertó una idea. «Debería componer una canción para esto: cómo la presa vence al cazador».

—Yo iré primero.

Melchior saltó con facilidad y se aferró a la viga, de forma muy similar al movimiento de caza que había realizado el leopardo en el bosque. Entonces extendió un brazo para ayudarme a hacer lo mismo.

Nos deslizamos hacia abajo entre las piedras y la parte inferior del tejado. Era suficientemente pequeña para colarme entre el baluarte del muro de palacio y el voladizo. Melchior era ágil, con un cuerpo flexible como el del gran felino que le acompañaba. En unos minutos, habíamos salido al exterior y nos encontrábamos sobre las tejas del tejado. Una vez allí, me cogió de la mano y nos dirigimos hacia las chimeneas. Me izó y se reunió conmigo sobre una de las chimeneas de la cocina.

—Bajaremos por aquí —dijo.

Miré hacia dentro. No había puntos de apoyo.

—Hay una forma de hacerlo, si os agarráis a los laterales del muro. Yo iré primero y os iré mostrando el camino.

En ese momento pensé que si perdía el equilibrio, le arrastraría en mi caída.

—Les oiremos buscaros conforme pasemos por cada planta.

Elevó la cabeza y sonrió, dejando ver sus dientes blancos, resplandecientes en la oscuridad. Mi corazón se estremeció. Y pensé que sobreviviría. Oímos a los guardas y a los hombres de Ferignay, a cuya búsqueda se unieron otros miembros de la corte. A falta de cualquier otra atracción, se había convertido en la diversión nocturna. Mientras les escuchaba, me estremecí al pensar cuál sería el destino de mi padre. Pero sabía que él querría que escapara e intenté no pensar que ocurriría si los soldados me encontraran. No sabía si sería lo bastante valiente para elegir la vía de escape por la que había optado mi hermana.

Vacilé cuando pensé en ella, mi Chantelle. Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Os encontráis bien? —susurró Melchior a lo lejos—. No hay tiempo que perder. Tenemos que llegar a nuestro destino antes que los soldados.

¿Hacia dónde nos dirigíamos? No se me había ocurrido preguntarle.

El Palacio de Cherboucy no era tan grande como para poder ocultarme con seguridad durante mucho tiempo. Casi habíamos llegado a la cocina.

Tras haber preparado la comida para la corte, el personal de cocina estaba cenando, y los pinches y los hijos de los cocineros peleaban por las sobras con los gatos y perros de la casa. Emergimos de la chimenea situada en la esquina de la cocina. Nuestras ropas desgarradas pasarían desapercibidas en este lugar. Me dejé

guiar por Melchior, caminando con cuidado.

Ahora sabía hacia dónde nos encaminábamos.

A la guarida del leopardo.

—El conde de Ferignay es un hombre insidioso y despiadado —dije, mientras Melchior abría la puerta de la habitación que tenía asignada en el sótano—. Me buscará por todas partes, incluso aquí.

—Hay un lugar en el que no buscarán, por lo que podréis esconderos sin miedo a que os encuentren.

—¿Dónde? —le pregunté.

El muchacho me respondió con otra pregunta.

—¿Hasta dónde llega vuestra valentía?

Y, extendiendo la mano, Melchior abrió la jaula del leopardo. Retrocedí de inmediato.

El leopardo se levantó y se acercó lentamente hacia nosotros. Atemorizada, me apresuré a esconderme detrás de Melchior.

—No hagáis eso —dijo—. Nunca demostréis vuestro miedo a un animal salvaje.

Melchior se desplazó a un lado, dejándonos de nuevo cara a cara. Entonces colocó su brazo sobre mi hombro.

—Pocos lo saben, pero los leopardos no ven al hombre como a su presa. Sin embargo, sí se comería a los niños —me instruyó Melchior—. Pero vos no sois una niña, ¿verdad, Mélisande?

Negué con la cabeza.

—Muy bien. Quiero que entréis en la jaula conmigo.

Vacilé. El corazón me dio un vuelco.

—Podéis elegir —dijo Melchior—. Entrar en la jaula o permanecer fuera y dejar que los hombres de Ferignay os capturen. —El joven inclinó la cabeza—. Escuchad. Ya están en las cocinas.

Podíamos oír los gritos, los platos que se quebraban en el suelo, y las cazuelas y sartenes que se estrellaban contra las paredes.

Melchior me miró. Avanzó hacia la jaula del leopardo. Y yo le seguí.

CAPÍTULO 20

Las orejas del leopardo se irguieron.

—Manteneos firme —dijo Melchior en voz baja.

Se arrodilló y exhaló su aliento en el rostro del animal. Entonces, le quitó el bozal y lo dejó a un lado. El leopardo abrió las mandíbulas para bostezar y pude ver sus dientes y la profundidad de su garganta. Volví a sentir las náuseas del terror. Paladín giró la cabeza para mirarme.

—Si le dejo el bozal puesto, los soldados se podrían sentir tentados a entrar en la jaula y buscar entre la paja —Melchior señaló al montón de paja reunido en la esquina—. En la paja en la que os vais a esconder. ¡Ahora! —me urgió cuando oímos los pasos de los hombres que se aproximaban.

Me arrodillé y me escondí entre la paja. Oí como Melchior corría el cerrojo de la jaula. Entonces, la puerta de madera de la habitación se abrió de golpe.

—¡Qué olor tan desagradable! —exclamó uno de los soldados—. Son el chico y el leopardo. Es difícil distinguir cuál es cuál.

Sus compañeros reían a carcajadas mientras lanzaban el camastro de Melchior por los aires y revolvían los platos con su comida.

Paladín gruñó, y un soldado golpeó con su pica los barrotes de la jaula.

—Tranquilízate —le ordenó—. No estáis por encima de los designios reales aunque seáis un animal.

—Pero el rey adora al leopardo —dijo otro soldado con cierto nerviosismo—. Será mejor que no lo molestemos. Si el animal no caza la próxima vez, nosotros seremos los culpables.

—Tenemos que buscar en todas partes —dijo el capitán—, así que, ¿quién va a entrar en la jaula?

Temblé al pensar que, si lo hacían, no podría correr para escapar.

Oí a Melchior emitir una orden. De inmediato, un rugido aterrador emergió de la garganta de Paladín.

—No pienso entrar ahí —dijo el primer soldado.

—¡Ja! ¡Ja! Sólo estaba bromeando —dijo el capitán.

Oí los pasos de los soldados que se alejaban, pero esperé, inmóvil, a que Melchior entrara en la jaula y volviera a ponerle el bozal a Paladín.

Salimos de la jaula, nos sentamos en el suelo e intentamos pensar una estrategia

para que pudiera abandonar el palacio sin ser vista.

—La corte se traslada mañana —dijo Melchior—. Algunos criados están partiendo ya a preparar el siguiente castillo. Podríamos intentar que salieras con un grupo de sirvientes. Iré a ver lo que ocurre en las puertas de salida.

Melchior regresó una hora después, cargado con varias prendas.

—Los criados se están reuniendo en los patios —me dijo—. Se les está examinando minuciosamente antes de subir a los carromatos que les llevarán al siguiente castillo. Me he enterado de que, cuando el rey salga de palacio mañana, algunos soldados permanecerán aquí y buscarán en todas las habitaciones hasta que os encuentren.

—Entonces debo esconderme lo mejor que pueda —le respondí—. Quizá en una de las chimeneas. Soy más ligera que la mayoría de los hombres. Puedo entrar en lugares inaccesibles para ellos.

Melchior negó con la cabeza.

—Tendrán perros de caza. Recordad que el conde de Ferignay posee su propia manada de sabuesos. Y habrás dejado suficientes prendas en vuestros aposentos para que reconozcan vuestro olor.

Miré hacia la jaula del leopardo.

—No puedo viajar entre la paja —dije—. A la luz del día, es muy probable que me descubran.

—Es cierto —dijo Melchior—. Pero podrías escapar ahora —dijo, elevando el fardo de prendas que había traído consigo—, disfrazada de sirviente.

—Pero habéis dicho que están examinando a cada criado que sube a los carromatos —protesté—. Me reconocerán enseguida.

—Están buscando a una chica —replicó Melchior—. Y vos no seréis una chica.

Esa misma noche, Melchior cortó mis cabellos. Lo hizo de manera que cayeran sobre mi rostro y me cubrieran la nuca. Cuando finalizó, admiró su trabajo.

—Ahora estáis irreconocible.

Me sonrió y me pidió que me pusiera mis ropas de chico.

Cuando comencé a desabrocharme el vestido, Melchior se retiró con gentileza y se entretuvo en ocultar la bolsa que contenía mi mandolina y mi capa de viaje bajo la paja de la jaula del leopardo. Me vestí con los calzones, la túnica, el gorro y las sandalias que había robado para mí.

—Ya estoy lista —dije.

El muchacho se giró e inclinó la cabeza a un lado. Dio una vuelta a mi alrededor, se inclinó e hincó los dedos en la tierra del suelo. Se puso en pie, me agarró firmemente la barbilla con una mano y, utilizando el dedo índice de la otra, comenzó a manchar mi rostro. Una vez satisfecho con el resultado, dijo:

—Ahora debéis hacer lo mismo con vuestras manos y las partes de las piernas que asoman entre las calzas y las sandalias.

Cuando dijo esto, su rostro estaba muy próximo al mío.

Podía mirarme en la profundidad de sus ojos castaños. De sus pupilas emanaba un extraño brillo salvaje.

—Sí —dije. Mi voz surgió ronca.

Aún no me había soltado la barbilla. Y yo no me moví para liberarme. Su mirada recorrió lentamente mi rostro, mi frente, mi nariz, mis mejillas, mis labios. Aproximó su boca a la mía.

—Mélisande —susurró mi nombre.

Con una tensión paralizante en el estómago y un martilleo en la cabeza, seguí a Melchior mientras se dirigía al patio de la cocina.

Habíamos demorado mi salida hasta la noche, cuando creímos que la vigilancia de los soldados sería menos estricta. Esperamos el momento adecuado bajo los arcos de un pasillo exterior. Cuando un grupo revoltoso de pinches e hijos de cocineros pasó junto a nosotros, Melchior me dio un empujoncito.

—Id con ellos —susurró—. Y no miréis atrás.

Hice lo que me pidió pero, justo antes de partir, dejé caer el brazo hacia atrás y, durante un segundo, sus dedos tocaron los míos.

Entonces, murmuró algo más. Coincidía de forma tan exacta con las palabras que rondaban en mi cabeza que nunca estuve segura de si Melchior había hablado o si lo que escuché fueron mis propios pensamientos.

Salí del pasillo y me uní al resto de criados. Con las piernas temblorosas, me mezclé con los niños en la fila. El responsable de las cocinas a cargo de este grupo bostezaba mientras sostenía en alto la lámpara y nos revisaba uno a uno. Frunció el ceño cuando me divisó.

—No sois de los míos —dijo.

Tenía la lengua y la garganta tan secas que no podía responder. Acercó la luz a mi rostro.

—¿Estáis con el cocinero español, Álvaro?

Asentí.

Hizo una mueca de molestia al añadir una nueva línea a su hoja de recuento.

—Abandonad este carromato en la primera parada. Después, salid y buscad el vuestro —me ordenó.

Volví a asentir.

Mientras trepaban al carromato, los niños se empujaban e insultaban, siguiendo las reglas de un rudo juego al que no estaba acostumbrada en absoluto. Al principio, me aparté de ellos, pero pensé que podría quedarme atrás y me agarré al brazo de uno de los muchachos que tenía más cerca para que me elevase. Imitándolos, avancé a

empujones y logré encontrar un lugar donde ocultarme en cuclillas en lo más profundo del carro.

El guarda apostado en la puerta principal hizo brillar la luz de su linterna en el interior del carromato. Pero no tenía interés en examinarnos. Únicamente comprobaba que la cantidad de personas a bordo coincidiera con el número indicado en la hoja que presentaba el conductor del carro. A su pregunta de si había alguna chica entre nosotros, se respondió con silbidos y burdos comentarios. Nos hizo una señal para que avanzáramos y, mientras la luz del alba inundaba el ciclo, atravesamos la puerta del Palacio de Cherboucy.

Más tarde, cuando el sol se elevó, pude ver la jaula del leopardo en su plataforma rodante desplazándose detrás de nuestro carro.

Habíamos dispuesto que, en cuanto el séquito de carromatos se detuviera, Melchior vendría a darme mi bolsa y yo me escabulliría con la mayor discreción posible.

La corte avanzaba hacia el noroeste, con dirección a Toulouse. Ése camino también conducía a la isla de Bressay. La isla de Bressay. Mi hogar. El lugar al que mi padre deseaba que nos dirigiéramos.

Pero ése no era mi destino. Había pasado toda la noche pensando en mi situación. Por la mañana, ya había tomado una decisión. Cuando tuviera oportunidad de escapar, me dirigiría hacia otro lugar. Sabía dónde tenía que ir y con quién debía hablar. Buscaría a la persona que pudiera contarme más detalles sobre la muerte de mi hermana y que fuera capaz de ayudarme a limpiar el nombre de nuestra familia y rescatar a mi padre. Aquél en cuya palabra confiaría la reina Catalina de Medici.

Segunda parte

La casa de Nostradamus

CAPÍTULO 21

Llegué a la ciudad de Salon de Provence el día en que se celebraba el mercado de primavera.

Con tanta gente en las calles, podría mezclarme fácilmente con los mercaderes que se habían acercado para vender su mercancía.

Me uní a un grupo de granjeros, con sus esposas y criados, que avanzaban agrupando al ganado y portaban sus productos en cestas y carretillas. El ambiente era festivo entre ellos y sus bromas, combinadas con el grazneo de las ocas y el balido de las cabras, animaron nuestro caminar durante el último kilómetro. Aunque había estado durmiendo en establos y bajo setos desde que partí en compañía de Melchior hacía unas semanas, había cuidado mi aspecto, sacudiéndome la ropa cada mañana y lavándome la cara y las manos. No era inusual ver a trovadores y juglares los días de mercado, por lo que intuí que un músico errante más no llamaría especialmente la atención a los guardas de la ciudad.

¿Por qué será que determinados lugares, al igual que ciertas personas, causan una impresión inmediata? Mi padre, solía decir que podía conocer el carácter de los ciudadanos tan sólo por el olor de una ciudad cuando atravesaba sus puertas. Chantelle siempre observaba el rostro de la gente. Decía que podía ver en sus ojos la auténtica valía de una persona. Yo me guiaba por los sonidos. Mi oído era sensible a todas las cosas, naturales o artificiales. Mi estado de ánimo siempre se veía afectado por el entorno. La corte real me había hecho sentir incómoda. Tanto la reina regente, Catalina de Medici, como el rey Carlos estaban rodeados de cortesanos interesados; sus palabras serpenteaban llenas de hipocresía.

Yo era más feliz en el campo, donde los pájaros y los animales reinaban con supremacía. Sin embargo, adoraba el clamor de las ciudades: las escandalosas voces de los vendedores ambulantes, las burlas de los chicos de los recados, las risas de las mujeres. Por lo tanto, debería haberme alegrado más al aproximarme a los muros de esta bulliciosa ciudad.

Pero no fue así.

La muchedumbre se había hecho más densa y, en el tumulto, divisé a algunos individuos de aspecto tosco: mercenarios armados, mujeres con las caras pintadas y hombres con atuendos de mendigos que comenzaban a cojear cuando entraban en el radio de visión de los soldados que guardaban las puertas. Su lenguaje era grosero

aún habiendo niños presentes, por lo que pensé en apartarme de ellos.

Una vez dentro de la ciudad, tendría que arreglármelas sin la protección de los granjeros. Sólo mi esperanza de justicia por Chantelle y el deseo de liberación de mi padre prisionero me hicieron continuar, y me dejé arrastrar con el resto del grupo al portón exterior de la ciudad.

Sobre él, en la muralla, un hombre examinaba a las gentes mientras atravesaban el arco. Era mayor que yo; calculé que me triplicaría fácilmente la edad. Su rostro estaba ligeramente bronceado y sus cabellos eran del color del trigo blanqueado por el sol. Su capa, retirada hacia atrás, dejaba entrever un gabán bordado suntuosamente en rojo. Se había posicionado allí donde su mirada aguda podía inspeccionar los rostros entre la multitud. Junto a él se encontraba el oficial de orden, que iba de un lado a otro siguiendo las indicaciones de su superior. Miré alrededor y me percaté de lo que estaba ocurriendo. El hombre, que debía ser un noble o señor, señalaba a la persona que consideraba no apta y el oficial se apresuraba a ordenar a sus soldados que apresaran al desdichado, que sería expulsado entre ruidosas protestas.

—Es el señor Thierry.

El granjero que deambulaba a mi lado había observado mi interés en lo que estaba ocurriendo.

—Salon forma parte de su feudo y es muy estricto con quién entra y sale de las ciudades bajo su mando.

Cuando sentí la mirada del noble recorrer la multitud, los latidos de mi corazón se aceleraron. No reconocí al señor Thierry, pero eso no significaba que no me hubiera visto en Cherboucy. Su riguroso descarte de los posibles alborotadores podía ser una tarea que llevara a cabo cada día de mercado. Pero ¿y si el conde de Ferignay hubiera enviado cartas a todos los nobles de las ciudades colindantes con la orden de capturarme? En ese caso, razoné, debería estar buscando a una chica. Tal y como estaba vestida, envuelta en mi capa de viaje y con el gorro calado hasta las cejas, era imposible que ese hombre me descubriera.

Comencé a tararear una melodía para tranquilizarme. Un joven juglar con su mandolina debería pasar desapercibido entre la multitud. Estaba prácticamente a las puertas de la ciudad. Habría sido una locura darme la vuelta ahora, ya que sólo serviría para llamar la atención de los guardas. Estaba casi debajo del puesto del vigía cuando su mirada recayó en mí. Nuestros ojos se encontraron. Debería haber agachado la cabeza. Pero no pude evitar devolverle su autoritaria mirada. Después me arrepentí de mi insolencia, de la que tantas veces me había advertido mi padre: «*Mélisande, sois demasiado atrevida. Vuestra actitud es impertinente. Debéis ser prudente, ya que esos modales no os traerán más que desgracias*».

Empujada hacia delante por aquéllos que avanzaban detrás de mí, atravesé el arco y accedí al otro lado de la puerta. Ya estaba allí. Lo había conseguido. Me encontraba

segura dentro de la ciudad.

Miré hacia atrás. El señor Thierry se había dirigido a la parte de la muralla interior a la ciudad y me observaba. Tragué saliva, y esta vez aparté la mirada de inmediato. Había un puesto de comerciantes cerca, al que me acerqué pausadamente, intentando que mi gesto no pareciera precipitado. Estaba segura de que los ojos del noble seguían fijos en mí. Elegí una manzana madura y prometí a la joven que atendía el puesto que haría de ella la heroína de mi próxima balada si me la regalaba. Se sonrojó e inclinó la cabeza. A continuación, dejó escapar una risita nerviosa y me dijo su nombre. Esperaba que el noble caballero de la muralla estuviera viendo a un par de despreocupados jóvenes inmersos en un inocente coqueteo. Recordé uno de los cumplidos que había oído a los hombres de la corte dedicar a las damas, e intercambié unas palabras con la vendedora de manzanas. Entonces, mordí la fruta y me despedí con una reverencia. Ardía en deseos de girarme para averiguar si el señor Thierry todavía me observaba, pero me obligué a pasearme lentamente, muy despacio, por delante de una tienda que exhibía lana e hilo, para bajar posteriormente por un callejón que conducía a una pequeña plaza.

Esperé. Nadie me seguía. No había ordenado al oficial que mandara soldados en mi búsqueda. Salí de la plaza. Ahora que me había apartado de las calles principales me sentía más segura. Pero no tenía ni idea de dónde estaba. No había nadie a quién pedir señas; prácticamente todos los ciudadanos se encontraban en el mercado del centro de la ciudad. Seguí avanzando. Las calles eran más humildes y las casas más pobres. Me encontraba junto al canal, en una zona que incluso yo, en mi inocencia juvenil, consideraba insegura. Decidí volver sobre mis pasos, dirigirme al centro de la ciudad y preguntar a alguien por el camino. Acababa de emprender el regreso cuando, frente a mí, dos jóvenes salieron tambaleándose de una taberna. El más próximo a mi posición dio un traspié. Su acompañante se aferró a él, dio un paso en falso, y ambos cayeron a mis pies.

—¡Alto! ¿A quién tenemos aquí?

El más alto acercó a mi cara su rostro encendido por el vino. Intenté esquivarle pero, al hacerlo, el hombre extendió el brazo y me agarró del hombro. Protegí mi mandolina de inmediato, colocándola contra mi cuerpo.

—Un alegre juglar —dijo el otro hombre en tono burlón. Su mirada era más profunda y sagaz.

—Lo soy, señor.

Mis años en la corte me habían enseñado que, en la medida de lo posible, era mejor apaciguar a aquéllos que habían bebido en exceso.

—Tocad una melodía para nosotros —dijo el hombre más alto.

—Quizá en otro momento. Tengo una cita.

Sonreí e intentar escabullirme de ellos. El joven frunció el entrecejo al escuchar

mi respuesta.

—¿No sabéis quién soy?

Negué con la cabeza, intentando mantener la distancia entre nosotros. No estaba segura de que mi disfraz fuera efectivo si se aproximaban lo suficiente para examinarme con mayor detalle y me volvían a tocar. Y si se daban cuenta de que era una chica y que estaba desvalida, podrían aprovecharse de mí de forma más cruel que una mera burla.

El hombre más alto cayó sobre mí.

—Soy el duque de Marcy y os ordeno que toquéis una melodía —dijo arrastrando las palabras. Su rostro estaba encendido, no sólo por la bebida, sino también por la frustración.

—Está bien, señor. —Hice una pequeña reverencia—. Haré como pedís.

Saqué la mandolina de la bolsa de gamuza y toqué una canción, una melodía sencilla pero popular a la que pudieran unirse fácilmente. El más sagaz comenzó a seguir el ritmo con el pie y chasquear los dedos.

—Me gusta —gritó.

Al ver que se animaba, pasé a una balada más antigua, una melodía más vigorosa. Empezaron a bailar, haciendo cabriolas en mitad de la calle. Sonreí y golpeé el suelo con los pies al compás para animarles. Si podía mantenerles ocupados bailando, me las arreglaría para escapar.

Algunos clientes de la taberna habían salido a la puerta y aplaudían y gritaban a la vista del espectáculo.

La música comenzaba a surtir efecto en el más alto, el duque de Marcy.

—¡Bailemos! —gritó—. ¡Bailemos todos!

Tenía que, elegir bien, el momento de mi huida. Ya había divisado un callejón cercano por donde poder escabullirme.

—Este trabajo me ha dado sed —dije a la persona más próxima.

—¡Una bebida! —respondió—. ¡Traed algo de beber para el joven juglar!

El acompañante del duque de Marcy le miró con picardía.

—¡Traed bebida para todos! —dijo, y dio una palmadita al duque en la espalda.

—Sí. Sí. ¡Bebida para todos! —asintió el duque sin la menor objeción—. Decidle al tabernero que yo pago.

—Así que despilfarrando el dinero que vuestro padre os da...

Una fría voz interrumpió la fiesta.

Mis manos todavía reposaban, sobre la mandolina. Me giré. Detrás de mí había un hombre que lucía un gabán en negro y rojo. Era el noble de la muralla. Mi corazón retiñó y vibró como una cuerda punteada.

—Es el señor Thierry.

Un murmullo se extendió entre los espectadores. El señor Thierry me escrutó.

—Eres más habilidoso que la mayoría de músicos itinerantes.

Su mirada era penetrante. Se paseó por mis sandalias y mi ropa y, finalmente, se detuvo en la mandolina. Cuando su mirada regresó a mi rostro, subí el cuello de mi capa. El miedo me había atorado la garganta. Me encogí de hombros y me toqué la frente con un dedo a modo de reconocimiento de su cumplido.

—No obedeceré órdenes de un señorito arribista —proclamó el duque de Marcy—. ¡Posadero! —gritó—. Traedme una jarra de vino.

—Esta congregación debe disolverse —dijo el señor Thierry con firmeza—. Ya se ha consumido mucho vino por aquí.

—Yo decidiré cuándo acabará este baile y cuánto beberé —dijo el duque furioso.

—Es mi obligación mantener la paz en esta ciudad —replicó el señor Thierry—. Y así lo haré.

—Y no dejar margen para la diversión o el placer con vuestros ideales hugonotes —gruñó el duque.

Un siseo recorrió la muchedumbre que se agolpaba en la calle. La irritación hizo fruncir el ceño al señor Thierry.

—Esto no tiene nada que ver con la religión. El fin es proteger las propiedades y salvaguardar a los ciudadanos.

—Señor —el amigo astuto del duque de Marcy lo agarró del brazo—, podemos divertirnos en otro lugar.

—Dejadlo, Bertrand.

El duque apartó a su amigo.

El dueño de la taberna apareció con una jarra de vino recién servida. El duque de Marcy se la quitó de las manos y bebió directamente de la jarra.

El señor Thierry se dirigió al posadero.

—Vendéis a estos jóvenes más bebida de la recomendada. Sabéis que las leyes de la ciudad no lo permiten.

—Es día de mercado, señor —dijo el posadero extendiendo las manos—. No pretendía hacer daño alguno.

—Pretendíais sacar un jugoso beneficio.

El señor Thierry elevó un vaso que alguien había dejado sobre la repisa de una ventana. Se llevó el vino a los labios e, inmediatamente, lo arrojó al suelo, impregnando la calle.

—Este vino ha sido aguado una vez y su precio multiplicado por dos, os lo aseguro.

El posadero miró con nerviosismo a sus clientes, que habían alcanzado a oír este intercambio de palabras, y corrió hacia su taberna. Los hombres que se aglomeraban, en la calle empezaron a comentar entre ellos cómo habían sido engañados. Cualquiera podía ver que estaba a punto de armarse un buen lío. Me preparé para partir y me

incliné para recoger la bolsa de cuero en la que transportaba la mandolina.

Pero el señor Thierry, al percatarse de mi movimiento, me miró y dijo:

—Me gustaría hablar con vos un poco más.

Dejé mi bolsa donde estaba e incliné la cabeza. No debía hacerle pensar que tenía algo que ocultar.

—Sois un juglar con talento. Estaría encantado de que vinierais a mi castillo en Valbonnes. Os podría emplear en palacio...

El estruendo de la colisión de la loza contra el suelo interrumpió el discurso del duque. El posadero salió de la taberna con el rostro ensangrentado. Procedentes del interior del establecimiento, oímos el estruendo de un banco derribado y el grito de una mujer.

El rostro del duque de Marcy se deformó por la furia que le invadía. Desenvainó la espada.

—Me habéis arruinado la tarde. Podéis estar seguros de que pagaréis por ello.

El señor Thierry extrajo su espada de la funda y, al mismo tiempo, elevó un silbato que colgaba de su cuello y sopló.

Las gentes que se agolpaban en las calles se dispersaron y yo me uní a ellos.

Salté hacia un portal cuando oí un estruendo de botas sobre los adoquines. Con suerte, sería el oficial de orden y algunos de los guardias. Avancé con cautela pegada a la pared del callejón y, una vez fuera, corrí y corrí hasta quedarme sin aliento.

Ahora debía encontrar la casa que buscaba y obtener cobijo cuanto antes.

En la esquina opuesta, había una anciana vendedora ambulante. Le pedí que me indicara el camino. Supo inmediatamente dónde debía ir y a quién estaba buscando.

—¿Qué buscáis allí? —Me miró inquisitivamente.

—Un remedio —respondí con lo primero que se me pasó por la cabeza—. Un mal me aflige.

—Escuchad —dijo señalando a su mercancía—, tengo remedios caseros, pociones muy poderosas. Lavanda para llamar al sueño, camomila para calmar el dolor, romero, perejil.

—No tengo dinero —le respondí.

—Son las mejores curas y valen más que el oro, pero podríais llevaros algunas por una moneda.

Conocía esas hierbas. Su aroma perfumaba el aire del Languedoc y de la Provenza, iluminando la maleza, los campos y las praderas de las montañas donde crecían.

—Sé que son buenas para todo tipo de dolencias. Mi dolor no es de esa clase. —Vacilé. Era mejor darle otra razón por la que visitar esa casa—. Necesito consejo sobre un asunto privado.

—No, no —dijo negando con la cabeza—. No es necesario que vayáis allí,

jovencito. —Intentó agarrarme de la mano—. Dejadme ver la palma de vuestra mano. —Al hacerlo, miró a un lado y otro de la calle para asegurarse de que nadie nos observaba. Oficialmente, la adivinación estaba prohibida por la Iglesia—. Puedo predecir el futuro tan bien como cualquier otro.

—No —dije—. Debo hablar con él.

Sólo me quedaban dos monedas en la bolsa y, desesperada, se las di.

—El lugar que buscáis está en el centro de la ciudad —me dijo— y se puede ver desde el *Château Emperi*, residencia del señor Thierry cuando visita Salon.

Me condujo por angostos callejones y pasadizos hasta que llegamos cerca del montículo donde se erigía el castillo.

—Ahí —dijo la anciana señalando el punto exacto—. Ésa es la casa.

Me había imaginado que sería majestuosa pero, aunque era más alta que el resto de casas que la rodeaban, era muy modesta.

—Con frecuencia se le puede ver en la azotea. De noche, sobre todo cuando la luna está llena. Y los ruidos que uno oye...

—¿Qué tipo de ruidos?

—No sé... chirridos y lamentos, almas en tormento.

Al decir esto, se apresuró a persignarse.

—Tened cuidado —me advirtió.

Pero yo no tenía miedo. Había visto la muerte de cerca. Había sido testigo de un vil asesinato. El cuerpo roto de mi hermana aplastado contra los adoquines del patio de palacio. Y necesitaba saber más.

Así que me dirigí a la puerta de la casa del profeta, Nostradamus.

CAPÍTULO 22

Levanté la pesada aldaba y la dejé caer.

Podía oír un niño chillando dentro de la casa. Una mujer abrió la puerta. Tenía el aspecto desgastado de las mujeres que cuidan de muchos hijos. Su rostro estaba arrugado y su mandil ajado, y llevaba en brazos a un pequeño.

—Me gustaría ver al profeta Nostradamus —comencé a decir.

—Mi esposo está demasiado cansado para ver a alguien más hoy —dijo, y me cerró la puerta en las narices.

Volví, a llamar pero, aunque podía oír movimiento dentro, nadie salió a abrir la puerta.

Miré hacia arriba. Había luz en la habitación situada en la parte más alta de la casa. Si gritaba, ¿oíría mi voz? Miré alrededor. La vendedora ambulante se había marchado y la calle estaba desierta pero ¿durante cuánto tiempo? Ya sabía que esta ciudad estaba bien vigilada. No podía arriesgarme a armar revuelo, ya que los guardias vendrían a investigar. Había una vereda en el lateral de la casa. La atravesé y salí a la parte trasera. La mitad superior de la puerta de la cocina estaba abierta y podía oír a los niños berreando con más fuerza que nunca. La mujer caminaba arriba y abajo con su hija en brazos intentando que dejara de llorar.

Cuando me divisó, me dedicó una mirada furiosa.

—Marchaos. No tenéis derecho alguno a venir aquí y molestarme.

—Os lo ruego —le supliqué—. Necesito hablar con Nostradamus, aunque sea sólo un momento.

—Eso es lo que todos dicen. Sólo un momento. —Se colocó la niña en la cadera y se giró para situarse frente a mí—. Pero nunca lo cumplen. La gente siempre quiere más, y luego más. Tienen que saber esto. Tienen que saber aquello. Y le exprimen y le exprimen, hasta que le agotan. Y se enfadan si no les dice lo que desean escuchar.

—Yo no quiero ninguna profecía —dije.

—Entonces, ¿qué es lo que deseáis?

—Profetizó algo en mi presencia. No me percaté en ese momento de que hablaba de mi hermana, y se hizo realidad... —Me detuve. Pensé que me echaría a llorar si le contaba el destino que había seguido Chantelle.

—Así que habéis venido a quejaros.

—No, en absoluto. Sólo quiero que me ayude a entender.

—No hay nada que entender. Eso es lo que la gente no asume. Ni siquiera él entiende la mitad de las cosas que dice —dijo su esposa con voz cansada. La mujer comenzó a cerrar la puerta.

Y yo, con el recuerdo de Chantelle en la mente, agotada por mis numerosas huidas, temerosa de ser abandonada y tener que vagar sola por las calles de una ciudad extraña en plena noche, y asustada por la posibilidad de encontrarme con el señor Thierry de nuevo, o con algún otro grupo de rudos jóvenes, hice lo que cualquier muchacha habría hecho en tales circunstancias. Rompí en sollozos.

—Vamos —dijo la mujer—, no debéis llorar. No me gusta ver llorar a nadie, y menos a un niño. No es apropiado.

—Mi hermana —sollocé—. Mi hermana murió. No puedo soportar su pérdida.

—Sí, sí, es muy triste perder a una hermana. Pero nos ha tocado vivir estos tiempos tan duros. El año pasado, la peste se llevó consigo a seiscientas almas de esta parroquia. ¡Seiscientos! Y muchos de ellos eran niños, hermanos y hermanas.

—No fue una enfermedad. No fue nada de eso. Su muerte no debía haber ocurrido. Era joven y hermosa, y una excelente persona.

—Aún así —dijo la mujer en un tono más enérgico—, un muchacho de vuestra edad no debe llorar. Por cierto, ¿cuántos años tenéis?

—No muchos —sollocé. Me había olvidado de hacer más grave mi voz. Pero ahora no me importaba.

—Aquí ocurre algo —le escuché decir ya que mi llanto no se calmaba—. ¿Qué os aflige?

—Mi hermana... —dije. Deseaba contarle lo que había ocurrido, pero las palabras parecían atascadas en mi garganta.

—Pero si no eres más que un niño, ¿verdad?

Asentí, secándome las lágrimas y los mocos.

—Os daré un poco de leche caliente, pero eso es todo. Después deberéis marcharos. Mi señor Nostradamus se encuentra indispuesto hoy. Es un hombre anciano, y está cada vez más debilitado por los horrores que ve y las convulsiones que le sacuden. No es justo que le atormenten tantos visitantes. —Me agarró del brazo—. Venid por aquí. Hay un lugar donde los visitantes se sientan, y esperan para hablar con él.

Me condujo a un cobertizo dispuesto junto al muro del jardín que contenía un banco largo. Accedí, al interior, dejé la mandolina en el suelo y me senté.

—Iré a pedir a mi hija mayor que se ocupe del bebé y volveré enseguida.

Unos diez minutos después, la esposa de Nostradamus regresó con una taza de leche caliente.

—Bebed —dijo. Sostuvo la taza por mí y cuando terminé, me dijo:

—Ahora escuchadme. Cuando el maestro se encuentre bien de nuevo, volverá a

su vieja costumbre de recibir a gente del pueblo el primer lunes de cada mes. No cobra nada por estas consultas. Como podéis imaginar, se forma una larga cola el día de antes, por lo que deberéis estar aquí por la mañana muy temprano o incluso la víspera por la noche.

—No me echéis —susurré—. No tengo adonde ir.

—Id a casa con vuestra madre.

—No tengo madre. Murió en mi niñez.

—Pues con vuestro padre entonces. ¿Dónde está?

No podía contarle que mi padre estaba prisionero bajo las órdenes del mismísimo rey y que yo escapaba de un poderoso señor que había jurado no descansar hasta atraparme.

Negué con la cabeza.

—No tengo padre.

—Hay una casa de huéspedes en el puente del canal. Veo que lleváis una mandolina. Podéis cantar para ganaros la cena. El dinero fluye el día de mercado. Os bastará para pagar el alojamiento y la comida.

Vi que era inútil seguir suplicándole. Me puse en pie. Una sombra llenó la habitación. La mujer se giró.

—Esposo —gritó—, estáis demasiado enfermo para salir de la cama.

El maestro Nostradamus dio un traspie y se apoyó en el dintel de la puerta para estabilizarse. Su esposa corrió a sostenerle.

—Traed a la chica a casa —dijo Nostradamus.

—Esposo, estáis confundido. Aquí no hay ninguna chica. Sólo un joven granuja. Para responder a la mujer, Nostradamus me señaló.

—Es Mélisande, la hija del juglar. La estaba esperando.

Su esposa me observó aturdida y volvió a dirigir la mirada al anciano.

—Dejad que entre en casa —dijo Nostradamus—. Así es como estaba dispuesto.

CAPÍTULO 23

La esposa de Nostradamus se llamaba Anne Ponsarde y, aunque estaba preocupada y se sentía incómoda por el giro de los acontecimientos, no discutió con su esposo.

—Seguidme —me dijo bruscamente mientras ayudaba a Nostradamus a entrar en la casa.

Me limpié la cara con las manos y me incliné para recoger la mandolina. Sólo entonces me percaté de que en las prisas por escapar de la pelea callejera, no había reparado en la funda de cuero que protegía mi mandolina. Podía sentir cómo las lágrimas volvían a mis ojos. Mi padre había pagado una importante suma de dinero por la mandolina con su bolsa como regalo por mi duodécimo cumpleaños. Lo había considerado un símbolo de mi madurez y juré no separarme nunca de ella. Ahora había perdido la bolsa, que era de la más delicada gamuza.

—No perdáis el tiempo —me reprendió la esposa del vidente—. Casi es la hora de la cena y debo intentar que mi esposo coma algo. Sólo ha bebido agua en todo el día.

Accedimos a la vivienda a través de la cocina y, al hacerlo, reparé en una forma de servir de ayuda a la mujer.

—Podría batir unos huevos y preparar una bebida caliente con hierbas que el maestro Nostradamus tragaría con facilidad.

Me miró por encima del hombro con desconfianza. En algún lugar de la casa el bebé chillaba, pero otra voz intentaba apaciguarla.

—Mi hija mayor está ocupada con la pequeña; aún así le pediré...

La señora Anne interrumpió la frase, y entonces vi con claridad dónde residían sus dudas. A sus ojos, yo, como muchacho inexperienced, no tenía destreza alguna en las tareas del hogar o la cocina. Me quité el gorro y me acomodé el cabello alborotado. Aclaré mi voz y le dije:

—Mi hermana me enseñó a preparar algunos platos básicos con hierbas.

—Está bien —accedió—. Cuando esté listo, traedlo a la primera planta. Llamad a la puerta de dos hojas en la parte delantera de la casa y esperad.

—No —interrumpió Nostradamus—. A la planta superior, Anne. Pedid a Mélisande que traiga la comida a mi estudio en la planta superior.

Su esposa gruñó, poniendo de manifiesto su exasperación.

—Debéis venir a nuestra alcoba y descansar, esposo —dijo—. Aún no os

encontráis repuesto para poder trabajar.

—Pero debo hacerlo —susurró—. Si pudierais ver lo que yo veo, sabríais que no puedo descansar.

La casa de Nostradamus tenía tres plantas. Sosteniendo la taza de ponche de huevo templado que había preparado, subí la escalera de piedra en espiral que conducía al nivel superior. Los escalones que daban acceso a este último piso estaban más empujados y la espiral era más pronunciada. Aparecí en un espacio abierto donde un arco conducía a un conjunto de habitaciones.

Cuando me aproximé a la entrada de la primera habitación, pude oír la conversación murmurada de Nostradamus y su esposa. El adivino protestaba ante las atenciones de su esposa, diciendo que se encontraba mucho mejor. Ella le reprendía, pero no en un tono furioso, sino en el de una madre que regaña a su hijo preferido.

Sosteniendo la bebida con cuidado en la mano, atravesé la puerta abierta. Y me detuve, totalmente paralizada.

Fuera era noche cerrada, pero la habitación estaba iluminada. El motivo de esta claridad era una asombrosa colección de brillantes velas. Debía haber cien o más distribuidas por los aposentos y todas eran de cara cera de abeja. Había lámparas que colgaban del techo, varios candelabros altos que emergían del suelo y una gran cantidad de palmatorias. Sobre las mesas, los alféizares de las ventanas y las estanterías brillaban las numerosas llamas de las velas y lámparas. En la planta donde trabajaba Nostradamus, cada habitación conducía a otra y las puertas que las separaban estaban abiertas.

Las paredes estaban forradas de pergaminos grabados, textos antiguos y tapices, así como de espejos de todas las formas y tamaños, y fragmentos de vidrio de colores en el techo, en las estanterías y en los rincones. El efecto que provocaba esta combinación era como si hubiera entrado en un mundo en movimiento, cambiante, brillante, donde el reflejo de otro reflejo quedaba atrapado en un espejo y se devolvía girando en espiral.

Giré sobre mí misma lentamente, con la boca abierta.

—Por aquí. —Oí la voz de Anne Ponsarde que me llamaba desde una habitación interior.

Di un paso hacia delante. En ese mismo instante, una figura larguirucha con el cabello desgredado se movió ante mí. Una figura que llevaba una taza aferrada contra el pecho. Giré la cabeza, y ella también lo hizo.

Me detuve.

Se detuvo.

—¡Oh! —exclamé. No era más que yo misma, contemplada desde una vista lateral. Observé mi imagen como si se tratara de un extraño. ¿Ése era mi aspecto?

¿Tan descuidado y encorvado? Me enderecé y caminé más rápido cuando la señora Anne volvió a llamarme.

El maestro Nostradamus estaba recostado en un diván situado en un rincón de la pequeña habitación y Anne estaba tapándole los pies con una manta. Me acerqué a la pareja, y una docena de imágenes de mí misma avanzaron conmigo. Su esposa me tendió la mano.

—Dadme la taza —dijo, y se la acercó a Nostradamus para que bebiera.

El rostro del anciano estaba gris y arrugado, pero sus grandes ojos no habían perdido un ápice de su brillo.

—Aproxímaos, Mélisande —me indicó.

Me acerqué a Nostradamus. Me observó durante largo tiempo.

Entonces, se llevó la taza a los labios y bebió el espeso líquido amarillo.

—Está bueno —dijo—. Tienes más de un talento.

Su esposa Anne sonrió aliviada al ver que había tomado algo de alimento. Iba a pasarme la taza vacía para que la retirara cuando Nostradamus la interrumpió.

—¿Sabéis por qué habéis venido a esta casa? —me preguntó.

—He venido por mi hermana —dijo.

—¿Vuestra hermana?

—Mi hermana, Chantelle.

—¿Y qué desea vuestra hermana de mí?

Le miré fijamente. ¿Por qué me hacía esa pregunta? ¿No sabía que Chantelle había muerto? Su esposa contuvo la respiración.

—Su hermana... —dudó—. La hermana de Mélisande ha muerto recientemente.

—Y creo que presagiasteis su muerte —añadí—. ¿No lo recordáis? En el gran salón del Palacio de Cherboucy, en presencia del rey.

—Ah, sí. —Pasó las manos sobre sus ojos—. Ah, sí. La chica mayor que iba a bailar. Ahora lo recuerdo. La sombra de la muerte planeaba sobre ella.

—¡Visteis algo! —grité—. Debo saber qué fue y por qué Chantelle debía morir. Por eso estoy aquí.

El profeta negó con la cabeza.

—No, Mélisande. Ése no es el motivo por el que estáis aquí.

Entonces pensé que él debía percibir cuándo alguien no decía toda la verdad y que tenía algún indicio de las circunstancias que rodearon la muerte de Chantelle. Decidí contarle mi triste historia. Y no pude hacerlo sin lágrimas en los ojos por lo que incluso su esposa, que no había mostrado simpatía por mí anteriormente, se llevó la mano a la boca cuando relaté lo que le había ocurrido a mi hermana Chantelle.

—Mi padre será llevado ante el rey para ser procesado por las falsas acusaciones lanzadas por el conde de Ferignay —terminé diciendo—. Sé que tenéis influencia en la reina regente, Catalina de Medici, y espero que podáis ayudarme de algún modo.

Éstos son los motivos por los que estoy aquí, maestro Nostradamus.

El anciano negó con la cabeza.

—No —dijo. Su voz se había vuelto notablemente más intensa—. No, Mélisande, ése no es el motivo por el que estáis aquí.

Se recostó sobre sus almohadones y cerró los ojos.

Estaba perdida. No había otra razón por la que deseara hablar con él que no fuera salvar a mi padre y vengar a mi hermana.

—Puede que penséis que ése es el motivo que os ha traído aquí —prosiguió Nostradamus con los ojos cerrados y hablando como si no hubiera nadie más que él en la habitación—. Pero no lo es. Hay otra razón por la que habéis sido enviada a mí.

En el exterior de la casa ya había anochecido. Dentro, las velas ardían proyectando una luz tenue, pero sentí un escalofrío recorrer mis huesos.

—¿Dónde os estáis alojando en Salon?

Nostradamus salió de su estado de duermevela.

—En ningún sitio —respondí.

—¿Tenéis adonde ir?

—No conozco a nadie en la ciudad.

—Anne —dijo el anciano a su esposa—, debemos encontrar un lugar para alojar a Mélisande.

Su esposa chasqueó la lengua. No parecía agradarle la idea. Me preguntaba cuántos desamparados se había visto obligada a alojar por la caridad de su esposo.

El maestro parecía comenzar a aletargarse, por lo que le dejamos dormir y salimos de puntillas de la habitación. Una vez que descendimos las escaleras, Anne me mostró un gran aparador que reposaba contra la pared. Contenía algunas esteras y viejos cojines.

—Con esto os bastará —dijo.

—Se lo agradezco.

Estaba tan cansada que podía haberme tendido a dormir sobre el suelo de piedra de la cocina. El niño que lloraba, al que no habíamos oído durante un tiempo, reanudó sus lamentos con un gimoteo débil.

Señalé a mi mandolina.

—Si me lo permitís —dije—, conozco una nana que puede tranquilizar a su hija. Se trata de una canción de cuna que escuché en Normandía, una melodía muy sencilla a tres cuerdas.

—Podéis intentarlo, si así lo deseáis.

La señora Anne se encogió de hombros y me condujo a la habitación familiar del primer piso donde la niña descansaba en su cunita, con el rostro encendido y frotándose un lado de la cabeza.

Me dejó a solas con la pequeña cuando empecé a rasguear la mandolina.

*«Pequeñita, dormid.
Pequeñita, callad.
Os diré por qué
no debéis llorar.
Después de largo tiempo
papá regresa a casa
y sobre sus rodillas
desea veros mañana.
Sonriendo, riendo,
y no derramando lágrimas.
Pequeñita, dormid.
Pequeñita, callad.
Os diré por qué
no debéis llorar.
Mama prepara tartas
que ayuden a sanaros.
Y sobre sus rodillas
desea poder acunaros.
Sonriendo, riendo,
y no derramando lágrimas».*

Mantuve el pie sobre la mecedora de la cuna y repetí la canción hasta que los ojos de la niña se cerraron y cayó vencida por el sueño.

Entonces, salí sin hacer ruido de la habitación, descendí las escaleras y encontré mi lugar de descanso. Apenas me había acomodado cuando la puerta del aparador se abrió y la señora Anne me acercó una manta y abandonó la estancia.

Me quedé sola en la oscuridad y, aunque tenía frío, incluso con la manta, me dormí, puesto que me sentía más segura de lo que lo había estado en las últimas semanas.

La casa estaba en silencio. Susurré mis plegarias nocturnas en el silencio y le pedí a Dios que permitiera que Chantelle y Armand se encontraran en su Gloria, y que sostuviera a mi padre entre sus brazos hasta que pudiera rescatarle.

Comencé a caer lentamente en un profundo sueño. Me sentía segura en esta casa. Nadie me atacaría aquí, por lo que podía estar tranquila en este aspecto. Sólo un pensamiento me rondaba la cabeza para perturbar mis sueños: las misteriosas palabras de Nostradamus.

«No, Mélisande. Ése no es el motivo por el que estáis aquí. Hay otra razón por la que habéis sido enviada a mí».

CAPÍTULO 24

—Amada hermana.

Abrí los ojos.

Chantelle se encontraba en la puerta de mi habitación. Llevaba su traje nupcial. La habitación estaba inundada del olor de las flores frescas que adornaban su pelo y sus mejillas estaban sonrosadas como el cielo en la mañana.

—Amada hermana —volvió a decir, y su melodiosa voz vibró en mi cabeza.

—¡Chantelle! —grité. Levanté la cabeza y observé atónita a mi hermana, en un éxtasis de placer y alivio.

—Mélisande —susurró Chantelle. Parecía que deseaba entrar en la habitación, pero algo le impedía hacerlo.

Vi que su vestido de novia no estaba manchado ni desgarrado. El corpiño estaba limpio y las diminutas perlas cosidas en el cuello estaban intactas. Nada estaba rasgado, no había salpicaduras de sangre que estropearan la inmaculada tela, ni arañazos o magulladuras en su rostro que perturbaran su belleza. Todos mis funestos pensamientos y los violentos acontecimientos de las últimas semanas no habían sido más que un mal sueño. Una horrible pesadilla causada por una fiebre desconocida.

Me arrodillé en la cama. Una luz brillaba a su alrededor y sobre ella; no estaba segura de su origen.

—¿Dónde está Armand? —le pregunté.

—Está aquí.

—No puedo verle.

Una carcajada escapó de su garganta.

—Está aquí conmigo, os lo garantizo.

Extendí los brazos hacia ella.

—No podéis tocarme, Mélisande —dijo Chantelle dulcemente.

Me eché a llorar.

—Cesad vuestro llanto, hermana querida. No os preocupéis. Ahora tenéis una vida propia que vivir.

—No quiero. Deseo estar con vos, para que volvamos a ser felices juntas.

—Soy inmensamente feliz. Y a vos —dijo—, Mélisande, se os ha concedido el don de una nueva vida que vivir, un camino que seguir y un destino especial que cumplir.

Pero apenas la estaba escuchando. Deseaba tanto abrazarla y que me atusara el cabello como hacía cuando yo era pequeña y ella era más una madre que una hermana para mí.

Deseaba tocarla.

Me moví a ciegas desde el colchón improvisado, extendí las manos y me lancé hacia ella. Mi cuerpo golpeó violentamente la sólida puerta del aparador y la figura que vi fue la mía, reflejada en un gran espejo de vidrio apuntalado en el interior. Era yo, sólo yo, pensé al darme cuenta de que había estado viviendo una ensoñación y ahora estaba despierta. Lo que acababa de experimentar era una agradable visión de mi hermana en sueños. La terrible realidad era que Chantelle estaba muerta y que nunca volvería a verla en este mundo. Comencé a llorar impetuosamente, me arrodillé y golpeé el suelo con los puños. Pero me detuve enseguida, ya que pensé que debía cesar mis salvajes sollozos o la niña enferma se despertaría y comenzaría a gritar, y la señora Anne vendría y me exigiría que abandonara su casa.

Me senté sobre los talones y me percaté de que algo había permanecido imperturbado entre mi ensoñación y mi despertar, y era el adorable perfume a flores de la campiña que inundaba la habitación. Miré hacia abajo. Junto a mi rodilla, había una flor aplastada, la artemisa. Era una de aquéllas que recogí para colocarlas en el cabello de Chantelle la mañana de sus nupcias. La levanté en la palma de mi mano. Probablemente se habría enganchado en mis ropas en los días en que encontré refugio donde podía mientras me dirigía a Salon y debió caerse cuando me preparaba para dormir la noche anterior.

¿De qué otro lugar podía haber surgido?

Sabía que no volvería a dormirme, así que introduje la flor dentro del hueco de la mandolina. Era muy temprano, por lo que me aseguré de no hacer ruido al desatracar la puerta y salir al excusado, que se encontraba fuera de la casa. Mientras me lavaba la cara y me peinaba el pelo con los dedos, las palabras de mi hermana Chantelle resonaban en mi cabeza: «... un camino que seguir y un destino especial que cumplir».

Pero yo sabía el camino que debía seguir. Ya había decidido cuál sería. Mi destino era encontrar a mi padre y salvarle de la cárcel o de algo incluso peor.

CAPÍTULO 25

Al regresar del excusado, observé que había un pozo en el jardín. Llené unos cuantos cubos, llevé el agua a la casa y la vertí en una cazuela que colgaba sobre la chimenea. Removí las cenizas y encontré suficientes ascuas para encender un fuego. A continuación, coloqué en la chimenea un par de maderos del montón de leña apilado en el exterior. De esta forma, la cazuela que había colocado sobre el fuego estaba hirviendo cuando la casa comenzó a agitarse y la señora Anne entró en la cocina. Miró a la chimenea y asintió para manifestar su aprobación.

—Veo que no eres una muchacha vaga y me alegro de ello, aunque tengo a una asistente que viene todas las mañanas a ayudarme con las tareas.

—¿Queréis que prepare otro ponche de huevo para el maestro Nostradamus? —le pregunté.

—Está durmiendo —dijo la mujer con voz cansada—. Estuvo despierto gran parte de la noche. Podía oírle desplazarse por sus aposentos sobre mi cabeza. Le vendrá bien descansar un poco. Y, de todas formas, tenemos dos asuntos de los que ocuparnos.

Mientras yo le miraba perpleja, prosiguió:

—Tenemos que decidir qué le contaremos a la gente sobre las circunstancias que os han traído a esta casa. Las facciones rivales del protestantismo y el catolicismo en Salon siempre buscan excusas para generar nuevos conflictos. Hay informadores por doquier deseosos de contar cualquier noticia al señor Thierry, o al obispo y su amigo el duque de Marcy. Por tanto, debemos discurrir una sencilla historia sobre vuestros orígenes antes de que cualquier criado o visitante llegue y seáis objeto de rumores o especulaciones.

—Es posible que ya sea objeto de especulaciones —dije. Le informé del altercado acontecido fuera de la taberna la tarde anterior, de cómo había huido y una anciana vendedora me había conducido a la casa de Nostradamus.

—Creo que conozco a esa mujer —respondió la señora Anne—. Deambula por las calles y no es peligrosa en sí misma, pero es muy pobre y no tiene hijos que la mantengan. Si llega a sus oídos que el señor Thierry está interesado en un joven juglar, entonces, con la esperanza de una pequeña recompensa, seguramente informe al capitán de la guardia de la ciudad de que guió a ese muchacho a mi casa.

La señora Anne me observó severamente:

—Debemos pensar qué hacer con vos.

—¿Qué hacer conmigo? —pregunté—. ¿En qué sentido?

—Calma, niña. Miraos. Vuestro aspecto sigue siendo el de un niño desaliñado.

—El rey y el conde de Ferignay buscan a una muchacha —razoné—, por lo que será mejor que siga aparentando ser un chico.

—No en este lugar —dijo la señora Anne, hablando lentamente mientras pensaba en voz alta—. No. Habéis estado implicada en un incidente en presencia del señor Thierry. Es un hombre muy astuto y, si admiró vuestro talento como músico y quería que fuerais a su castillo en Valbonnes para tocar para él como dijisteis, intentará encontraros. Recordad esto: él es el tipo de persona que, una vez que comienza a investigar algo o a alguien, no para hasta que está totalmente satisfecho.

Recordé la aguda mirada del hombre del gabán negro y rojo cuando me observaba desde las murallas y también después, cuando me examinó en la calle, entre la muchedumbre, junto a la taberna.

—Creo que sería mejor si este juglar errante dejara de existir —prosiguió la señora Anne— y volvieras a ser una chica. De esta forma, nos será más fácil encontrar un motivo natural y creíble para explicar vuestra presencia en mi casa. Tengo una hermana gemela y hay muchos primos en nuestra familia. Creo que serás Lisette, que ha venido del campo para aprender un oficio en la tienda del boticario que está instalada en una de las habitaciones de la parte delantera de la casa. Sí —dijo asintiendo—, eso haremos. Buscaré un vestido y un pañuelo con el que podamos cubrir vuestra cabeza para ocultar el pelo corto hasta que crezca.

Vislumbré la sabiduría en sus palabras y supe que sería sensato ponerme un vestido y volver a ser una chica. Pero la transformación tenía tintes de pesar. De algún modo, me había acostumbrado a ser un muchacho, a disfrutar del alborozo de vagar por las calles sin acompañante ni chapetón, a la libertad de gastar bromas o dedicar un cumplido si me placía, a la posibilidad de ir y venir a mi antojo.

—Una última cosa. —La señora Anne extendió la mano—. Tenéis que darme la mandolina.

Me resistí sin dudar.

—No, no puedo.

—Debéis hacerlo —dijo en un tono más amable—. Mélisande, éste es el único elemento determinante en cualquier descripción que puedan dar de vos, y coincide tanto en la hija del juglar buscada por el conde de Ferignay como en el muchacho sin nombre que llegó a la ciudad y escapó del noble vigilante, el señor Thierry, sin haber hecho mal alguno.

Volvió a extender la mano hacia mí. Entonces me acerqué a la despensa donde había pasado la noche y le llevé la mandolina. Cuando la señora Anne la cogió de mis manos, me dijo:

—Podrás tocar cuando se haga de noche y todos estén en la cama. Pero durante el día deberá permanecer oculta.

Aproximó la mesa de la cocina a los estantes dispuestos en una pared. Colocó una silla sobre la mesa y, trepando a ella, depositó la mandolina en el estante más alto, empujándola para que nadie que se encontrara en la cocina pudiera verla.

—Ahora escuchadme —dijo—. Sois más alta que yo, por lo que podríais recuperarla en cualquier momento imitando lo que acabo de hacer; sin embargo, os ruego que no cometáis ninguna imprudencia. No queremos ninguna investigación oficial en esta casa. Ya es bastante difícil mantenernos alejados de los problemas sin necesidad de otra carga más.

—¿Qué tipo de problemas? —pregunté, mientras devolvía la mesa a su lugar, en el centro de la habitación. Sentía curiosidad por saberlo.

Pensaba que era una de las casas más seguras de Francia. Con la protección de los altos nobles que reinaban en esa tierra, ¿qué castigo podía temer la señora Anne?

—Catalina de Medici siempre ha estimado enormemente al maestro Nostradamus, por lo que contamos con su favor —explicó la señora Anne—. Pero la corte real no tiene tantos simpatizantes aquí en el sur de Francia, y aunque la reina puede creer que a determinadas personas se les ha otorgado el don de predecir el futuro, hay algunos que no lo ven con tan buenos ojos. Muchos creen que se trata del indujo de otra fuerza más oscura. No tardarían mucho en denunciarnos a los tribunales de la Inquisición.

¡La Inquisición!

Una vez tuve la oportunidad de ver un ejemplo del trabajo de los tribunales de la Inquisición. Papá, Chantelle y yo acabábamos de entrar en una ciudad pasada la frontera española donde se iba a celebrar una festividad en los próximos días, y esperábamos obtener algunos ingresos tocando para la muchedumbre que se agolparía en las calles. Al aproximarnos a la plaza principal, tuvimos que apartarnos para permitir pasar a una larga fila de gente. En la parte exterior de la fila destacaban figuras vestidas con túnicas negras, con la cabeza y el rostro cubiertos por capuchas con agujeros recortados para los ojos. Portaban antorchas de brea ardiente y escoltaban a dos hombres y una mujer que cargaban con cruces atadas a sus espaldas. A la mujer le habían cortado la nariz y miraba alrededor con aspecto demente y los ojos inyectados en sangre. La multitud se agitaba al paso de la procesión, gritando palabras horribles y escupiendo a los desafortunados. La mujer respondió al gentío emitiendo una carcajada que recordaba al rebuzno de un burro. El miedo y la estupefacción ante el ruido que emergió de su garganta me dejaron con la boca abierta. Más tarde supe que probablemente también le habían cortado la lengua. Uno de los hombres cantaba. Su voz no era armoniosa, pero resonaba con una tremenda fuerza mientras cruzaba la plaza. El otro hombre caminaba con dificultad como si

tropezara una y otra vez con el suelo.

—Estoy seguro de que ningún Simón de Cirene dará un paso adelante y llevará la cruz por ellos —dijo mi padre con dureza.

Una voz le increpó bruscamente entre la multitud.

—¿Por qué no vais vos entonces, si sois tan listo y os resulta tan fácil criticar? ¿Eh?

Algunos asistentes más se giraron para observarnos. Uno de los hombres miró a Chantelle con lascivia.

—La muchacha es muy bonita —dijo mi padre—. ¿Cuánto pedís por ella?

Mi padre nos agarró a ambas de la mano y nos apresuramos a retirarnos.

—Sólo una hora —gritó el hombre—. Después os la devolveré para vuestro propio disfrute.

Por encima de sus rudas palabras y sus vulgares sugerencias, podía oír los chillidos de la mujer torturada, los bramidos del cantante, el cántico de los hombres encapuchados y el sonido de las castañetas de madera. Mi juventud y curiosidad me empujaban a saber qué estaba ocurriendo, por lo que me giré para verlo, pero Chantelle me cubrió los ojos con sus manos y mi padre nos protegió con su cuerpo para salir rápidamente de esa ciudad.

Todo el mundo sabía del alcance de los poderes de los inquisidores, que viajaban por el país celebrando juicios para torturar y condenar a los acusados de herejía. Recordaba cómo la vendedora ambulante había mirado a un lado y otro de la calle antes de ofrecerse a leerme la palma de la mano para predecir el futuro. Un hombre como Nostradamus debía ser especialmente cuidadoso para no llamar la atención de aquellos que podían condenarle.

—Y, por cierto —dijo la señora Anne mirando alarmada a través de la ventana de la cocina—, aquí viene una a la que le gusta más chismorrear que trabajar.

Una mujer fornida, que deduje que sería la persona que ayudaba en casa por las mañanas, se aproximaba con premura a la casa por el camino de entrada.

—¡Rápido! —La señora Anne me llevó del brazo al vestíbulo de la casa y me empujó escaleras arriba a su propia alcoba—. Tenemos que buscaros algo de ropa y ensayar vuestra historia antes de que Berthe os vea.

CAPÍTULO 26

—Estáis muy delgada —chasqueó con reprobación la señora Anne mientras me desvestía, despojándome de las sandalias, los calzones y la túnica.

—Siempre ha sido así —me apresuré en contestar. La verdad es que había perdido peso, ya que no había comido bien en más de una semana.

Nunca me había preocupado mucho por la comida. Mi padre siempre se aseguró de que a Chantelle y a mí no nos faltara nada. En los últimos años, se había asegurado un empleo en las cortes reales de Inglaterra y Francia, donde había comida en abundancia. En las últimas semanas había conocido por primera vez el hambre punzante, que abate el cuerpo y el espíritu.

Como si me leyera el pensamiento, la señora Anne dijo:

—La vida que llevamos aquí no es como la de los grandes palacios a la que estáis acostumbrada. Tenemos seis hijos a los que alimentar y, aunque Catalina de Medici concedió al maestro Nostradamus una pensión real, no disponemos de suficiente dinero para pagaros como criada.

—No espero pago alguno por mi servicio —dije—. Os ayudaré lo mejor que pueda y agradeceré cualquier resto de comida que quede una vez que la familia haya terminado cada comida.

—Silencio, niña. —Chasqueó la lengua contra los dientes—. Comeréis con nosotros. Ahora veamos lo que podemos hacer con vos. ¡Mirad vuestra ropa! —Arrugó la nariz mientras las recogía—. ¡Parece que hubierais dormido en almiares!

No quise decirle a la señora Anne que, de hecho, había dormido entre heno las últimas noches.

—La capa todavía me puede servir —dije.

—Pero permitiría distingueros fácilmente. —La señora Anne pasó el dedo sobre la lana bermeja y el bordado dorado del cuello—. ¿Vuestra hermana y vos bordasteis la capa juntas?

Incliné la cabeza cuando un cálido recuerdo me vino a la memoria. Volví a sentir las habilidosas manos de Chantelle guiando mis dedos, enseñándome cómo crear el patrón en un fino papel y transferir mi propio diseño al material.

—Sé lo que es llevar a una hermana muy cerca del corazón —dijo la señora Anne—. Tengo una hermana gemela y, en nuestra infancia, compartíamos secretos cuando nos sentábamos a coser en el calor de la tarde.

Una gruesa lágrima brotó de uno de mis ojos y resbaló por mi mejilla.

—El sufrimiento de vuestra hermana ha terminado —dijo la señora Anne con firmeza—. Os aliviará pensarlo.

En ese momento, deseé contarle a la señora Anne mi sueño de la noche anterior, en el que Chantelle había venido a verme y a decirme que era feliz. Pero algo me lo impedía. Una sensación de opresión. Hasta las paredes de esa casa parecían padecer con los sueños y las palabras nunca dichas.

La señora Anne extendió la capa y envolvió en ella el gorro, las sandalias, los calzones y la túnica. Entonces levantó la tapa de un baúl situado a los pies de la cama y enterró el atillo entre el resto de cosas.

—Ésta será vuestra historia. Recordadla bien para que ambas contemos lo mismo. Sois Lisette de Ponsarde. Os he dado mi propio apellido. Y acabáis de llegar a Salon desde una granja próxima a Montvieulle.

—Conozco esa zona —dije—. La atravesamos antes de llegar a la corte en Cherboucy.

—Muy bien. Cualquier descripción que podáis dar sobre el terreno y las características de la zona añadirán credibilidad a vuestra identidad. Mi primo Guillem tiene una pequeña granja en la que vive con su esposa y su numerosa familia. Cría ganado y gallinas, y vende huevos. No tienen grandes riquezas, pero tampoco pasan hambre. A medida que crecáis, mi primo observó que mostrabais algo de inteligencia. Diré que me escribió y me preguntó si podría emplearos en la tienda del boticario y ayudarme en la casa como pago por daros alojamiento.

Mientras hablaba, la señora Anne había cogido un cesto de ropa de un armario de su alcoba y buscaba entre las prendas. Primero sacó un pañuelo azul celeste y, a continuación, un par de zuecos de madera. Los zuecos estaban muy desgastados y eran demasiado grandes para mí, pero podría utilizarlos si los rellenaba con paja entre los dedos de los pies. Después, extrajo un vestido largo de color azul oscuro con tablas en el corpiño.

—¿De quién era este vestido? —le pregunté.

—Era mío. Antes de darle a mi esposo seis hijos, tenía una cintura que se podía rodear con las manos. —La mujer suspiró—. Desafortunadamente, ya no es posible.

Me coloqué el vestido sobre los hombros y lo dejé caer. El borde de la falda quedó flotando a algunos centímetros del suelo.

—Puedes descoser el dobladillo más tarde y, si es necesario, coseremos una cinta de lazo en la parte inferior.

Cogió el pañuelo azul celeste y me lo anudó alrededor de la cabeza.

—Qué ojos más grandes tenéis, Mélisande —exclamó—. Perdonadme, debo acordarme de llamaros Lisette. —Me sonrió. Fue el primer gesto acogedor que me había brindado desde que nos conocimos—. No tengáis miedo. Si no le contáis a

nadie la verdadera historia de vuestra vida y sois discreta, deberíais estar a salvo aquí.

Miré más allá de su cabeza al espejo que se encontraba tras la puerta.

Una vez más, no reconocí mi imagen. Ya no era el joven juglar desgarrado, ni la audaz pero inocente Mélisande de las cortes reales. Ahora era Lisette, de pálido rostro y sencilla vestimenta. Y, como la señora Anne había ideado, una niña de origen humilde a la que nadie prestaría mucha atención. Pero se me antojaba que el rostro de Lisette que el espejo me devolvía estaba surcado por la pena y eso sería evidente para cualquier persona.

La señora Anne me tomó de la mano.

—Vayamos abajo para presentaros a Berthe, la asistenta. Tengo que darle órdenes para que realice las tareas diarias o se sentará con los pies en la chimenea y no hará nada —hizo una pausa antes de abandonar la habitación y descendió el tono de su voz a un susurro—. Os lo repito. Tened mucho cuidado cuando Berthe se encuentre en la casa. Sus orejas son más grandes que las de la liebre salvaje y sus ojos no se pierden detalle.

CAPÍTULO 27

Berthe, la asistente, se levantó como un resorte de su taburete cuando entramos en la cocina.

Se había sentado cerca de la rejilla con el delantal izado y sus pantorrillas estaban teñidas de carmesí por el calor del fuego. Colocó de inmediato la mano en el caldero y lo retiró de las llamas.

—El agua ya está hirviendo, señora —dijo.

Observé entonces que Berthe era una criada astuta. Pero su intento de hacer que pareciera que había estado ocupándose de sus tareas no engañó a la señora Anne.

—Ya he estado en la planta baja de la casa, Berthe —replicó la mujer de forma seca—. Fue Mél... —invadida por la molestia casi pronuncia mi nombre—, la hija de mi primo, Lisette, quien sacó el agua del pozo y la puso a hervir.

Berthe me miró con resentimiento y me dio la sensación de que nuestra relación, comenzaba mal, ya que vi que, de algún modo, me culpaba de la regañina.

—Bueno, sí —dijo—, sabía que algo distinto estaba ocurriendo en esta casa desde ayer.

La señora Anne frunció los labios.

—¿Y eso por qué? —preguntó.

—Han movido la mesa —dijo Berthe sonriendo con picardía—. Puedo ver las marcas en el suelo donde antes estaban las patas.

Elevé la vista hacia el lugar en que habíamos ocultado mi mandolina.

La señora Anne me vio y movió la cabeza ligeramente. Berthe nos observaba a ambas. ¿Me había visto mirar al estante superior?

Con las palabras que pronunció a continuación, la señora Anne aplastó a Berthe como lo haría con una moscarda.

—¡Me sorprende que llames la atención sobre tus pobres destrezas domésticas de ese modo! —exclamó—. El suelo de la cocina debería estar en tal estado tras haberlo fregado cada tarde que no fuera posible percatarse de que la mesa se había movido. En el futuro, acordaos de mover la mesa, la silla y los taburetes de forma que no limpiéis únicamente alrededor del mobiliario, sino también debajo de él.

—Sí, señora.

Berthe inclinó la cabeza al sentirse atacada.

—La hija de mi primo, Lisette, ha venido de la granja de su padre en Montvieulle

para quedarse conmigo una temporada. Desea ser aprendiz del boticario, pero entrará y saldrá como le plazca y la tratareis como a una hija más de la casa.

—Sí, señora —repitió Berthe. Elevó la cabeza lo suficiente para que sus ojos pudieran examinar mis ropas y mi rostro.

—Comenzad a cocinar la avena.

La señora Anne señaló a un plato tapado que reposaba en el aparador.

—Después, mezcla algo de harina. Quiero hacer una empanada para...

Interrumpió el discurso cuando su hija mayor entró en la habitación llevando en brazos a la niña enferma, que evidentemente se acababa de despertar, ya que estaba llorosa e inquieta, y sacudía su pequeña cabeza de un lado a otro. Al ver a su madre, la niña chilló:

—¡Mamá! ¡Mamá! —y empezó a gritar ruidosamente.

—Ya está. Vamos. —La señora Anne cogió una toquilla amplia de un gancho que colgaba de la puerta de la cocina, arrolló al bebé en ella e intentó consolarlo—. Vestíos y organizad el material para vuestras clases —indicó a la chica mayor—. Berthe preparará el desayuno para nosotros y nos lo traerá cuando esté listo. Lisette —dijo girándose en mi dirección—, id a la botica y presentaos a Giorgio, que es el boticario de confianza del maestro Nostradamus. Aunque es algo temprano, Giorgio ya estará allí. Que no os desconcierten sus modales. Es un hombre ilustrado con mucho talento. Explicadle la situación y preguntadle si tiene algo que calme la aflicción de mi bebé. —La niña volvió a gruñir, sacudió la cabeza mientras gritaba y arañó el rostro de su madre—. Decidle que chilla como si estuviera poseída.

Al oír estas palabras, Berthe se santiguó y, cuando la señora Anne salió de la habitación con sus hijas, murmuró:

—No sería ilógico pensar que está poseída. Yo diría que es un castigo de Dios a aquéllos que se inmiscuyen en lo que no deben —me observó inquisitivamente—. ¿Qué pensáis, granjerita?

En lugar de responder, me dirigí a la puerta que conducía al vestíbulo. De camino a la parte delantera de la casa, pasé por la despensa donde había dormido la noche anterior. Junto a mí se encontraba la escalera que ascendía a las habitaciones superiores, enfrente tenía la puerta principal de la casa y, a mi izquierda, otra habitación con una llave en la cerradura. Giré la llave y empujé la puerta. Accedí una habitación alargada y estrecha con ventanas y su propia puerta de acceso al exterior, que conducía a la calle que discurría al otro lado de la casa.

La habitación servía como tienda y lugar de trabajo. Ante mí se extendía un mostrador donde los clientes esperarían para adquirir los remedios. Detrás de él, a cada lado de la puerta en la que me encontraba, había varias filas de estantes con decenas de jarras y botellas y, bajo ellas, pilas de cajones de diversos tamaños. Todas estaban etiquetadas y numeradas con una fina caligrafía.

En un extremo, parcialmente oculto tras un biombo, había un hornillo, varias piletas, una mesa y algunos bancos de trabajo. Un hombre estaba encorvado sobre uno de ellos.

Estaba introduciendo polvo con una cuchara en una pequeña caja de madera, pero se detuvo y levantó la vista cuando abrí la puerta.

—Una cara nueva —dijo—. Pasad, pasad. ¿Qué deseáis?

Me hizo un gesto con la mano para que me aproximara a él.

Cuando me acerqué, el hombre no se enderezó y pude observar que no le era posible. Su cuerpo estaba encorvado, aunque no se podría decir que fuera jorobado. Al verme vacilar, se acercó arrastrando los pies como si sus huesos no estuvieran bien engarzados entre sí.

—¿Y quién sois vos, señorita, que habéis olvidados los modales y os presentáis ante el pobre Giorgio de forma tan brusca?

Me sonrojé y hablé atropelladamente.

—Soy... soy Lisette. Soy familia de la señora Anne, la hija de su primo que habita en Montvieulle, y he venido a vivir aquí una temporada.

—¿Cómo? ¿Otra refugiada más a la que cuidar para esta familia tan numerosa?

—No, no —dije de inmediato—. Me ganaré el sustento. Puedo trabajar tan duro como cualquier otro. Me han dicho que voy a ser vuestra asistente. Y, en concreto, esta mañana la señora Anne me ha enviado para ver si tenéis algún remedio para calmar a su hija pequeña, que esta enferma.

—Está bien —dijo Giorgio, que ahora se encontraba cerca y, al ser más bajo que yo, se veía obligado a elevar la vista para dirigirse a mí—, veamos si podéis servirme de algo en esta botica. ¿Qué tipo de dolor padece la niña?

—No sé a lo que os referís —balbuceé.

Cojeó hasta su lugar de trabajo y cogió la cuchara para continuar la tarea que estaba realizando cuando entré en la habitación.

—Pensad en lo que os he preguntado y respondedme.

—¿Queréis que os describa el dolor que sufre la niña?

El boticario asintió. A pesar de estar concentrado en su trabajo, observé que también me prestaba atención. Recordé cómo gritaba la niña.

—Era un dolor molesto.

—¡Claro! —dijo Giorgio en un falso tono de asombro—. Un dolor molesto. Eso me aclara mucho las cosas.

—No os burléis de mí —dije, provocada por su mofa—. No tengo conocimientos suficientes para describir la enfermedad de la niña. Y me parece que, en lugar de utilizar esta situación para enseñarme una lección de humildad, sería mejor que me explicarais qué información buscáis. Estamos perdiendo el tiempo mientras que una niña sufre.

—¡Bien dicho! —Inclinó la cabeza a un lado—. Aunque es una respuesta algo seca para una muchachita del campo.

Sacudió la cuchara vacía de cualquier resto de polvo y la utilizó para señalar a los estantes.

—Hay decenas de remedios aquí que alivian el dolor, algunos de los cuales podrían causar incluso la muerte a la niña. Para servirlos de la mejor ayuda, necesito determinar qué está causando el dolor. Por eso os pregunto. —Levantó los dedos uno a uno mientras enumeraba su lista—. La ubicación del dolor. La gravedad de dicho dolor. ¿Es constante o intermitente? ¿Es un dolor entumecedor o más bien punzante? ¿Está vomitando la niña? ¿Está suelta de vientre? ¿Presenta fiebre o la niña muestra una sudoración normal? —interrumpió el interrogatorio y me dedicó una mirada penetrante—. Vamos, hablad, y dejadme que juzgue lo observadora que sois, señorita Lisette.

Recité mis respuestas en el orden en que había realizado las preguntas y elevé los dedos imitando sus gestos.

—Parece que el dolor se concentra en la cabeza de la niña. Es muy intenso. Va y viene, pero cuando surge, hace que la niña se frote el lateral de la cabeza y chillen. Por lo que sé, la niña no ha vomitado ni está suelta de vientre. Y sí, tiene fiebre.

—Bien. Muy bien.

Mientras le daba el parte, Giorgio cogió una escalera de madera y la empujó ante él a lo largo de la fila de estantes.

Hizo esto de forma ensayada aunque torpe; sin embargo, sentí que ya sabía bastante sobre este personaje como para abstenerme de ayudarlo.

—¿Hay algún otro dato, por nimio que sea, que podáis añadir para ayudarme con mi diagnóstico? La cosa más insignificante, aunque pudiera parecer banal en principio, me podría servir.

Negué con la cabeza.

—¿Durmió algo anoche?

—Lo hizo, aunque le costó dormir. To... —comencé a decir, tropezando con la palabra «toqué», y me estremecí al sentir una punzada de miedo. ¡Casi descubro mi condición de juglar! Cambié rápidamente la frase—. Tomé a la niña y la calmé con una nana.

Giorgio no pareció notar nada extraño, pero pensé que una broma distendería la situación, por lo que añadí:

—Entonces se durmió la pobrecita. Pero me temo que más cansada por el llanto que arrullada por mi canto.

Giorgio apoyó la escalera en una estantería. Se elevó uno o dos escalones y, abriendo una botella grande, extrajo lo que parecía un trozo de corteza de árbol.

—¿La señora Anne sugirió qué podría haberle afectado?

—No —respondí y a continuación, esperando demostrarle que podía equipararme a él en ingenio, añadí—. Pero la sirvienta Berthe sí lo hizo. Afirmó que era un castigo de Dios.

—En lo que a mí respecta —dijo Giorgio mientras bajaba la escalera—, creo que es un dolor de oídos. Y con esto —dijo sosteniendo el trozo de corteza de árbol—, podemos aliviar la aflicción a esa niña.

Escudriñó mi rostro con una mirada calculadora.

—Ahora, señorita Lisette. ¿Por qué juicio os decantáis? ¿Por el de Dios o por el de Giorgio?

Retrocedí y me separé de él. Era una pregunta digna de cualquier inquisidor.

El hombre se rió al percatarse de mi confusión.

—¿Se opondría Dios a que preparáramos un remedio con corteza de árbol para ayudar a esa niña? —me hizo esta pregunta por encima del hombro mientras volvía a su banco de trabajo.

—No puede ser voluntad de Dios que un niño sufra —dije, mientras le seguía para ver lo que estaba haciendo. Había conocido a muchos médicos y boticarios en las cortes de Inglaterra y Francia, pero la mayoría prefería mantener sus recetas en secreto.

Giorgio me dio la corteza de árbol y un pequeño rallador metálico.

—Toma unas hebras finas del interior —me indicó y, a continuación, prosiguió nuestra discusión diciendo—: Algunos hombres argumentarán que, cuando Dios envía una aflicción, el hombre debe inclinar la cabeza y sufrir, como Job hizo en la historia que recoge la Biblia.

—Dios creó las plantas para que las recolectáramos —respondí.

Agarrando el rallador, me esforcé por obtener las virutas de corteza más finas posibles. Giorgio rompió un trozo de bresca y lo añadió a las hebras en un pequeño recipiente de agua que hervía sobre el hornillo.

—Y el mismo Dios os dotó de la inteligencia necesaria para preparar esa mezcla —añadí.

—¿Y también os otorgó el intelecto, señorita Lisette, para recordar los ingredientes, las cantidades y el método para preparar un mejunje similar si es necesario? —Giorgio se cruzó de brazos y esperó.

Le recité la receta y fui recompensada con lo que me pareció un pequeño destello de aprobación en sus ojos. Pero no me gratificó con ningún cumplido amable. Tenía que asumir que Giorgio era parco en halagos. Cuando la mezcla hubo hervido durante unos minutos, la vertió en una taza y añadió un pegote de líquido ámbar que olía como aguamiel. Me pasó la taza, diciendo:

—Llévdselo a la señora Anne y decidle que la niña debe tragárselo entero.

Alargó la mano sobre el mostrador y destapó una jarra grande que estaba fuera de

la vista.

—Aquí tenéis un azucarillo para que la niña lo chupe; así será más fácil que tome la medicina.

Tomé los objetos que me ofrecía y fui a hacer lo que me había pedido. Era consciente de que me estaba observando, por lo que, para no derramar una gota, deposité la taza en el mostrador mientras abría la puerta que conducía a la casa.

Berthe, la asistenta, cayó sobre mí. Debía haber estado pegada a la puerta al otro lado.

—La señora Anne me pidió que os trajera el desayuno —dijo Berthe, pasando a mi lado apresuradamente con dos tazones de gachas de avena.

¿Había estado escuchándonos? Y, en caso afirmativo, ¿durante cuánto tiempo? ¿Había oído cómo Giorgio y yo manteníamos el tipo de conversación que algunos podían considerar blasfema?

Encontré a la señora Anne en la habitación familiar del piso superior. Estaba meciendo a la agitada niña sobre sus rodillas.

—Ah —exclamó, mirándome aliviada cuando entré en la alcoba y le di la medicina—, estaba segura de que Giorgio no me fallaría.

Le ayudé a engatusar a la pequeña para que bebiera la mezcla.

—¿Giorgio os ha dado una buena acogida en la farmacia? —me preguntó la señora Anne mientras me tendía la taza vacía para que la retirara.

—Es un hombre singular —le respondí.

La señora Anne sonrió.

—Sí —dijo—, eso es cierto. Tiene su propia forma de afrontar la vida. Pero si le prestáis atención, aprenderéis mucho.

CAPÍTULO 28

Y, efectivamente, en los días por venir aprendí mucho de Giorgio.

Desde el principio, no me trató como el tipo de ayudante que estaba allí para barrer, limpiar el polvo y limpiar los diversos utensilios. Quería formarme como una auténtica aprendiz. A mi regreso a la tienda esa mañana con la taza vacía, me indicó que me pusiera un mandil y preparara una gran cantidad del líquido que él llamaba *Salix verum*.

—Con frecuencia, la inflamación en el oído interno requiere más de una ingesta del tratamiento para disiparse —dijo, supervisándome mientras hervía la infusión—. Por lo tanto, debemos tener algunos viales preparados en caso de que la niña sufra otro ataque. Y que no os sorprenda que, cuando abramos la botica hoy, algunos de nuestros clientes traigan a niños con síntomas similares. La experiencia me ha demostrado que la misma enfermedad se propaga en una comunidad. Eso es algo de lo que debéis tomar nota, señorita Lisette. Y, por cierto —añadió—, espero que sepáis leer un poco. Pero ¿sabéis escribir?

Asentí.

—Muy bien. Os daré un cuaderno en blanco para que toméis las notas que veáis pertinentes. Os advierto que hay mucho que aprender y no me gusta repetirme.

Giorgio se dirigió a uno de los armarios de la tienda y sacó un cuaderno con funda de piel, que tenía un lápiz atado con una fina cuerda.

—Cogedlo y tenedlo siempre a mano.

Puse el libro en el bolsillo de mi mandil y tomé notas en él siempre que trabajaba en la botica.

Cuando cerrábamos la tienda por la tarde, lo abría y leía y releía mis notas para memorizar los nuevos ingredientes y las recetas que había aprendido. Nunca disponía de tiempo libre para hacerlo durante el día. Cada mañana, aunque hiciera mal tiempo, solía haber un cliente esperando fuera a que abriéramos. Y cuando cerrábamos para la siesta, Giorgio utilizaba habitualmente esas horas para mezclar y preparar más medicinas con mi ayuda.

La mayoría de las hierbas que utilizábamos procedían del extenso jardín del propio Nostradamus. Algunas me resultaban familiares, ya que Chantelle me había instruido en sus efectos: consuelda en cataplasma para tratar magulladuras, menta y mejorana para los resfriados y los dolores de garganta, romero y anís para facilitar la

digestión. Otras me eran completamente nuevas y procedían de semillas y plantas obtenidas en Oriente y el Nuevo Mundo. Aprendí sus propiedades medicinales, cómo pesar las cantidades con precisión, y cómo cortarlas y molerlas con mortero.

Durante mis primeras semanas en la botica, el maestro Nostradamus se encontraba demasiado débil para levantarse del diván de su estudio, por lo que su esposa prohibió a cualquier persona acercarse al anciano. Mientras tanto, yo comenzaba a impacientarme. Quería hablar con el profeta en cuanto me fuera posible para rogarle que intercediera en mi nombre ante el rey y la reina regente, y para preguntarle qué quería decir cuando afirmaba que me había dirigido a su casa con otro propósito. La señora Anne le procuraba todas las atenciones. Subí y bajé a toda prisa los cuatro tramos de escaleras, cuidando de que hubiera suficiente luz en la estancia y portando comida y bebida, medicinas y cataplasmas. La mayor parte del tiempo permanecí en los aposentos exteriores, por lo que sólo podía oír el murmullo de la voz de la señora Anne cuando le suplicaba al maestro que comiera algo. Sin embargo, una vez me pidió ayuda para evitar que Nostradamus se levantara del lecho.

La noche estaba cayendo y yo estaba encendiendo las velas y lámparas de la casa cuando, de repente, su voz resonó como las rocas que se desprenden de la ladera de una montaña:

—¡Mirad como gira el mundo! ¡Las tierras al oeste! ¡Fuego y furia lloverán de las puertas del cielo! —¿Se refería al Nuevo Mundo? ¿Esos países descubiertos recientemente en el lejano occidente, más allá del gran océano, y reclamados ya como propios por los reyes y las reinas de Europa?—. ¡Por un árbol vino al mundo el primer hombre y por un árbol perecerá! —¿Estaba ese árbol en el Jardín del Edén?

—¿Estáis ahí, niña? —Era la voz de la señora Anne la que oía ahora—. Necesito que me ayudéis si es posible.

Corrí a la habitación interior. Era el santuario donde el profeta se sumergía en sus textos místicos y guardaba sus artilugios para la adivinación. A cada lado de la ventana, las estanterías se curvaban por el peso de los libros y manuscritos, algunos deshechos por los años. El resto de paredes estaban cubiertas de imágenes del cuerpo humano y de los cuerpos celestes. Se rumoreaba que había diseccionado cadáveres en su búsqueda del conocimiento. Me estremecí al ver los dibujos de dos esqueletos que mostraban los huesos humanos desprendidos de la carne. Uno era de un hombre, que me miraba fijamente con las cuencas vacías de sus ojos. Detrás de él se encontraba la mujer, con el largo cabello cayéndole sobre el cuerpo para ocultar sus partes pudendas. En el techo, en una gran circunferencia, estaban dibujados los signos del zodiaco y, por encima y por debajo de ellos había una gran cantidad de números y símbolos, conocidos y desconocidos. A lo largo del nivel superior de las paredes, se podían ver los planetas numerados y con sus respectivos nombres: Marte, Venus, Júpiter y el resto. Mientras los observaba, parecía como si su influencia se apoderara

de mí. Había dibujos realizados por el propio Nostradamus que mostraban el movimiento de los planetas, siguiendo su estela en los cielos por encima de nuestras cabezas. Y ahí estaba el amplio escritorio, con su astrolabio y un horóscopo a medio terminar, su pluma abandonada, la tinta condensada en la punta.

Su bastón plateado estaba recostado junto a su camastro.

Nostradamus había desecho las sábanas y estaba intentado apartar a su esposa a un lado mientras la mujer luchaba con él para mantenerlo en cama. Su rostro estaba apagado y su piel gris. Parecía demasiado débil para resistirse; no obstante, cuando me vio, sus ojos se salieron de las cuencas e intentó ponerse en pie.

—¿Quién está ahí? ¿Quién se aproxima con la antorcha de la esperanza encendida cuando el Ángel de la muerte le pisa los talones?

Entonces me percaté de que todavía portaba una vela encendida en la mano.

—Tranquilo, tranquilo —le calmó la señora Anne tal como había hecho con su hija pequeña—. La fiebre os ha provocado una pesadilla.

—¿Tengo fiebre? —Su esposo le agarró la mano y se la llevó a la frente—. Decidme la verdad. ¿Tengo fiebre?

La mujer se mordió el labio.

—No mucha, no.

—Entonces lo que percibo no es una pesadilla, sino una visión. Males y lamentos en nuestra tierra. —Consiguió sentarse erguido y exclamó con una voz terrorífica—: ¡Compadecedos de los niños ya que serán masacrados! Los inocentes son culpados. ¡Ríos de sangre corren por las calles de París! —Me señaló con un largo dedo huesudo—. Las mujeres piden socorro y vos, Mélisande, no podéis hacer nada por ayudarlas.

Permanecí inmóvil y en silencio. Era la misma profecía que había anunciado en el Palacio de Cherboucy cuando presagió la muerte de Chantelle. Se recostó en sus almohadones, exhausto, y la señora Anne me hizo señas para que les dejara solos.

Bajé a la botica y me sumergí en mis quehaceres con sigilo. Giorgio me miró con cierta curiosidad, pero no hizo ningún comentario. Le conocía lo suficiente como para saber que era sensible al estado de ánimo de una persona o a los matices del entorno. Era una de sus habilidades en el diagnóstico de una enfermedad. Era evidente que se había percatado de que me encontraba incómoda, por lo que me adelanté a cualquier pregunta diciendo:

—El maestro Nostradamus parece perturbado hoy.

Giorgio me miró de reojo.

—Parece que vuestra mente también está dispersa.

—Anunció que acontecería un gran desastre.

—El maestro Nostradamus acostumbra a utilizar expresiones extravagantes.

—Habló de muerte y destrucción sobre la Tierra.

—La muerte y la destrucción han poblado la Tierra desde la antigüedad —señaló Giorgio—. Así es la vida.

—Dijo que correría la sangre de los inocentes.

—La sangre de los inocentes siempre se derrama más copiosamente que la de los infames. A fuerza de ser malvados, consiguen eludir a la justicia.

Observé que estaba intentando elevarme el ánimo; sin embargo, yo no me encontraba de humor. Mi hermana Chantelle también había señalado que determinadas cosas ocurren, estén profetizadas o no.

Pero ahora Chantelle estaba muerta.

—¿Sabéis que uno puede inducir visiones en su cerebro? —dijo Giorgio—. Si miráis fijamente a la luna durante el tiempo suficiente, veréis una forma que os hablará desde la lejanía.

—¿No creéis en las predicciones del maestro Nostradamus? —pregunté sorprendida. Siempre había pensado que, al ser su asistente más próximo, Giorgio creía en las profecías.

El boticario se encogió de hombros.

—¿En qué creéis vos? —le pregunté.

—Confío en la eficacia de la medicina. Creo que, para cada enfermedad, la naturaleza tiene una cura, o al menos una forma de aliviarla. En algunas ocasiones, tan sólo facilita nuestro paso por este mundo.

—O nuestra transición al otro —respondí.

—Para ser una granjera, poseéis un ingenio formidable.

Bajé la mirada. Giorgio se me acercó.

Intenté escaparme, pero me cerró el paso. ¿Por qué no podría mantener la boca cerrada? La señora Anne me había advertido de Berthe, pero no se había pronunciado sobre Giorgio. Quizá pensaba que estaría menos interesado o confiaba más en él. Si le dio las llaves de la farmacia, debía tener confianza en él.

—Me he percatado de algo acerca de vos, señorita Lisette, al veros ayudarme con mi trabajo. —Giorgio estiró los brazos, cogió mis manos entre las suyas y las giró, exponiendo las palmas hacia arriba—. No presentan callos ni asperezas por el trabajo en la granja. Parece que pertenecieran a una dama de la corte.

Permanecí en silencio durante un momento. Entonces solté una carcajada.

—Mi padre me malcrió —respondí rápidamente—, porque me creyó inteligente. Es lo que siempre deseó para mí: que llamara la atención de un caballero real y me convirtiera en una dama de la nobleza.

Giorgio elevó mi barbilla con sus dedos. Bajé los párpados, pero no antes de que nuestras miradas se cruzaran brevemente.

—No os hagáis la muchachita bucólica —dijo—. Esos ojos rezuman inteligencia e insolencia. Vuestras formas ponen de manifiesto vuestra condición.

—Al igual que vos, señor —repliqué—. Debisteis ocupar una posición más importante en otro lugar antes de convertirnos en asistente en una farmacia.

Hizo una mueca que me indicó que había acertado. Aproveché mi ventaja.

—¿A qué os dedicabais antes de venir a Salon?

—Era médico de la corte.

Mi corazón se sobresaltó, pero sabía que debía formular la siguiente pregunta aunque pareciera extraño.

—¿De qué corte?

—La corte más extraordinaria de toda Europa —respondió.

La corte francesa reclamaba este honor para su corte, al igual que lo hacía Isabel de Inglaterra.

—¿Inglaterra? ¿Francia?

—No me refiero a una corte real —dijo negando con la cabeza—. He dicho la corte más extraordinaria de Europa, no la más rica, ostentosa o majestuosa. Esta corte fomentaba el talento natural de los hombres de ingenio y de ella procedían los artistas más demandados del mundo. Trabajaba en la corte de los Medici de Florencia.

—¿Os referís a la familia de la reina regente, Catalina de Medici?

—A la misma. —Inclinó la cabeza—. El doctor Giorgio era uno de los médicos más respetados.

—Entonces, ¿conocisteis a Catalina de Medici antes de que contrajera matrimonio con el rey de Francia?

—Así es. La conocí cuando era una niña. Yo no era mucho mayor que ella.

Sin embargo, él parecía mayor, y andaba jorobado, arrastrando las piernas como un anciano.

Pareció intuir mis pensamientos y dijo con tristeza:

—Es cierto, no soy tan robusto como lo fui antaño. Todo por cortesía del señor *strappado*.

Notó mi expresión de asombro y procedió a explicarse.

—El *strappado* es un instrumento de tortura muy del gusto de los florentinos. Se ata a la víctima con una cuerda alrededor de las muñecas y la cuerda se lanza sobre una viga alta. Entonces, la cuerda se eleva y el cuerpo se deja caer a pocos metros del suelo. El procedimiento se repite numerosas veces hasta que los huesos se salen de sus articulaciones. Tuve suerte. Mi castigo cesó antes de que todos los huesos se hubieran soltado de sus juntas.

—¿Qué mal hicisteis?

—Ninguno. La fiebre hizo que uno de sus nobles enfermara gravemente y vomitara bilis verde. Afortunadamente para mí, se recuperó, pero sospecharon que había intentado envenenarle.

—¿Y era cierto?

—No. Si lo hubiera hecho, habría conseguido acabar con él sin dejar rastro.

—Ésa no es una habilidad de la que presumir —dije entre risas.

—Sé tanto de venenos como cualquier Medici, y los Medici son unos habilidosos envenenadores. El duque había sido envenenado, pero fue un burdo intento, un trabajo más propio de la familia Borgia que una vez gobernó los Estados Papales. Utilizaban un polvo blanco, el mendoril, mezclado con sopa o con la salsa de cualquier plato. Es inodoro e insípido, pero la víctima comienza a tener vómitos y diarrea, por lo que es evidente que se le ha administrado veneno. Los Medici y aquéllos que trabajan para ellos conocen métodos más sofisticados...

—¿Como cuáles?

No era algo que interesara normalmente a una muchacha, pero me había picado la curiosidad.

—Hay una mezcla concreta de sustancias que se absorben fácilmente por la piel. Se puede añadir a una crema de belleza o un ungüento para eliminar manchas. Y una vez administrado, no hay cura posible. Aunque se induzca el vómito o se administre una purga, no se expulsará del cuerpo. La víctima se convierte en un muerto viviente.

—¿Y no hay nada que indique que se ha administrado algún veneno?

—Bueno, si vuestra mirada es aguda, podríais detectar una mancha apenas perceptible en el cuello, la piel del dorso de la mano de un color amarillento, un olor a cerezas. Pero no importa los síntomas que se observen, puesto que no hay antídoto. El veneno de los Medici es muy rápido y eficaz.

Un fragmento de un chismorreo que escuché en la corte se me vino a la mente y lo repetí en voz alta:

—Dicen que cuando la reina vino a Francia desde Italia trajo su propio envenenador con ella.

Giorgio elevó la cabeza. Dirigió una mirada alarmada hacia la puerta que conducía a la casa.

—¡Perfumador! —dijo secamente—. Perfumador —repitió—. Sí —dijo con claridad—. Escuché que la reina regente trajo a su propio perfumador desde Italia.

Seguí su mirada a la puerta y recordé la presencia de Berthe en la casa, que podía estar escuchándonos.

—Sí —me apresuré a confirmar la opinión de Giorgio—. Yo también he escuchado eso.

—La reina tiene un gran interés por los perfumes.

Con el corazón desbocado, comencé a ordenar las estanterías.

Giorgio cojeó lentamente hasta la puerta de la casa, la abrió y miró hacia el vestíbulo y el piso superior. Había observado que Giorgio siempre trataba a Berthe con precaución. Cada mañana, la asistenta nos traía un tazón de gachas de avena coronadas con miel y una jarra de leche. El boticario siempre era muy educado con

ella y le dedicaba una reverencia cada vez que Berthe le ofrecía las gachas. No creo que ella le considerara un pretendiente en modo alguno, pero se notaba que se sentía adulada por sus modales y los pequeños cumplidos que le dirigía. Recordé una conversación en la que alguien cuestionaba una unión inverosímil en la corte entre una mujer cruel y poderosa y un hombre más joven.

—Se pueden llegar a hacer estas cosas por amor —había respondido otro cortesano.

—O por miedo —observó mi padre.

Dado que el *strappado* había destrozado el cuerpo y el alma de Giorgio, temería la tortura aún más por haberla sufrido y haber escapado con vida de ella. Recordé la estampa de la mujer y de los dos hombres que se dirigían hacia su final en la hoguera en España.

Giorgio cerró la puerta y regresó a la tienda.

—Hay algunos que dan más crédito a las profecías del maestro Nostradamus que a sus medicinas y curas —prosiguió—. Me gustaría que pudiera deshacerse de sus visiones. Le debilitan y llaman la atención de gente deshonesto. La gente añade sus propias interpretaciones a sus presagios e inventan historias de extraños sucesos que acontecen en esta casa. —Giorgio señaló a la ventana—. Mirad, ahí fuera hay un molino. Las palas giran y la maquinaria chirría y cruje como la de cualquier molino. Pero ahora se ha extendido el rumor de que esos ruidos emanan de los espíritus que el mago Nostradamus convoca para hablar con él.

¡Eso era justo lo que la vendedora ambulante me había dicho cuando me guió hasta la casa del maestro! Me habló de ruidos extraños que procedían de la casa y afirmó que eran almas en tormento.

—Pero sus profecías son reales —dije—. ¿No anunció la muerte del esposo de la reina y del primer hijo del matrimonio?

—Algunos dicen que así lo hizo —respondió Giorgio en un tono neutral.

En ese momento, casi se me escapa que Nostradamus había predicho acertadamente la muerte de mi hermana, pero me contuve. No lo hice porque pensara que Berthe pudiera estar escuchando, sino más bien por deferencia a los deseos de la señora Anne, que deseaba que nadie conociera la verdadera historia de mi vida.

CAPÍTULO 29

A pesar de los cuidados de la señora Anne y de las medicinas de Giorgio, el maestro Nostradamus no fue capaz de levantarse de la cama hasta la primera semana de junio.

Aprendí rápidamente cuánto trabajo requería la casa. No era una tarea en sí misma mantener vivas las velas y lámparas, pero era la que más me gustaba, especialmente las del piso superior. Justo antes de que la tienda volviera a abrir tras el descanso de mediodía, subía a la primera planta para recortar las mechas y rellenar el aceite, encendiendo una a una cada vela y cada lámpara. Mientras lo hacía, me tomaba mi tiempo para observar los libros, ornamentos y material astrológico en los aposentos de Nostradamus.

Tocaba los fósiles y las extrañas piedras que había recogido en sus viajes. Examinaba el contorno irregular de las costas del Nuevo Mundo en el enorme globo terráqueo que descansaba junto a la chimenea. En ese lugar era donde, en la visión que había escuchado proclamar a Nostradamus, el fuego y la muerte lloverían del cielo. ¿Qué gentes vivían allí? ¿Tenían sus propios profetas y visionarios que les advertirían de la catástrofe que se aproximaba? De las paredes de estas habitaciones colgaban numerosas imágenes de números dispuestos en cuadrículas y círculos. No podía comprenderlas y no me atraían tanto como los que mostraban la posición de los planetas y las estrellas.

Regresé a ellos, para maravillarme de su misterio y grandiosidad, y para examinar nuestra ubicación en el mapa.

En sus aposentos también había copias de los trabajos que había publicado, «Las profecías». Estas revelaciones, redactadas cada una en cuatro líneas de verso libre, conocidas como cuartetos, eran fuente de especulación y fascinación para el mundo y para mí. ¿Por qué mi corazón latía más rápido cuando observaba estas páginas y leía las palabras contenidas en ellas? Imbuidas con una terrible fuerza, abrían una fisura en mi mente. Intentaba comprender sus visiones, que se desbordaban sin control de la mente febril del maestro. ¿Escribía lo que veía, lo que escuchaba, o simplemente lo que imaginaba?

Abajo, en la tienda, Giorgio y yo trabajábamos solos prácticamente todo el tiempo. Antes de mi llegada, la señora Anne y los hijos de mayor edad ayudaban al boticario. Sin embargo, en ese momento, de los seis hijos de la señora Anne y el maestro Nostradamus, sólo cuatro se encontraban en casa. El hijo mayor había

abandonado el hogar hacía poco para viajar con su tío y una de las niñas había ido a vivir con una tía durante una temporada. Del resto, los dos hijos más pequeños pasaban el día en la escuela, mientras que la otra niña tenía un tutor que venía a casa todos los días. Además de atender a su esposo, la señora Anne ocupaba su tiempo por completo con su hija más pequeña, Diane, el bebé que seguía enfermo y requería sus cuidados constantemente.

La presencia de Nostradamus en la tienda se echaba en falta porque, como me comentó Giorgio, tenía por costumbre bajar a ver a sus pacientes dos o tres mañanas a la semana. Durante el horario de apertura de la botica, parte del espacio tras los biombos se utilizaba para estos menesteres y Giorgio ahora llevaba a cabo los diagnósticos allí cada mañana.

En algunas ocasiones, nuestros clientes eran miembros de la aristocracia que habían viajado a Salon expresamente para conocer al famoso Nostradamus. Ordenaban a los criados que entraran a la botica para solicitar que el maestro Nostradamus atendiera personalmente a su señor o señora. Prestaban poca atención a Giorgio cuando les informaba de que Nostradamus no estaba disponible, pero que él era un médico cualificado y podría examinar al paciente por unos honorarios inferiores. Sentía cierta simpatía por estas personas frustradas que se marchaban cabizbajas, ya que yo esperaba con vehemencia mi propio encuentro privado con el profeta.

Sin embargo, Giorgio era paciente, incluso con los pacientes más humildes que aparecían pidiendo ayuda en la botica. A menudo atendía a la gente del pueblo sin pedir nada a cambio para compensar la cancelación de las sesiones gratuitas que Nostradamus celebraba el primer lunes de cada mes. Algunos venían buscando una cura para enfermedades inexistentes. Tenía la impresión de que, con frecuencia, Giorgio dedicaba más tiempo del necesario a dichos clientes, cuando era evidente que sólo deseaban que alguien escuchara sus problemas. Giorgio recomendaba distintas tinturas en agua a estos pacientes. Inventaba una lista larga y compleja de maravillosas propiedades para el remedio concreto que prescribía, y contaba cómo esta poción había curado al hijo menor de una princesa española, octava en la línea de sucesión al trono, o cómo esa infusión había sanado a la esposa favorita del segundo sultán de Arabia. A los ojos de algunos pacientes, cuando más enrevesada era la historia, más potente era la medicina.

Lo consulté con Giorgio, diciéndole:

—Estas infusiones que prescribís no son más que regaliz hervido en agua.

—No les harán ningún daño —me informó— y, a menudo, la fe en la mejora propia supone más de la mitad de la cura.

Pero, para equilibrar estos casos, también se acercaban pacientes desesperados y desesperanzados a la botica, y hacían que ambos estuviéramos deprimidos el resto del

día. Mirar a los ojos de alguien y decirle que no existe cura para su enfermedad terminal es una tarea melancólica. Una vez vino una mujer con un bebé muerto. Depositó el lastimoso fardo en el mostrador y nos rogó que pidiéramos a Nostradamus que impusiera sus manos sobre la niña, pensando que podría infundir nueva vida en ella.

—Debéis acudir a un sacerdote —le indicó Giorgio. Hasta él, que había visto la muerte de cerca en numerosas ocasiones, estaba desconcertado—. Sólo Dios Todopoderoso tiene el poder de dar vida. Los médicos pueden evitar la muerte, y el maestro Nostradamus en un experto en tal menester, pero no puede hacer milagros.

Cuando se extendió el rumor de que el profeta se encontraba enfermo, el trabajo en la botica disminuyó. Giorgio hizo un comentario sobre este descenso cuando hicimos cuentas al final de una semana.

—Todos piensan que aquí ganamos una fortuna. Pero los ingredientes que utilizamos son caros. Siempre debe haber algo preparado por adelantado, lo que nos obliga a desembolsar dinero a pesar de que nuestros ingresos decaigan.

El mayor gasto correspondía al agua de rosas, que se adquiría en grandes jarras según la receta del propio Nostradamus. El jardinero al que se encargaba tenía un contrato de exclusividad y utilizaba miles de capullos de rosa en su preparación.

—Parece un despilfarro utilizar tantas rosas —comenté—. ¿Por qué gastar tanto en esto, un producto que se utiliza para embellecer el cuerpo, mientras otros mueren por necesidad de una medicina adecuada?

—El maestro Nostradamus es un buen doctor, y un hombre sabio —respondió Giorgio—. El agua de rosas también se utiliza en las píldoras que aplacan la peste. Esta plaga afectó a su primera esposa y a sus dos hijos, y no pudo hacer nada para salvarles. De ahí que se haya dedicado a buscar una cura para esta aflicción. Asimismo, el dinero que pagan los ricos por sus tratamientos de belleza financia la medicina para los más desafortunados.

Giorgio se esforzaba especialmente por ayudar a los más desafortunados. Siempre tenía un azucarillo para los harapientos hijos de sus clientes más pobres y, en algunas ocasiones, les entretenía con trucos de magia sencillos cuando la botica estaba más tranquila. Tenía un buen repertorio de juegos de manos. Podía crear sombras de animales y hacerlas brincar sobre la persiana de la ventana con tan sólo retorcer los dedos y colocarlos ante la luz; les mostraba huevos irrompibles y les enseñaba numerosos trucos de cartas; y una vez me desconcertó al conseguir que una moneda se deslizara por el mostrador hasta él mientras le hacía señas para que se aproximara. Cuando los niños partían, me revelaba el secreto: un fragmento de magnetita extraído de un bloque de calamita que escondía en su mano y que atraía el metal de la moneda para que se desplazara hasta él.

Mientras tanto, la señora Anne movió mi cama de la despensa a un rincón de la

habitación familiar separado por una cortina y se me permitió utilizar los tocones de velas para leer todas las noches después de la cena. En esos momentos era cuando más echaba de menos mi mandolina. Mis dedos deseaban puntear las cuerdas y enviar una cascada de música a través del aire. Tenía que contentarme con tocar canciones en mi mente e inclinar la cabeza para estudiar las notas de mi cuaderno.

Fue entonces cuando, un día, cerca del mediodía, la señora Anne llegó a la tienda para comunicarnos que su esposo se había levantado y había pedido pollo para comer. Le había concedido a Berthe un día libre para visitar a su madre y quería que fuera a las tiendas de la plaza principal, dónde había un vendedor de aves de corral y podría conseguir un trozo de pollo por dos peniques. Puse el dinero en el bolsillo de mi mandil y me apresuré a cumplir con su encargo. Cuando me marchaba, Giorgio echó las persianas de la ventana y cerró la puerta de la calle.

—Yo también saldré —dijo—. He oído que un vendedor ambulante ha venido a la ciudad con semillas de Secren de Marrakech. Es una materia prima poco habitual y quería adquirir algunas semillas antes de que otros boticarios las compren todas.

Giorgio solía salir durante una hora o más cuando la botica estaba cerrada para buscar ingredientes poco conocidos. Era una señal, de lo mucho que confiaban en él que se le permitiera coger el dinero que deseara de la caja para ir a comprar artículos extraños.

La tienda del vendedor de aves era fácil de encontrar. Al igual que el resto de comerciantes de Salon, en cuanto comenzaba el mes de junio, sacaba sus mesas afuera, cubriéndolas con toldos para hacer sombra. Señalé una pieza fresca de pollo y, mientras el tendero la envolvía, coloqué mis dos peniques en el mostrador.

Me miró a la cara y después al dinero.

—¡Dos peniques! —exclamó—. ¡En absoluto! ¡Una pieza de pollo tan buena vale mucho más que eso!

Me quedé desconcertada. La señora Anne sólo me había dado dos peniques. Entonces recordé que llevaba uno o dos peniques en el bolsillo de mi mandil, porque en una ocasión un cliente había vuelto y nos había dado una moneda como agradecimiento por nuestros servicios. Hurgué en el bolsillo de mi mandil y saqué todo el dinero que tenía: tres peniques más.

—¿Eso es todo lo que tenéis? —preguntó el tendero con voz beligerante. Me sonrojé y asentí.

—Me estáis robando —afirmó—, pero supongo que tendré que cogerlo.

Cinco peniques era más del doble de lo que la señora Anne me había dado. Pero nunca había negociado por comida en el mercado, por lo que no sabía cuál era realmente el mejor precio.

Además, el maestro Nostradamus había pedido pollo expresamente y no quería

defraudarle. Aún así, vacilé.

El hombre miró por encima de mi hombro.

—Venga, rápido —dijo—, o volveré a subir el precio.

Me giré para ver lo que había llamado la atención del tendero. Una figura alta descendía la calle, procedente del castillo Emperi. Era el señor Thierry. Le acompañaba su oficial de orden, que portaba una caja grande y sólida.

Se oyeron algunos murmullos de descontento entre los comerciantes.

—¿En qué estará metiendo las narices nuestro noble señor Thierry hoy?

—¡Mirad! Su ayudante lleva la caja de los pesos oficiales. Vendrá a comprobar que nuestras balanzas son precisas.

—Ése siempre está molestando a alguien por algo. ¿Por qué no deja trabajar en paz a los mercaderes honestos?

Iba a decir que, si fueran mercaderes honestos, no temerían una inspección de sus balanzas y pesos, cuando me invadió mi propia sensación de desasosiego.

Habían, transcurrido varias semanas desde el mercado de primavera y mi encuentro con ese hombre. El cabello me había crecido un poco y había modificado el vestido de la señora Anne de forma que se ajustara más a mi figura, pero no deseaba estar cerca de él y someterme a su mirada curiosa.

—¡Vamos, niña! —exclamó en tendero en un tono nervioso—. ¿Vais a comprar esta pieza de pollo o no?

No era el único que tenía prisa por cerrar el trato, aunque en mi caso se debía a un motivo distinto. Reuní el dinero y alargué el brazo para dárselo cuando una mano agarró la mía.

—¡Deteneos!

Me giré. Giorgio se encontraba a mi lado.

—Guardad el dinero en vuestro mandil —me dijo. Entonces se dirigió al tendero—. Sabéis bien que es una cantidad absurda de dinero por una pieza de pollo. ¿No os da vergüenza aprovecharos así de una muchacha?

—No es cierto —protestó el hombre—. Estábamos negociando, eso es todo.

—Entonces dejadme que negocie por ella —dijo Giorgio lacónicamente—. No os daré más que un penique por esa pieza de pollo. Y si no me la dais inmediatamente, elevaré la voz para que el señor Thierry pueda oírme. Dejaremos que sea él el que juzgue si el precio que habéis propuesto a esta joven inocente es justo, ¿qué os parece?

El hombre me dio el paquete.

—Lleváoslo gratis y marchaos de aquí.

Cogí el pollo y recogí mis peniques. Cuando me giré para darle las gracias a Giorgio, había desaparecido entre los viandantes. ¿Qué pensaría ahora de mí? Era evidente para cualquiera que no era una chica del campo, ya que no conocía el precio

de ningún producto habitual en una granja. Con la vida que había llevado en mi juventud, podía regatear por una pieza de tela o un lazo, pero no tenía ni idea de cómo comprar ganado o utensilios de cocina.

El señor Thierry y su oficial se aproximaban a la fila de puestos donde me encontraba. Me deslicé dentro de un portal. Pasó cerca de mí y, sin pensarlo, saqué la cabeza para observarle. Incluso de espaldas, era un hombre atractivo con un aire de superioridad. Su cabello dorado destacaba entre el pelo oscuro de los habitantes del sur. El hombre giró la cabeza para mirar por encima del hombro y yo me apresuré a esconderme en el portal.

Regresé a la casa. Estaba desembalando la pieza de pollo cuando la señora Anne entró en la cocina.

—Yo misma prepararé la comida para mi esposo —dijo—. Ahora sube al piso superior conmigo. El maestro Nostradamus me ha preguntado por vos. Ha dicho que os recibiría a vuestro regreso.

CAPÍTULO 30

Nostradamus estaba sentado en una silla de respaldo alto en la habitación interior de sus aposentos.

Su rostro aún estaba demacrado, pero tenía más color en las mejillas y los ojos parecían menos febriles que antes. En una pequeña mesa a su lado se encontraba su astrolabio y el horóscopo sin terminar en el que estaba trabajando cuando enfermó.

—He oído que habéis sido muy aplicada en las últimas semanas —me dijo mientras me aproximaba—. La señora Anne me ha contado que habéis estado trabajando duro en la botica y que habéis cuidado expresamente de mis aposentos, arreglando las velas y rellenando las lámparas todas las mañanas y tardes. Os lo agradezco, Mélisande.

—Lisette.

Su esposa miró hacia la puerta y se llevó el dedo a los labios.

—Debéis acordaros de llamar a esta muchacha Lisette, así como recordar la historia que hemos acordado. Sabemos que a Berthe le encanta chismorrear de todo lo que ocurre en esta casa.

—Pero a Berthe no se le permite subir a esta planta —señaló Nostradamus.

—Querido, ella merodea por las escaleras y escucha detrás de las puertas.

Nostradamus me sonrió.

—Mi esposa me protege demasiado. Piensa que siempre hay alguien que desea destruirme aunque yo no pretenda hacerle daño a nadie.

—Mi hermana era inocente y buena —respondí—. No le advertí de lo que acontecería.

—Ah, ya recuerdo. Me dijisteis que ése era el motivo por el que habíais recurrido a mí. Vuestra hermana. ¿Se llamaba...?

—Chantelle —dije—. Creo que predijisteis su muerte.

—Sí.

Se pasó la mano por la frente. Hizo este movimiento con mucho esfuerzo y noté lo cansado que estaba.

—Chantelle. Era pequeña y vos sois alta. Su rostro era más redondeado y... —el maestro se detuvo.

—¿Y qué?

—Nada. Me es difícil recordar los detalles exactos en algunas ocasiones. Depende

de muchos factores. Y ahora... las visiones me sobrevienen con más frecuencia y son más confusas que nunca. Veo cosas en mis sueños y durante la vigilia, y ya no puedo distinguirlas. Se apoderan de mi mente y pierdo el control sobre ellas.

—Esa noche —insistí—, en el Palacio de Cherboucy. ¿Qué visteis?

—Cherboucy... Cherboucy. Eso fue antes de Pascua, ¿no es cierto?

Asentí.

—Mi profecía hablaba del rey —dijo, e hizo una pausa—. El auténtico rey de Francia. —Su rostro se tensó—. Cada vez tengo más visiones sobre los reyes de Francia —vaciló— y sobre los gobernantes del mundo. Este mundo, el antiguo... y el otro. Hay algunos que se harán con el poder y otros a quienes se les impondrá. Veo que aquéllos que gobiernan caminan con la muerte. Siempre. Les acecha en la calle, en sus palacios, en los carruajes en que se desplazan. ¡Deberéis ser precavidos, aquéllos que gobernéis el mundo!

—Mi hermana —dije, para intentar traer a su mente lo que yo deseaba saber.

—Esposo —dijo la señora Anne inclinándose sobre él—, quizás deseéis hablar más otro día cuando estéis recuperado.

—¡No! —dijo y su voz recuperó la fuerza—. No queda mucho tiempo y esta niña necesita respuestas. —Tomó la mano de su esposa—. Dejados solos. Por favor... —añadió cuando la vio vacilar—. Es por vuestra propia seguridad y la de nuestros hijos.

Entonces no dudó, sino que salió de los aposentos y bajó las escaleras.

Nostradamus me indicó que me sentara junto a él.

—Sentí la presencia de la muerte en el Palacio de Cherboucy —comenzó a decir—, la sombra de una noche sin fin que se arrastraba por el vestíbulo. Descendió sobre los miembros de la casa de Guisa. Descendió sobre la semilla de los Medici. Descendió sobre el propio trono. Esa noche, la noche de la que hablamos, la sombra era muy distinta. Vi, desplegadas sobre el gran vestíbulo, las alas del Ángel de la muerte.

Y, de repente, sentada allí en un taburete a sus pies, vi lo que Nostradamus vio.

Dejó de hablar cuando grité y me cubrí la boca con la mano. Ahora me encontraba de nuevo con Melchior sobre la viga. Podía oler el humo acre, ver las llamas de las antorchas, los bancos volcados sobre el suelo del salón.

—No miréis hacia abajo —me ordenó Melchior, con su voz una vez más en mi oreja—. No debéis mirar hacia abajo.

La mano de Melchior agarró la mía. Su brazo sobre el mío, dándome aliento.

Pero había mirado hacia abajo.

El gran salón a mis pies. Estábamos entre las vigas del tejado, por encima de la enorme araña de luces central.

Cientos de velas ardían en sus encajes. Volví a ver el dibujo que creaban al

proyectar su luz.

Las dos alas extendidas de un ángel.

La mano de Nostradamus agarró la mía.

—¿Lo ves también? —gritó—. ¿Sí? ¡También lo veis!

Asentí.

—Sí —dije—, pero...

—Y en el borde exterior —prosiguió Nostradamus—, en la misma punta del ala del ángel, era donde vuestra hermana se encontraba el día en que relaté mi profecía al rey.

Era cierto. Habíamos permanecido detrás del pilar y Chantelle había retrocedido un paso cuando el profeta pasó a nuestro lado. Al hacerlo, se había colocado en el lugar que cubría la sombra.

—Cuando abandonaba el vestíbulo —dijo Nostradamus—, la rocé, y un escalofrío me tocó el alma. —Se pasó la mano por el rostro—. Sentí que su sombra estaba desligada de su cuerpo. Que su alma estaba preparada para marcharse.

Se dejó caer en la silla, exhausto.

Ahora había muchas cosas que quería saber. ¿Cómo podía profetizar algo específico de sus sentimientos y sus percepciones? Tendríamos que hablarlo largo y tendido, y noté que necesitaba descansar. Pero había algo que deseaba conocer sobre todas las cosas.

—Mi hermana Chantelle estaba enamorada —dije—. Amaba a Armand Vescault con pasión, y él también la amaba.

—Os creo —dijo Nostradamus.

—Entonces, ¿ahora estarán juntos? —le pregunté—. Decidme que están juntos.

—No puedo deciros lo que no sé.

—Deben estar juntos.

Comenzaba a angustiarme.

—Si os complace creerlo —dijo.

—Lo creo.

—Entonces creedlo.

—¿Por qué no pudo prevenir su muerte? —le pregunté.

—Hay muy pocas cosas que pueda prevenir —respondió Nostradamus—. Es posible que las cosas simplemente sigan su curso y yo sólo tenga el don de ver lo que ocurrirá. Eso debe ser. Y, aún así, aunque se pudieran alterar los acontecimientos, ¿qué efectos podría tener? Puedo advertir a la gente. Pero ellos no escuchan. Prefieren no hacerlo. Tendrían que cambiar sus vidas y —se detuvo— las vidas de otros. —Entonces me miró, con más intensidad—. Sólo una persona excepcional puede cambiar el curso de los acontecimientos.

Sus ojos atraparon los míos en su mirada. Era como si estuviera buscando algo en

mi alma. ¿Una respuesta? Pero no había preguntado nada. Quizás ni él mismo sabía qué preguntar.

—Una persona excepcional —repitió. Cerró los ojos.

La habitación se llenó de silencio. La mecha chisporroteante de la vela se avivó.

Una voz que, a diferencia de sus pensamientos dispersos, salió de su boca diciendo claramente:

—Si dicha persona existe, debe elegir su destino. No se le puede forzar ni coaccionar. Porque, a veces, para poder salvar una vida, una persona debe sacrificar la suya propia.

—¡Habría dado mi vida para salvar a mi hermana! —grité.

Nostradamus respondió:

—Pero así no estaba dispuesto. Quizá se os ha reservado una misión de mayor importancia. —Pareció meditar sobre esto y cayó en una especie de ensoñación. Unos minutos después, se dirigió a mí sin abrir los ojos—. Sería mejor si me dejarais solo ahora, ya que debo pensar en...

No acabó la frase.

La señora Anne subió las escaleras a toda prisa en un estado de agitación evidente.

—El señor Thierry está en la puerta —dijo—. ¡Le he dicho que aún no estáis plenamente recuperado de vuestra dolencia, pero él insiste en veros!

CAPÍTULO 31

El miedo me hizo ponerme en pie de un salto.

—¿Qué os aflige, niña? —me preguntó Nostradamus.

—Me encontré con este hombre y no quiero volverlo a ver.

—¿En la corte? ¿Estáis segura? El señor Thierry no pasa tiempo en la corte. Odia a la casa real, con toda su falsedad y decadencia. Y hace poco que regresó a la región después de muchos años de viaje por el este. Debéis estar confundida.

—No fue en la corte —explicó la señora Anne de inmediato a su esposo—. Cuando Mélisande llegó a la ciudad, el día del mercado de primavera, el señor Thierry la rescató de un grupo de hombres borrachos.

Asentí.

—Me dijo que aguardara para hablar conmigo, ya que quería hacerme jugar de su propio palacio, pero yo escapé.

—Entonces ibais vestida como un chico —dijo Nostradamus—. Ahora no os reconocerá.

Las palabras que salieron de boca de Nostradamus tenían sentido, pero yo seguía inquieta. Recordaba cómo el señor Thierry había examinado mis ropas, cómo había demostrado al tabernero que vendía vino aguado. Tal como la señora Anne había dicho, este hombre era más astuto que el resto.

—Ahora no podéis partir —dijo la señora Anne—. Pedí a mi hija que recogiera su capa y sus guantes, y después le guiara hasta aquí. Estarán aquí en un minuto. Si salís ahora, os encontraréis con él en las escaleras y, por lo tanto, pasaréis cerca de él. Permaneced en la esquina y, en cuanto pueda, os enviaré a hacer un recado.

Tenía razón. Ya oíamos los firmes pasos de las botas sobre los escalones. Me coloqué en una esquina de la habitación justo cuando el señor Thierry entraba por la puerta.

La señora Anne se acercó a recibirle.

—Perdonad que mi esposo no se ponga en pie para saludaros, mi señor —dijo—. Ha estado enfermo las últimas semanas.

—Dicha formalidad no es relevante.

El señor Thierry asintió a Nostradamus.

—Me complace poder conocerlos al fin.

Le escuché decir esto y pensé en el contraste entre la actitud de este noble y la del

conde de Ferignay, que favorecía la servidumbre de otros que consideraba inferiores, y que hizo a mi padre esperar hasta que le apeteció hablar con él.

—¿En qué puedo servirlos, mi señor? —preguntó Nostradamus.

—¿Sabéis quién soy?

—Vuestro nombre es muy respetado en esta ciudad.

El señor Thierry resopló.

—Por algunos. Otros lo injurian.

Desde mi ubicación en la esquina, podía estudiar a este hombre con mayor claridad. Quizá no era tan mayor como pensé en principio. Su rostro estaba bronceado y arrugado cerca de los ojos, no tanto por la edad, sino más bien por la exposición al sol y las inclemencias del tiempo.

—Lo mismo ocurre conmigo —dijo Nostradamus.

—Un comentario acertado —reconoció el señor Thierry.

—¿Habéis venido a realizar una consulta?

El señor Thierry negó con la cabeza.

—No necesito adivinaciones.

—¿No creéis en tales cosas?

—Al contrario —dijo con seriedad el señor Thierry, mientras sus ojos examinaban la habitación, tomando nota de la multitud de libros y mapas—. No me mofaría de ninguna profecía realizada con buenas intenciones. He viajado por muchas tierras y he visto cosas que, de contarlas, la gente me tomaría por loco o embrujado. No, no es que no crea en vuestras predicciones. Simplemente prefiero desconocer mi destino.

—Entonces, ¿cómo puedo ayudarlos? —le preguntó Nostradamus.

—Ah.

Sus ojos se posaron en mí, con la cabeza ligeramente inclinada, y siguieron su recorrido por los aposentos.

—Pensé que podríais poseer un documento en el que estoy interesado. *De viribus quantitatis* de Luca Pacioli.

—Lisette —me indicó Nostradamus—, encontraréis ese libro en algún lugar del tercer estante a la derecha de la ventana.

Busqué entre los títulos hasta que encontré el libro.

A continuación, crucé la habitación con la mirada en mis propias manos y se lo di al señor Thierry.

—¿Una criada que sabe leer? —dijo con voz interesada.

—Es pariente de mi esposa —explicó Nostradamus—. Más que realizar tareas de criada de la casa, nos ayuda a mí y a Giorgio en la botica. Podéis tomar prestado ese volumen si lo deseáis —añadió.

—Me siento honrado de que me confíe sus preciados manuscritos. Le garantizo

que lo devolveré en perfecto estado.

—¿Eso es todo?

El señor Thierry sostenía el libro en su mano con laxitud.

—Hay otro asunto que me gustaría comentaros —dijo—. Estoy buscando a un joven juglar.

El corazón me dio un vuelco. Nostradamus repitió las palabras lentamente.

—¿Un joven juglar?

—Mi señor, estoy segura de que encontrará numerosos trovadores a los que contratar en la ciudad el día de mercado —la señora Anne le proporcionó la información con una sonrisa.

—Busco a éste en particular —dijo el señor Thierry—. El día del mercado de primavera, interrumpí un altercado callejero donde había un testigo inocente. Le pedí que permaneciera allí hasta que hubiera resuelto el problema con los granujas, pero cuando me giré para buscarle, se había marchado. Después le vieron llamando a vuestra puerta.

Así que la anciana vendedora que me había dado las señas y me había conducido a esa calle le había ofrecido la información tal como la señora Anne había dicho que haría.

—Mucha gente llama a nuestra puerta para pedir limosna o realizar consultas a mi esposo —respondió la señora Anne—. Pero no recuerdo que ningún niño viniera aquí ese día.

—Enfermé justo antes de la Pascua y mi familia tenía que atenderme —dijo Nostradamus, mirando a su esposa en busca de apoyo.

—Sí —confirmó la señora Anne—. Mi esposo y nuestra hija pequeña cayeron abatidos por la fiebre el domingo de Ramos. Ambos han estado enfermos durante semanas.

—¿Ha cometido algún delito ese muchacho? —preguntó Nostradamus.

—No que sepamos. —El señor Thierry seguía mirando a la señora Anne cuando respondió—. Aunque es extraño que huya de la persona que le rescató, especialmente, teniendo en cuenta que le ofrecí empleo y tenía aspecto de necesitar comida y dinero.

—¿Está seguro de que no desea castigarle por algún daño cometido? —insistió Nostradamus.

—No es mi intención.

—Entonces, ¿por qué no busca otro juglar? El mercado de verano se celebrará en breve y allí podrá encontrar más de uno como él.

—No como él, no lo creo.

—¿Por qué motivo?

—Tocaba una extraordinaria mandolina. Hasta la bolsa en que la transportaba era

de calidad superior. La tengo aquí.

Y, de un morral que colgaba de su cinto, el señor Thierry extrajo mi bolsa de piel de gamuza.

Me alegré de tener suficiente autocontrol por una vez para no emitir ningún sonido ni asomar la cabeza para ver lo que ocurría.

Nostradamus cogió la bolsa entre sus manos y su esposa se acercó a admirarla.

—Es cuero de gran calidad, como, afirmáis —dijo.

El señor Thierry asintió.

—Ese muchacho cuida de su instrumento musical y creo que es alguien que ama la música.

—¿Eso pensáis? —preguntó la señora Anne manifestando interés.

—Eso pienso —dijo el señor Thierry—. Su primera canción fue una melodía popular conocida por todos, pero después tocó una balada que se compuso en la época de la canción de Roland. Es un texto del que pocos han oído hablar y muchos menos han tenido la habilidad de tocar. Y lo tocó bien. En algún momento de su vida debió tener un maestro singular.

Mi disfraz había confundido al señor Thierry, que me creía un chico, pero en su observación sobre la música había acertado plenamente. Había tenido un maestro de gran talento: mi padre. Sentí cómo las lágrimas afloraban en mis ojos.

—Si la bolsa es cara, vuestro juglar no habría sentido la necesidad de llamar a mi puerta —señaló la señora Anne.

El señor Thierry esbozó una sonrisa.

—Me pregunto, señor —dijo Nostradamus—, si necesitáis más a ese juglar que él a vos.

—Sois un hombre perspicaz —respondió el señor Thierry. Plegó la bolsa de piel, de gamuza y la volvió a introducir en el morral—. Me encanta la música. Me levanta el ánimo cuando me encuentro inquieto o melancólico. Este muchacho tocaba melodías alegres y había al menos una canción original en su repertorio. Y eso es poco habitual. Lo sé porque he escuchado numerosas canciones en todas las regiones por las que he viajado.

—Espero que encontréis lo que buscáis —dijo Nostradamus—. Pero puedo deciros con franqueza que ningún muchacho vino a llamar a nuestra puerta.

—Señor Nostradamus, no he venido a visitaros antes —dijo el señor Thierry— porque he estado ocupado desde que regresé de mis viajes. Pero en este breve encuentro habría asegurado que diríais la verdad.

—No digo más que la verdad —dijo Nostradamus con firmeza.

—No decís más que la verdad —repitió el señor Thierry. Se detuvo—. No obstante...

El volumen de su voz disminuyó.

Nadie hizo ningún comentario, por lo que volvió a hablar.

—Una persona que no tiene motivos para mentir dice que vio al joven jugar llamar a vuestra puerta. —Se giró rápidamente y me miró fijamente—. Quizá la hija de su primo vio o escuchó algo de ese chico.

—Lisette —dijo la señora Anne—. ¡Lisette! —repitió.

Entonces levanté la mirada.

—El señor Thierry pregunta si sabéis algún de un joven jugar.

—No sé nada —dije. Mi voz tembló cuando hablé, pero me tranquilicé al pensar que ésa sería la reacción natural de una muchacha del campo en presencia de un noble señor.

—Muy bien —dijo la señora Anne—. Creo que he oído llorar a la niña y su hermana mayor la ha estado cuidando todo el día. ¿Seríais tan amable de ayudarlo?

—Por supuesto, tía Anne —dije, e incliné la cabeza y me dirigí hacia la puerta de la habitación.

Para atravesarla, tenía que aproximarme al lugar en que se encontraba el señor Thierry. Cuando pasé junto a él, extendió la mano y me tocó el brazo. Un escalofrío nos recorrió como si se nos hubiera pinzado un nervio. Le sorprendió tanto como a mí.

—¿Señor? —me dirigí a él.

—Os vi en la plaza esta mañana, ¿no es cierto?

—A menudo Lisette hace recados para la casa —dijo la señora Anne rápidamente.

—¿Así que salís con asiduidad de la casa, Lisette?

Asentí, con los ojos fijos en el suelo.

—Si, cuando salgáis para realizar esas diligencias... —interrumpió el discurso—. Si veis a ese joven jugar, os agradecería que me lo comunicarais.

—Sí, señor. —Asentí.

—Podéis decirle que lo estoy buscando.

—Sí, señor.

Mantuve la cabeza pegada al pecho. No deseaba correr el riesgo de que nuestros ojos se volvieran a encontrar.

—Podéis decirle a ese muchacho —dijo con gentileza— que no le deseo mal alguno. Adoro la música y él tocaba muy bien. Tenía un don especial. —Esperó mi respuesta, pero no dije nada—. Si decide aceptar mi empleo, que no le quepa duda de que se le tratará bien —prosiguió el señor Thierry—. Si hay algo que tema, algo que haya hecho, un robo quizás, hacedle saber que soy la ley en estas tierras y que no persigo a los ladronzuelos. —Se volvió a hacer el silencio. Pero yo seguí callada—. ¿Se lo diréis si le veis?

—No conozco a la persona de la que habláis —respondí contrariada.

—No, claro que no.

Su voz había adoptado un tono curioso, y yo era muy consciente de lo cerca que estaba de él y de su olor, el olor del sudor de un hombre, y del hecho de que sus manos, que podía ver con mi mirada gacha, tenían unos dedos finos y elegantes. Recogí mis propios dedos en un puño y esperé que no se percatara, tal como Giorgio había hecho, de que mi piel no estaba tostada por el sol.

—Podéis partir —dijo al fin.

—Se lo agradezco, señor. —Me obligué a no salir corriendo de la habitación.

Había estado en esos aposentos suficiente tiempo para saber dónde estaban ubicados los espejos. Sabía dónde estaba colocado cada uno y las imágenes que capturaban. No pude evitar mirar en el gran óvalo situado junto a la puerta que conducía a las escaleras. Me mostró mi reflejo.

Pero también me ofreció una vista de la habitación que acababa de abandonar.

El señor Thierry me estaba observando.

¿Por qué? ¿Había levantado en él alguna sospecha? ¿Era sólo que ese hombre miraba a todo el mundo? ¿O había algo más? ¿Se había sentido impulsado a vigilar mi retirada al igual que yo me sentía obligada a mirarle?

Como la calamita que Giorgio me había mostrado; la piedra llamada magnetita que tenía la propiedad de atraer al hierro. Estos elementos no pueden evitar que esto ocurra. Está en su propia naturaleza. La piedra no puede evitar atraer al hierro.

Y el hierro no puede resistirse.

CAPÍTULO 32

Corrí a la seguridad de la botica.

Si Giorgio vio que mi rostro estaba encendido, no hizo ningún comentario. Me dio una bandeja de píldoras que estaba preparando como tratamiento para el gusano del estómago y me pidió que lo embalara y etiquetara. Realicé esta tarea en el mostrador, mientras él seguía prensando el polvo en los moldes para llenar otra bandeja. Trabajamos juntos hasta que oímos cerrarse la puerta de la casa y el sonido de un caballo que se alejaba trotando.

—Así que nuestro ilustre visitante, el noble señor Thierry, se ha marchado —dijo Giorgio mirando hacia la puerta que conducía a la casa.

—¿Cómo sabía quién estaba en la casa? —le pregunté—. Desde las ventanas de la tienda sólo se ve el callejón de la casa.

—Ah, claro —dudó—. Me habéis pillado, señorita Lisette. —El boticario inclinó la cabeza hacia un lado—. Vos, que no sois capaz de calcular el precio de un trozo de pollo, pero que poseéis una rápida mente, preguntáis cómo es que Giorgio sabía quién había entrado a la casa para hablar con el maestro Nostradamus. Venid aquí y os lo mostraré —dijo antes de que pudiera pensar una respuesta a su comentario.

Giorgio se aproximó a la puerta situada entre la tienda y la casa, y la señaló.

—¿Qué veis? —preguntó.

Miré a la puerta, con sus paneles adornados con grabados de flores y hojas.

—Veo el ojo de la cerradura —dije—, pero no puede escudriñar a través de él porque la llave siempre está puesta.

—Examinad con mayor detenimiento el panel derecho —me indicó.

Me aproximé a la puerta.

—Pasad la mano sobre el panel a la altura de los ojos.

Hice lo que me pidió y pronto descubrí entre los grabados la diminuta mirilla que quería que encontrara. Aproximé el ojo a la apertura y vi claramente lo que acontecía al otro lado. Me dio una vista de la entrada principal, la escalera y parte del vestíbulo que conducía a la cocina.

Cualquier persona que observara a través de esta mirilla sabría quién iba y venía, y también estaría al corriente de lo que ocurría en la familia, y pensé en todo lo que había hablado con Giorgio.

—Recordad que una mirilla funciona hacia ambos lados —respondió.

—¡Claro! —exclamé—. ¡Berthe!

Si se le había ocurrido espiar desde parte de la puerta que pertenecía a la casa, la asistente podría haber visto todo lo que se cocía en la botica. Sabría quién había venido pidiendo ayuda y para qué aflicción. De esta forma, podía recopilar mucha información sobre las gentes de la ciudad. En ese momento no se me ocurrió que la mirilla estaba demasiado alta para que Berthe llegara a ella. Y si Berthe la había fabricado, no tendría necesidad de pegar la oreja a la puerta para escuchar, como era su costumbre, y averiguar qué ocurría dentro de la botica.

—¿Por qué sentisteis la necesidad de mirar a través de ella? —pregunté a Giorgio.

—Cuando volvía de comprar las semillas de Secren, divisé al señor Thierry en una calle próxima. Cuando sonó la aldaba de la puerta, miré para confirmar que había decidido honrarnos con una visita. Dado el tipo de negocio que desarrollamos aquí y siendo él el inquisitivo señor feudal que es, es recomendable saber en qué anda metido.

—Pero esta tienda sirve de gran ayuda —dije—. Vendemos artículos que curan enfermedades y alivian el dolor.

—También vendemos eso. —Giorgio señaló a los numerosos libros impresos ordenados en un estante detrás del mostrador.

—¿Los almanaques? —Me acerqué y abrí uno. Hojeé las páginas—. Se han vendido cientos de éstos en toda Europa. La gente los compra para obtener información sobre todo tipo de cosas.

—Los almanaques preparados por el maestro Nostradamus contienen más información que los que se venden en cualquier otro lugar. Podéis tomar prestado uno para leerlo y descubriréis que lo que digo es cierto.

Deslicé uno en el bolsillo de mi delantal para revisarlo más tarde.

—¿No os agrada el señor Thierry? —pregunté.

Giorgio respondió con otra pregunta:

—¿Consiguió saber algo del joven juglar?

Me estremecí. ¿Cómo sabía Giorgio que el señor Thierry buscaba a un joven juglar?

Al ver mi expresión de sorpresa, Giorgio dejó caer el dedo a un lado de la nariz.

—El señor Thierry puede mantener sus asuntos en secreto, pero su oficial y sus soldados no. El tema de conversación en la ciudad era que hubo un altercado durante el mercado de primavera y que había implicado un joven juglar. Vieron que el chico aprovechó la coyuntura para robarle algo al duque de Marcy. El duque había amenazado al señor Thierry con quejarse al rey de su incapacidad si no lo encontraba.

—¿Cómo? —dije aterrada—. ¿Qué dicen que robó?

—Un anillo o un broche, una pieza de joyería. Lo más probable es que el

muchacho ya lo haya vendido para conseguir dinero para gastarlo en la taberna. Me cuesta creer que alguien pueda robar algo a Marcy con su secuaz, Bertrand, pegado a él en todo momento. Pero encontrarán al chico. Thierry es paciente y tenaz, y no se da por vencido fácilmente.

—Dijo que buscaba al joven juglar por su talento musical —mencioné, pensando de nuevo en lo sabia que fue la señora Anne cuando me hizo ocultar la mandolina y mis ropas.

—Por lo que sé —dijo Giorgio—, el señor Thierry es muy culto y ama la música. Poseía una extensa biblioteca en su castillo de Valbonnes, donde guardaba su colección de los manuscritos y trovadores famosos de la época de los Caballeros Templarios.

—Entonces él también debería ser precavido —dije—. La Iglesia y el rey han prohibido las obras de los Caballeros Templarios, ¿no es cierto?

—No en estas tierras —respondió Giorgio—. El sur y el este de Francia siempre han sido más... *rebeldes* que el norte. Pero —añadió—, también posee muchos de los libros de reciente impresión y son ciertamente sospechosos.

Me observó con más atención.

—¿Qué habéis oído de él?

—Que está a favor de los protestantes, que incluso es posible que sea hugonote.

—¡Hugonote! ¡Hugonote!

A Giorgio le pareció graciosa mi afirmación y se echó a reír.

—¡Una broma buenísima! —exclamó, negando con la cabeza—. Los hugonotes creen que es un protegido del Papa. Los católicos piensan que es simpatizante de la causa protestante. Quizá la realidad sea que es un juez justo que vigila el cumplimiento de la ley, y que se esfuerza por mantener en calma a ambas facciones en conflicto. Pero —dijo Giorgio dirigiéndose a su banco de trabajo—, puede que ni siquiera él sea capaz de impedir que se maten entre ellos.

CAPÍTULO 33

Transcurrieron varios días antes de que el profeta me volviera a llamar para hablar conmigo.

El cielo se estaba oscureciendo y Nostradamus estaba de pie junto a la ventana de su estudio, mirando fijamente a la luna naciente.

—He estado pensando en lo que hablamos aquel día —dijo cuando entré a la habitación—. Y os había dicho todo lo que recordaba de mi premonición sobre la muerte de vuestra hermana, Chantelle, pero es evidente que debe haber otro factor, algún vínculo entre lo que ocurrió entonces y lo que está por venir. Parte de ese pasado está relacionado con los acontecimientos futuros. Es posible que vuestra hermana fuera el instrumento que debía traeros aquí. Quizá vuestro destino también está vinculado con el hombre que causó directamente su muerte, el conde de Ferignay.

Al mencionar al conde de Ferignay, me sentí desfallecer.

—¿Queréis decir que nos volveremos a encontrar? No tengo ningún deseo de que eso ocurra.

—Eso es una de las cosas que debemos intentar averiguar. Y también tenemos que determinar —dijo Nostradamus con voz velada mientras se alejaba de mí—, si realmente sois la elegida.

El profeta se aproximó a la esquina de la habitación y apartó la cortina que cubría una alcoba. Abrió la puerta que estaba oculta tras la tela. En el exterior había una estrecha escalera.

—He consultado todos mis manuscritos y textos sagrados, y lo único que se me ha revelado con respecto a vos, Mélisande, es la repetición de determinados números, todos múltiplos de tres. Y, por mucho que lo intente, no puedo extraer ningún significado de ellos. Ahora debemos buscar la iluminación de otro modo. Veremos lo que nos dicen las estrellas.

Me hizo una señal para que le siguiera.

—Hoy el cielo está despejado y la luna está llena, sin nubes que interrumpen el brillo que proyecta sobre nosotros.

Las escaleras conducían a una pequeña plataforma sobre el tejado. En ella se había instalado un telescopio, y también una mesa metálica sobre la que reposaba una jarra de agua y una palangana.

Permanecí junto a Nostradamus y elevé la mirada para observar la gran cantidad de luces que moteaban la noche estrellada. Reconocí las más comunes: Géminis, los gemelos, Betelgeuse y Bellatrix, y el poderoso cazador, Orión, con su cinturón y su espada. Mi padre me había enseñado a reconocerlas. Los nombres de los míticos héroes y heroínas se recordarían por toda la eternidad; la promesa de inmortalidad de los antiguos dioses que se cumplía en aquéllos que gozaban de su favor.

—La mesa es de hierro —me dijo Nostradamus—. La jarra y la palangana están fabricados en plata. Envié a buscar agua al río. Procede de un arroyo que no está contaminado por ningún residuo, directamente del corazón de las montañas.

Vertió agua de la jarra a la palangana de plata.

—He utilizado la más pura de las sustancias que soy capaz de crear. De esta forma, afrontaremos esta adivinación sin material o metal común —dijo, y elevó la voz—. Y sin otro deseo que buscar el bien.

Extrajo de su capa una vara larga y fina, y la depositó sobre la mesa.

—Esta vara está hecha con la raíz del sorbus. El árbol del que crecen las bayas que simbolizan el fuego que recibió el hombre del cielo.

Nostradamus se quitó el gorro, y su barba y sus cabellos blancos brillaron en la noche.

—Quitaos la toquilla —me indicó.

Hice lo que me pedía y el cabello cayó sobre mi rostro.

—Ahora observad mi anillo de labradorita.

Miré atentamente a la gema traslúcida y, al hacerlo, me pareció que su influjo se expandía para envolverme.

Entonces, Nostradamus movió los brazos por encima de su cabeza. Al hacerlo, pareció crecer en estatura y fuerza.

—¡Elevad vuestra mirada a la señora luna y dejad que su brillo inunde vuestros sentidos!

Su voz, llena de poder y autoridad, no permitía discusión alguna. Cuando levanté la cabeza, recordé que Giorgio me había dicho en una ocasión que si uno miraba a la luna lo suficiente, podía oír su voz. Pero las circunstancias, la luz y la presencia mágica del profeta me abrumaban, y esa duda se había disipado, quedando sólo la luz...

Nostradamus extendió los brazos sobre la palangana y pronunció unas palabras en un idioma que no comprendí. La luz de la luna se reflejaba en el agua. Miré al cielo nocturno, después al plato, a su superficie, vítrea y lisa, y de nuevo al cielo.

Nostradamus sumergió sus dedos en el agua y, entrelazándolos, recogió parte del líquido. Siguió murmurando mientras salpicaba agua sobre su hombro izquierdo y su pie derecho. Entonces extendió las manos y dejó que las gotas que quedaban en sus manos cayeron sobre mi cabeza, y le escuché decir mi nombre claramente.

—Mélisande.

Tomó la vara de raíz de sorbus con ambas manos y, agarrándola firmemente, removió el agua de la palangana. Tres veces a la izquierda. Tres veces a la derecha. Miles de destellos de luz me nublaron la vista.

Ahora no estaba segura de lo que tenía delante y de lo que estaba en mi mente. Oí de nuevo la voz del profeta y, después, el murmullo de una frase repetida. Repetida y repetida y repetida hasta que se convirtió en parte de mí, sincronizada con el ritmo de mi respiración, palpitando al mismo tiempo que los latidos de mi corazón.

El lento retumbar de la sangre en mi cerebro.

Se hizo la oscuridad y una vez más me encontré en el Palacio de Cherboucy.

Estaba sobre el gran salón. En la viga del tejado. Debajo colgaba la enorme araña de luces. Repleta de velas, cada llama individual proyectaba su propio brillo rojo, creando una única fuente de luz.

La oscuridad cubría los bordes exteriores de la pared. Las sombras originadas por la luz de la araña de luces adoptaron la forma de las alas extendidas de un ángel vengador.

La corte estaba reunida. Dos tronos. Uno para el rey Carlos, el otro a un lado y ligeramente retrasado para la reina regente, Catalina de Medici, colocado de forma que pudiera susurrar consejo al oído de su hijo. Podía oírla susurrar ahora, murmurando dentro de mi cabeza. Y un ruido mayor. El vestido de tafetán negro de la viuda real batiéndose con una furia cada vez mas intensa, como alas monstruosas.

Los cortesanos se agolpaban en derredor, deseosos de ver y escuchar lo que estaba ocurriendo. En un amplio espacio ante el rey se erguía Nostradamus. Monedas de oro desparramadas a sus pies.

¡Allí!

Lo veía con claridad.

El pilar junto al que nos encontrábamos Chantelle y yo. Y allí estaba ella, observando la escena con el resto de cortesanos. Y, junto a ella, la luz proyectándose en nuestros rostros.

¡Pero, no!

Chantelle retrocede. ¡Mi queridísima hermana, no lo hagáis!

Extendí la mano, pero no pude advertirle. Se adentro en la sombra.

Y pierdo a Chantelle. Un sollozo escapa de mis labios. Porque ahora sé que nunca la volveré a ver. Se ha ido para siempre.

Entonces veo algo más. En la sombra.

Un gemido escapa de mis labios. Nostradamus me mira fijamente. La sombra se mueve.

Es el profeta. Siento que la sangre abandona mi cabeza el segundo en que roza a Chantelle. Me mareo. Nostradamus extiende su mano hacia mí.

—¿Lo veis?

Intenté apartar la cabeza.

El profeta movió la suya para colocarse frente a mí.

—Lo veis.

Y esta vez no era una pregunta. Asentí.

—Lo he visto.

La sombra que había caído sobre mi hermana se había extendido para cubrir a otra persona.

Una ráfaga de viento procedente de una puerta abierta en el gran salón hizo que Nostradamus se estremeciera. La araña de luces se balanceó.

Y la sombra atravesó el salón y envolvió al profeta en su abrazo.

Las alas desplegadas del Ángel de la muerte habían caído sobre Nostradamus.

CAPÍTULO

34

Si Nostradamus no me hubiera agarrado, habría caído al suelo.

—Venid —dijo—. Sentaos aquí.

Me ayudó a llegar a un banco de madera frente al cañón de la chimenea de la casa. Entonces humedeció con agua mi toquilla y me la dio. Me temblaron las manos mientras me limpiaba la cara.

—Ya lo sabíais —dije.

—Sí —respondió Nostradamus—. Hace nueve meses, cuando estaba preparando el almanaque de este año, tuve un presentimiento para el mes de junio que no pude ubicar con claridad. De entrada, no pude entender su significado. No estaba relacionado con pérdidas en las cosechas, un acontecimiento trágico o un nacimiento real. Como no pude resolver el enigma, lo dejé apartado y seguí trabajando en mis predicciones para los últimos seis meses de este año. Se me presentaron los eventos usuales y algunos de importación profética. Sin embargo, había una diferencia significativa.

Nostradamus se sentó agotado a mi lado.

—En el pasado, siempre me había visto en las imágenes que tengo del presente. No obstante, en las de la segunda mitad de este año, 1566, no me encuentro allí.

Se recostó en la pared de su casa y cerró los ojos. Estudié su rostro. La barba larga, la frente alta y la nariz aguileña. Los profundos surcos alrededor de los ojos. Sus ojos, que habían visto más actos diabólicos y catástrofes que ninguna otra persona.

—Creo que no permaneceré mucho más tiempo en esta tierra.

En un impulso, deposité mi mano sobre la suya.

—Lo sabéis desde el año pasado —le dije—. ¿Cómo habéis podido soportarlo?

Nostradamus giró la cabeza. Su rostro, situado a la altura del mío, manifestaba una tristeza suprema.

—No todos tienen el don de conocer la fecha de su muerte, aunque cada año pasamos esa fecha con tanta seguridad como pasamos la fecha de nuestro nacimiento.

Ese pensamiento era un concepto nuevo para mí y no me gustaba la idea.

—No es algo a lo que debemos temer en exceso —me reconfortó—. Pronto sabré todo o no sabré nada. A mí me alivia pensar así.

—Si ya conocíais vuestra propia muerte, ¿por qué me preguntasteis lo que había

visto en el gran salón del Palacio de Cherboucy? —pregunté.

—Sospechaba que el tiempo que se me ha otorgado en este mundo se estaba agotando, pero quería vuestra verificación.

La voz de Nostradamus no estaba alterada en modo alguno. Su tono tenía tintes de pesar, pero no había miedo en ella.

—¿Qué os hizo pensar que yo podría confirmarlo?

Mis pensamientos estaban llegando a una conclusión que deseaba evitar.

—Todavía estoy intentando profundizar en el curso de vuestra vida, Mélisande —respondió—. Si recordáis la primera vez que hablamos, me dijisteis que habíais visto las alas del Ángel de la muerte desplegarse sobre el gran salón en Cherboucy.

—¡No! —susurré. No iba a aceptar lo que intentaba decirme, que lo que había visto era una premonición. No quería ese don, esa maldición. No deseaba ser como Nostradamus, que no tenía tiempo para disfrutar de la vida, cuyos días eran pesadillas de confusas visiones—. ¡Sólo vi la proyección de la sombra! ¡No tengo la habilidad de predecir el futuro!

—Quizás no. —Reposó su mano en mi hombro—. No puedo determinar si tenéis la habilidad de realizar profecías. Aunque, si la tuvierais, debéis saber que no podríais luchar contra ella. —Se giró hacia mí en el banco y me dijo con gran seriedad—: Os diré lo que voy a hacer ahora. Vinisteis aquí por un motivo. Y el motivo no fue únicamente la confirmación de lo que ya sospechaba, que iba a morir pronto. Hay alguna otra razón por la que nuestros caminos se han encontrado y confluído. Tenéis una misión que cumplir y voy a guiaros en ella.

—Mi misión es rescatar a mi padre. —Me derrumbé y comencé a sollozar—. Ése es mi único deseo.

—Es posible que lo consigáis —respondió Nostradamus—. No hay nada en mis adivinaciones que indique que no debáis embarcaros en esa tarea, pero hay otra misión que debéis cumplir.

—¿Y cuál es? —grité—. ¡Decidme entonces lo que debo hacer!

—No lo tengo claro —dijo, consumido por el agotamiento—. Necesito más tiempo para averiguarlo.

Cuando se levantó del banco, intercambiamos miradas llenas de inquietud. Ambos sabíamos que tiempo era lo único que no teníamos.

CAPÍTULO 35

A pesar de las protestas de su esposa, Nostradamus insistió en volverse a reunir conmigo una mañana de la siguiente semana.

A Giorgio le había picado la curiosidad lo suficiente para preguntarme el motivo por el que me iba a ausentar de mis tareas en la botica. Mi miró fijamente un momento cuando eludí su respuesta.

—Es un asunto sin importancia —dije—. Pregunté sobre las estrellas al profeta. Como no comprendí bien su respuesta, me dijo que hablaríamos de ello más adelante.

—Debe ser una pregunta difícil para que vos, Mélisande, necesitáis una segunda explicación —dijo Giorgio mientras salía corriendo de la botica.

Subí las escaleras al piso superior y entré en la habitación del maestro.

Se había despejado un espacio en el suelo. En el centro, Nostradamus había colocado un taburete en el que me invitó a sentarme.

—Este taburete es parecido al que se utilizaba en el oráculo de Delfos —me dijo—. Cuando se acerque el mediodía, encenderé un cuenco de incienso y lo pondré a vuestros pies.

Me senté donde me indicó el profeta, bajo el dibujo del sol brillante en el techo, con llamaradas de fuego que emergían del círculo cerrado. Cuando dejé caer la cabeza atrás para mirar hacia arriba, una oleada de calor me golpeó, como una fuerza física que empujaba mi rostro inclinado al cielo.

Pero era imposible.

Aunque el día era caluroso, estábamos dentro de la casa. Un dedo de luz blanca penetró en mis globos oculares. Incliné la cabeza y cerré con fuerza los párpados, gritando de dolor. Mi visión se dispersó en decenas de estrellas rojas brillantes que giraban sobre sí mismas. Mantuve las manos sobre mi rostro y comencé a abrir lentamente los ojos. Mi mirada se encontró con un espejo que colgaba en la pared opuesta. No me había percatado de su presencia antes. Mayor que el resto, su superficie no era clara y el reflejo era borroso.

—Veo que habéis encontrado el espejo sin mi ayuda, Mélisande —dijo Nostradamus con un tono de aprobación—. Lo desenterré hace muchos años en las ruinas antiguas que rodean Salon. Posee propiedades especiales que no he llegado a descubrir por completo. Normalmente lo mantengo tapado, pero hoy dejaremos que la despiadada luz del mediodía caiga sobre vos a través de su cristal, y veremos lo

que puede revelarnos.

Noté un alivio parcial del dolor ocular, por lo que me decidí a examinar el espejo. Sólo era una sombra.

—Lo hemos intentado con agua y luz de luna —dijo Nostradamus—. Ahora es el turno de que el sol nos revele la verdad.

Tiró de una cuerda que colgaba junto a la ventana. Debía haber una polea oculta, ya que el calor que oprimía mi cabeza aumentó, y pensé que existiría alguna apertura en el tejado que el profeta pudiera abrir y cerrar a su antojo.

Nostradamus se aproximó a mi posición y colocó una bandeja redonda y plana de cobre barnizado en mi mano izquierda.

—Sujetadla.

Me enseñó cómo inclinar el disco de forma que la luz que procedía de arriba quedara atrapada en él y se proyectara en mi imagen reflejada.

Recordé mi figura en el espejo de Cherboucy y cómo había titilado al mirar dentro de él.

La tenebrosa superficie del espejo que se extendía ante mí se iluminó.

—¡Mirad! —dijo Nostradamus—. ¡El misterio se está desvelando!

Dentro del resplandor, pude distinguir una imagen de mí misma. Observé fijamente a esa Mélisande, recorriendo el contorno de su rostro, su boca, sus ojos, sus cabellos.

Levanté los brazos y me quité la toquilla, dejando que el pelo cayera sobre los hombros.

Dejé de percibir mi pulso.

Los objetos de la habitación en la que estaba sentada parecían alejarse. El paso del tiempo se convirtió en un flujo líquido constante que me rodeaba. Moví la cabeza. La imagen que reflejaba el espejo tardó en imitar mi gesto. ¿Se debía al profundo letargo que me invadía?

Nostradamus se encontraba a mi lado. Sostenía la vara de raíz de sorbus en una mano. Dedicó un gesto con ella a mi reflejo.

—Podéis decir en voz alta lo que pase por vuestra cabeza.

—Es unos años mayor que yo —dije—, esta Mélisande.

—¿Qué Mélisande?

—La del espejo.

Intenté levantar la mano para señalarla, pero sentía una languidez que me lo impedía.

La Mélisande del espejo me devolvió la mirada con sus grandes ojos fijos en mí. Había visto más que lo que yo había visto en mi vida. Noté que la respiración se me aceleraba.

—¡Ah! Esta Mélisande ve un horror inenarrable.

Detrás de ella, hay dos figuras en las sombras. Una de ellas avanza.

—¡Papá! —susurré.

Me levanté del taburete.

—No os acerquéis. —La voz de Nostradamus pretendía advertirme con severidad.

—¡Hablad! —ordenó a mi imagen que no era mi imagen.

Pero esa Mélisande no habló.

Agitó la cabeza lentamente y descubrí que yo también movía la mía.

El disco de cobre barnizado se deslizó entre mis manos y cayó al suelo.

Nostradamus se acercó a su banco de trabajo.

—¿Os reconforta haber visto a vuestro padre, en el futuro, cuando ya os hayáis convertido en una mujer?

—Me da esperanza —dije—. Pero ¿en qué año y en qué lugar me encontraba?

—No os puedo decir la fecha —dijo Nostradamus—, pero creo que estabais en París. Mis sueños de la masacre en la que el propio rey perecería llevan persiguiéndome tres años, desde el solsticio de verano de 1563. Observareis que hace tres años. En cada sueño y cada premonición que he experimentado sobre este horrible acontecimiento, el número tres siempre es una constante. El tres o los múltiplos de tres.

—El tres es un número mágico —repetí las palabras que Catalina de Medici había pronunciado en los aposentos del rey en Cherboucy.

Nostradamus inclinó la cabeza.

—Habéis sido partícipe de estos sueños conmigo, Mélisande, y cuando nos encontramos en Cherboucy, supe que vuestra vida y la mía estaban destinadas a cruzarse. Ahora —dijo Nostradamus cogiendo un papel de su escritorio—, empezaré a trabajar en vuestro horóscopo y cada dato que añada os acercará a la profecía. Nacisteis el decimoquinto día del primer mes del año 1553...

—Nací en 1554 —le corregí.

Nostradamus se sobresaltó.

—En Cherboucy os pregunte vuestra edad y respondisteis que estabais en vuestro décimotercer año.

—Como cualquier joven, quería parecer mayor de lo que soy —expliqué—. Es mi décimotercer año, pero sólo he celebrado doce cumpleaños.

—Doce —murmuró Nostradamus—. Un múltiplo de 3, una vez más. Debíais tener nueve años cuando empezaron mis sueños. Otro múltiplo de 3.

Cogió su pluma, modificó mi año de nacimiento en el horóscopo y lo leyó en voz alta.

—1554... 1554 —repitió.

Se inclinó sobre el gráfico y me aproximé a él.

—Tres para hacer quince en el círculo de uno.

Levantó la cabeza y sus ojos permanecieron en un punto fijo.

—Los planetas vacilan en su trayectoria, pero los números no. Los números no mienten. Así que 1554 es el año de vuestro nacimiento. El total de la suma de los números de ese año es 15. El año en que comenzaron mis visiones de la terrible matanza es 1563. El total de la suma de los números de esos años también es 15.

Realizó un cálculo sencillo.

—La siguiente configuración del siglo que nos daría el número 15 sería 1572. Para ello quedan 6 años, también un múltiplo de 3.

—1572.

—Los números nos dan un total —susurró—. Por primera vez en los muchos meses que estas visiones me han perseguido, los números nos dan un total.

—¿Qué números? —le pregunté.

Escribió las cifras con su elegante caligrafía.

—Si al año actual le sumamos seis años, nos da 1572. 1572 —dijo de nuevo—. No sólo suma 15. Si leemos cada cifra de derecha a izquierda, restándola del siguiente modo... ¡Mirad! ¡Ved el resultado! Al restar 2 de 7, obtenemos 5. 5 menos 5 es 0. Si restamos 0 a 1, nos queda 1. ¿Os dais cuenta de lo que esto significa, Mélisande?

Nostradamus señaló con un dedo tembloroso el único número escrito en la página.

—¡Uno! Esto es la confirmación que necesitábamos —proclamó—. Habrá alguien que será El Elegido.

Observé al profeta trabajar en sus cálculos.

Se inclinó sobre su escritorio, deteniéndose de cuando en cuando para extraer otro manuscrito de una de las estanterías o consultar un grabado antiguo. Podía percibir su cansancio. Pero ahora que el anciano creía que podría extraer una conclusión, una extraña energía manaba de él, en parte perturbadora, en parte fascinante.

¿Estaría Nostradamus en lo cierto? ¿Estaba destinada a salvar al rey? ¿Era la persona señalada por Dios entre los hombres de la Tierra para mantenerlos a salvo y procurar su bienestar? ¿Iba a ser un instrumento para la protección de este sagrado personaje?

Manifesté mis pensamientos en voz alta.

—Si lo que decís es cierto, debería ir a advertir al rey cuanto antes.

—Visteis lo que ocurrió cuando intenté hacerlo yo —respondió Nostradamus—. Y ya había hablado con la reina regente, Catalina de Medici, cuando me visitó aquí en Salon en 1564, el año posterior a mi primera visión de esta naturaleza.

—La reina regente querría saber que habéis avanzado en vuestros

descubrimientos —dije.

—Pero hay algo que me detiene —afirmó Nostradamus mirándome fijamente—. La sensación de terror que me invade me pide que espere, un sentimiento de desolación que dice que Catalina de Medici no debe saber esto hasta que hayáis tenido la oportunidad de salvar la vida del rey. Se me revelará a través de los números cuando llegue el momento oportuno para que actuéis.

—¿Por qué acudisteis entonces a Cherboucy para advertir a la corte? —le pregunté.

—Aunque no disponía de información específica, pensé que Catalina de Medici y su hijo me prestarían atención. Sin embargo, aunque la reina regente me escuchó, el rey se rió y me ignoró. Entonces me convencí de que el motivo por el que hice ese viaje de Salon a Cherboucy no fue, de hecho, para contar mi profecía, sino para que las líneas de nuestras vidas, la vuestra y la mía, Mélisande, se cruzaran. Ahora estoy seguro de que el momento adecuado acontecerá en 1572, dentro de seis años.

—Seis años —suspiré—. No esperaré tanto tiempo para salvar a mi padre. Os ruego que me escribáis una carta que llevaré a la reina regente y al rey para decirles que mi padre y yo somos inocentes de cualquier crimen.

—¿Abandonarías al rey a su suerte por ir a buscar a vuestro padre?

—Sí —grité—. ¡Sí, lo haría!

Un escalofrío recorrió el enjuto cuerpo de Nostradamus. Retrocedió un paso y levantó ambas manos en el aire.

—En 1572, la devastadora peste avanza por París. La Luna cae en la casa de la Muerte, en ángulo de ciento veinte grados con el fiero Marte. El gran rey de Francia se enfrenta a la muerte. Ahí está, indefenso, ante los poderes que amenazan, con derrocarlo. Debe ser salvado por el bien del pueblo y de sus súbditos.

—No puedo esperar tanto tiempo para volver a ver a mi padre. —Rompí en sollozos.

—¿No esperarías tanto tiempo para verlo con vida?

—No lo entiendo —dije entre llantos—. ¿Qué queréis decirme?

—Estoy diciendo que creo que ambos volveréis a estar juntos, vivos, en 1572.

—¿Y no antes?

El anciano negó con la cabeza. Estudié su rostro más detenidamente.

—Visteis más de lo que yo vi en el espejo. ¿Qué fue? ¿Qué visteis?

—Vi al rey Carlos junto a una ventana en el palacio del Louvre, en París. Estabais allí, Mélisande —Nostradamus hizo una pausa y me sonrió—. Os vi, Mélisande, con vuestro padre al lado. Creedme, si salváis la vida de su hijo, la reina regente os lo agradecerá. Se asegurará de que vos y vuestro padre, seáis perdonados de cualquier ofensa que podáis haber causado.

Sorbí con la nariz y me sequé las lágrimas.

—Pero, recordad —dijo Nostradamus—. Nada de esto ocurrirá hasta el próximo año quince, que es 1572.

—Necesito saber más —dije—. Estoy segura de que debe haber más. ¿Cómo llegaré a París? ¿Cómo me reencontraré con mi padre?

—Los planetas hablan con rotundidad —afirmó Nostradamus—, me esforzaré por descubrir la forma en que vuestro destino está vinculado con sus energías. No obstante, hay algo que debo deciros.

Se giró y colocó sus manos sobre mis hombros.

—Creo que eres la elegida, Mélisande —proclamó Nostradamus con solemnidad—. Y creo que debéis seguir un camino concreto para lograr una gran hazaña. Pero debo advertiros. La persona que haga esto avanzará codo a codo con la muerte.

CAPÍTULO 36

Conforme avanzaba el mes de junio, Nostradamus trabajaba febrilmente en sus gráficos y adivinaciones.

El calor era asfixiante. Y con el calor, vino la peste.

Brotó en las calles cercanas al lugar en que el canal entraba en la ciudad procedente del norte. En esta zona se encontraban las casas de la gente más pobre; aquéllos que apenas tenían para comer y, evidentemente, no disponían de dinero para comprar medicamentos de ninguna clase. La primera fatalidad sobrevino a los cinco hijos de una misma familia, todos menores de ocho años. En cuanto escuchó la noticia, Giorgio envió una caja de caras pastillas de rosa para que se distribuyeran por los hogares del área afectada. Fue un acto de generosidad, ya que cuando se expandió el rumor de que Salon estaba afectada por la peste, perdimos gran parte de los ingresos de nuestros clientes más ricos. Nadie que pudiera evitarlo, se habría arriesgado a viajar a una ciudad en la que se sabía que había víctimas de la peste. Desde las primeras semanas de junio, recibimos pocas visitas de personas distinguidas, e incluso nuestros clientes habituales acudían a la botica con menor frecuencia. La gente permanecía en casa y en las calles apenas se oía ruido. Pero Giorgio y yo trabajábamos día y noche fabricando las valiosas pastillas que Nostradamus creía que podían evitar esta atroz enfermedad.

Un día, Berthe nos informó de que el señor Thierry había ordenado el cierre de las puertas de la ciudad.

—Pretende que todos fallezcamos aquí encerrados mientras él permanece a salvo en Valbonnes —se quejó, mientras lavaba los tazones vacíos del desayuno en la pila de la cocina.

—El señor Thierry ha escrito al maestro Nostradamus —le dijo la señora Anne secamente— para contarle que está residiendo en el castillo Emperi hasta que se acabe la crisis. Se ocupará de ella personalmente. Haríais bien en preocuparos de vuestros quehaceres y no verter falsas acusaciones sobre un noble respetado.

—No he sido yo la que he afirmado tales cosas, señora —respondió Berthe—. El duque de Marcy lo estaba proclamando en la plaza de la ciudad. Afirma que el señor Thierry es un protegido de los reformistas y un enemigo de la verdadera Iglesia Católica. Hoy se celebrará una procesión organizada por los frailes del monasterio de Cloise, para pedir expiación y rogar a Dios que salve a la ciudad.

Miró a la señora Anne.

—Todos los creyentes saldrán a la puerta de sus casas, se arrodillarán, y rezarán mientras los santos varones pasan por delante de sus hogares.

Regresé, a la botica y comuniqué este mensaje a Giorgio.

—El obispo pretende derramar agua bendecida en el canal —le dije.

—Deberían hervir el agua en lugar de bendecirla —apuntó irónicamente—. Tengo más fe en la cura de sangre de murciélago que los vendedores ambulantes ofrecen en el mercado.

—¡Silencio, Giorgio!

La señora Anne había entrado en la tienda desde la casa de forma tan repentina que no nos percatamos de su presencia.

Nunca la había oído hablar así a Giorgio. Era evidente que estaba molesta e inquieta. Aunque el maestro Nostradamus me había indicado que no contara a nadie su creencia de que su muerte estaba próxima, su mujer debía saber que la salud de su esposo se estaba debilitando. Al llevar tantos años casada con él y haberle dado seis hijos, también percibía su pesimismo.

Giorgio inclinó la cabeza.

—Señora —dijo.

—Debemos ser muy cuidadosos —dijo la señora Anne intentando justificar su descortesía—. La tensión religiosa se ha agudizado con la llegada de la peste a la ciudad. Cada facción dice que es una venganza divina por las herejías y los crímenes de la otra. Los brotes de violencia están aumentando y ya sabéis que esos fanáticos buscan la menor excusa para atacar a alguien. Rompieron las ventanas del taller donde se fabrican nuestros almanaques y quemaron el tejado. El impresor comentó que el secuaz del duque de Marcy, Bertrand, le dijo que la impresión de avisos de desastres futuros hace que ocurran.

—No siempre es así —le respondió Giorgio en un tono neutral. No parecía haberse ofendido por los rudos modales de la señora de la casa. Pero con Giorgio no se sabía nunca lo que estaba pensando—. Cuando están asustadas, las personas a menudo atacan a los que tienen más cerca. Incluso a aquéllos que podrían ayudarles si pudieran.

Dos manchas sonrosadas tiñeron las mejillas de la señora Anne cuando asimiló el auténtico significado de las palabras de Giorgio.

—Podríaís ayudarme ahora, Giorgio, si quisierais —dijo con firmeza—. Mi esposo, que apenas se puede mantener en pie por sí mismo, salió ayer por la noche para atender al encargado de la esclusa del canal en su casa junto a la Puerta de Avignon. Cuando regresó, se quedó trabajando hasta tarde en la preparación de algunos remedios que dice que había dejado listos para su entrega.

Señaló a una botella pequeña y un paquete que descansaban sobre el banco de

trabajo.

—¿Seríais tan amable de entregarlos, por favor?

Giorgio recogió la botella rápidamente y salió de la tienda, cojeando más de lo habitual. Pensé en lo precarias que eran las condiciones de vida aquí. Con su cuerpo roto, tenía pocas formas de ganar un dinero que garantizara su manutención.

—Esperaré en la tienda hasta que Giorgio regrese —dijo la señora Anne—, ya que mi esposo me pide cada vez con más insistencia que pase más tiempo aquí y me familiarice con lo que ocurre. —Paseó hacia las piletas y las mesas de trabajo. Entonces hizo un gesto de desaprobación—. Con las prisas, Giorgio se ha marchado sin la cataplasma que forma parte del remedio.

—Yo la llevaré —me ofrecí—. Sé llegar a la Puerta de Avignon.

La señora Anne dudó.

—No quiero que corráis ningún riesgo.

—No estaré expuesta a peligro alguno. Confío en el maestro Nostradamus y él dice que la peste no se expande por el aire, sino por la suciedad y los bichos.

—El encargado de la esclusa es amigo personal de mi esposo —dijo la señora Anne—. Anoche vino buscando ayuda porque su hijo estaba enfermo y ningún médico quería ir a ese extremo de la ciudad por miedo a la peste. El maestro Nostradamus dice que su hijo no está afectado por la peste; sólo es una dolencia pulmonar.

Levanté el paquete.

—Si corro, alcanzaré a Giorgio antes de que se haya alejado mucho.

—Si os aproximáis al canal, cubríos la nariz y la boca con el delantal —me gritó antes de salir.

Apenas había llegado a la siguiente calle cuando dos hombres con el atuendo de la casa del duque de Marcy me bloquearon el paso.

—Esta calle está cerrada por la procesión de los penitentes —me informó uno de ellos.

—Y vos deberíais estar en casa, esperando a que pase —me dijo el otro hombre con tono amenazante—. Son órdenes del duque.

El primer soldado me miró con recelo.

—¿Eres hugonote?

—Creo que no —dije, señalando a mi brillante pañuelo azul.

Retrocedí rápidamente y me dirigí por un sendero que conducía a una plaza. Pero cuando emergí en el otro lado, me volvieron a cortar el paso. Esta vez vi a los hombres del duque antes de que ellos me divisaran, por lo que los esquivé eligiendo otro camino.

Comencé a regresar sobre mis pasos, esperando poder rodear la procesión. Podía oír el redoble rítmico de los tambores y el soniquete discordante de las castañetas de

madera. Tenía un nudo en la garganta. Giré y me dirigí con premura a un callejón, cuyo extremo desembocaba directamente en la procesión.

Ante mí avanzaba una figura terrorífica vestida totalmente de negro. Llevaba un hábito de monje y una elevada capucha cónica que ocultaba la mayor parte de su rostro, excepto los ojos, que se entreveían por unos agujeros recortados en la tela. Su cuerpo estaba envuelto en cadenas que arrastraba por el suelo, y avanzaba colocando dolorosamente un pie delante del otro, mientras lloraba y suplicaba al cielo su perdón. Detrás de él, en filas de dos, había una docena de hombres descalzos con calzones negros, desnudos hasta la cintura. Llevaban pequeños látigos confeccionados con cuerdas anudadas y golpeaban con ellos sus espaldas desnudas.

—¡Apartaos! —me avisó una mujer que observaba la procesión en el borde de la calle.

Retrocedí y me apoyé en la pared. La calle estaba atestada. Ancianos en los balcones y las ventanas, mujeres y hombres arrodillados ante la puerta de sus casas, niños aupados para divisar el espectáculo y recibir la bendición de los sacerdotes.

Cuando los tuve delante, pude ver las espaldas de los hombres. Estaban arañadas y cubiertas de sangre por su flagelación.

Los nudos de los látigos estaban salpicados de su propia sangre. Los monjes que les seguían también llevaban hábitos negros con los cuellos alzados cerca de su rostro.

A continuación, apareció otro grupo, vestidos de forma menos discreta, con bandas azules y blancas que simbolizaban los colores de la Virgen. Portaban su imagen en una estatua de grandes dimensiones elevada sobre un pedestal de madera decorado con lazos y flores. Rezaban y cantaban letanías mientras cruzaban las calles.

Atravesé una callejuela lateral y conseguí colocarme detrás de la procesión en un lugar más alejado, que parecía más tranquilo. Permanecía allí mientras el resto de los penitentes pasaban, por delante, hasta que vi un hueco en las filas. Entonces aproveché la oportunidad y crucé a zancadas la calle.

—¡Niña!

Una mano me agarró el brazo. Reconocí a Bertrand, el secuaz del duque de Marcy.

—¿Cómo os atrevéis a hacer algo tan sacrílego?

—No os entiendo —balbuceé.

—Debéis arrodillaros cuando la procesión pase, no mostrar vuestra falta de respeto corriendo delante de los penitentes.

—Llevo una medicina para un niño enfermo —expliqué.

—¿Qué es?

Me quitó el paquete de las manos.

—¿Quién ha preparado esta medicina?

—Es una cataplasma del maestro Nostradamus —comencé a decir.

—¡Vaya! —exclamó triunfal—. ¡Una preparación mágica del hechicero en persona!

—No lo es —protesté—. El niño está enfermo y necesita ayuda. Dejadme pasar.

—Si el niño está enfermo, necesita la gracia de Dios. Al igual que vos.

Me empujó bruscamente hacia abajo.

—Deberías estar arrodillada como ordenó el duque de Marcy.

Intenté zafarme de él y estaba empezando a conseguirlo. Su agarre no era firme, porque Bertrand no era fuerte y éramos iguales en estatura.

—No sois más que una bruja —me escupió mientras forcejeábamos—. El mismo duque se encuentra al otro lado de la calle. Puede ocuparse de vos personalmente —dijo, y gritó el nombre de Marcy.

—Ayudadme —pedí a una mujer que se encontraba en la puerta de su casa. Me respondió dirigiéndose al interior y cerrando la puerta.

Ahora estaba realmente asustada, porque la calle se había quedado desierta tras el paso de la cola de la procesión. Estaría sola, una muchacha desprotegida, con ese hombre y el duque de Marcy, que era conocido por arrestar a gente que nunca se volvía a ver.

Me liberé y corrí por el callejón, con Bertrand profiriendo maldiciones detrás de mí. Pero no había salida al final, ya que conducía a una calle donde pude ver a más hombres del duque apostados. Así que giré a la izquierda por otro callejón. Podía oír el ruido sordo de las botas detrás de mí. Ahora estaba sudando y desesperada, y mi respiración se entrecortaba. Entonces vi la puerta lateral de una iglesia. Estaba abierta. Corrí hacia dentro.

Bertrand estaba muy cerca y, prácticamente detrás de él, su maestro, el duque de Marcy.

—Refugio —jadeé. Corrí a la parte delantera y subí los escalones del altar—. Solicito refugio en este lugar sagrado. —Me giré para mirarles—. Aquí no podéis tocarme.

Bertrand vaciló, pero el duque no. Aunque fingía ser un católico devoto, no respetaba la vida que Dios dio a su creación. Me agarró de los hombros y, bajándome a la fuerza por los escalones, me empujó contra un pilar. Con la piedra inflexible en mi espalda, sentí la fuerza que el duque ejercía sobre mí.

—Dejadme ir —supliqué—. No he hecho nada malo.

—Yo juzgaré si eso es cierto o no.

El duque, sonrió.

—Pero primero tengo una pregunta que haceros.

Colocó la mano en mi pañuelo y lo dejó caer.

—Así está mejor. Ahora podemos ver qué aspecto tenéis.

Estudió mi rostro.

El corazón me resonaba con tanta fuerza dentro del pecho que pensé que podía oírlo.

—¿Por qué ocultar tanta belleza? —dijo—. La mayoría de las jóvenes desearían mostrarla.

La voz se quebró en su garganta cuando un brazo rodeó su cuello y lo apartó de mí. Era un anciano sacerdote que se había desecho de Bertrand empujándole y había venido en mi ayuda. Su indignación le había fortalecido.

—¿Cómo osáis profanar una iglesia con vuestra violencia? —bramó su voz.

—¡Apartaos de mí, cuervo negro! —gritó el duque al ver que frustraban sus planes. Se giró y empujó al sacerdote en el pecho con ambas manos.

—Respetareis la casa de Dios y a esta muchacha, que ha venido aquí pidiendo refugio —le ordenó el sacerdote.

—Esa muchacha está vinculada con aquéllos que practican las artes oscuras —respondió el duque furioso—. Y haré con ella lo que estime oportuno.

—Vos no sois la ley —le dijo el sacerdote—. Y, si no abandonáis esta iglesia inmediatamente, informaré al hombre que rige esta ciudad, el señor Thierry.

Al mencionar el nombre de su odiado enemigo, el duque entró en cólera. Sacó la espada y dirigió un largo golpe inclinado al hombro del sacerdote.

Éste apartó la cabeza. La espalda crujió al hundirse en un lado de su cuello. El sacerdote profirió un largo gemido de agonía cuando un enorme chorro de sangre brotó de su cuerpo.

—¡Le habéis matado! —gritó Bertrand consternado.

Yo chillé. El sacerdote se desplomó sobre las baldosas de la nave.

El duque retrocedió. La espada ensangrentada tembló en su mano.

Bertrand se aproximó rápidamente al cuerpo y se arrodilló. El sacerdote aún respiraba, pero su rostro era el de un hombre muerto.

—¡Thierry os ahorcará por esto! —gritó Bertrand.

El duque miró desbocado a su alrededor.

—Podemos tirar el cuerpo y ocultar esto de algún modo.

—Hay demasiada sangre —dijo Bertrand, temblando y estremeciéndose al mismo tiempo—. Hay sangre en la alfombra y en los paños del altar.

Y en mis manos también. Me han salpicado algunas gotas de sangre. Las mantuve tan lejos de mi cuerpo como pude.

—¿Qué podemos hacer? —gritó el duque a Bertrand—. ¿Qué hacemos? Pensad en algo.

Avanzó y golpeó brutalmente a su secuaz.

—Por eso os mantengo a mi lado, perro sarnoso. Pensad qué podemos hacer.

—¡No lo sé! —le gritó Bertrand—. Un asesinato ante el altar de Dios es sacrilegio. Ni siquiera el obispo, de cuyo favor gozáis, os apoyará en esto.

—Entonces, si no podemos ocultar este acto, deberemos culpar a otro.

Marcy comenzó a volver en sí.

—Diremos que vimos a un hugonote salir corriendo de la iglesia.

Avanzó a zancadas hacia el altar y volcó las palmatorias.

—Desordenemos algunas cosas. Cuando descubran el cuerpo del sacerdote, todos los católicos fieles creerán que fueron los herejes. Nadie más que nosotros sabe lo que ha pasado aquí realmente.

En los largos segundos que tardaron en recordar que me encontraba allí, me recogí las faldas y corrí. Me dirigí hacia la nave lateral y salí por la puerta. Corrí por los callejones y pasadizos de la ciudad. El miedo de ser asesinada como el sacerdote me hizo correr como nunca había hecho antes. No miré atrás, esperando que sus armaduras les ralentizaran, y que mi destreza me hiciera alcanzar la botica antes de que me atraparan.

Giorgio ya había regresado.

—¿Qué ocurre? —Levantó la cabeza, sorprendido, cuando cerré la puerta de golpe detrás de mí—. Parece que te persiguiera el demonio.

Pasé corriendo el mostrador sin responderle, en dirección a la puerta que conducía a la casa. Con una ligereza sorprendente, Giorgio se desplazó para interceptarme.

—¿Quién os ha hecho daño?

Negué con la cabeza e intenté apartarle.

—Nadie —dije—. Nadie.

—Tenéis sangre en las manos.

Había un matiz de preocupación y temor reales en su voz.

En el exterior, un ruido punzante inundó el aire. Ambos nos detuvimos para oírlo.

La campana de alarma de la ciudad estaba doblando.

CAPÍTULO 37

—¿Qué ha ocurrido?

Giorgio me agarró de las muñecas con una fuerza implacable.

—Si voy a ayudaros, tenéis que contármelo.

Le narré atropelladamente la historia del duque de Marcy y el asesinato del sacerdote.

—Dios mío —dijo Giorgio con los ojos abiertos de par en par—. ¡Qué desastre!

—No sabía que atravesar la procesión les molestaría tanto —sollocé.

—Ése no es el verdadero motivo por el que fueron a por vos. Sois más atractiva de lo que pensáis, niña, a pesar de llevar ropas desaliñadas y mantener vuestra cabeza y la mitad de vuestro rostro ocultos con el pañuelo.

Giorgio me soltó las muñecas y giró la cabeza de forma que su oreja quedó frente a la puerta de acceso a la casa. A continuación, acercó el ojo al agujero espía.

—Ahí viene la señora Anne. —Me empujó hacia las piletas—. Volved a colocaros el pañuelo y lavaros las manos. No digáis nada de esto hasta que piense qué es lo mejor que podemos hacer.

Estaba inclinada sobre la piletta limpiándome los dedos cuando la señora Anne irrumpió en la habitación.

—¿No habéis oído la campana de alarma, Giorgio? Debemos cerrar los postigos.

—La oigo, señora.

Giorgio abrió un cajón y extrajo un puñado de llaves.

—Lisette —dijo la señora Anne al percatarse de mi presencia—, ayudad a Giorgio. Cuanto antes entablemos las ventanas, mejor.

Debe ocurrir algo grave para que hayan tocado la campana.

—No quiero salir a la calle —le susurré a Giorgio cuando la señora Anne salió de la botica.

—No es necesario que me ayudéis —dijo él—. Pero permaneced en la tienda. Hablaremos una vez que haya acabado con esto.

Observé desde una ventana cómo se dirigía al exterior y comenzaba a plegar cada postigo, deslizaba la barra de metal entre las varillas y lo fijaba en su lugar. Acababa de llegar al último cuando un grupo de jóvenes apareció en la calle.

Uno de ellos gritó:

—¡Eh! ¡Es Giorgio!

Comenzaron a dar brincos tras él, imitando su postura de jorobado y sus andares de cojo. El boticario les ignoró, pero se aproximaron más y empezaron a increparle y a burlarse de él.

—Es italiano, ¿no lo sabíais? —dijo otro—. Como la reina regente, Catalina de Medici, la que dice ser católica pero apoya a los hugonotes. ¡Astuta carroña italiana! —Ese hombre agarró a Giorgio de las orejas y le hizo girar hasta que se tambaleó y cayó al suelo—. ¡Es como si tuviera un escarabajo en la espalda! —cacareó el torturador de Giorgio—. Y a los escarabajos hay que aplastarlos.

El primer hombre avanzó y levantó su pie embotado para soltarlo sobre el rostro de Giorgio.

Salí a la calle antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo. Se, encontraban tan abstraídos en su cruel acto que no me vieron ni oyeron, por lo que pude deslizarme entre ellos.

Agarré la barra de metal del postigo de la ventana que había caído al suelo y la balanceé ante mí en forma de arco.

—¡Apartaos! —grité—. ¡Apartaos y marchaos de aquí!

Se dispersaron rápidamente, pero en cuanto se percataron de que era una niña rompieron a reír.

—¡Una instigadora! —gritó el cabecilla del grupo—. ¡Nos será de mucha más diversión que un anciano lisiado!

Giorgio se arrodilló.

—Entrad en la tienda —me imploró.

Pero no podía hacerlo.

Los hombres formaron un semicírculo, lo que nos obligó a Giorgio y a mí a retroceder contra la ventana. Comenzaron a avanzar hacia nosotros, esperando la oportunidad de saltar sobre nosotros. Uno de ellos se aproximó haciendo una finta y yo aproveché para golpearle con la barra. Le alcancé en el estómago y cayó doblado, pero uno de los compañeros agarró inmediatamente el extremo de la barra. Y ahora estaba forcejeando con un hombre mucho más fuerte que yo y el resto de jóvenes nos rodeaban, riendo ante la desequilibrada pelea. Sabía que ese hombre estaba jugando conmigo, que podría arrebatarme mi arma en un instante. Pude ver el diente roto en su boca cuando sonrió y me dijo:

—Damisela, creo que prefiero estar más cerca si vamos a tener que pelear.

Y tiró de la barra hacia él, arrastrándome con ella, mientras sus acompañantes sujetaban a Giorgio, que intentaba ayudarme.

—¡Cuidaos de la Sexta Extinción! ¡Abandonad vuestros actos abominables!

Una voz bramó sobre nuestras cabezas.

Todos elevamos la mirada. Nostradamus se erguía en la plataforma del tejado de su casa.

—Es el nigromante —dijo uno de los hombres atemorizado.

—¡Abandonad vuestros actos abominables! —repitió Nostradamus.

Dicho esto, elevó las manos por encima de la cabeza y las mangas de su abrigo se deslizaron hacia abajo y se desplegaron como alas a cada lado de su cuerpo.

—¡El fuego caerá sobre vuestras cabezas! —bramó—. Los mares se elevarán y la tierra se inundará. ¡El sol arderá con miles de fuegos! ¡Será la propia mano del hombre quien lo haga!

El grupo de hombres se marchó corriendo. Hasta el más audaz dejó caer la barra de metal y les siguió.

—¡Miles de soles abrasarán la tierra! ¡La hierba se secará como el desierto estéril!

En el calor del mediodía, una leve neblina amarilla giraba en espiral. Procedía de los adoquines bajo nuestros pies. Rodeó nuestras piernas y ascendió reptando, haciéndonos toser.

—¿Lo veis? —preguntó tembloroso uno de los hombres. Pero sus amigos no respondieron. Todos habían corrido calle abajo.

Giorgio también parecía conmovido. Y no creo que fuera la crueldad de los hombres la que afectara a su compostura. Lo que Nostradamus había proclamado había sacudido su alma, y la mía. Era evidente que los jóvenes rufianes pensaron que el profeta les estaba amenazando. Pero lo que habíamos visto no era una simple bravuconería. Las palabras de Nostradamus eran una profecía de acontecimientos futuros:

«¡El fuego caerá sobre vuestras cabezas!

Los mares se elevarán y la tierra se inundará.

¡El sol arderá con miles de fuegos!

¡Será la propia mano del hombre quien lo haga!».

¿Qué significaba esta misteriosa advertencia sobre la Sexta Extinción?

Volví a mirar hacia arriba, pero Nostradamus se había marchado.

La bruma ya se había dispersado como si nunca hubiera estado allí. Pero las palabras no desaparecían. Quemaban en la mente como un cometa atravesando el cielo nocturno.

CAPÍTULO 38

En cuanto regresamos a la botica, Giorgio cerró la puerta desde dentro.

Entonces, se giró y me dijo:

—Gracias por poner en riesgo vuestra seguridad para defenderme. Giorgio no lo olvidará.

—¿Qué voy a hacer, Giorgio? —le pregunté.

—Lo primero que debemos hacer es preparar otra cataplasma para reemplazar la que os han robado —respondió Giorgio.

El boticario se dirigió a su mesa de trabajo. Yo le seguí.

—Creo que deberíamos contarles al maestro Nostradamus y a su esposa lo que me ha ocurrido hoy.

—¡No! —dijo Giorgio, girando la cabeza para mirarme—. Sólo serviría para añadir una carga más a sus vidas.

Giorgio vaciló.

—Sabéis que el maestro Nostradamus está gravemente enfermo.

—Sí —dije.

Me senté en un taburete, vencida por lo desesperado de mi situación.

—Pero al menos debería advertirles de que puede haber problemas. El duque de Marcy y su secuaz, Bertrand, me seguían de cerca y es posible que me vieran entrar en esta calle. Saben que llevaba una medicina preparada por Nostradamus. Si descubren que vivo aquí, vendrán y me matarán.

—Escuchad —dijo Giorgio—. La campana de alarma sigue sonando. La ley de la ciudad establece que todos los ciudadanos están obligados a permanecer dentro de casa mientras la campana dobla y, una vez que se detenga, nadie podrá llevar armas en un lugar público hasta que el señor Thierry haya dado su consentimiento. A esos rufianes que me atacaron ahí fuera no les importará pasar una noche en prisión, pero Marcy no se arriesgará a ser humillado por el señor Thierry de ese modo. Por el momento, estarás segura aquí.

—Pero...

Reposó su mano en mi cabeza.

—Tranquila —dijo—. Ahora voy a llevar esta cataplasma al hijo enfermo del encargado de la esclusa.

—Pero... os arrestarán si salís.

—Los médicos que atienden a los enfermos están exentos de respetar la norma — dijo Giorgio—. Quiero que esperéis aquí hasta que regrese. ¿Lo haréis por mí?

Incliné la cabeza.

—Sí —dije, porque no sabía qué otra cosa hacer.

Pero, una vez que Giorgio partió, pensé más en el aprieto en que me encontraba. El duque de Marcy debía deshacerse del único testigo de su terrible acto. El duque o, con mayor probabilidad, su secuaz Bertrand, estarían vigilando desde un lugar próximo para asegurarse de que no escapara.

Escapar.

Debía escapar.

Si abandonaba la casa, ocasionaría menos problemas al maestro Nostradamus y la señora Anne. El anciano estaba enfermo, y empeoraba mientras buscaba en vano la clave de su premonición, aquélla en la que yo iba a desempeñar un gran papel en la historia de Francia. Había dicho que tenía una misión, pero ni él ni yo sabíamos cuál podía ser. Aunque se había sumergido en sus tablas y había estudiado mi horóscopo en numerosas ocasiones, no había percibido revelación alguna. Su salud era cada vez más delicada. La búsqueda de mi destino estaba acelerando su final.

Con mi partida, se vería obligado a abandonar su empresa.

Nostradamus creería que me había marchado para cumplir mi misión.

Una vez que supiera que les había dejado, no sería necesario que siguiera persiguiendo el conocimiento que le eludía.

Y a mí no me quedaba otra opción. No podía pedir justicia al señor Thierry. Era un hombre tan meticuloso que si escuchara mi caso, probablemente descubriera mi verdadera identidad. Entonces, me enviaría con escolta a París y a Nostradamus se le acusaría de albergar a una fugitiva de la justicia del rey. Si permanecía allí, traería la desgracia a la familia. Una sensación de desesperanza absoluta se adueñó de mí.

Debido a mi comportamiento impetuoso, mi padre se encontraba en prisión y un buen sacerdote que había intentado protegerme estaba muerto. Era mejor que partiera ahora, antes de que destrozara las vidas de más personas que intentaban ayudarme.

Abrí la puerta que conducía a la casa. La planta baja estaba vacía. Podría atravesar reptando la cocina y salir por la puerta trasera. Me visualicé en la calle; una muchacha sola. Cuando me vestía como un chico me sentía mucho más segura, y es posible que si me volviera a disfrazar, pudiera eludir a Marcy y sus hombres. Recordé donde había colocado la señora Anne mi capa de viaje y el resto de mis atuendos de juglar. Subí las escaleras hasta el primer rellano y escuché.

En el exterior, seguía sonando el tañido de la alarma.

En el interior de la habitación familiar, podía oír a los niños hablar.

Habían permanecido recluidos en casa desde el brote de peste.

Los más pequeños estaban nerviosos por el sonido de la campana de alarma y la

hija de mayor edad les regañaba para mantenerlos alejados de las ventanas.

Toqué en la puerta de la alcoba de la señora Anne. No hubo respuesta. Estaría descansando o en el piso superior con su esposo. La puerta crujió cuando la abrí. La alcoba estaba vacía.

En el rincón se encontraba el arcón donde ocultábamos las ropas que Melchior me había dado. Atravesé lentamente la habitación y abrí la tapa. A pesar del grave peligro que me acechaba, sentí cómo las fuerzas venían a mí. Allí estaban mis atuendos de juglar y mi capa de viaje bermeja. Extendí la mano para tocarla.

De repente, oí cómo golpeaban la puerta principal.

Asustada, dejé caer la tapa. Volví a oír los golpes.

—¡Abrid! ¡Abrid!

Corrí hacia la ventana y miré afuera. Había hombres en la calle. Hombres armados. Escuché gritar a la señora Anne:

—¡Ya voy!

Sus pasos agitados bajaron las escaleras. Salí de su dormitorio y me dirigí al recodo de la escalera, desde donde pude ver cómo la señora Anne abría la puerta principal de la casa.

Me acurruqué en las escaleras. No había forma de salir. ¡Estaba atrapada por los hombres del duque! Pero entonces, vi que esos soldados no portaban el atuendo de la casa del duque de Marcy. Los colores de sus gabanes eran negros y rojos.

—Se ha producido un incidente en la ciudad —escuché decir a uno de los soldados—. El señor Thierry me ha enviado para asegurarse de que el maestro Nostradamus, su familia y sus criados se encuentran seguros en casa.

—Lo estamos —respondió la señora Anne—. Comuniquen a Valbonnes que agradecemos al señor Thierry su preocupación por nuestro bienestar.

—El señor Thierry se encuentra en el castillo —respondió el soldado—. Su intención es la de permanecer allí hasta que la crisis haya acabado. Nos quedaremos aquí para protegerles ante cualquier peligro que pueda acecharles —prosiguió el sargento—. Debéis cerrar y atrancar esta puerta desde dentro, así como cualquier otra entrada a vuestra propiedad. El señor Thierry nos ha dado instrucciones de que nadie entre o salga de la casa hasta que pueda venir y hablar con el maestro Nostradamus en persona.

CAPÍTULO 39

Oí a la señora Anne cerrar la puerta y dirigirse a la cocina.

Aproveché para correr escaleras abajo y entrar en la botica. Grité asustada cuando Giorgio apareció desde detrás de la puerta.

—¿Dónde estabais? —preguntó—. ¿No estaríais pensando en huir?

—Sí... no. Sí.

Giorgio me sacudió ligeramente.

—El hecho de que el duque de Marcy no sea visible no quiere decir que no esté ahí fuera esperando su oportunidad para abalanzarse sobre su presa. Os dije que os quedarais aquí y me prometisteis que lo haríais.

—Ya sé que lo hice —respondí avergonzada—, pero cuando os marchasteis pensé que, si me iba, ocasionaría menos problemas a todos los que me habían ayudado tanto.

—Mucho bien nos haría encontraros en el canal con la garganta seccionada... —dijo con una media sonrisa—. Ni el mismísimo Nostradamus tendría cura para eso.

Me llevé las manos al cuello cuando pensé en el destino aciago del sacerdote que yacía ahora en un charco de su propia sangre en el suelo de la iglesia.

—Y, de todas formas —prosiguió Giorgio—, no tenéis donde ir. Las puertas de la ciudad están cerradas, y así permanecerán hasta que el señor Thierry decida abrirlas de nuevo.

—Ha enviado soldados para que monten guardia ante la casa —le informé—. Uno de ellos le dijo a la señora Anne que tienen que esperar hasta que el señor Thierry llegue para hablar con el maestro Nostradamus.

Giorgio espío a los hombres a través de una ranura del postigo.

—Vaya —le oí murmurar—, así que es eso lo que ha decidido hacer.

Entonces, dijo en voz alta:

—Sí, les veo en la calle. Ya debe estar en el castillo; su bandera ondea desde la torre.

Me aproximé a la ventana y miré al punto al que señalaba el boticario. El estandarte rojo y negro del señor Thierry se agitaba en lo más alto de las almenas. La sombra del inmenso castillo Emperi caía sobre la ciudad. Todos los ciudadanos podrían divisar la bandera de su señor. Esta prueba tangible de su presencia sería suficiente para sofocar cualquier pretensión de disturbio o desorden. Sus súbditos

sabrían que estaban bajo su vigilancia. Un temblor sacudió mi cuerpo. Sentí que el ojo de ese hombre en alerta estaba puesto en mí.

—Bueno —dijo Giorgio apartándose de la ventana—, podemos estar seguros de que estáis a salvo, siempre y cuando permanezcáis en el interior de la casa.

—Lo haré —afirmé tímidamente.

—Y cuando el señor Thierry venga a la casa, le pediréis audiencia para hablarle del asesinato del sacerdote.

—¡No puedo hacer eso! —grité.

—¿Por qué no? —Giorgio me miró de forma penetrante—. Para libraros de toda responsabilidad, no tenéis otra opción que poner el asunto en sus manos.

Yo no contesté.

Giorgio seguía mirándome fijamente. ¿Cómo podía conocer mi dilema? Si hablaba con el señor Thierry, era muy difícil que no descubriera mi verdadera identidad. No podía correr ese riesgo. Era mejor esperar hasta que pudiera vestirme con las ropas de chico y salir de la casa en silencio.

—No os entiendo, señorita... Lisette.

Elevé la cabeza cuando Giorgio dudó al pronunciar mi nombre.

—Muy bien —prosiguió—. No diré nada más. Vos decidís si deseáis contar lo que visteis.

Se dirigió a su banco de trabajo y comenzó a recoger los crisoles que utilizaba para fundir el metal.

—Cuando salí para entregar la medicina del niño, escuché algo que podría interesaros. ¿Recordáis la neblina que apareció en la calle y nos sorprendió a ambos?

Asentí.

—Parece que el señor Thierry ordenó que trajeran cal viva y sales de amoníaco y las vertieran en los sumideros subterráneos. Vio que ésta práctica era común en los países del este a los que viajó. Se utiliza para frenar los brotes de enfermedades. Sus soldados ahora están ocupados en pescar cientos de ratas muertas del canal. Así que podéis ver que, una vez más, un fenómeno extraño tiene explicación. Hay una cloaca bajo la calle de acceso a la botica y es evidente que el humo del amoníaco ascendió desde debajo de nuestros pies.

—¿Y emergió en el mismo momento en que el maestro Nostradamus pronunciaba su profecía? —dije.

—Prácticamente.

Giorgio siguió con sus quehaceres.

—Para nosotros, una coincidencia afortunada. Ahora, continuemos haciendo lo que podamos para combatir esta aflicción que amenaza a los hombres.

Pero ninguno de los dos pudimos trabajar esa tarde.

Por la noche, los soldados apostados en la puerta vigilaban y, a pesar del clima bochornoso, trajeron varias antorchas con ellos. Las dispusieron a lo largo de la calle, en el callejón junto a la botica y alrededor de los muros del jardín.

—Hay muchos y están armados hasta los dientes —dijo la señora Anne nerviosa mientras cenábamos esa noche—. Parece algo más que una escolta ordinaria.

—El maestro Nostradamus es más que un hombre ordinario —dijo Giorgio en tono conciliador—. El señor Thierry se está asegurando de que todos estéis bien protegidos.

Cuando cayó la noche, nos retiramos para dormir. Giorgio preparó un camastro en el suelo de la botica. Los niños subieron a sus habitaciones y la señora Anne se dirigió a sus propios aposentos. Yo me retiré tras la cortina de la alcoba de la habitación familiar donde yacía mi cama, pero no me desnudé para dormir. En lugar de ello, saqué el almanaque que Nostradamus había escrito con sus predicciones para este año, 1566.

El sol teñía de carmesí el cielo. No necesité la ayuda de una vela para alumbrarme, ya que me bastó con acercar la página a la ventana.

Entonces, levanté la cabeza y contemplé la maravillosa puesta de sol, los largos rayos inclinados que daban luz, calor y vida. ¿Qué ocurriría si las palabras que Nostradamus había pronunciado esta mañana se hicieran realidad? ¿Podía esa enorme bola de fuego convertirse en algo maligno? Pero ¿cómo podía causarlo la mano del hombre? ¿Cómo podíamos cambiar nuestro entorno para hacer que el sol abrasara la verde tierra? Hojeé las páginas del almanaque.

El mes de junio de 1566. Había estado tan ocupada los últimos días que apenas me había percatado de que el mes de junio ya había finalizado. ¿Qué anotaciones había realizado Nostradamus para ayudarnos a superar estos tiempos difíciles?

Nada que pudiera ver.

El treinta de junio.

La página se onduló y cayó a un lado.

El primero de junio.

La fecha de hoy.

Leí la entrada.

Una extraña trasmigración.

Trasmigración. ¿De qué? ¿Un alma humana?

El calor sofocante que me rodeaba no impidió que sintiera un escalofrío. Parpadeé y volví a leer las palabras escritas en el almanaque.

Una extraña trasmigración.

Una sombra se proyectó sobre la página.

Levanté la cabeza.

El maestro Nostradamus se encontraba a mi lado. Extendió la mano y se dirigió a mí.

—Ha llegado la hora.

CAPÍTULO 40

Como hechizada por un encantamiento, seguí a Nostradamus por la escalera en espiral hasta las habitaciones del piso superior.

Todas las velas estaban encendidas, todas las lámparas brillaban como para evitar lo inevitable. Los espejos y el cristal coloreado aumentaban su destello, creando reflejos de reflejos en cascada por toda la sala.

—Venid a la habitación interior —me indicó el profeta.

Una vez dentro, se dirigió a la ventana y miró a través de ella.

La puesta de sol carmesí inundaba la habitación; sin embargo, cuando la luz abandonó el cielo, el tiempo cambió abruptamente. La atmósfera se hizo pesada; el aire húmedo y cargado de una extraña fuerza. Los rayos, como tenedores dentados, arañaban el horizonte al borde de la ciudad y, mientras la observábamos, la tormenta parecía desvanecerse y recuperar la fuerza de inmediato. Un trueno resonó en crescendo y su correspondiente rayo parpadeó cerca de nuestra posición.

—Abandonarás la casa esta noche, Mélisande, e iréis a un lugar seguro. Esperaréis allí hasta que llegue el momento de actuar.

Antes de que pudiera preguntarle, Nostradamus señaló a su escritorio y dijo:

—Veamos lo que hay aquí.

En la mesa de Nostradamus descansaban tres pergaminos. Nostradamus se dirigió a mí con calma y prudencia.

—Os entrego tres documentos, Mélisande.

Levantó uno de los pergaminos y lo sostuvo en el aire.

—Éste es el primero, aunque en realidad es el último. Mi última profecía. Habla de un tiempo que vos y yo no conoceremos, aquél en que la humanidad deberá creer en la advertencia que he escrito en él o sufrir las consecuencias causadas por su propia locura. Conforme mi propio final se aproxima, la hora de la destrucción del hombre me acecha.

—¿El hombre no abandonará por completo esta tierra? —pregunté ansiosa—. El Señor deberá regresar antes de que eso ocurra.

—Malgastamos los dones que se nos han otorgado —dijo Nostradamus afectado por la fatiga—. Las bendiciones que se nos han concedido, los bienes de los mares y de la tierra, que se nos han dado libres para nuestro uso, han sido devorados sin pensar. Las montañas y los ríos están ahí para nuestro disfrute, y los animales del

campo y del bosque, los pájaros del aire. Sin embargo, no los cuidamos, ni compartimos equitativamente nuestra fortuna.

Se me vino a la mente una imagen de la corte. Los nobles cargaban con pesados ropajes incrustados de gemas mientras que los campesinos seguían, al séquito real durante las cacerías en busca de algo de comida para evitar la hambruna. Cuando Nostradamus hablaba, me parecía poder verlo todo ante mis ojos. Visiones de lo que había ocurrido, de lo que estaba sucediendo y de lo que iba a pasar.

Veía imágenes extrañas y escuchaba sonidos que nunca había oído.

Ruidos inimaginables, el clamor de muchas voces que inundaba la habitación, el bramar de la maquinaria, los hombres desfilando, estallidos de un potente cañón. Vi fuego que ardía sin cesar, densas nubes en forma de hongo entre una profusión de monstruos alados en el cielo; carruajes de metal que volaban por encima de las águilas y se sumergían en las profundidades de los mares.

Cerré los ojos con fuerza y me tapé las orejas con las manos.

—Ah. Mélisande —suspiró Nostradamus mientras me observaba—. Veo que también puedes compartir mi visión de la Sexta Extinción y el final de los días. —El maestro dejó caer los hombros con tanto aplomo que creí que iba a desfallecer—. No puedo hacer nada. Ni vos tampoco. —Me tendió el manuscrito—. Pero os encargo la misión de buscar un lugar seguro para mi última profecía hasta que llegue la hora de ser revelada. Sólo podemos esperar que aquéllos que vengan detrás de nosotros estén alerta y escuchen la advertencia que está escrita.

Cuando recogí el pergamino, miré a los ojos del profeta. Me percaté de que la muerte le estaba invadiendo y que éstas serían sus últimas palabras y, de repente, mi mente se despejó y mis pensamientos se concentraron.

Nostradamus me miró con seriedad.

—Ésta es la más sencilla de vuestras tareas, Mélisande. La otra tarea es más difícil y, para llevarla a cabo, necesitareis este pase que he preparado para vos. Mi condición os facilitará la libertad de movimientos. Me entregó el segundo pergamino, que estaba marcado con su sello, y en el que se indicaba que el portador actuaba según las instrucciones del conocido Doctor Nostradamus, amigo personal de Catalina de Medici. El documento solicitaba que a la persona que llevara este pase se le otorgara acceso libre allá donde quisiera dirigirse.

—Y en cuando a esta profecía... —Levantó el último pergamino. Estaba en blanco—. Ésta es la que concierne a vuestro destino, Mélisande.

—Pero no hay nada escrito —dije.

—Esperaba tener más que añadir que las líneas que conozco. Pero ya no me queda tiempo, así que escribiré lo que pueda. —Y, diciendo esto, Nostradamus cogió su pluma y escribió dos versos en el papel—. Mi profecía de la matanza de París se cumplirá en un plazo de seis años —me dijo—. Mientras tanto, no deberéis comentar

a nadie la existencia de estos documentos.

—Pero deberíamos informar a la reina regente de que la vida de su hijo está en peligro para que pueda evitar el trágico final.

—Recordad esto, Mélisande: no podéis alterar el curso de esta vil masacre, pero podéis ayudar al rey que puede sacar a Francia del fango en el que se está ahogando y conducirla hacia la grandeza y la prosperidad. Y en todo esto, hay una cosa segura; deben transcurrir seis años para que estos sucesos acontezcan, cuando leo, el signo de los príncipes, se eleve en el cielo. De modo que debéis ser paciente y esperar hasta que llegue la hora propicia, pero sin olvidar vuestra misión en ningún momento.

—¿No hay nada más que podáis decirme? —le pregunté.

—En muchas visiones os he visto más alta, mayor. Volvéis a ser un muchacho, un juglar, y os habéis ganado el favor de la casa real.

—Debe ser la corte francesa —dije—, si debo salvar al rey de algún modo.

—No veo esa parte con claridad. Lo que sé es que la hora de mi muerte se acerca.

Miré al papel que sostenía en las manos y leí las palabras escritas en él. La primera profecía que había oído proclamar a Nostradamus en el gran salón del Palacio de Cherboucy. Las primeras cuatro líneas rezaban:

*«Con fuego y ejecuciones despiadadas,
reina la traición de la dinastía real.
Con hazañas sigilosas, uno sobrevivirá.
A salvo de la espada, salvado sólo por la palabra».*

Y, a este párrafo, Nostradamus había añadido otra cuarteta:

*«Éste es vuestro destino, Mélisande.
Sois la única que podéis,
de una forma que conocéis,
salvar al rey que debe ser salvado».*

Nostradamus me entregó el último pergamino y lo coloqué junto a los otros dos en el bolsillo de mi delantal.

—Mélisande —dijo con rotundidad—, os nombro solemnemente custodia de estos papeles.

A continuación, totalmente exhausto por el esfuerzo, se arrastró a su camastro y se dejó caer sobre él.

—¿Eso es todo? —grité.

—Eso es todo —respondió.

Entonces se dirigió a mí por última vez.

—He escrito todo lo que sé.

CAPÍTULO

41

Bajé las escaleras con los ojos llenos de lágrimas.

La señora Anne se encontraba en la puerta de su dormitorio.

—Mi esposo me pidió que esperara hasta que hubiera hablado con vos. ¿Os ha dicho todo lo que necesitáis saber?

—No todo, pero tanto como pudo. El resto deberé descubrirlo por mí misma.

—¿Se está muriendo? —me preguntó, mientras las lágrimas comenzaban a brotar de sus ojos.

—Sí —respondí con tristeza—. Su final está muy cerca.

La detuve cuando la vi alejarse.

—Me gustaría decirle adiós y gracias, ya que no estaré aquí por la mañana.

—Sé que estabais aquí por algún motivo, aunque no entiendo cuál es. —Me besó en la mejilla—. Siento tener que despediros y —comenzó a sollozar— estoy desconsolada por haber perdido a un esposo tan bueno.

Se dirigió a la puerta de los aposentos familiares y llamó a sus hijos. Subieron las escaleras al piso superior agarrados unos a otros. Me dirigí al dormitorio de la señora Anne y, con más valentía que en la ocasión anterior, abrí la tapa del arcón y extraje mis ropas de chico. Debía escapar de esa casa como fuera. Inventaría una historia para contarla a los guardias y les mostraría el pase firmado por Nostradamus. Los extraños destellos de rayos y truenos que brillaban en el cielo podrían servir para asustarles lo suficiente para permitirme pasar. Si no me permitían el paso, no habría nada que pudiera hacer. Si lo hacían, repetiría el proceso en las puertas de la ciudad. No sabía dónde podía ir una vez fuera de las murallas; quizá intentara llegar a la casa de mi padre en la isla de Bressay. Aunque temerosa, estaba segura de mi objetivo. Ahora sabía que tenía la sagrada misión de proteger al rey Carlos.

Recogí mis ropas y me dirigí hacia mi alcoba en la habitación familiar. Cogí mi capa de viaje y descosí los hilos del final del dobladillo. Manteniendo aparte el pase que Nostradamus me había entregado, enrollé los otros dos documentos firmemente y los introduje dentro. Envolví mi atuendo de chico dentro de la capa de viaje. Iría al excusado del patio para cambiarme de ropa. Me giré hacia la puerta.

El señor Thierry se encontraba bajo el marco.

—¿Os marcháis? —me preguntó educadamente.

—El maestro Nostradamus me ha entregado un pase que me permite salir —dije

con tanta seguridad como pude.

El señor Thierry extendió la mano. Leyó el pase y me lo devolvió.

Le observé con cautela. ¿Me habría visto esconder los otros documentos en el dobladillo de la capa? ¿Me detendría y confiscaría los pergaminos? Pero éstas no eran las formas que caracterizaban al noble.

—Creo que debo informaros de que esta ciudad está bajo mi mandato, por lo que vuestro pase no tiene ningún valor aquí —dijo el señor Thierry.

—Aún así, debo partir.

Señaló a un taburete situado junto a la mesa que ocupaba el espacio central de la habitación.

—¡Sentaos! —me ordenó.

Caminé al taburete con las piernas temblorosas y me senté.

Se acercó y se sentó al otro lado de la mesa. La luna estaba en lo más alto del cielo, pero la habitación permanecía en la penumbra. Manifestó su irritación con un ademán y acercó la vela a mi rostro.

—Se ha producido un incidente en la ciudad. Esta mañana, un sacerdote ha sido asesinado en su iglesia. ¿Sabéis algo de este asunto?

—¿Qué os hace pensar que puedo saber algo?

—Resulta insolente por vuestra parte responder con otra pregunta —dijo lacónicamente.

Incliné la cabeza.

—Vieron salir de la iglesia a una joven que casa con vuestra descripción, y... — se detuvo para colocar un pequeño paquete en la mesa frente a él— encontraron esto junto al cuerpo del sacerdote.

Era la cataplasma preparada por Nostradamus para el niño enfermo.

—Sé que sabéis leer, por lo que podréis ver que el nombre de la botica anexa a esta casa y el nombre del niño están escritos claramente en el paquete.

No dije nada.

—¿Queréis que pregunte a la señora Anne o al doctor Giorgio si os enviaron esta mañana a la ciudad para entregarlo?

Seguí sin responder.

—¿No tenéis nada que decir? —preguntó impacientemente.

Negué con la cabeza.

—Entonces tened en cuenta esto. El duque de Marcy ha arrestado a un joven hugonote que han encontrado en las proximidades. Según el duque, el hugonote llevaba encima el contenido del cepillo de la iglesia y un paño del altar. El duque pretende que este hombre sea ahorcado al alba.

Hizo una pausa y prosiguió.

—Si sabéis algo de este asunto, hablad ahora. De lo contrario, la muerte de este

hombre pesará sobre vuestra conciencia.

Mantuve la cabeza inclinada contra el pecho. No podía decir nada, ya que mi verdadera historia saldría a la luz y no sería capaz de cumplir con mi misión. Pero ¿era mi propósito tan importante para que este joven hugonote tuviera que morir por él?

—Colocad vuestras manos sobre la mesa —dijo el señor Thierry de repente.

¿Qué pretendía? Elevé las manos y las puse sobre la mesa.

—Estiradlas bien para que las vea —me ordenó. Extendí mis manos hacia él con reticencia. Acercó aún más la vela. Su boca se retorció en una sonrisa sombría.

—Os las habéis lavado bien. Pero ¡en el puño de vuestro vestido hay una mancha de sangre!

Aparté la muñeca.

Nuestros ojos se encontraron. Soltó la vela y se llevó las manos al rostro como si se hubiera abrasado con una llama. Me apresuré a enderezar la vela mientras él se ponía en pie y comenzaba a pasear por la habitación.

Examiné los puños de mi vestido. No había rastro de sangre.

Me había engañado. Al actuar como si fuera culpable, le había demostrado que había estado en la iglesia con el sacerdote asesinado.

—Contadme lo que ocurrió.

Enunció esta frase con firmeza, pero su voz tembló.

—No puedo.

Continuó con su paseo por la habitación. Después de unos segundos, dijo:

—Percibo que tenéis miedo de algo o de alguien, y eso os impide confiar en mí. Dejadme que os pregunte algo. Pero antes de que lo haga, os diré lo que no os voy a preguntar. No os preguntaré quién sois, de dónde venís o adonde pretendéis dirigiros. Sólo haré preguntas relacionadas directamente con este deshonroso asesinato. ¿De acuerdo?

Mi cabeza asintió rápidamente.

El señor Thierry se sentó frente a mí.

—¿Estuvisteis en la ciudad hoy?

—Sí —susurré.

—¿Estuvisteis en la iglesia?

—Sí.

—¿Visteis al sacerdote asesinado?

—Sí.

Pareció comprender lo que había ocurrido y me preguntó:

—¿El sacerdote estaba intentando protegeros cuando le mataron?

Asentí y las lágrimas asomaron a mis ojos.

—Ah —suspiró el señor Thierry—. Ahora empiezo a entenderlo. ¿Visteis a la

persona que asesinó al sacerdote?

—La vi.

—Decidme el nombre de ese hombre.

—El duque de Marcy.

El señor Thierry blasfemó y golpeó la mesa con el puño.

—Cogí la cataplasma que debía entregar urgentemente, al niño enfermo y crucé la procesión de los penitentes. —Ahora que había roto el silencio, quería dejar salir la historia tan pronto como fuera posible—. El secuaz del duque, Bertrand, me vio e intentó que me juzgaran por hereje. Llamó al duque y corrí a la iglesia para pedir refugio. No respetaron el lugar santo y comenzaron a atacarme. El sacerdote vino a socorrerme. No creo que el duque pretendiera matar al sacerdote. Quiso golpearle para apartarle, pero...

—Sí, sí, pero es un asesinato al fin y al cabo, y sacrílego en un lugar sagrado. Ése es el motivo por el que el duque quiere colgar al hugonote de inmediato. Así el asunto quedará zanjado.

El señor Thierry hizo una pausa.

—Excepto por un molesto detalle. Hay un testigo al que eliminar. —Me miró con seriedad—. Corréis el mayor de los riesgos.

—Lo sé —respondí—. Por eso debéis dejarme marchar.

El noble rió amargamente.

—Si os dejas sola, acabarían con vos antes de llegar a la próxima esquina. —Miró mi atajo de ropa—. No importa el disfraz que adoptéis. La ciudad está atestada de informadores y espías de Marcy. Estaréis más segura si permanecéis aquí. Aunque no puedo mantener a mis soldados apostados indefinidamente con el pretexto de mi visita al maestro Nostradamus.

—El maestro Nostradamus se está muriendo —dije—. No verá el amanecer.

—¿Cómo? —El señor Thierry se puso en pie—. Eso lo cambia todo. ¿Dónde está la señora Anne?

—Se ha llevado a los niños para que acompañen al maestro ahora que su final se acerca.

—Debéis ir a un lugar seguro de inmediato. El funeral del maestro Nostradamus será todo un acontecimiento público. Vendrá gente a la ciudad procedente de todas partes. En una situación como ésa, seríais vulnerable a la daga del asesino. Y, con vos muerta y el hugonote colgado, el asunto del sacerdote asesinado quedaría zanjado para siempre.

—Pero vos sabéis que el hugonote no lo hizo —dije—. No podéis colgarle.

—El duque de Marcy llevará a ese hombre a la horca. Será una decisión popular, ya que es la única persona sospechosa del asesinato. Si intento evitarlo sin nombrar a otro culpable, el pueblo se revolverá en mi contra.

—¡Debéis detener ese crimen! —grité— ese hombre es inocente.

—Cuánto os queda por aprender de este mundo —dijo el señor Thierry—. Intentaré detener esa ejecución. No lo haré por salvar la vida de ese pobre hombre, sino por el hecho de que si se cuelga a un hugonote, la violencia que vendrá consumirá la ciudad. Eso es lo que Marcy pretende para derrocarme y ocupar mi lugar. Se alzaré como el hombre con mano más firme sobre nuestros hermanos protestantes.

El noble se puso en pie.

—Haré frente a ese problema por la mañana. Porque ahora —dijo desplazándose con rapidez por la habitación y levantándose literalmente del taburete— os llevo a Valbonnes.

—¡No!

Forcejeé para liberarme de sus brazos.

—Debéis venir conmigo —me ordenó el señor Thierry, desplegando su capa y envolviéndome en ella—. Aprovecharemos la oscuridad de la noche para atravesar las puertas de la ciudad. Ocultad vuestro rostro a menos que os diga lo contrario.

Me condujo con premura escaleras abajo y hacia la puerta trasera de la casa. Estaba tan abrumada que no fue hasta mucho después cuando recordé y lloré la pérdida de mi amada mandolina. Uno de sus hombres trajo su caballo y el señor Thierry me izó, aferrando mi atajo de ropa en la parte frontal de la silla de montar.

Galopamos rodeados de una estrecha escolta.

Le oí hablar con su sargento en la Puerta de Pélisanne.

—Informad al duque de Marcy que he arrestado a la persona que asesinó al sacerdote. Nos veremos en el patio delantero del castillo mañana a mediodía para la celebración del juicio. Él traerá al hugonote y yo a mi prisionero con la prueba, y todos verán quién es el culpable.

Escuché al sargento repetir sus órdenes.

—Ahora debo partir a Valbonnes en secreto —dijo el señor Thierry en voz baja—. Mi escolta regresará y custodiará la casa de Nostradamus. Abrid la puerta y dejadme salir.

—Señor —respondió su sargento—, no puede ir solo.

—Lo haré. Debo hacerlo. La velocidad y el silencio serán nuestros compañeros esta noche.

CAPÍTULO 42

Mientras atravesábamos la puerta de la ciudad, el señor Thierry inclinó la cabeza y me habló al oído.

—Agarraos fuerte a la perilla de la silla de montar como si vuestra vida dependiera de ello, porque en realidad así es.

Me aferré al cuero con las dos manos mientras él espoleaba al caballo al galope. Cabalgamos por el camino que salía de la ciudad y giramos hacia el sudeste en dirección a Aix. Pero pronto dejamos esta senda y viramos hacia el oeste, por un bosque denso, y pensé que el noble iba dejando un rastro confuso para aquél que pudiera intentar seguirnos.

La lluvia que siguió a la tormenta había obstruido parcialmente el camino con piedras y matorrales que dificultaban el viaje.

El caballo no se detenía. Durante más de una hora mantuvimos el mismo paso incesante al oeste, hacia Arles. El terreno fue cambiando, del bosque a la planicie, después a las rocas escarpadas, y finalmente a una tierra llana donde el animal tenía que hacer menos esfuerzo para seguir adelante. Durante todo el trayecto, el caballo y el dueño parecían caminar con un mismo objetivo. Notaba que el dominio de Lord Thierry sobre las riendas era firme y seguro. Tras mucho tiempo de silencio, se dirigió a mí y dijo:

—Si levantáis la cabeza, veréis el castillo más bonito de toda Francia.

El sol estaba en el horizonte y la luz inundaba toda la meseta. Rayos dorados, rosados y grisáceos traspasaban las nubes de forma vertical. Se posaban sobre el castillo de Valbonnes como si estuvieran sacados de una antigua leyenda o de uno de los antiguos cuentos populares europeos. Estaba sitiado por muros almenados, una torreta en cada esquina y un foso a su alrededor.

—Es hermoso —asentí.

—No sé por qué me empeño en alejarme de él —dijo sonriendo—. Cada vez que lo veo después un período de ausencia me produce una enorme felicidad.

Sus palabras me produjeron un dolor repentino. Era algo que yo nunca había vivido, ya que desde que era pequeña había llevado una vida itinerante.

El castillo del señor Thierry se había levantado con la misma piedra tenue que la ciudad de Carcassonne, pero su hogar era más compacto, más simétrico. Al aproximarnos, escuchamos un grito desde las almenas.

—Vaya —dijo el señor Thierry satisfecho—, no están dormidos en sus puestos. Levantó la mano y llamó a sus soldados.

—Soy yo, vuestro señor, Thierry.

La cadena se accionó para bajar el puente levadizo y pasamos sobre él en dirección al patio.

Desmontó y extendió sus brazos hacia mí. No me quedó otra opción que abrazarme a él ya que tenía las piernas entumecidas. Me sostuvo con fuerza cuando me apoyé en él.

A continuación, me dejó a un lado para hablar con el soldado alto que se apresuró a saludarle.

—¡Robert! —dijo, y estrechó la mano de ese hombre, que era sin duda uno de sus comandantes de confianza.

—Me alegro de veros, mi señor —dijo Robert con entusiasmo—. Estábamos preocupados por vuestra seguridad y deseosos de recibir alguna noticia. Hay rumores de que la peste se ha expandido por Salon, además de otros problemas más graves. Se dice que el famoso nigromante, Nostradamus, está muriendo, y ya han ocurrido muchos augurios extraños. Los canales están llenos de ranas gigantes que salen del agua y engullen bebés y niños pequeños. Y un sacerdote intentó acabar con ellas, pero una de las ranas se convirtió en un demonio y le cortó la cabeza con una espada. ¿Es eso cierto?

—¡Con qué facilidad se tergiversan los acontecimientos! —rió el señor Thierry—. Lo que flota en los canales de Salon son ratas muertas. Traté de eliminarlas con una mezcla nociva que coloqué en las alcantarillas, un remedio que conocí cuando viajaba por el este. Puede haber salvado la ciudad, ya que al marcharse las ratas, la peste también nos ha abandonado. Pero lo que si es cierto es que asesinaron a un sacerdote y que el profeta está muriendo, y la combinación de esos acontecimientos puede traer el caos. Y por ese motivo —miró a Robert firmemente para evitar más preguntas—, tengo poco tiempo antes de regresar allí para poner las cosas bajo control.

—Aquí encontrará todo tal y como ordenó, señor —dijo Robert orgulloso.

—Os lo agradezco —respondió el señor Thierry—. Ahora despertad a mi antigua niñera, Marianne, pero con delicadeza. Decidle que no ocurre nada grave, que sólo la necesito para que asista a una mujer.

Me asusté al darme cuenta de que se refería a mí.

—Y quiero que dos veloces mensajeros partan inmediatamente: uno a la guarnición de Febran y otro a Alette. Escribiré una orden a los comandantes para que cada uno envíe treinta hombres a Salon. Deben ir con la mayor premura posible a la ciudad y, una vez allí, solo recibirán órdenes de mi persona.

—¿Esperáis problemas? —preguntó Robert—. Dejadme adivinar. Es el joven

Marcy que está aprovechándose de las circunstancias para intentar escalar posiciones y hacerse con el poder.

—Estáis en lo cierto, como siempre, querido amigo. Pero voy a aplastar a ese advenedizo antes de que amanezca un nuevo día.

—Tened cuidado esta vez, señor —advirtió Robert—. Debéis procurar no ir demasiado lejos y contrariar a su padre. Puede reunir a los ejércitos de sus amigos en la corte.

—Creo que puedo burlarme de él esta vez.

El señor Thierry se detuvo al ver como una mujer de avanzada edad corría hacia él. Vestía con un camisón y una manta que se balanceaba con el movimiento, y llevaba el pelo recogido en dos trenzas.

—Marianne —dijo mientras extendía sus brazos hacia ella.

—He escuchado el alboroto —dijo ella mientras le abrazaba—, y pensé que deberíais ser vos. Me alegra verle sano y salvo, mi señor.

—Marianne —dijo rodeando con su brazo el hombro de la mujer y dirigiéndola hacia mí—, esta señorita necesita atención. Necesitará comida caliente y bebida, y una cama para descansar. Os pido que mientras que ella sea mi invitada aquí, la mimes como hicisteis conmigo cuando era niño.

Marianne asintió y le dijo:

—Ahora dejadme que os mime también un poco. Parece que necesitáis comida caliente.

—No hay tiempo. Tomaré algo de pan y queso y un vaso de vino mientras redacto algunas órdenes. Después debo regresar a Salon.

Mientras Marianne se retiraba al castillo para traerle la comida y nosotros la seguíamos, el señor Thierry habló con Robert.

—Escuchadme con la mayor de las atenciones. Hasta mi regreso, a nadie, salvo a algún soldado que conozcáis personalmente y que porte un mensaje para mí, se le otorgará permiso para atravesar estos muros —se detuvo y agarró el brazo del hombre—. Recordad lo que he dicho, Robert. Cuando digo nadie, es nadie. Ninguna persona tendrá acceso al castillo mientras yo esté fuera. Ni vendedores ambulantes, ni vagabundos, ni monjes indigentes, ni comerciantes, ni peregrinos. No aceptéis ninguna mercancía, no permitáis ninguna entrega. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Es muy importante. Además del castillo, estáis custodiando la presencia de esta señorita.

Robert me miró. Incliné la cabeza.

—Del mismo modo —dijo el señor Thierry con voz clara—, a nadie se le permitirá salir.

El silencio reinó durante unos instantes, y Robert dijo:

—Entendido, señor.

—Aseguraos de que las normas se cumplan.

—Lo haré, mi señor.

Llegamos al gran, vestíbulo, donde Marianne ya tenía al personal de cocina correteando con tablas de queso y pan. Ella misma estaba sirviendo el vino de un frasco. Me senté en un banco. La mujer me trajo una taza y me miró con afecto.

—Bebéoslo. Os devolverá el color a las mejillas.

El señor Thierry entró y se colocó detrás de mí.

—Tengo que ir a la biblioteca a redactar varias órdenes. Este asunto es complicado, por lo que es posible que tarde en resolverse. Permaneceréis aquí hasta que regrese.

Entendí, que eso era una orden, no una petición. Y también comprendí que me había dejado escuchar su conversación con Robert para que no intentara escapar. Pero ahora me encontraba tan cansada por los acontecimientos del día anterior y el extenuante viaje desde Salon que no me había sentido impulsada a discutir. Sólo quería tumbarme y descansar.

—Marianne cuidará de vos —dijo—. Ahora debo volver a Salon y callarle la boca al duque de Marcy.

Tercera parte

El castillo de Valbonnes

CAPÍTULO 43

Transcurrieron los meses más calurosos del verano, los cosechadores comenzaron a tomar los campos para la siega, y aún no teníamos noticias en Valbonnes de las andanzas del señor Thierry.

Durante este tiempo, Robert, capitán de los guardias, mantuvo cerrado el castillo a cal y canto. Esa situación era difícil para una persona como yo, que estaba acostumbrada a pasear por el campo, pero no se me ocurrió sugerir si podía ir a dar una vuelta o un paseo a caballo fuera de esos muros. Tenía que contentarme con otear el exterior desde las almenas o las ventanas del torreón e imaginar la vida que se desarrollaba más allá de las puertas del castillo.

Justo delante de éste, se extendía una llanura con un río y el margen de los árboles de un bosque. A un lado y detrás del castillo había una ciénaga donde por la noche, el brillo de las luciérnagas y otros insectos perforaba la oscuridad.

En ocasiones, una espeluznante bruma verdosa emergía a última hora de la tarde y permanecía a ras de suelo, dispersándose tan sólo al aparecer el sol en el horizonte al día siguiente. Cuando esto ocurría, la niñera, Marianne, se santiguaba y rezaba una plegaria. Entonces me contaba una leyenda sobre lo que hacían los espíritus malignos que se reunían allí para tramar sus fechorías a la especie humana.

Esas cosas no me afectaban tanto como en el pasado. Nostradamus me había explicado cómo algunos elementos toman la forma insustancial del aire que respiramos y, aunque no los veamos, existen de la misma forma que si fueran madera sólida o rocas, y tienen colores y olores propios. En concreto, me había hablado del gas de los pantanos. El mismo Salon contaba con una ciénaga cerca de la ciudad, donde, como en la de aquí, era peligroso aventurarse. Los viajeros imprudentes que paseaban por allí se perdían de vista para siempre. Las matas de hierba que parecían sólidas no lo eran bajo el peso de un hombre o una mujer, y el pobre desafortunado se hundía sin volver a ser visto.

Marianne tenía muchas historias que contar; algunas eran leyendas, otras veraces. Estaba encantada con mi presencia en el castillo, y se alegraba de tener otra mujer con la que hablar o con la que sentarse y coser en feliz compañía.

El señor Thierry había dejado instrucciones por escrito. Marianne me las enseñó. Tenían que tratarme como un huésped de honor. Comería los mejores alimentos, bebería el mejor vino y utilizaría los materiales de costura que quisiera. Aparte del

hecho de salir del castillo, no tenía ninguna otra restricción. Se me permitía libre acceso a todas las habitaciones públicas, incluida la biblioteca.

—Es todo un honor —dijo Marianne—. Rara vez se le permite a alguien entrar en la biblioteca, especialmente si el señor Thierry no está presente.

Poco a poco me contó la historia de su vida. Marianne no se había casado. El abuelo del señor Thierry la había traído al castillo cuando era una jovencita para que cuidase de su hijo. Así es cómo había sido niñera del padre del señor Thierry, y luego del mismo señor Thierry. Al ser su única carga, había volcado todo su afecto en él. Era evidente que le adoraba, aunque ella admitía que había sido un chico complicado y problemático.

—Tenaz —me dijo—. Le gustaba seguir siempre su propio camino y lo conseguía con fuerza o astucia.

Apenas ha cambiado en eso, pensé.

Pero según ella, el señor Thierry había cambiado mucho desde su juventud. Ya no parecía el niño terco que, en un arrebato, se había ido de la casa de su padre a los veinte años para buscar su propio destino. En esa época, no habría querido que le enseñaran cómo administrar el castillo o el señorío de sus dominios. Por ese motivo, se enfadó con su padre y se marchó a Tierra Santa a la manera de los Santos Cruzados.

—Uno de sus antepasados fue fundador originario de la orden de los caballeros que custodiaban el Templo de Jerusalén —me informó.

—¿Un caballero templario? —pregunté sorprendida.

Marianne asintió y siguió hablando.

—Llegaron a ser tan poderosos que los pastores que regían la Iglesia temieron su fuerza y trataron de acabar con ellos. Tachados de herejes, los buscaron y los asesinaron. La mayoría de la gente del sur de Francia había escuchado cuentos de estos santos caballeros que protegían a los peregrinos en su visita a los santuarios y a los lugares de Tierra Santa. Pero el Papa de entonces, que se fiaba cada vez menos de su poder y sus riquezas, prohibió la Orden de los Templarios y expulsó a sus miembros. Alegó que se dedicaban a prácticas sacrílegas.

—¿Llevaron a cabo ceremonias extrañas dentro de este castillo? —le pregunté a Marianne.

Me contó que no tenía edad suficiente para recordar eso.

—Pero quizás habéis escuchado alguna historia... —dije intentando hacerla recordar para obtener más información.

—Siempre ha habido historias —contestó—. Y al menos la mitad de ellas se basan en hechos reales.

—¿Y cómo es posible que, a pesar de sus nobles antepasados, el señor Thierry decidiera dejar estas tierras y el castillo? —pregunté.

—Era un joven de carácter tempestuoso, lo normal en un muchacho —le defendió—. Pero ahora ha aprendido a controlar esos arrebatos y se ha convertido en un hombre más considerado y reflexivo.

—Muy considerado —asentí. Y, mientras lo decía, me pregunté cómo se las habría arreglado con el maquinador duque de Marcy y su secuaz, Bertrand. El señor Thierry necesitaría una mente ágil para burlarse de él.

—Pero entonces se cansó de deambular —continuó Marianne—. El viejo, su padre, murió justo antes de que regresara. Y, aunque el lugar estaba en mal estado, el señor Thierry no mudó su cuartel general a ninguna de sus ciudades. Permaneció aquí y trabajó día y noche para volver a hacer inexpugnable el castillo de Valbonnes, tanto por agua como aire.

Cuando no estaba sentada con Marianne cosiendo ropa para mí misma, paseando por los jardines o en los muros del palacio, acudía a la biblioteca. La mayor parte del tiempo leía sus libros y manuscritos, aunque el señor Thierry poseía una colección de instrumentos musicales que incluía una cítara y también una mandolina. No era un instrumento tan fino como el mío pero, cuando lo vi por primera vez en una de las mesas, se me fueron las manos hacia él. Toqué las cuerdas suavemente y oí un sonido que me recordó a la caída de las flores de los cerezos.

¡Ay! Cómo me dolía el alma por haber dejado mi preciosa mandolina en la huida de Salon. Deseaba agarrarla y mecerla en mis brazos. Me moría por el consuelo de la música que me reconfortaba mientras lloraba por alejarme de mi familia y de todos los amigos que había conocido en mi corta vida. Melchior y Paladín, Nostradamus, Giorgio y la señora Anne. ¿Sería mi destino estar siempre alejada de aquellos que me querían?

No me atreví a coger la mandolina para tocarla. Alguien podría oír la música, y no me cabía duda de que se lo comentarían al señor Thierry. Si mantenía mi identidad en secreto, esperaba poder salir libre de ese lugar sin que nadie supiera quién era yo. Si tan sólo fuera posible resolver el problema del asesinato del sacerdote...

Todavía no podía imaginar como se las arreglaría el señor Thierry con el duque de Marcy sin provocar a todo el pueblo. No podría ejecutar a un duque sin el permiso del rey. El padre del duque de Marcy, según Marianne, era un hombre muy poderoso en la corte y formularía una petición para evitarlo. Incluso podría derrocar al señor Thierry en el proceso. Pero si un hugonote inocente era colgado, las estrictas fuerzas locales del protestantismo se levantarían contra él.

Marianne parecía despreocupada.

—No os inquietéis —me dijo—. Encontrará la forma de salir del laberinto. Es un chico listo, siempre lo ha sido.

CAPÍTULO

44

Me fui preocupando cada vez más conforme pasaban las semanas y no recibíamos noticias.

Entonces, cuando las primeras heladas llenaban cada mañana de escarcha las ventanas, llegaron dos mensajes a Valbonnes. Marianne los examinó y manifestó que estaban escritos por la misma mano del señor Thierry, por lo que podíamos fiarnos de su contenido. El destinatario era Robert, pero había un paquete aparte para mí, para que también pudiera saber lo que estaba ocurriendo. Me sentí muy agradecida por su consideración.

Explicaba claramente los hechos que estaban sucediendo en el mundo exterior.

El joven hugonote detenido por el asesinato del sacerdote había sido liberado debido a que un prominente noble católico había intercedido, declarando que había visto al chico en la tienda de su padre a la hora del asesinato.

—¡Ajá! —exclamó Marianne cuando mencioné el nombre del noble—. Es uno de los amigos del señor Thierry. Quizá el señor Thierry le convenció de que lo hiciera para evitar un conflicto civil.

El señor Thierry había llevado a cabo su propia investigación y había dictado una orden para arrestar a Bertrand, un asesor del duque de Marcy, sospechoso del asesinato del sacerdote. Un testigo lo había visto raptar a una niña. Ese testigo era una mujer que se encontraba en la puerta de su casa.

Yo sabía quién era. La mujer que volvió la mirada cuando le pedí ayuda a gritos. El señor Thierry debe haberla visitado y convencido para contara lo que había visto. La mujer había afirmado que había visto a una chica forcejeando con Bertrand.

Poco después, otro testigo se apresuró a contar que había visto a Bertrand persiguiéndome hacia la iglesia. Detuvieron y encarcelaron a Bertrand en el calabozo del castillo Emperi, vigilado estrechamente por los hombres del señor Thierry. Lo iban a llevar al potro de tortura para hacer que confesara. Sin embargo, este interrogatorio se celebraría a voluntad del señor Thierry, y él esperaría para decidir el momento adecuado para hacerlo.

¿De qué tipo de plan malvado se trataba?, pensé mientras leía esa parte de la carta. Debía haber una razón por la cual retrasara una tortura para que Bertrand confesase.

Entonces una pandilla de rufianes intentó entrar en el castillo de Salon para

ayudar a Bertrand a escapar. Probablemente su intención fuera asesinarle, ya que cuando fracasó el intento de rescate, lanzaron flechas entre las barras de la celda donde Bertrand estaba encarcelado.

En al menos dos ocasiones tras este hecho pusieron veneno en la comida del prisionero, pero los que lo hicieron no sabían que se daba una parte de la comida de Bertrand a los perros callejeros antes de que él la tomara. Varios de estos perros desafortunados habían muerto aullando de agonía a oídos del prisionero. Ahora se rumoreaba que Bertrand había dicho que estaba preparado para contar a todos que conocía al asesino del sacerdote.

El señor Thierry había escrito al duque de Marcy para compadecerse de él por tener un compañero tan infame. Se rumoreaba que, al recibir la carta, el duque había esbozado una sonrisa vítrea, a sabiendas de que no transcurriría mucho tiempo antes de que Bertrand les contara todo para salvarse de la tortura y la muerte.

De este modo, a comienzos del mes de diciembre, Salon se levantó con la noticia de que el duque de Marcy se había marchado repentinamente a su casa de campo. Había afirmado que su madre se encontraba enferma y que había ido a asistirle.

Entonces me di cuenta de lo listo que era el señor Thierry. Tras mis conversaciones con Marianne y con lo que ya conocía acerca de su personalidad, me di cuenta también de que todos esos acontecimientos no podían haber sido fortuitos. ¿Habría sido tan astuto como para montar un intento fallido de rescate y fingir los envenenamientos? Esos dos incidentes fueron los que favorecieron la disposición de Bertrand a testificar. Para empezar, habría sentido pavor a decir cualquier cosa sabiendo que Marcy lo mataría si lo hacía. Pero ahora, al pasar el tiempo, y con su vida en peligro, Bertrand creería que iba a morir si no hablaba. Era probable que pensara que si declaraba y Marcy era detenido, podría huir a algún lugar seguro y salvar su vida. Y así no sería el señor Thierry quien habría acusado a Marcy, sino otro hombre, su propio secuaz, Bertrand.

Ahora el señor Thierry podía sentarse y esperar, y mantener la paz de la región en sus manos.

La otra carta que el señor Thierry nos envió nos informaba acerca del funeral del maestro Nostradamus. Había sido un acontecimiento espectacular, con un gran número de asistentes, y muchas personalidades habían viajado desde muy lejos para asistir. La reina regente, Catalina de Medici, había enviado a su emisario personal. Se dijo que quedó afectada por la muerte del profeta y que había preguntado ansiosamente si no le había dejado un último mensaje. Lamentó su muerte, diciendo que ya no podría buscar su ayuda en los problemas que la acosaban.

Yo experimenté un sentimiento similar. Al haberse confirmado la muerte de Nostradamus por escrito, fui totalmente consciente de que me encontraba sola. No tenía ningún apoyo para determinar cual podía ser el mejor camino que debía seguir

para actuar, teniendo en cuenta las profecías que el maestro había hecho justo antes de su muerte.

Esa noche, saqué del dobladillo de mi capa los papeles que Nostradamus me había entregado. Los desenrollé y releí las líneas que había escrito. No le vi sentido alguno a su última profecía. Me alegré de que no ser la única a la que se le suponía obligada a actuar, ya que sus palabras tenían una terrible y extraña infalibilidad, como si ninguna persona pudiera evitar el curso de lo que había predicho. Me sabía de memoria la profecía que se refería a mí:

*«Con fuego y ejecuciones despiadadas,
reina la traición de la dinastía real.
Con hazañas sigilosas, uno sobrevivirá.
A salvo de la espada, salvado sólo por la palabra».*

Entonces comencé a darle vueltas a la segunda cuarteta.

*«Éste es vuestro destino, Mélisande.
Sois la única que podéis,
de una forma que conocéis,
salvar al rey que debe ser salvado».*

El rey que debe ser salvado. ¿Salvado de qué? ¿Cuál podría ser el espantoso peligro al que el rey Carlos habría de enfrentarse? ¿Qué truculento destino le esperaba si no impedía que ocurriese?

De una forma que conocéis. ¿A qué se referiría? Yo no era un médico habilidoso que pudiera salvar vidas. Como cualquier otra chica joven, con los años fui aprendiendo algunos remedios populares para el dolor de cabeza y para la descomposición de estómago. Y en la época en la que estuve en la botica había aprendido recetas más avanzadas para curar algunas enfermedades pero, a pesar de ello, no tenía ningún conocimiento de medicina como el maestro Nostradamus o Giorgio.

La ambigüedad de las líneas me desconcertaba profundamente. Si Nostradamus, el mejor vidente del mundo, no podía adivinar mi papel en este acontecimiento, ¿como se suponía que iba a averiguarlo yo?

Sentí como otro escalofrío recorría mi mente. Catalina de Medici había preguntado específicamente si había algo entre los efectos del profeta que perteneciese a la casa real de Francia. Por lo tanto, el último mensaje de Nostradamus sería de enorme interés para ella.

Era el mismo que yo tenía en la mano.

Yo, Mélisande, tenía los documentos de Nostradamus. Los papeles que Catalina de Medici buscaba. Catalina de Medici, la reina regente de Francia, que era conocida por eliminar implacablemente a cualquiera que se cruzara en su camino.

CAPÍTULO 45

El mes de enero trajo un clima de frío implacable.

Marianne me había cosido un vestido nuevo de lana gruesa con un sombrero de pelo a juego, y me los ponía para pasear por el jardín. Aunque no podía tocar mi música, no había nada que me impidiera componer, así que me sentaba entre los árboles y las plantas mientras los colores se desvanecían y se iban haciendo monocromos por el paso del otoño al invierno. La limitada gama de colores reflejaba mis sentimientos. La tranquilidad del ambiente era todavía de absoluta pureza y el calado de la escarcha sobre las plantas crujía como un encaje recién almidonado. Inspiré profundamente y, mientras espiraba, imaginé como las notas y las palabras tintineaban y centelleaban en el aire ante mí.

Noche nevada, clara e iluminada, qué deleite...

Había cogido pluma y papel de la biblioteca del castillo y comenzaba a escribir. Pero no lo hacía de forma fluida, las palabras desentonaban con la música. Acababa de tacharlas para escribir de nuevo cuando oí un grito que procedía de la sala de los guardias, al que siguió un gong de forma prácticamente inmediata.

Dejé caer la pluma y el papel, y corrí con el resto de los habitantes del castillo a las almenas. Una columna de hombres se dirigía hacia Valbonnes, aunque se encontraban demasiado lejos para distinguir sus colores. Pero no había posible confusión con el porte del hombre que encabezaba el grupo y el majestuoso paso de su corcel.

El señor Thierry había vuelto a casa.

Me hizo esperar dos días antes de llamarme a su presencia.

Marianne me contó que estaba ocupado con sus asuntos en la biblioteca, así que evité acercarme por allí. En cuanto supe con seguridad que era él que regresaba, permanecí en los aposentos que me habían asignado, comiendo allí mismo y paseando para hacer ejercicio en mi propia terraza.

Al entrar en la biblioteca, lo encontré sentado detrás de su mesa. Los documentos se amontonaban a un lado, y había paquetes de cartas y documentos oficiales atados con cuerdas y lacrados con su sello oficial. Al otro lado de la mesa, una tela negra cubría un objeto voluminoso.

Mantuve la cabeza alta para manifestar que no tenía miedo, pero tenía la respiración agitada. El noble asintió repentinamente a modo de saludo.

—¿Os han tratado bien? —preguntó.

—Muy bien —respondí—. Os agradezco vuestra amabilidad.

—¿Leísteis las cartas que envié?

—Sí.

—Así que el problema que os atormentaba, el asesinato del sacerdote, se ha solucionado de la mejor forma posible. Mientras tenga apresado a Bertrand, puedo controlar al duque de Marcy y él lo sabe.

Pensé en lo que había dicho y contesté:

—No obstante, el duque es testarudo y buscará sin descanso una forma de superar este revés.

Lord Thierry me miró.

—Sois observadora y precisa en vuestra evaluación de la personalidad —dijo—. ¿Qué más cosas sois?

—¿Mi señor? —respondí.

—He hecho todo lo que ha estado en mi mano por vos. ¿Por qué no me contáis algo de vuestra vida?

—No hay nada que contar —dije, y los latidos de mi corazón comenzaron a acelerarse—. Soy una chica sencilla del campo.

—No lo sois —me interrumpió—. He investigado en la zona de la que decís que procedéis. No hay nadie con vuestro nombre, ni lo ha habido nunca. Es cierto que la señora Anne, la esposa de Nostradamus, tiene primos viviendo allí. Pero ninguno de ellos sabe de nadie con el nombre de Lisette. No hay registro de vuestro nacimiento en los certificados bautismales de la iglesia.

Negué con la cabeza.

—Eso no es posible, señor —dije—. Vivía en una granja de esa zona. ¿Quizá preguntó en la parroquia equivocada?

Ondeó la mano con impaciencia.

—Ambos sabemos que eso no tiene sentido. Vos nunca habéis trabajado en una granja. Es más que evidente. Miradme —me ordenó.

Levanté la vista y le miré a la cara, azotada por los elementos, de semblante similar a los cazadores que trabajaban para el rey. Era el rostro bronceado y saludable de una persona que había pasado la mayor parte de su vida en el exterior.

—No habéis trabajado en el campo vigilando la cosecha o las reses —dijo firmemente.

—Señor, vine a trabajar a la casa de Nostradamus. Soy prima de su esposa. Soy Lisette.

Negó con la cabeza.

—No, no sois una chica de granja. Ni una asistente de botica.

Miró hacia la puerta, se inclinó hacia delante y, con un rápido y repentino

movimiento, retiró el paño negro de la mesa.

Allí estaba mi mandolina.

Grité.

Lord Thierry sonrió triunfante.

—No tengo la menor duda. Sé quien sois.

Hizo una pausa, y luego añadió:

—Mi amigo, el juglar.

CAPÍTULO 46

No podía hablar, solo observar como se levantaba de la silla y se aproximaba hacia mí.

Se colocó frente a mí y nuestros rostros casi se alinearon. Cuando hablaba, su aliento olía a canela.

—Sois el músico de la mandolina. El juglar que vino a Salon un día de mercado de primavera y se vio envuelto en un escándalo con el duque de Marcy a las puertas de una taberna.

Cogió mis manos y las giró, colocando las palmas hacia arriba.

—Mirad vuestros dedos; tienen durezas en la punta. Ninguna criada tiene esas marcas.

—Yo no servía a la señora Anne como una criada normal —dije con voz temblorosa—. Trabajaba en la botica.

Negó con la cabeza y sonrió. Las arrugas alrededor de sus ojos se plegaron, y ese gesto dulcificó los rasgos de su rostro.

—Estoy de acuerdo en que vuestras manos están algo estropeadas; sin duda se puede relacionar con el hecho de preparar pociones y manipular los componentes de las medicinas. Pero vuestros dedos son los de un músico y, en concreto, los de alguien que toca la mandolina.

Se me fueron los ojos al lugar donde reposaba la mandolina sobre la mesa.

El instrumento parecía murmurarme. Vi el reflejo de la madera pulida, el armonioso aumento del calado, el brillo de una perla incrustada. Mis dedos deseaban tocar las cuerdas, sentir el tamborileo del instrumento cuando se acomodaba contra mi mejilla.

—Tenéis ganas de tocarla, ¿verdad?

Su voz mostraba consideración. Sentí mi cuerpo titubear. Pero no debía dejarme seducir por sus formas amables.

—No os entiendo, señor —contesté.

Se alejó entonces hacia uno de los estantes de su biblioteca. ¿Qué iba a hacer ahora? Levantó el brazo y cogió un libro.

—Mirad esto —dijo despreocupadamente—. En uno de mis antiguos manuscritos de música, hay una ilustración de una mujer sentada en una torre. Está tocando la mandolina. Este pliego contiene el trabajo de una mujer llamada Cecily d'Anbriese.

Era una dama dotada de un talento. ¿Sabíais que su fama se extendió por toda Europa? Es una pena que no hubiera más como ella.

—Pero sí que las había —dije—. Francia era famosa por sus trovadoras.

Se giró rápidamente y observe la satisfacción en su rostro por haberme pillado tan fácilmente.

Me llevé las manos a la cara. Sentía calor, y supe que mis mejillas habían enrojecido.

—No deseo humillaros —dijo—. No obstante... sois el muchacho de la mandolina, ¿no es cierto?

—Era necesario que lo hiciera.

Hablé lentamente, mientras en mi mente se filtraban muchas razones que podía ofrecerle y que podría creer, aún sin revelar mi verdadera identidad.

—¿Por qué era necesario?

—Asesinaron a mi padre y me quedé sola —improvisé—. Estaba prometida a un escudero de la región, pero... pero no quería contraer matrimonio con él, así que escapé.

El señor Thierry chasqueó su lengua contra el cielo de la boca.

—Sois una mentirosa incorregible. Además del hecho de que he investigado acerca de quién podríais ser, es más que obvio que no estáis muy entrenada en el arte del engaño.

Hundí la cabeza en el pecho.

—¡Oh! No os ofendáis. Yo tomaría eso como una virtud, y es algo fuera de lo común en el mundo que vivimos. Hay muchos hombres y mujeres que son mentirosos consumados. La gente cuenta mentiras con tal facilidad que comienzan a creer sus propias historias.

Dejó el libro en la mesa y se acercó a mí de nuevo. Estudió mi rostro.

—Diría que no sois uno de ellos. Pero ahora ha llegado el momento de que me contéis vuestra verdadera historia.

Bajé la cabeza.

Se inclinó hacia atrás y se sentó en el borde de la mesa, lo suficientemente cerca para que fuera consciente de su presencia física, pero no tan próximo como para intimidarme demasiado. Este hombre calculaba sus movimientos con mucho cuidado.

Su voz se endureció al hablar de nuevo.

—Dejadme que os dé algo de información que creo que os recomiendo tener en cuenta. Debéis saber que mi señor en esta región es el conde de Ferignay.

Un temblor frío me recorrió la piel.

—Ah, veo que habéis oído hablar de él. Si algún hecho que ocurra en mis dominios me preocupa o perturba, estoy obligado a informar de ello al conde de Ferignay. ¿Creéis que tendré que hacerlo en esta ocasión?

Le miré con miedo.

Él inclinó la cabeza hacia un lado.

—Me pregunto si no estaría interesado el mencionado conde de Ferignay en un juglar ambulante sin nombre. Es decir, más específicamente, una chica con algunas aptitudes para el canto y para tocar la mandolina. Alguien que no daría a conocer su historia. ¿Qué pensáis?

Sabía muy bien que sus palabras me habían agitado. Pero no me rendiría ante él.

—Además —prosiguió—, os diré que si avisara al conde de Ferignay y él quisiera llevaros ante él para haceros unas preguntas, no creo que fuera el conde el que viniera personalmente para escoltar a un prisionero a su presencia. Es más probable que mandase a su guardia personal para tal diligencia. Puede que le conozcáis. Un hombre llamado Jauffré.

Alcé la cabeza, alarmada.

—Si voy a ayudaros, debéis ser totalmente sincera conmigo.

El señor Thierry se sentó detrás de la mesa.

—¿Cuál es vuestro verdadero nombre? —me preguntó en un tono enérgico.

—Mélisande —susurré.

—Mélisande —repitió mi nombre con acento del sur y lo hizo sonar como agua fluyendo por los juncos de los ríos—. Mélisande. Sí, un buen nombre para una juglaresa. ¿Y cómo es que habéis decidido pasar parte de vuestra vida con un nombre distinto, Mélisande, y —dijo levantando una ceja—, viviendo como chico?

Sentí como me sonrojaba ante su mirada.

—No pretendo avergonzaros —dijo—. Es sólo que estoy intrigado.

De repente, me sentí cansada. Mis sentimientos y mi cerebro estaban exhaustos por todo lo que había vivido, y sentí como me rebelaba contra la forma en que ese hombre me estaba manipulando. No me preocupaba si me capturaban o no. Al menos, si me atrapaban y me encarcelaban, podría volver a ver a mi padre. Si el señor Thierry decidía informar de mi presencia, lo aceptaría.

—Haga lo que desee, señor —dije—. Pida a Jauffré que venga a buscarme. Deje que me saque de aquí. Ya no tengo fuerzas para sobrellevar todo esto. Y, si sobrevivo en el viaje hacia el norte con él, entonces deje que me lleven ante su señor feudal, el conde de Ferignay.

CAPÍTULO

47

Se hizo el silencio en la habitación.

Entonces, el señor Thierry alzó las manos y las dejó caer sobre la mesa.

—Me habéis ganado la partida —dijo—. Y, debo reconocerlo, de la forma más habilidosa.

Levantó la mano cuando abrí la boca para protestar.

—Soy consciente de que no fue por maldad o por astucia. Vuestra inocencia es sincera, Mélisande. Es una de vuestras cualidades más atractivas.

Volvió a recostarse en la silla.

—Pero ¿qué voy a hacer yo con vos? —hablaba en parte para sí mismo—. Estaréis lo suficientemente segura aquí mientras Marcy no descubra que el otro testigo de su repugnante acción, además de Bertrand, sigue vivo.

Me observó y me dijo:

—Debo informaros que comenté en Salon que en la noche de la muerte del profeta huisteis de la casa de Nostradamus llevándoos con vos algunos artículos de plata de la familia.

Le miré aterrada.

—Eso implica —añadió—, que no podréis adoptar el papel de la chica de granja, Lisette, nunca más.

—Sois un hombre deshonesto y astuto —dije enfadada.

El noble parpadeó. Era la primera vez que le veía desconcertado.

—No estoy seguro de si debo tomarme eso como un cumplido, y por lo tanto, agradecéroslo —dijo con formalidad.

Me percaté de que le había ofendido y, aunque no me sentía cómoda con su descontento, una parte de mí se alegraba de haber anotado un punto a mi favor.

—Era un asunto de difícil solución y eso fue lo mejor que se me ocurrió —explicó—. La señora Anne estaba de acuerdo conmigo. Fue ella quien me dio vuestra mandolina para que os la devolviese. No reveló ningún dato sobre vos o sobre algo que le hubierais contado, pero aceptó que, por vuestra propia seguridad, lo mejor era que se encubriera vuestra ausencia de esa forma. ¿No lo veis? Era necesario que hubiera un motivo para vuestra repentina desaparición de la casa. Y es una historia que Marcy creería. Pensaría que estaríais aterrorizada por el incidente en la iglesia y que vuestra reacción sería algo normal, es decir, robar lo que pudierais y correr lo

más lejos posible de Salon. Si pensara otra cosa, creedme, no descansaría hasta que os hubiera atrapado.

Comprendí el significado de sus palabras. Entonces, asentí inmediatamente.

—Bueno —dijo el señor Thierry con sequedad—. Al menos estamos de acuerdo en esto —se detuvo unos instantes y prosiguió—. Os sugiero que también aceptéis permanecer en Valbonnes y disfrutar de mi hospitalidad. Mientras me ocupo de mis dominios para mantener la paz, puedo informaros cuando llegue el momento de partir de forma segura.

Las palabras que Nostradamus pronunció la noche de su muerte resonaban en mi cabeza:

«Abandonaréis esta casa esta noche, Mélisande, e iréis a un lugar seguro. Esperaréis allí hasta que llegue el momento de actuar».

El señor Thierry esperaba mi respuesta. Asentí, otra vez; a continuación, él se agachó y abrió un cajón de la mesa. Sacó algo y lo dejó sobre la mesa, junto a mi mandolina. Era la bolsa de piel de gamuza.

—He estado cuidándola como si fuera mía —dijo—. Recoged ambas cosas y, y... —le miré sorprendida mientras él tanteaba el camino con sus palabras— sed feliz aquí hasta que descubramos qué es lo mejor para vuestro futuro.

Avancé. Levanté la mandolina con las manos temblorosas. Abrí el cordel de la bolsa y la coloqué dentro.

Me pareció oír suspirar al instrumento cuando lo volví a depositar en su bolsa.

Así fue como al menos recuperé la mandolina, en la que podía apoyarme en mis años de espera. Y, mientras fuera del castillo las guerras religiosas desolaban Francia, encontré la paz dentro de los muros de Valbonnes.

Tocaba antiguas melodías con la mandolina. Mis dedos acariciaban mecánicamente las cuerdas con aquellas tonadas que no requerían esfuerzo, y mi mente apenas era consciente de las notas. Sin embargo, estaba experimentando un vacío espiritual. Mis pensamientos volaban hacia Melchior y el leopardo. Sabía que en ese momento estarían lejos, en el reino de Navarra, donde probablemente nunca volvería a verlos. Dentro de mí, mi alma se estiraba tan desolada como la tierra llana de alrededor del castillo, endurecida por las heladas y los charcos de hielo.

Necesitaba música nueva. En el pasado, componer palabras y melodías me hacía evadirme, pero ahora, cuando buscaba en mi interior, no había nada. Una noche, tras un día de profunda melancolía, se me ocurrió que podría encontrar la inspiración en la biblioteca del señor Thierry. Recordé el libro que me había mostrado acerca de la trovadora Cecily d'Anbriese. Disfrutaría leyendo sus poemas, incluso aunque no me sintiera estimulada para escribir alguno por mí misma.

Sabía que el señor Thierry había abandonado el castillo esa mañana. Era probable que no regresara hasta pasados unos días.

En cuanto le conté a Marianne mis intenciones, envió a un criado para que encendiera las lámparas e hiciera un fuego en la chimenea. Me llevé la mandolina y, mientras examinaba los libros, sentí como iba adquiriendo una idea más precisa del hombre que se había hecho cargo de mí. Encontré el estante con los libros de música y extraje el que me había mostrado. Lo abrí y acerqué la página a la lámpara. Entonces se abrió la puerta de la biblioteca y el señor Thierry entró caminando a grandes pasos. Llegó hasta el centro de la habitación, y tiró sus guantes sobre la mesa antes de advertir mi presencia.

—No sabía que fuerais a regresar hoy.

Dejé rápidamente el libro en la mesa y me giré en dirección a la puerta.

—No, no —dijo—. No deseo molestaros. Me iré. Necesito quitarme esta ropa de montura y comer algo.

Temblaba al hablar. Noté el frío que sentía, así que dije:

—El fuego está encendido. ¿Por qué no os acercáis y os calentáis un poco?

—¿Tocaríais algo para mí? —preguntó repentinamente—. Intentar mantener la paz entre facciones opuestas es agotador. Algo de música sería un bálsamo para mi turbada mente.

¿Cómo podía negarme? Me había salvado la vida y me había mantenido bien alimentada y atendida. Además, hacía mucho tiempo que no había tocado para nadie.

Alzó la mandolina y, al entregármela, sus dedos rozaron los míos. Sentí otra vez la corriente entre nosotros que había percibido cuando me tocó por primera vez en los aposentos de Nostradamus. Me miró a la cara de inmediato. ¿La habría sentido él también?

Toqué una canción del sur. Era una canción tradicional de la época en que esta tierra era libre.

*«Recoged las uvas, recoged el fruto del olivo.
Cantad mientras sacamos el jugo,
cantad mientras prensamos el aceite.
Segadoras al amanecer, hoces meciéndose en los campos.
Cantad mientras apilamos los almiares,
cantad mientras molemos el grano».*

—Esa canción tiene un significado más profundo —comentó cuando terminé de tocarla.

—Es una canción de libertad —asentí—. De gente que puede vivir felizmente bajo la protección de un señor feudal benévolo.

—Así es como me esfuerzo en ser —contestó.

—¿Seguís el ejemplo marcado por vuestros antepasados? —le pregunté.

—El abuelo de mi abuelo era un caballero templario —contestó—. Cuando era niño, me encantaba escuchar las historias de sus andanzas en Tierra Santa. Cómo vigilaban el templo y cómo protegían a los peregrinos que viajaban para visitar los lugares sagrados. Mi mente estaba llena de historias de batallas, de muchas hazañas de honor, de muchos actos de valor, de respeto, de amistad, entre sarracenos y cristianos. Estaba desesperado por crecer e ir a vivir las mismas experiencias que habían vivido mis antepasados.

—Entonces, ¿no sois hugonote? —le pregunté.

—No lo soy —hizo una pausa y prosiguió—. Aunque siempre he tenido simpatía por sus creencias.

—Entonces, ¿por qué la gente piensa que lo sois?

—Porque el concepto de tolerancia exige mucho esfuerzo. Es algo que mucha gente no llega a aprender nunca.

—¿Cómo lo habéis aprendido vos?

—Teniendo que tratar con las consecuencias de la intolerancia. Cada día, veo el resultado de la crueldad del hombre en las vidas de mi pueblo.

CAPÍTULO 49

La curiosidad sobre las trovadoras de Francia, junto a mis propias necesidades de canalizar la música, me llevaron a regresar a la biblioteca del castillo cada día.

Y, si el señor Thierry se encontraba en casa, venía por la noche y charlábamos un rato.

Sentí que deseaba que llegara la hora de su visita y quedaba decepcionada si las obligaciones lo mantenían alejado más de unos pocos días. Agradecí su interés y su conocimiento, ya que hacía mucho tiempo que no había hablado de música con alguien. Nostradamus sólo se había preocupado de sus visiones. La señora Anne, su esposa, era bondadosa, pero su aprecio por la música se limitaba a valorar la ayuda que prestaba a su hijo enfermo. Me privaron de mi hermana y mi padre, por lo que nadie pudo apreciar cómo el cadencioso golpeteo de la lluvia o el suave movimiento de la nieve en las colinas podía traducirse en una combinación de amables sonidos.

Comencé a transcribir las rimas y la música de algunas canciones antiguas.

Una noche, el señor Thierry me preguntó si necesitaba ayuda con el idioma.

—No estoy muy familiarizada con el provenzal —respondí—, pero mi padre se asegura de que nos enseñaran francés, inglés y latín.

—¿A quiénes?

—Tenía una hermana.

Interrumpí mi discurso. Las lágrimas empezaron a desbordarse de mis ojos. El señor Thierry me miraba, pero no dijo nada. Ni me presionó para continuar ni me apremió a que me calmase como hacían otros hombre al ver las lágrimas de una mujer.

—Se llamaba Chantelle —dije al fin.

—¿Murió?

—Sí, murió.

Las lágrimas fluyeron por mis mejillas, pero tampoco dijo nada esta vez. Transcurridos unos minutos, se dirigió a su mesa y se sirvió un vaso de vino. El clarete granate era como sangre dentro del vaso. Me lo ofreció y bebí un poco. Se sirvió otro vaso para él y se sentó a un lado del testero de la chimenea. El fuego chisporroteó, uno de los troncos se movió y las cenizas se esparcieron por el aire.

Entonces, deteniéndome en las diferentes partes y tomándome mi tiempo, le conté al señor Thierry las circunstancias en las que había muerto mi hermana y cómo

habían arrestado a mi padre. Llegué a la parte en la que Melchior me había ayudado a escapar y sus ojos se abrieron de par en par al describir cómo me había escondido en la jaula del leopardo.

—Es evidente que el chico tiene un gran dominio de ese animal —dijo—. El leopardo debe verlo como a un igual, y no como a su dueño.

Entonces le relaté la forma en que Melchior había reunido los ropajes para transformarme en un chico. Observé una mirada de satisfacción en la cara del señor Thierry cuando narré esta parte de la historia de mi vida. Asintió con la cabeza una o dos veces y murmuró algo para sí mismo.

Al final, había escuchado toda la historia. Tardé varias semanas en hacerlo porque, al llegar a determinados pasajes, me emocionaba y no era capaz de continuar, pero también porque el señor Thierry quería saberlo todo. Me pedía que repitiera las conversaciones que habíamos mantenido o que explicara cómo había ocurrido un acontecimiento y qué había hecho antes y después.

Sentía curiosidad por la vida de mi padre, por la forma en la que había conocido a mi madre y cómo ella lo había cautivado. Por cómo la constancia y la intensidad del amor que sentían el uno por el otro habían superado la desaprobación de mis abuelos maternos.

El señor Thierry me contó que la isla de Bressay estaba aproximadamente a una semana a caballo de Valbonnes y sabía lo suficiente sobre ella para conocer los motivos por los que más de un hombre hubiera deseado adueñarse de esas tierras.

—Es una casa grande con hermosos jardines a su alrededor. Reposa sobre una isla, en un lago lleno de peces. La tierra es muy fértil, por lo que la producción anual para el dueño de las tierras sería suficiente para vivir de forma placentera.

Siguió preguntándome por cualquier detalle de mi pasado que pudiera recordar. Estaba muy interesado en los países por los que había viajado. Él nunca había estado en Inglaterra, pero había ido a España. También había visto lo que ocurría con los tribunales de la Inquisición: mujeres y hombres condenados caminando hacia la muerte en la hoguera o en la horca.

—¡Ojalá las dos fes cristianas pudieran vivir en armonía! —dije.

—Ahora hay más de dos, Mélisande —apuntó—. Y pronto, donde ahora hay tres o cuatro, habrá una docena o más. Así son las cosas. Todos buscarán su propia interpretación, lo que lleva implícito la discordia. Nos vendría mejor pensar en formas de arreglar las cosas, en lugar de destruirnos los unos a los otros.

—Cada uno piensa que el otro venera a Dios de forma incorrecta y no dará el brazo a torcer ante el que considera su enemigo.

—No tienen por qué hacerlo. Pero la lucha que está despedazando a Francia no tiene nada que ver con la fe. Se debe a la avaricia y el ansia de poder, la adquisición de riqueza y el deseo de los hombres de controlar a otros hombres para que trabajen

para ellos y así evitar su propio esfuerzo. Eso es lo que rige esta disputa. Al duque de Marcy le preocupa tanto su Dios o la Santa Iglesia como al gato de la cocina. Quedó de manifiesto al asesinar al sacerdote que intentaba evitar que os molestara.

—Entonces, ¿no hay solución?

—No lo sé —dijo encogiéndose de hombros—. Por ahora no, y quizás nunca logremos la paz. La persona que realmente gobierna Francia, la reina regente, Catalina de Medici, está convencida de que lo que hace es para mayor bien de sus súbditos. Está engañada con lo que cree que es su poder divino.

—Al menos lo intenta —protesté—. Aquí, en Francia, ser católico o protestante no hace que vuestra vida esté necesariamente sentenciada.

—Sí, pero lo que le mueve es su propio interés. Goza del derecho de su familia para poder mandar por encima de todos. Observad como se disipa su tolerancia si piensa que la soberanía de su hijo se ve amenazada. Si es necesario, nuestra supuesta servicial reina lucharía como una loba para defender a su cría y su derecho a ocupar el trono de Francia.

Y así era.

Asesinaron a un anciano miembro de la casa de Guisa. A modo de venganza, uno de los señores hugonotes de mayor renombre fue atacado y ejecutado repentinamente. La familia real se vio amenazada por los secuestros y estuvo a punto de que los capturaran. Mataron al condestable de París cuando la ciudad fue asediada por un ejército hugonote. España envió tropas católicas a Holanda para sofocar la rebelión. Catalina de Medici estaba indignada porque hubieran intentado atravesar el territorio francés sin su permiso. Isabel de Inglaterra respondió enviando soldados para apoyar la causa protestante. Nos llegaron informes de las atrocidades cometidas y de las atrocidades que siguieron como respuesta.

La violencia iba en aumento mientras la economía se deterioraba. Francia estaba al borde de la ruina, vigilada por dos depredadoras naciones vecinas de creencias opuestas.

El señor Thierry me informó de todo esto, y conversamos sobre religión y política. Era una compañía fascinante: mitad instructor, mitad amigo. Compartía conmigo sus pensamientos y sus experiencias, y yo le conté todo sobre mi vida.

Excepto una cosa.

No mencioné los documentos que guardaba y que contenían las profecías de Nostradamus.

CAPÍTULO 50

En el año de mi decimoquinto cumpleaños, el señor Thierry nos informó de que iba a acometer un largo viaje y estaría fuera del castillo durante varios meses.

Dio instrucciones a Marianne para que preparara ropas elegantes y formales. Resultaba algo poco habitual, ya que normalmente vestía de la forma más sencilla. Se marchó con una escolta armada de seis de sus mejores soldados de confianza. Yo sabía que no se había dirigido hacia una de las ciudades adyacentes por los mensajes que enviaba a Valbonnes y, en particular, a Robert, que contenían instrucciones de dispersión a los comandantes de otras guarniciones. De este modo, pretendía no dar a conocer que se ausentaba de sus dominios.

Durante los primeros seis a nueve meses, los mensajeros venían al castillo con frecuencia, pero después no se supo nada más de ellos. Transcurrían las semanas, y Marianne y yo nos alimentábamos de la ansiedad de la otra. Imaginábamos cómo le atacaban los ladrones de los caminos, o cómo era víctima de un accidente. Quizá su caballo lo había tirado y estaba tendido en lo más profundo de un barranco, con una pierna rota y agonizando por falta de atención. Sólo Robert mantenía la calma.

Había permanecido al servicio de su señor durante más de quince años y su fe en el regreso del señor Thierry era inquebrantable. Sin embargo, conforme transcurrían los días, él también empezaba a preocuparse por su ausencia y su silencio. Entonces, una tarde de finales de primavera del primer año de la nueva década, el señor Thierry volvió a caballo desde el norte; tanto el animal como él estaban cubiertos de polvo. Habló unos instantes con Robert antes de dirigirse a la biblioteca, donde me pidió que me reuniera con él lo antes posible.

Estaba de pie junto a la mesa cuando entré en la habitación.

—Me alegra que hayáis regresado sano y salvo, mi señor —dije, sorprendida de lo contenta que estaba de verle de nuevo. Nada más escuchar a Marianne decirme que el centinela había reconocido su caballo aproximándose camino del castillo, me di cuenta de cuánto le echaba de menos.

El señor Thierry lo agradeció inclinando la cabeza.

Entonces dijo:

—Tengo noticias para vos.

Algo en el tono de su voz me puso alerta.

—¿Noticias que me gustaría escuchar? —le pregunté.

—Quizá no todas —dijo—. Algunas son preocupantes, pero otras son las mejores que podríais recibir.

—¿Las mejores?

—Vuestro padre está vivo.

Abrí los brazos y el señor Thierry me abrazó. El noble fue el primero en retroceder y retirarse.

—Pero —dijo—, el resto no es tan alegre.

—¿Mi padre está en prisión? —grité—. ¿Está enfermo? ¡Le han torturado! Le han golpeado y mutilado. ¡Oh, no!

Me llevé las manos a la cara.

—¿Le han roto los dedos y ya no va a poder tocar nunca más?

—¡Tranquila! Tranquila, tranquila.

Tomó mis manos y las retiró de mi rostro, sosteniéndolas suavemente.

—Os diré lo que sé. Pero no debéis dejar que vuestra mente os lleve a imaginar tales atrocidades.

Me pidió que me sentara junto al fuego y se sentó frente a mí.

—Primero me dirigí a París, ya que me dijisteis que a vuestro padre lo habían tomado como prisionero real, por lo que supuse que era allí donde lo habían enviado. Investigué, pero apenas sabían nada de él. Algunas personas habían oído hablar de un juglar con talento que estaba al servicio del rey. Así que pensé que debía buscar el lugar de residencia de la corte.

—¿Están escondidos como todo el mundo dice?

—No es tan exagerado, pero la situación política es muy delicada. Mucho peor de lo que pensaba. Si creemos que en estas tierras reina la tensión por los constantes altercados, en el norte es mucho peor. Los codiciosos nobles se desgarrarán unos a otros como perros locos y arrastrarán al pueblo de Francia con ellos. Hay ciudades asediadas. Los caminos son terriblemente peligrosos. Donde la ley se pasa por alto, todos los asesinos y bandidos merodean por los caminos en busca de una presa fácil. Encontré a la corte en Finderre, pero me costó acceder al castillo. Sólo a fuerza de reclamar parentesco con un antiguo amigo de mi padre pude acercarme lo suficiente para descubrir lo que quería saber.

—¿Cruzasteis el país y corristeis tantos riesgos para descubrir eso por mí?

—Así es —contestó.

—Os lo agradezco —dije—. Yo...

—No os preocupéis —me interrumpió, y prosiguió de inmediato—. La seguridad era estricta, pero al final pude esperar en la sala principal mientras el rey celebraba una audiencia para el clero local por la fiesta del nacimiento de la Virgen.

Levantó la cabeza y me sonrió.

—Junto a la silla del rey había un juglar.

—¿Sí? —dije llevándome las manos al corazón.

—Aunque estaba a cierta distancia y nunca había visto a vuestro padre, lo reconocí inmediatamente.

—¿Cómo? —le pregunté, ya que solían decir que no me parecía mucho a mi padre.

El señor Thierry sonrió.

—Por la forma en que tocaba. Era obvio que vuestra habilidad y vuestro amor por la música es una herencia de este hombre. Es un músico excepcional y dotado de un gran talento.

—Es muy talentoso —asentí.

—Su hija le supera, pero no lo sabe —murmuró el señor Thierry como respuesta. Mis mejillas se encendieron.

—¿Cómo se encuentra? —pregunté.

—Por la impresión que me dio, y por lo que he investigado, parece más delgado de lo que estaba hace unos años cuando le sobrevino la tragedia. Aparte de eso, se encuentra bien, pero angustiado por la desaparición de su hija, Mélisande.

—¿No habló con él?

—No pude hacerlo.

—¿Pero pudo decirle que estaba viva y bajo vuestra protección?

El señor Thierry negó con la cabeza.

—Le vigilan día y noche, y duerme en una habitación cerrada con llave. No podía acercarme a él sin despertar sospechas. Ya se sabía que me encontraba en la corte. Esto suscitó comentarios, puesto que es conocido que nunca acudo a actos a menos que se me pida por citación real.

—¡Podrías haber enviado a mi padre un mensaje secreto! —gemí decepcionada.

—Mélisande, no me era posible. Habría puesto en peligro vuestras vidas. ¿En quién podía confiar para que hiciera eso por mí? La corte está llena de mentirosos, ladrones, farsantes y embusteros.

—¡Podrías haberle escrito una nota anónima!

—Pensad en el número de informantes y espías a las órdenes del rey Carlos —dijo el señor Thierry—. Me habrían arrestado en menos de una hora. Además, supongamos que lo hubiera hecho. Creo que vuestro padre no habría podido disimular su felicidad. Habrían apreciado su cambio de conducta y esto os habría traicionado. Vos sabéis que él no hubiera querido eso.

A pesar de mi agitación, fui consciente de la cordura de sus palabras.

—Aunque su libertad está restringida, no está sufriendo una privación grave. Tiene el favor del rey. Parece que su música alivia los frecuentes dolores de cabeza que padece el rey Carlos.

Me dejé caer en la silla. El señor Thierry se cruzó de brazos. Observé la fatiga en

su rostro y recordé que hacía apenas unos minutos que había llegado al patio con su caballo, cubierto de sudor y polvo. Me sentía avergonzada por mi descortesía.

—Siento haber parecido desagradecida —dije—. Me habéis traído buenas noticias. Mi padre está vivo y no languidece en la celda de una prisión oscura. Estoy contenta por ello. Y a pesar de vuestra protesta —continué—, os agradezco que hayáis viajado por media Francia para entrar en la corte y saber qué era mi padre.

—No me lo agradecáis todavía. Sé que el resto de las noticias que he recibido no os agradarán.

Levanté la cabeza y le miré con preocupación.

—El conde de Ferignay ha reclamado la isla de Bressay.

—¿Cómo?

—El conde la reclama en nombre de su pariente, Armand Vescault, que es su vasallo, y dice que por ello todos los bienes de Armand son suyos.

—¡Él mató a Armand! —grité.

—No se ha encontrado el cuerpo. Armand está desaparecido y...

—Decidme —dije interrumpiéndole.

—Lo mismo ocurre con vos —prosiguió—. El conde de Ferignay no es más que un pérfido. Se está moviendo para tener toda la isla de Bressay bajo su control. Ha hecho correr el rumor de que quizá fuisteis vos la que empujasteis a vuestra hermana Chantelle por la ventana de la torre en la mañana de su muerte porque pretendíais escapar con Armand y contraer matrimonio con él.

—¿Cómo? —grité.

El señor Thierry se sobresaltó.

—¡Mélisande! Controlaos. Asustaréis a Marianne, que irá a buscar a Robert y vendrá aquí con una docena de soldados armados.

—Lo siento —contesté—, pero es la acusación más infame que he escuchado nunca.

—Vuestro padre lo ha refutado todo. Por la alta estima que le tiene el rey Carlos, se ha decidido que se ha de celebrar una audiencia justa para aclarar el asunto. Tendrá lugar cuando el país se haya recuperado del caos y haya tiempo para reunir pruebas que presentar ante el rey.

—Armand nunca contrajo matrimonio con Chantelle —señalé.

—Un compromiso puede ser igualmente vinculante. Se habían intercambiado y firmado los contratos.

En mi cabeza resonaba ahora la respuesta del conde de Ferignay cuando mi padre le habló por primera vez de la herencia de Chantelle. La curiosidad asomó a la voz del conde al escuchar que ella heredaría por propio derecho.

—Ese hombre es malvado. ¿Su alevosía no tiene fin?

—El conde de Ferignay debe dinero a mucha gente importante. Conforme van

creciendo sus deudas, se desespera más.

Me levanté y me acerqué a la ventana. Quizá era mejor que me tomaran por muerta. Así mi padre podía disponer al menos de mi mitad de la isla de Bressay. Apoyé la frente contra el cristal.

—¿Qué debería hacer? —dije consumida por la desesperación—. No veo la manera de resolver esto.

—Hay algo que podéis hacer para garantizar vuestra seguridad —dijo el señor Thierry e hizo una pausa antes de proseguir—, y que os proporcionará la posición social necesaria para acercaros al rey directamente y tratar con él este asunto.

Me giré desde la ventana.

—¿Qué puedo hacer? —le pregunté.

El señor Thierry elevó la mirada desde la silla en que estaba sentado y dijo:

—Podéis casaros conmigo.

CAPÍTULO

51

Me cogió totalmente por sorpresa.

Al percatarse de ello, se levantó de la silla y se colocó de pie frente a mí.

—Perdonadme —dijo—. Sois una chica joven, habéis leído poemas románticos y baladas de amor, y debería habéroslo sugerido de una forma más caballerosa y gentil.

—No soy una mujer que pierda la cabeza con halagos y cumplidos —dije vacilante.

—No obstante, no me gustaría que pensarais que sólo deseo contraer matrimonio con vos para ayudaros a hacer justicia con vuestra familia.

Tomó mi cara entre sus manos.

—Me cautivasteis desde el momento en que nos conocimos.

Sonreí a pesar de la confusión que la emoción estaba provocando en mi interior.

—¿Se refiere a cuando vestía como un chico, señor?

—No os burléis de mí, Mélisande. Sí, sentí como mi alma se agitaba la primera vez que os oí tocar. La forma en que inclinabais la cabeza al acariciar la mandolina me hizo añorar estar cerca de la persona que tocaba esa música. Después, en la casa de Nostradamus, cuando os descubrí como criada, sentí que algo se movía de nuevo dentro de mí. Me sentía inseguro, confundido por lo que me estaba sucediendo. Había conocido a muchas mujeres, pero esta vez era distinto. ¿Es posible que cada persona tenga un alma gemela, como cree la gente del este? ¿Que nazcamos separados y tengamos que buscar nuestra otra mitad en el mundo? Y, en contadas ocasiones, ¿podría alguien encontrar a aquella persona que la completa?

Elevó las manos y las dejó caer.

—No lo sé. Pensé que lo mejor sería esperar y ver si la atracción por vos se desvanecía, pero se ha hecho cada vez más fuerte.

Le pedí que me diera tiempo para reflexionar acerca de mi futuro. Sólo tenía dieciséis años. Él me doblaba la edad. Pero no era algo extraño que una chica se casara con un hombre mayor que ella. Era atento y bondadoso, y yo me había dado cuenta asombrada de que me sentía profundamente atraída por él. Y también pensaba en cuánto había deseado un poco de estabilidad en mi vida.

Tuvo el detalle de dejarme sola un momento. El señor Thierry tenía mucho

trabajo con el que ponerse al día. Le había llegado la noticia de que el duque de Marcy había acumulado munición y armamento, y que su red de espías volvía a estar activa. Era evidente que el duque estaba tramando alguna revuelta, pero no se sabía cómo se desarrollaría y cuándo tendría lugar. El señor Thierry fue a Salon para visitar personalmente al prisionero Bertrand y para que lo vieran de nuevo por la ciudad.

Cuando se marchó tuve un sueño.

El señor Thierry y yo cabalgábamos por el bosque, y yo desmontaba en un claro mientras él seguía adelante. Me pedía que le esperara allí, pero mientras lo hacía, los árboles crecían a mi alrededor. Todas las antiguas leyendas parecían susurrar en mi cabeza. Duendes, hadas de los bosques y demonios de los árboles revoloteaban a mi alrededor y me vigilaban desde la maleza. Entonces, las ramas de un tronco de árbol cobraron vida ante mis ojos: los surcos se curvaron, convirtiéndose en serpientes que se entrelazaban las unas con las otras.

Caminé hacia el árbol. Era un fresno montano. El sorbus, del que brotan las bayas rojas que representan el fuego robado del cielo, y que es un árbol sagrado. El sorbus de cuya raíz Nostradamus había fabricado su vara de adivinación.

Las serpientes quedaron inmóviles y adoptaron la forma de un hombre. La figura se separó de la corteza. Tan inclinada, tan encorvada y débil era esa persona que en un primer momento creí que se trataba de Giorgio. Pero después me di cuenta de que era el mismísimo profeta.

Nostradamus.

Llevaba puesto el anillo, que relucía con el blanco de la labradorita, y se apoyaba en su bastón plateado. Me reconoció y abrió la boca para hablar.

Su lengua era una lengua de fuego y de su boca emanaban llamas. En el centro de la llama vi como ardía el sol como una bola de luz blanca.

Y tuve miedo.

Tenía su voz en mi cabeza.

—Mélisande. ¿Recordáis la misión que os aguarda?

—No sé lo que debo hacer —dije antes de comenzar a llorar.

A lo que Nostradamus respondió:

—No os preocupéis. No todos tienen la responsabilidad de acometer una tarea que ya les está asignada. La persona en cuestión debe aceptar la carga. Debe creer que es el elegido.

Desperté del sueño aterrorizada y desconcertada. Y supe que no quería vivir sumida en la confusión durante más tiempo. Decidí que no lo haría.

Me alejaría de un destino de temor e incertidumbre, de una vida llena de oscuridad y peligro. No seguiría adelante intentando interpretar la profecía incompleta, ya que sólo encontraría la muerte y nunca tendría éxito. No me arriesgaría a que me torturasen ni a que me inflingiesen horribles castigos.

Hasta entonces, mi único objetivo en la vida había sido encontrar y rescatar a mi padre. Ahora tenía la oportunidad de descansar y de recuperar fuerzas; eso es lo que haría.

Mi matrimonio con el señor Thierry me daría acceso a la corte y al propio rey. Podríamos viajar a Funderre o a Blois, o a cualquier lugar en que se encontrara la corte en ese momento y, como esposa de un señor, pediría audiencia con el rey.

Para cuando el señor Thierry hubo regresado a Valbonnes, yo ya había tomado una decisión. Aceptaría su propuesta de matrimonio.

CAPÍTULO 52

Nuestra boda se celebraría a mediados de verano.

Marianne manifestó una inmensa alegría cuando se lo conté. Dijo que esperaba poder tener pronto bebés a los que cuidar.

La miré fijamente, sobrecogida por sus palabras.

—Nunca pensé que llegaría a ver ese día —murmuró—. Mi señor Thierry es un hombre callado y vergonzoso, y es difícil llegar a conocerlo. —Se detuvo y, confundiendo la expresión de mi cara, me preguntó ansiosa—: ¿Me dejaréis que me quede? Por favor —suplicó—. No soy tan vieja como para no poder criar a vuestros hijos.

¡Hijos! No había pensado en el aspecto físico de esta unión, y en lo que se esperaba de mí.

Marianne lo entendió al final.

—Será amable —me susurró—. No os sintáis nerviosa ni tengáis miedo.

Ahora entendía la situación de Chantelle cuando esperaba para contraer matrimonio con Armand. En ausencia de una madre, ¿cómo se suponía que una sabía lo que debía hacer? Mi padre, protegiéndonos de los comentarios lascivos de las experimentadas mujeres de la corte, nos había ofrecido poca información sobre las obligaciones de una mujer.

Pero el señor Thierry me cortejaba de forma correcta. Me regalaba joyas y guantes suaves de seda. Yo apenas le recompensaba con una sonrisa o un beso. Sólo preguntaba cuando viajaríamos a la corte real tras el enlace para poder ver a mi padre. Todo lo que él hacía era por mi bienestar. Me preguntaba cómo me encontraba. Yo respondía preguntándole la forma en la que se proclamaría nuestro matrimonio, si él necesitaba autorización, y cuándo sería más apropiado decir quién era realmente.

Mi egoísta preocupación era tal que no me había percatado de lo ocupado que estaba el castillo, con mensajeros que entraban y salían casi a diario. Asumí que todo lo que ocurría se debía a los preparativos de nuestra boda.

Ni el comentario que Marianne hizo un día me hizo darme cuenta de que la inquietud en esas tierras iba en aumento y que la situación en el exterior del castillo se estaba haciendo peligrosa.

Era mitad de mayo, y Marianne había venido a mi habitación para arreglarme el vestido de novia. Al arrodillarse para ajustarme el ribete del vestido dorado, oímos un

ruido en el patio inferior. La mujer se levantó y miró por la ventana.

—Están llegando más hombres. Pensará que los necesitamos a todos aquí; de otra forma no dejaría al resto de guarniciones tan faltas de soldados.

Me acerqué a su posición y observé cómo una tropa de soldados atravesaba el arco de acceso al castillo.

—Deben ser invitados a la boda que han llegado con antelación —comenté despreocupada—. Le dije al señor Thierry que me bastaría con que unas cuantas personas asistieran al enlace.

Marianne abrió la boca como si fuera a decir algo más, pero en lugar de eso, dijo alegremente:

—Cuando acabemos de coser este ribete, luciréis como una reina el día de su boda.

Me miré en el espejo y vi mi reflejo. Me veía imponente. Mi vestido no era blanco inmaculado como el de Chantelle, sino un vestido adecuado para la mujer de un noble. Una punzada de tristeza manó de mi interior, pero conseguí apartarla de mi mente. Había decidido que no pensaría en el pasado. Me preocuparía del futuro y de limpiar el nombre de mi padre.

—Sois hermosa —me dijo Marianne.

Pero sabía que me quería por el mero hecho de hacer feliz al señor Thierry feliz y que era lógico que dijera esas palabras. Me miré y vi a una chica joven. Delgada y alta, sin formas atractivas en el cuerpo ni en el rostro, incluso bajo mi valoración crítica me veía bastante guapa.

Esa noche, durante la cena, el señor Thierry me entregó el tocado que habían llevado las novias de su familia durante muchas generaciones. La puso en mi cabeza mientras me sentaba a la mesa con él. Era un anillo de oro fino, poco más que un alambre trenzado con un velo de gasa dorada unido a él.

Trajo algo escondido tras su espalda.

—He cogido esto del jardín. Es una de las flores salvajes más bonitas que crecen aquí.

La dejó junto a mi plato.

Miré hacia abajo. Pétalos de color rosa pálido.

Artemisa.

Y, de repente, recordé la flor aplastada dentro de mi mandolina y el sueño de Chantelle, y fue como si ella estuviera en la habitación conmigo y los recuerdos más agriados fluyeran dentro de mí.

—Estáis temblando, Mélisande —dijo el señor Thierry inclinándose hacia mí—. ¿Qué os ocurre?

Me levanté con tanta fuerza que me golpeé con la silla.

—¿Qué os aflige? —gritó asustado.

Miré desbocada a mi alrededor.

—No debería estar aquí.

Retiré el velo de mi cabeza. Suave y frágil como las alas de una mariposa, se rasgó al depositarlo en la mesa.

Corrí hacia el jardín y él me siguió. Me senté en un banco y él, el más sabio de los hombres, no se me acercó hasta que arreció la tormenta de lágrimas. Cuando me calmé, me dio un pañuelo y me secó la cara. Fue a buscar un poco de vino mezclado con agua e insistió en que bebiera algo. Después de sentó a mi lado.

—Venid aquí —dijo, y me atrajo para que me apoyara en su hombro—. No es un simple ataque de nervios antes del día de vuestra boda, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

Profirió un largo y profundo suspiro.

—Entonces contadme lo que debo saber.

—He traicionado un secreto sagrado —susurré.

—Llevo sospechando bastante tiempo que guardabais algún secreto —dijo—, ya que algunas veces he percibido que eso os abrumaba. Estabais tocando la mandolina y, de repente, revertíais en un estado de ensoñación sin apenas ser consciente de ello. Supuse que estaríais recordando los viejos tiempos, con vuestro padre y vuestra hermana.

—No es sólo eso —dije.

—¿Hay algo más?

—Sí. No puedo decíroslo. Pondría en peligro vuestra vida, y no permitiré que eso ocurra.

—¿Por qué no?

Era una pregunta tan inesperada que no sabía cómo responderla.

—¿Por qué no? —repetí su pregunta.

—Sí, ¿por qué no? —habló con bastante dureza—. Os salvé la vida, es cierto, pero estaría obligado a procurar que se hiciera justicia con cualquier persona dentro de mis dominios. No me debéis la obligación de la gratitud.

—Lo que yo siento, señor, es más que gratitud —contesté temblorosa.

—¿Qué es entonces?

Su voz era casi distante.

—Un profundo afecto —dije.

—Pero ¿no es amor?

—Sí que os amo —protesté—, de una forma...

—Mélisande —dijo sosteniéndome con fuerza—. Aunque sois joven, debéis saber el tipo de amor que espero de vos. Incondicional, apasionado y total.

—Os seré obediente —dije—. Haré todo lo que me pidáis. Pondré todo de mi

parte para daros descendencia. Procuraré...

—Ay, Mélisande, Mélisande —me interrumpió mientras colocaba su boca sobre mi cabello—. Para algunas parejas eso sería suficiente, y podría serlo también para mí, porque yo aceptaría cualquier cosa que me ofrecieseis por pequeña que fuera. Pero —movió mi cara hacia la suya y me miró a los ojos—, os quiero demasiado como para daros una vida tediosa. Yo viví algo así una vez, y sé como te encoge el alma.

—Tengo un destino que cumplir —susurré—. El propio maestro Nostradamus me lo dijo.

—Vaya —exclamó.

—No es un capricho estúpido —le aseguré—. Es un asunto de gran importancia. Me habló de ello la noche de su muerte.

—Os creo —contestó—. Os ayudaré a acometer lo que quiera que sea. Os acompañaré.

—No es posible.

Sabía que con el señor Thierry a mi lado estaría protegida y mi camino sería más fácil, pero me frenaba aceptar que él pudiera venir conmigo. Pensaba que al evitarlo podría salvarle la vida.

Las palabras de Nostradamus resonaban en mi cabeza.

«La persona que haga esto avanzará codo a codo con la muerte».

CAPÍTULO 53

Una semana más tarde, el señor Thierry vino a mi habitación mientras dormía y me despertó.

—Levantaos y poneos esta ropa —me ordenó—. Hacedlo de la forma más sigilosa posible y, cuando os hayáis vestido, reuníos conmigo en la biblioteca.

Su determinación era tal que decidí no llevarle la contraria. Me levanté, alumbré la lámpara del cabecero de la cama y eché un vistazo a lo que me había traído. Unas calzas de hombre y una túnica larga. Un sombrero, un chaleco de cuero oscuro y unas botas robustas.

Me vestí y bajé las escaleras. Él se encontraba junto a la chimenea y tenía un par de tijeras en la mano.

—Tengo información de que un ejército se dirige hacia mi castillo y por la mañana nos habrá sitiado —me informó—. Por ello, deberéis marcharos esta noche, y considero que es más seguro para vos que lo hagáis como un hombre.

Cuando intenté protestar, me dijo con brusquedad que el duque de Marcy estaba al mando de las fuerzas que se aproximaban. Permanecí con la cabeza inclinada mientras trataba de arreglarme el pelo para que pareciese el de un hombre.

—No es el día de boda que había soñado para nosotros —dijo con tono grave.

Cuando hubo terminado, le dije que quería llevar mi propia capa de viaje y corrí escaleras arriba para cogerla, junto con los preciados papeles que contenía.

A mi regreso, me entregó mi mandolina y me la puse al hombro. Después cogió una antorcha de brea ardiente de un soporte de la pared.

Bajamos a las bodegas. Abrió una puerta tras otra, y finalmente entramos en un túnel largo con las paredes fangosas y de color verde.

—¿Dónde estamos?

—Debajo del foso.

—¿Y adonde nos lleva?

—Ya lo veréis.

Entramos en una cueva ahuecada. Era de forma circular. Había una mesa de piedra en el centro, con seis sarcófagos pétreos en forma de radios. Sobre cada uno se erigía la efigie de un caballero armado. Las paredes estaban más secas que las del túnel y estaban cubiertas de dibujos que me eran familiares. Permanecí en el centro de la cueva y, con un golpeteo constante en la cabeza, comencé a dar vueltas y más

vueltas, girando en espiral, hasta que el suelo vino a mi encuentro.

Si no me hubiera agarrado, habría caído inevitablemente.

—¿Os encontráis bien? —me preguntó.

Un pensamiento surcó mi mente, un recuerdo fugaz que no pude retener. Como si hubiera entrado en una habitación donde todavía resonara un eco.

—¿Qué es este lugar? —contesté.

—Cuando vetaron la orden de los caballeros templarios, comenzaron a perseguirlos, por lo que necesitaban un lugar donde reunirse. Mi antepasado les ofreció esta cámara secreta en su castillo de Valbonnes y con el tiempo enterraron a los últimos caballeros aquí.

Extendí el brazo hasta la pared y seguí el rastro de los giros entrelazados, el tallado, el nudo que se desataba y se volvía a atar. No podía encontrar el final. Y había algo en mi mente parecido al efecto de una nota en el aire.

Me cogió del brazo.

—Debemos seguir.

—¿Adonde?

—Fuera de las murallas del castillo.

—¿Qué ejército se está acercando? —le pregunté mientras seguíamos andando.

—El duque de Marcy está emparentado por parte de madre con el duque de Guisa. Sabéis que éste, a su vez, es aliado del conde de Ferignay. Los espías de Marcy descubrieron que la chica que presencié el asesinato del sacerdote se encontraba en el castillo y mandó a estos soldados para que le ayudaran a alzarse contra mí.

—¿Tenéis vuestra propia red de espías que os cuentan eso?

—Me resulta prudente tener ojos y oídos en la comunidad. Y yo tengo un espía en Salon —dijo riendo—. ¿De qué otra forma creéis que podría tener conocimiento de vuestros movimientos allí?

—Berthe, —dije con confianza—. La ayudante de cocina que escuchaba detrás de la puerta.

—¿Quién es Berthe?

—Una criada de la casa de Nostradamus.

—No conozco a nadie con ese nombre. Pronto encontraréis a la persona que me ha tenido al día de todo lo que ocurría en Salon.

El túnel se curvaba hacia arriba, lo que permitía la entrada de aire más fresco para aliviar el olor húmedo. Llegamos al pie de unas escaleras de piedra.

Frente a nosotros se extendían gruesas redes de telarañas y, sobre el suelo, los insectos pálidos por vivir en lugares oscuros se apartaban conforme nos aproximábamos.

—Sólo hay un camino que conduzca a Valbonnes —dije al salir al exterior por

una pequeña puerta de madera que se encontraba sobre un terraplén al otro lado del foso del castillo—. ¿No me encontraré al ejército que se aproxima?

—He dispuesto un guía para vos. Esa persona conoce el camino a través de las ciénagas por donde otros no se aventuran. Tened cuidado con el camino, ya que podríais caer en las arenas movedizas. La mayoría de los viajeros que se internan no salen con vida.

El señor Thierry señaló a un viejo árbol curvado. La figura que se atisbaba allí también estaba encorvada y caminaba hacia mí arrastrando los pies.

—¡Giorgio! —exclamé.

El doctor Giorgio, el que fuera boticario del maestro Nostradamus, se quitó el gorro de la cabeza e hizo una pequeña reverencia.

Así que no era Berthe quien había informado de lo que ocurría en la casa de Nostradamus.

—Sois la única persona de esa casa en la que habría confiado —dije a Giorgio mientras me saludaba.

—Lo que demuestra lo buen espía que es —remarcó el señor Thierry.

—Me lo tomaré como un cumplido —dijo Giorgio. Se volvió a colocar el gorro y se dirigió al señor Thierry—. La situación es más grave de lo que vos o yo imaginamos. Tango Guisa como Ferignay ven en esto algo más que ayudar al duque de Marcy en un asunto personal. Pretenden controlar todo el sur de Francia con él como títere, hasta tal punto que han enviado muchos soldados y artillería. Tenéis muy poco tiempo para escapar.

—No iré con vosotros —dijo el señor Thierry.

—Los muros de Valbonnes no son suficientemente gruesos para sobrevivir a las bolas de los cañones y a las máquinas de asedio.

—Es mi deber defender mi castillo. Y cuanto más aguantemos, más tiempo tendréis para llevarla a un lugar seguro. Marcy busca a la chica y, mientras piense que se encuentra en este castillo, continuarán el asedio.

—Tarde o temprano os pedirán que la llevéis a las almenas y, cuando no podáis hacerlo, quemarán el castillo con vos dentro —le advirtió Giorgio.

—En ese momento pediré la paz —contestó el señor Thierry.

—Entrarán y descubrirán que se ha marchado. Y entonces os matarán.

—Quizá no. Y, además, para entonces habréis tenido al menos tres días enteros y la chica ya no existirá más.

Giorgio le miró sorprendido.

—¿Cómo?

Como respuesta, el señor Thierry retiró la capucha de mi cabeza y me abrió la capa.

Giorgio miró con interés mis ropajes de hombre.

—Ahora se explica vuestra misteriosa aparición en la casa de Nostradamus.

—En vuestro viaje, este juglar os puede contar lo que desee que sepáis. Pero ahora —el señor Thierry se detuvo—, es hora de despedirse.

Hasta ese momento no me di cuenta que era muy probable que nunca volviera a verle.

—¿Por qué no escapáis con nosotros? —le pregunté.

—Si lo hiciera, disminuiría vuestras posibilidades de alcanzar la libertad.

—Pero quedándoos, ponéis vuestra propia vida en peligro.

El señor Thierry se encogió de hombros.

—¿Por qué hacéis esto?

Pero, incluso antes de responderme, ya sabía la respuesta.

—Porque os amo, Mélisande —dijo.

Al decir esto, tomó mi cara entre sus manos y me besó en la boca. Sus labios estaban templados, su beso fue dulce e hizo que algo se moviera dentro de mí. Y casi decidí devolvérselo. Porque sabía que podía salvar la vida de ese hombre. Tenía algo que podía garantizar nuestra seguridad. Si le hablaba al duque de Marcy de los documentos de Nostradamus, vería el gran poder que le podría dar el poseerlos. Podría negociar con él una salida segura del país, al nuevo mundo quizá. Compraría la seguridad del señor Thierry y la mía propia, y encontraríamos un lugar donde vivir tranquilos el resto de nuestra vida. Y yo sabía que la vida con ese hombre estaría llena de música gozosa. Podríamos abandonar la tristeza, él me adoraría, y yo tendría garantizado cualquier deseo que él pudiera proporcionarme.

Se apartó y buscó mi mirada con la suya.

Había notado mi titubeo, mi tentación de quedarme. Me apoyé en su pecho y comencé a llorar.

—No debía ser así —susurró sobre mi pelo—. Creo que sabía desde el principio que no debía ser así.

—Yo también tengo una misión que cumplir —dije.

Me alejó de él y permaneció a una distancia de un brazo.

—Dejad que os mire. No lloréis, Mélisande. Dejadme ver vuestra sonrisa por última vez. Ésa es la visión que me acompañará cuando se acerque mi hora final.

Giorgio le tiró de la manga.

—Se ven antorchas entre los árboles.

Ambos miramos hacia el lugar al que señalaba. El bosque centelleaba con el movimiento de cientos de luces.

Cuarta parte

La profecía de Nostradamus

La noche que abandonamos Valbonnes no le pregunté a Giorgio hacia donde nos dirigíamos. Él me ofreció su mano y yo me limité a agarrarme de ella y seguirle confiada por aquella ciénaga apestosa.

No era muy extensa, pero tardamos varias horas en cruzarla. Giorgio tanteaba palmo a palmo el suelo con el bastón para encontrar un camino firme. Con el cielo despejado, se podía atisbar una luna resplandeciente, lo que era de gran utilidad, ya que no corríamos el riesgo de golpearnos contra algún pedrusco. Resultó una ruta larga y sinuosa, que a veces no nos dejaba otra opción que saltar por encima de las zonas pantanosas para poder llegar a una mata de hierba donde estar seguros. La enorme destreza de Giorgio me dejó perpleja.

—No estáis tan impedido como intentáis fingir —le dije en una de las ocasiones en que paramos a descansar.

Una mueca pícaro asomó en su rostro.

—Mis piernas y brazos no están tan coordinados como antes, pero es cierto que tengo más habilidad que la que pretendo hacer creer.

—¿Por qué queréis aparentar ser más débil de lo que en realidad sois?

—Es útil si sois espía. Me he dado cuenta de que la mayoría de la gente, al ver mis lesiones físicas, cree que mi mente también está afectada.

—Menuda subestimación —dije.

—Pero muy conveniente —contestó Giorgio—. Con una enfermedad como la mía, la gente no te ve como una amenaza. La percepción general es que el cuerpo y el cerebro son una misma cosa. Los pacientes de la botica me han revelado secretos y he escuchado conversaciones en las tabernas que nunca habría conocido si la gente pensara que mi ingenio no estaba tan dislocado como mis extremidades.

—¿Lo sabía el maestro Nostradamus? —le pregunté.

—Estoy seguro de que sí; de lo contrario, no habría confiado en mí para medir y mezclar sus medicamentos. Nunca hizo ningún comentario al respecto, pero me sometió a un estricto aprendizaje donde vigilaba y controlaba todo lo que hacía. Ambos éramos conscientes de que si yo no era preciso en mi trabajo, podría acabar con la vida de la mitad de las casas de nobles de Europa. Ahora continuemos con nuestro camino.

Giorgio se puso en pie y levantó el macuto que el señor Thierry le había

entregado.

—Las tropas del duque de Marcy no se acercarán a la ciénaga porque se cree que es infranqueable, y también por miedo a los espíritus malignos. Pero si amanece y ven dos siluetas moviéndose por el pantano, pueden enviar soldados para intentar cortarnos el paso. Quiero salir pronto de aquí para que antes del amanecer estemos protegidos por el lindero el bosque.

—¿Qué creéis que ocurrirá con el señor Thierry y el castillo de Valbonnes? —pregunté.

Giorgio se encogió de hombros y no contestó. Pero cuando el sol salió al día siguiente, ya no hubo necesidad de volver a preguntarle. Era fácil atisbar el destino que le esperaba a ese hermoso castillo y todo lo que contenía.

Habíamos llegado al final de la ciénaga y trepamos por una colina de densa vegetación. Cuando el sol alumbró la copa de los árboles, nos detuvimos para mirar atrás.

En la llanura que se extendía frente al castillo, había un ejército reunido con cañones y arietes.

—El castillo del señor Thierry no puede resistir un asedio de cañones por mucho tiempo —dije.

—Bastará para que podamos estar lejos antes de que caiga —contestó Giorgio—. Dejarme aprovechar el tiempo como a él le gustaría que lo hiciéramos; de esa forma, podré llevaros a la isla de Bressay cuanto antes.

Así que nos dirigíamos a la isla de Bressay. Debía haberme dado cuenta antes. ¿Adonde iríamos si no? ¿A qué otro lugar podríamos ir?

Mi corazón se estremeció al pensarlo. En cierto modo, estaría más cerca de Chantelle y de mi padre. Los dueños de las tierras me acogerían. Me preguntaba si tendrían alguna noticia de lo que había ocurrido recientemente y amenazaba su subsistencia.

Me alegré de que el clima fuera cálido, ya que durante el tiempo que tardamos en llegar a mi verdadero hogar no pasamos ni una sola noche bajo techo. Teníamos un macuto con comida y mantas que el señor Thierry nos había entregado. Giorgio evitó pasar por ciudades, granjas o cualquier tipo de asentamiento. En una ocasión que llovía mucho, ni siquiera accedió a que nos refugiáramos en un granero ubicado en una zona alejada.

—Es el tipo de lugares en que los hugonotes se reúnen para el culto —me dijo cuando le supliqué que permaneciéramos dentro hasta que escampara la tormenta—. Basta con que un viajero avisado o un granjero nos vea y lo comente en la siguiente posada para que un espía obtenga información sobre nuestro paradero.

—Ahora viajo haciéndome pasar por hombre —señalé—, y no me identificarían tan fácilmente.

—Pero a mí sí me reconocerían —dijo—. Los espías conocen a otros espías, y les sería fácil relacionar a un italiano cojo de Salon con dos personas que se esconden en su viaje de regreso desde Valbonnes.

Sus argumentos me convencieron y no quise protestar. Caminamos, descansamos y volvimos a caminar, y por el camino le conté a Giorgio toda mi vida, mi relación con la isla de Bressay y por qué el señor Thierry le había dado instrucciones de que me llevara allí.

—Creo que antes de que acabe el día podréis ver las tierras de vuestro padre.

Giorgio me dijo esto justo después del mediodía un día que atravesábamos un prado. Ascendimos por una colina poco empinada y justo delante de nosotros nos encontramos con un lago. En la orilla había pequeñas casas de madera donde vivían los pescadores y cerca de ellas había un paso elevado que llevaba a una isla. En ella, entre prados y huertos, había una casa grande con chimeneas altas que se reflejaba en las aguas tranquilas. Mi fatiga desapareció y empecé a correr.

Giorgio me persiguió gritando.

—¡Deteneos! —exclamó—. ¡Deteneos!

Me agarró por los brazos y me dirigió hacia unos arbustos.

—¿Es que no veis que la puerta de la casa está cerrada? ¿No veis que hay hombres armados custodiando la entrada al paso elevado?

Nos arrodillamos y, agazapados, nos acercamos para poder ver mejor lo que estaba pasando.

—¿Era costumbre de vuestro padre tener soldados patrullando sus lindes? —me preguntó Giorgio.

Negué con la cabeza.

—No lo creo.

Esperamos y continuamos observando lo que ocurría. Entonces un mensajero salió de la casa. Fue interrogado por los soldados, pero le dejaron pasar. Su ruta pasaba cerca del lugar en que estábamos escondidos y galopó lo suficientemente cerca para que pudiéramos ver los colores de su túnica.

Azul marino, dividido en cuatro partes con la flor de lis de Francia.

El blasón de armas del conde de Ferignay.

CAPÍTULO 55

Giorgio y yo corrimos hasta las faldas de la colina a través de una pequeña arboleda.

El boticario estaba muy agitado.

—Podría haber sido terrible.

Tenía el rostro pálido y estaba temblando.

Me sacudió el brazo.

—No volváis a hacer eso nunca más.

—Lo siento —contesté con un sollozo—. Lo siento.

Mis lágrimas eran sinceras. Estaba atemorizada, pero también lloraba porque sabía que no podría ir a la isla de Bressay, sentarme en la ventana del cuarto de la música o tocar en los jardines. Me entristecí al pensar en el destino que había corrido mi casa, abatida por los soldados del conde de Ferignay.

—No había pensado en que pudiera haber enviado soldados para reforzar su derecho a la propiedad.

—O incluso —comenzó a meditar Giorgio—, pudo haber pensado que si estabais viva, éste era el sitio adonde iríais y ha puesto hombres aquí para vigilaros.

—¿Qué podemos hacer ahora?

Giorgio se sentó sobre la hierba.

—Debemos reflexionar acerca de este contratiempo —dijo.

Mientras Giorgio evaluaba nuestra situación, permanecí bajo los árboles mirando fijamente hacia la isla de Bressay. Los recuerdos comenzaron a despertar en mi mente. La casa estaba siempre llena de luz y sonidos gloriosos. Su posición en la isla, rodeada por el lago de aguas cristalinas, hacía que la luz entrara por la ventana desde el alba hasta el atardecer.

Me giré y miré fijamente hacia la colina que se encontraba a nuestras espaldas. Desde la ventana de mi cuarto habría podido ver la cima.

La colina de las piedras alzadas.

Desde que me levantaba por la mañana hasta que me iba a la cama por la noche, miraba con fascinación el círculo y el enorme memorial que se erigía dentro de él. Cada día veía la salida y la puesta de sol sobre las piedras. Y, en el verano de mi noveno cumpleaños, fui una noche a la cima de la colina.

—¿Qué día es hoy? —pregunté a Giorgio.

—Estamos a finales de junio —respondió—. No sé decirlos el día exacto.

Prestadme atención, Mélisande. Conozco un lugar donde tengo algunos contactos y estaríais segura allí, pero correréis ciertos peligros y...

No le estaba escuchando. Había empezado a alejarme por la pendiente de la colina.

Se levantó y vino detrás de mí.

—¿Adonde vais?

—Debo ver el círculo de piedras —le dije.

—No hay tiempo —replicó Giorgio—. Debemos alejarnos de este lugar antes de que transcurra otro día.

Negué con la cabeza y continué andando.

—Primero debo ver las piedras.

No tenía ni idea de por qué decía eso. Cuando vio que no podía disuadirme, Giorgio me pidió que ascendiéramos por la otra ladera para que los vigilantes de la casa no pudieran divisarnos. Echó un vistazo a su alrededor, pero me siguió por la colina hasta que ambos nos encontramos junto al monumento, dentro del círculo de monolitos gigantes.

Giorgio estaba inquieto y me rogó que nos fuéramos. Apenas le oí. Otro sonido tintineaba dentro de mi cabeza. El aire se movía a mi alrededor como si estuviera dentro de una catedral con las campanas repicando.

Tenía nueve años la última vez que estuve en este lugar... durante la noche de San Juan.

Ya me había metido en la cama, pero me había vuelto a levantar. Al tratarse del día más largo del año, todavía se veía un poco de luz en el cielo.

El sol, sentado en el horizonte, extendía sus largos dedos de luz sobre la tierra. Me levanté de la cama y caminé desde mi casa, subiendo por la colina de las piedras antiguas como si viviera un sueño. Cuando llegué arriba, un rayo rojo de luz solar se reflejaba en la losa de una enorme piedra, alrededor de la cual se había levantado el monumento. Seguí el rayo de luz y puse mi mano sobre el punto donde descansaba la piedra.

La piedra giró y accedí a una cámara secreta...

La puerta se cerró detrás de mí, pero no sentí miedo.

No estaba totalmente oscuro. A ambos lados de la puerta había suficiente espacio para dejar entrar un poco de luz que iluminara las paredes que me rodeaban.

Una cuña de luz dorada resbalaba por la pared más alejada y, cuando se movió, la superficie apareció ante mí. Me estiré y toqué con los dedos las líneas allí inscritas, los surcos grabados por la piedra en la piedra.

Entonces escuché cómo Chantelle me llamaba a gritos y también oí la voz de mi padre, apagada por el desasosiego. Me giré y empujé la piedra. La ménsula estaba tan bien equilibrada que, aún transcurridos más de mil años, se abrió con facilidad;

Aparecí detrás de mi padre y mi hermana. Pensaron que había andado sonámbula y, por la mañana, yo creí que todo había sido un extraño sueño que pronto olvidé.

Ahora estaba allí con Giorgio a mi lado. Levanté la mano hasta el cuello de la capa. No me había dado cuenta de la profundidad con la que se había quedado grabado en mi mente aquella silueta. Era el mismo diseño que había dibujado y utilizado como plantilla para coser y bordar mi capa.

Y también...

¡*Nostradamus!*

Sus visiones de la masacre de París habían comenzado en el año de mi noveno cumpleaños.

«*Cuando llegue el solsticio de verano*».

Las cifras de mi noveno cumpleaños, 1563, sumaban 15. El año de mi nacimiento, 1554, sumaba 15. El año de su predicción de la catástrofe de Francia, 1572, sumaba 15.

Pensé en los papeles que estaban ocultos en el dobladillo de mi capa de viaje y me la ceñí alrededor de los hombros.

Giorgio interpretó mi movimiento como sacado de algún tipo de ensoñación.

—Ahora que ya habéis visto el círculo de piedras —dijo—, ¿podemos irnos?

—Giorgio —contesté—, aquí hay algo para mí y debo esperar hasta encontrarlo.

—Escuchadme —dijo—. ¿No recordáis que dos días después de partir de Valbonnes nos encontrábamos en la ladera de una montaña y vimos enormes columnas de humo en el cielo? Creo que era un claro indicio de que el castillo había caído. Con mi cuerpo roto no puedo viajar más rápido y vos apenas tenéis la resistencia de una muchacha. Los espías que nos estén siguiendo la pista estarán armados y serán jinetes experimentados con caballos robustos, comida y provisiones. Aunque tome las máximas precauciones, nos perseguirán de igual manera.

»Mientras viváis, la vida del duque de Marcy y su posición estarán amenazadas. El noble mantendrá vivo al menos a uno de los moradores del castillo hasta que se confirmara que una chica con vuestros rasgos había llegado a Valbonnes en la época del fallecimiento del maestro Nostradamus. Descubrirá que la misma chica desapareció justo antes de que cayera el castillo. Entonces desplegará a sus hombres en un círculo cada vez más amplio para buscaros y mataros.

—Ningún sirviente del señor Thierry le traicionará, ni por todo el dinero del mundo.

—No, por dinero no —reconoció Giorgio—. Pero hay formas de persuadir más poderosas que el dinero. Yo sufrí el *strappado*, reconocido como el método más civilizado de tortura. Después de unas pocas sesiones, le hubiera contado todo a mis

interrogadores sin que tuvieran que preguntarme más. Creedme, cuando calientan las tenazas en el horno y preparan los instrumentos de tortura ante vos, y oléis la carne ardiendo y escucháis los gritos de otros prisioneros siendo interrogados, contáis todo lo que sabéis.

Me estremecí. El señor Thierry moriría como un valiente, pero pensé en la vieja niñera, Marianne, con la esperanza de que hubiera tenido una muerte clemente.

—Preferiría que mi nombre no figurara en esa lista de invitados —dijo Giorgio—. Por ese motivo es por lo que debemos darnos prisa.

—Me preocupa haber llevado la desgracia a la gente que ha intentado ayudarme —le dije—. Pero por ese mismo motivo, tenemos que esperar un poco más en este lugar. De lo contrario, habrán muerto en vano.

Me dio la razón, ya que no podía hacer nada más.

Aunque no estaba tan impedido como había aparentado en el pasado, no se encontraba lo suficientemente bien como para obligarme a ir a algún lugar en contra de mi voluntad.

—Hoy es San Juan —dije, mientras él se sentaba sobre la hierba.

—Si vos lo decís —me respondió—, no tengo motivos para dudarlo.

—¿Así que ahora estamos en el solsticio de verano?

—Sí. Una fecha importante.

El boticario echó un vistazo a las piedras. Me senté a su lado, y él estudió mi rostro con interés.

—No entiendo a qué os referís cuando decís que esa gente habrá muerto en vano.

Entonces estuve a punto de contarle lo de los documentos que Nostradamus me había confiado. Me vi tentada a compartir con él los secretos de mi misión. Sólo la promesa que le hice al profeta lo evitó.

—Esperaremos —dije—. Aunque no se qué es lo que estamos esperando.

Comimos algunas viandas mientras el sol comenzaba a descender. Entonces, de repente, Giorgio levantó la cabeza y dijo:

—¿Lo estáis escuchando?

Intenté escuchar, pero negué con la cabeza. Los largos rayos de sol inclinados descendían a través del cielo desde el oeste. Avanzaban lentamente por la tierra antes de llegar a nosotros.

—Los pájaros no trinan —dijo Giorgio.

Era cierto. El gorjeo de los pájaros había cesado conforme las sombras invadían la hierba. Una nube pasó por delante del sol y ambos sentimos un escalofrío.

Giorgio se puso en pie y se dirigió hacia el borde de la colina. Se arrodilló y se recostó en la hierba sobre su estómago para ver la isla de Bressay.

—Todo parece normal —dijo por encima del hombro.

Su voz me llegó como si estuviera muy lejos. Como por frívolo capricho, me

había puesto a contar el número de piedras.

15.

El número que había estado estudiando Nostradamus.

Tres veces *cinco*.

15.

Las nubes se separaron. En el cielo apareció una línea roja de luz brillante. Fue a alumbrar la piedra central del monumento.

Me levanté. Giorgio estaba vigilando y me daba la espalda.

Caminé hacia adelante. Toqué la piedra. Se abrió y accedí a la cámara.

CAPÍTULO 56

La cámara estaba llena de luz rosada que la hacía vibrar de energía.

Ahora que tenía dieciséis años, era mucho más alta que cuando tenía nueve, y podía ver y alcanzar los rincones más lejanos. El complejo dibujo inscrito en las paredes latía lleno de vida. Era el diseño que había visto en la cueva de los Caballeros Templarios. Los círculos entrelazados.

Las líneas retorcidas y enrolladas fluían unas en otras, las elipses inclinadas se cruzaban una y otra vez como una serpiente que se enrosca.

Estiré ambos brazos intentando comprenderlo, abarcarlo y memorizarlo, y atraerlo hacia mi interior.

Sentí cómo mi cabeza flotaba, y me hundí en la tierra.

El dibujo era una fuerza de la vida.

Se introducía en mi cabeza. Y en los caballeros reunidos en uno de los círculos.

Cada uno de ellos vestía un gabán completamente blanco adornado con una gran cruz roja en el pecho.

Uno a uno fueron dando un paso adelante y, al hacerlo, cada uno desenvainaba su espada y besaba la hoja.

Entonces hablaron, y sus voces retumbaron como el trueno de una tormenta de verano sobre la montaña.

—Déjenme ser juzgado, no por el daño que he cometido, sino por el bien que he pretendido hacer.

El señor Thierry era el más joven de ellos. Tenía el rostro iluminado desde el interior, y su espíritu deslumbraba tanto que cuando avanzó, me costó reconocerlo. Con manos firmes, él también juró el voto de lealtad y justicia.

—La peste se extiende por la tierra.

—El profeta nos ha mostrado el camino.

—Él ha muerto. Su tiempo en la tierra se ha agotado.

—Otro deberá proteger la profecía.

Entonces sus voces empezaron a solaparse, formando un clamor. Y el estruendo era el sonido de miles de badajos de madera, a lo cual no podía encontrar explicación. Así que me tapé las orejas con las manos y presioné fuertemente a cada lado de mi cabeza para evitar volverme loca.

El olor a flor de artemisa me hizo recobrar el sentido. Abrí los ojos en medio de una oscuridad total y la suave esencia del ramillete de novia de Chantelle se apoderó del ambiente cerrado. Me levanté. Me acerqué hacia la puerta a tientas y salí al exterior.

El sol estaba justo bajo el horizonte, al oeste.

¿Dónde estaba Giorgio?

Sobre mí, el palio era un paño de terciopelo de medianoche salpicado de luz palpitante.

Giorgio todavía estaba recostado sobre la hierba. Estaba dormido tan profundamente que tuve que despertarlo a empujones.

—Voy a partir —le dije.

Se llevó el dedo a los labios.

—Hablad bajo —susurró—. Podrían oírlos.

Mientras recogíamos nuestras cosas, pudimos oír las voces de los centinelas y después el llanto de un niño desde una de las casas de los pescadores.

Utilizando las estrellas como guía, nos dirigimos hacia el sur.

—Sólo tenemos unas pocas horas de oscuridad antes de que vuelva a salir el sol —susurró Giorgio—. Creo que deberíamos escondernos durante el día.

Así estuvimos viajando aproximadamente una semana.

Giorgio no se movía en todo el día. Como el clima nos era propicio, no había problema en andar durante la noche y escondernos durante el día.

En la tarde del decimoquinto día, Giorgio señaló una sierra de montañas rocosas a lo lejos y dijo:

—Con un poco de suerte, en la otra vertiente estaremos seguros.

Me aventuré a preguntarle:

—¿Dónde? ¿Adonde me habéis llevado?

—Al único lugar en el que creo que podemos encontrar refugio —contestó—. El reino de Navarra.

CAPÍTULO 57

Era evidente que habíamos llegado a una ciudad bajo el poder de los hugonotes. La mayor parte de los habitantes lucía vestimentas de tonalidad oscura, mitigadas con toquillas y cuellos blancos.

—Estamos tan sucios y cubiertos de polvo —comentó Giorgio—, que ni los protestantes conservadores pensarían que nuestros ropajes fueran poco discretos.

El boticario me lanzó una mirada crítica.

—Creo que es mejor que estemos limpios si queremos buscar trabajo en algún sitio.

Me dejó sentada al lado de una fuente durante una hora y volvió con un par de pantalones oscuros prácticamente nuevos y una túnica de mi talla. También había comprado una chaqueta de paño azul con un cuello y unos puños muy sencillos, así como un gorro azul con un ribete de cuerda rojo oscuro. Del macuto extrajo su abrigo negro, típico de los médicos, con el sombrero cuadrado a juego, y se lo puso.

—Me será difícil ganarme la vida en una ciudad protestante si no aprueban la música u otras formas de entretenimiento —dije tras terminar de cambiarme de ropa.

—Eso es una falacia que han hecho circular sus enemigos —replicó Giorgio—. La reina de Navarra, Juana de Albret, es una intérprete consumada, y le encantan los conciertos y las celebraciones musicales. Lo que no gustó a la corte francesa fueron sus formas frívolas y sus acciones escandalosas.

—¿Sabéis de alguien en la corte de Navarra que pudiera darnos empleo? —le pregunté.

—Había un magistrado en esta ciudad que fue a Salon hace cuatro años y me pidió una poción para ayudar a su mujer a concebir un hijo. Estaba desesperado, llevaban casados durante mucho tiempo y ella no le había dado un heredero.

—¿Y les sirvió vuestra medicina?

Giorgio sonrió.

—Tanto que el año pasado, tras nacer su tercera pareja de gemelos, volvió y me pidió que le preparara un antídoto. Espero que recuerde al virtuoso médico que le ayudó a tener cuatro hijos fuertes y dos hijas preciosas.

Buscamos la casa del magistrado al que Giorgio había ayudado. Cuando Giorgio informó de su identidad al criado que estaba en la puerta, su esposa fue a darle la bienvenida.

—Mi esposo se encuentra de viaje en La Rochelle, pero sé que estará encantado de veros cuando regrese. Mientras tanto, me gustaría poder agradeceréoslo en persona, mi buen doctor Giorgio. Antes de tomar su medicamento, tenía miedo de que mi marido anulara el matrimonio por ser estéril.

—Me alegro de que todo os vaya bien a vos y a vuestra familia —dijo Giorgio—. Seré breve. Os habréis enterado de que el maestro Nostradamus ha muerto. Su esposa se ha hecho cargo del negocio, así que he decidido buscar otro empleo. Si es posible, agradecería que su esposo redactara una recomendación adecuada para mí. Y —dijo señalándome—, éste es mi joven sobrino, mi asistente, que también tiene talento como músico.

—Habéis venido en el momento perfecto —dijo la esposa del magistrado—. Si estáis dispuesto a viajar, el jefe de la casa real está concediendo entrevistas para su viaje a París.

—¿La corte de Navarra va a ir a París? —preguntó Giorgio asombrado. Me miró fijamente. Las últimas noticias que habíamos tenido en Salon eran que la reina Juana de Navarra había declarado que ella y su hijo no volverían a pisar suelo francés nunca más.

—Pensaba que las disputas religiosas habían hecho que fuera más seguro para los hugonotes de Navarra permanecer dentro de las fronteras del país.

—Probablemente siga siendo así —dijo la esposa del magistrado doblando los brazos y apoyándose sobre la puerta al percatarse de que no nos habíamos enterado de las últimas noticias y que sería ella la persona que nos informaría—. El rey de Francia ha declarado un pacto, con casi toda probabilidad ideado —añadió—, por ese gusano italiano que dice ser su madre.

Al decir esto, no pareció pensar que Giorgio, que era italiano, pudiera sentirse ofendido por el comentario.

—La reina regente, Catalina, es una verdadera Medici —respondió Giorgio con cautela.

Cuando la esposa del magistrado se tomó este comentario como una reafirmación de su propia opinión y siguió chismorreando, me percaté de lo efectivo que era Giorgio recabando información.

—Este pacto, el Tratado de Saint Germain, va a traer la paz a ambos bandos. Y para sellarla adecuadamente...

La esposa del magistrado contuvo la respiración para saborear el momento de ofrecer la noticia más emocionante y entonces exclamó:

—... ¡se va a celebrar una boda real!

—¿Una boda? —el asombro se reflejó en los ojos de Giorgio—. ¿Quién va a contraer matrimonio?

—Nuestro príncipe Enrique de Navarra va a celebrar sus nupcias con la princesa

Margot, hija del rey Carlos de Francia.

La noticia pareció desconcertar a Giorgio.

—¿Cómo? —exclamó.

La esposa del magistrado parecía complacida con su reacción.

—¿Me estáis diciendo que el príncipe Enrique y su madre, la reina de Navarra, han consentido viajar a París para la ceremonia? —dijo Giorgio.

—Aún no. Pero el hugonote más ilustre de Francia, el almirante Gaspard Coligny, que es miembro del Consejo de Estado de Francia, va a negociar las condiciones. Mi esposo dice que es un hombre con ingenio y que logrará sus objetivos. Ambas partes saben que si no se llega a un acuerdo, Inglaterra y España comenzarán a invadir las tierras de Navarra y Francia mientras nosotros nos destruimos desde dentro. Dice que es la única verdad que tanto protestantes como católicos aceptan.

—También debe tener como fin el refuerzo de la propia reivindicación de Navarra al trono de Francia —dijo Giorgio dándole vueltas a tan crucial acontecimiento mientras regresábamos a las habitaciones que habíamos alquilado.

—El príncipe Enrique nunca podrá ser el rey de Francia —dije—. El rey Carlos se casará y tendrá descendencia. Además, ya tiene otros dos hermanos.

—Cuando se celebra un matrimonio real, la partida es larga y dura toda una vida —dijo Giorgio misteriosamente.

La boda que se había planteado era el principal tema de conversación en la posada donde cenamos aquella noche.

—Coligny debe estar loco para andar en ese nido de víboras —dijo Giorgio.

Mi impresión personal de Gaspard Coligny era la de un hombre con una notable diplomacia y formas cortesananas, que habría utilizado para lograr sus objetivos.

—¿Busca quizá una forma de detener las disputas religiosas? Debería saber que, siendo una Medici, Catalina, la reina regente de Francia, no cederá fácilmente. Ya ha tenido que ser un golpe bajo que los hugonotes controlen La Rochelle y otras ciudades en territorio francés.

Al igual que la esposa del magistrado, el posadero estaba dispuesto a compartir su información con cualquiera que escuchase. Nos contó que el reciente acuerdo permitiría a los hugonotes el mismo acceso a hospitales, escuelas y universidades que a los católicos.

—Nos lo pintan como si fuera un privilegio, cuando es nuestro derecho —se quejó.

—Y ahí lo tienes —comentó Giorgio mientras el posadero se retiraba tras traernos los platos de la cena—, Catalina de Medici intenta apaciguar a ambas partes y fastidia a las dos al mismo tiempo. Otro hombre me ha contado que la familia de Guisa está fomentando otra vez la rebelión, oponiéndose cruelmente a pagar compensaciones por las tierras y los bienes incautados en la última guerra, como ordenó el rey.

Cogió la cuchara y empezó a comer.

—Seguramente el príncipe de Navarra no sería tan imprudente como para aceptar esta propuesta.

Recordé la impresión que tenía del joven príncipe Enrique. Sus proezas en la caza, sus formas duras pero cautivadoras, y cómo la princesa Margot había corrido para abrazarle cuando se despidieron. Ella era una niña entonces. Ahora era una mujer. ¿Seguiría manteniendo su afecto por él? ¿O habría cambiado en contra de su voluntad para traer la reconciliación a las facciones opuestas?

CAPÍTULO 58

Por Navidad, Giorgio y yo entramos en la corte real de Navarra.

La gratitud del magistrado por formar una familia sana en tan poco tiempo le impulsó a utilizar todos sus contactos para asegurarnos una plaza a ambos. Giorgio fue nombrado médico boticario, conmigo como asistente y músico ocasional en la galería de los juglares. Nos dieron alojamiento en habitaciones pequeñas, separadas pero contiguas, dos de las muchas unidades que componían el dormitorio largo, que fueron llenando rápidamente mientras la corte de Navarra comenzaba los preparativos para el inminente viaje a Francia.

Y, en mitad de esto, llegaron noticias de Provenza de que el castillo de Valbonnes había caído y que el señor Thierry había muerto defendiendo sus dominios. Yo sabía que había sido su espíritu lo que había visto en el monumento de las piedras alzadas ubicado en la colina desde la que se divisaba la isla de Bressay. Pero me apené cuando Giorgio me dio la noticia, y también los hugonotes se entristecieron ya que consideraban al señor Thierry un justo soberano de sus tierras. Ahora habría disturbios en la región hasta que el rey nombrara a un nuevo señor feudal, ya que el duque de Marcy también había sido asesinado en la batalla.

Giorgio me instó a que me reconfortara en el hecho de que Marcy no me volvería a perseguir. Y de hecho así lo sentía, pero era mayor la tristeza que padecía por la muerte del hombre que me había querido fielmente y había dado la vida por mí, y me permitiría ir a París para ver a mi padre y cumplir la profecía de Nostradamus.

Desde mi visión en San Juan entre las piedras alzadas, estaba más convencida de lo cierto de los presagios de Nostradamus y del papel que debía desempeñar en ellos. No entendía qué era lo que tenía que hacer, pero el destino me había llevado a Navarra y ahora era parte de la corte que acompañaría al príncipe Enrique a París para su boda con la princesa Margot.

Aunque durante todo el año siguiente Gaspard Coligny envió misivas desde Francia informando sobre las demoras de los contratos matrimoniales, las discusiones sobre el tipo de servicio religioso aceptable para todas las partes, el desacuerdo en el contenido de la dote de la novia y la falta de concesiones garantizadas para ambas partes, nadie dudaba de que las nupcias tendrían lugar.

Se decía que la princesa Margot no era feliz, ya que esperaba un novio más refinado. Había rumores de que se había enamorado del joven duque de Guisa y que

había empezado una relación con él, y que a su madre, al enterarse, le había dado un ataque de furia.

Catalina de Medici había acudido al dormitorio de Margot y, tras quitarle el camisón, la había golpeado y abofeteado repetidamente, arrancándole mechones de pelo de la cabeza. Recordé la carita triste de la princesa Margot, sentada aquella noche en los aposentos del rey en el Palacio de Cherboucy, mientras que la reina regente, Catalina, reprendía a su hija. La princesa Margot pudo protestar, pero no le quedaba otra opción.

Otro recuerdo de aquella noche me vino a la mente: el del espejo encima del aparador, el dibujo del marco, la fluidez de la superficie y cómo se había ondulado para detenerse por completo después. Y, entonces, un reflejo vivido apareció ante mis ojos: el niño y el leopardo.

Melchior y Paladín.

¿Los habría devuelto el rey Carlos al príncipe de Navarra? En nuestros primeros seis meses en la corte, no vimos al joven príncipe Enrique de Navarra. Pasaba el tiempo con su madre, que le enseñaba los entresijos de la política y le trataba de inculcar buenas maneras para que no pareciese un muchacho vulgar. La reina Juana estaba intentando completar esta tarea antes de dirigirse a Francia, para que los modales de Enrique no le deshonrasen entre los cortesanos franceses.

Pero la pasión de su hijo era la caza, y a la mínima oportunidad iba a una de sus muchos refugios de cazadores. Su objetivo era capturar a un oso enorme que había matado a varios pastores de la colina y que estaba causando graves daños en los pueblos de la montaña. Enrique utilizaba esto como excusa ante su madre, diciendo que necesitaba perseguir y encontrar a la bestia, ya que su deber como príncipe era proteger a su pueblo. Cuando el oso fue finalmente avistado, ordenó al jefe de caza llamar al séquito real para reunirse. Miré de nuevo por una ventana del palacio y observé a los hombres, a los caballos y a los perros reunidos, y a un muchacho que conducía a un leopardo al patio.

Pero Melchior ya no era un muchacho. Era un hombre. Estaba debajo de mí y el corazón me latió cada vez rápido cuando observé su pelo oscuro desgreñado, su pecho bajo el chaleco de cuero y sus piernas robustas que lucían pantalones negros y botas largas. Los brazos le caían a ambos lados del cuerpo. En uno de ellos llevaba la cadena enrollada enganchada al cuello del leopardo.

Paladín parecía más grande, más musculado, más peligroso.

Miré hacia las distantes montañas en las que pensaban cazar. Allí había nacido Melchior, y había jurado que un día volvería para que Paladín pudiera correr libremente.

El séquito de caza estaba convocado, las armas afiladas y preparadas, y los animales entrenados y estabulados en los edificios circundantes. Solo era necesaria la

presencia del príncipe Enrique para conducirla. Se había retrasado, ya que había ido a Eaux-Chaudes a despedirse de su madre, que partía antes a París, ya que viajaría a menor velocidad.

Mientras esperábamos al príncipe, ayudé a Giorgio con su trabajo. Estaba en plena competencia por la clientela, porque había otros doctores y boticarios en la corte. Giorgio había traído con él desde Salon una bolsa de instrumentos y platos, y ahora utilizaba algo del dinero del señor Thierry, que iba decreciendo, para comprar hierbas y polvos. Yo le ayudaba a mezclar y preparar sus remedios más populares. Pronto se corrió la voz, con ayuda de la chismosa esposa del magistrado, y comenzamos a hacer una fortuna suficiente para vivir.

Yo también me había presentado con mi mandolina al maestro de música de la reina. Para empezar, estaba poco dispuesto a dejar que un chico desconocido formara parte de su banda de músicos. Pero mostré mi talento rasgueando acordes de acompañamiento en su canto diario de los salmos. Cuando el príncipe Enrique llegó para conducir la caza, se me había asignado un lugar en la galería de los juglares, que estaba ubicada a mitad del muro a un lado del salón principal.

La cena del príncipe Enrique no fue la comida formal sosegada que normalmente tenía lugar cuando su madre estaba presente. El joven príncipe era menos estricto con sus deberes religiosos y más permisivo en todos los aspectos.

Sus perros favoritos podían entrar en la habitación mientras comía, al contrario que su madre, que los hubiera dejado atados en la puerta. Durante la cena, el príncipe Enrique se mantuvo estirado en la silla, mascando una brocheta de carne. Uno de sus perros de caza hoció la cabeza contra su regazo e intentó colocarse en él.

El príncipe gruñó y le pegó. El perro se levantó, colocó las patas en su pecho y le lamió la cara con la lengua. Enrique le permitió babear el hueso y le separó un trozo de carne. Tomó otro bocado antes de devolverlo al suelo, donde el resto de los perros saltaban sobre el otro perro, ladrando.

Pensé en la meticulosidad de los franceses y, en particular, en la afición de la princesa Margot a los baños, y determiné que ese tipo de comportamiento le causaría repulsa.

No era la única persona que pensaba en el próximo encuentro con los franceses.

El príncipe era un tipo popular entre sus hombres, sus asistentes y sus amigos. Tenía un gran sentido del humor y le gustaba gastar bromas. Esa noche, él estaba de humor, y sus carcajadas eran incesantes por la celebración, la mañana siguiente, de un buen día de caza. Se hizo evidente, sin embargo, que sus acompañantes estaban preocupados por su salud.

Cuando uno de ellos comentó que cazar a un oso era más arriesgado que a un ciervo o a un jabalí, el amigo íntimo del príncipe Enrique, Denis Durac, dijo en broma:

—Para nuestro príncipe es más seguro estar en los Pirineos que en París.

—Callad, Denis —le reprendió el príncipe Enrique—. La reina regente, Catalina de Medici, ha asegurado a mi madre que no correremos peligro. Gaspard Coligny me escribió para decirme que el rey Carlos ahora lo trata como a un padre venerado.

—La promesa de un Medici no me da confianza —replicó Denis Durac—. Creo que necesitaréis más seguridad que la palabra de esa mentirosa.

—Estaré bien protegido. —Dijo el príncipe Enrique entre risas—. Me llevaré al leopardo conmigo —declaró, y levantó la mano para realizar una petición a los sirvientes—. Traédmelo aquí.

Desde mi lugar en la galería, pude ver a Melchior y a Paladín entrar en la habitación y colocarse junto a la silla del príncipe Enrique. Los vi desde debajo del ala de mi sombrero. El animal levantó la cabeza como para oler el viento. ¿Reconocería mi perfume incluso desde tan lejos? Melchior se inclinó y rascó a Paladín detrás de la oreja. Después se estiró y miró a su alrededor para ver qué era lo que había despertado el interés del animal.

Los perros huyeron al fondo de la sala. Había algunos pájaros de presa en sus soportes, dos halcones y un gavián, que graznaban y agitaban sus plumas por la presencia del leopardo, y que habrían salido volando si no hubieran estado atados.

Aparté la mirada.

Tocamos durante la cena hasta que prácticamente acabamos el repertorio. El resto de músicos se fueron, unos a descansar o a comer o beber algo, y otros a flirtear con las mujeres. Toda la corte se aprovechó de la ausencia de la reina Juana. El maestro de música de la reina había bebido mucho vino y estaba cansado, pero no nos había dado permiso para retirarnos.

—Escuchad, muchacho —bostezó mientras hurgaba en su caja para encontrar otra pieza musical—. Si podéis emitir un sonido decente con ese instrumento, tocad una melodía para ocupar el tiempo.

Apoyé mi cabeza sobre la mandolina.

Empecé a tocar.

*«Paladín, portas un nombre de gran nobleza,
orgullosa príncipe de sangre real.
Prisionero de otros, sin embargo,
tu espíritu es indómito como el mar».*

Toqué solo cinco notas. Melchior levantó la cabeza. El leopardo se irguió. De su garganta salió un pequeño gruñido.

Melchior colocó su mano en el collar de Paladín. Con movimientos lentos, casi imperceptibles, los ojos de Melchior empezaron a examinar la habitación. El leopardo

sacudió la cola y también miró a su alrededor.

*«Expedito hijo de una poderosa raza,
tus conquistas se rinden ante tu majestad».*

Vi a Melchior decir algo y Paladín se recostó apoyándose en sus caderas. Pero su cabeza permanecía erguida, con el cuerpo preparado para la acción. Igual que Melchior.

Casi había terminado la canción cuando me descubrió.

*«Sombra silenciosa, veloz en la caza.
Tus cadenas se convertirán en libertad».*

Melchior miró fijamente pero sin expresividad alguna hacia la esquina de la galería de los juglares, donde me encontraba. Cuando terminé de tocar, inclinó la cabeza para esbozar el más discreto de los saludos.

Un cálido fulgor llenó mi corazón.

CAPÍTULO 59

En una semana, una partida de caza partiría para atrapar al oso.

El animal había devastado un grupo de pueblos situados a las afueras del bosque de Navarra, por lo que el jefe de caza del príncipe Enrique había organizado la cacería en esa zona. Conforme la partida real se iba aproximando al lugar de reunión, los habitantes de los pueblos comentaban que estaban aterrorizados por el oso, el más grande y salvaje que jamás habían visto. Decían que era enorme, y que tenía unas tremendas fauces con colmillos por los que resbalaba la sangre.

—Parece ser que la fuerza y las gestas de este oso aumentan cada vez que alguien las menciona —se mofó el príncipe Enrique la noche en que llegamos al refugio de caza en una colina al pie de la montaña.

—Parece que tuviera unas proporciones monstruosas —dijo preocupado su amigo, Denis Durac.

—Reconozco que en la exageración siempre suele haber algo de verdad —comentó con prudencia el príncipe Enrique—. Pero en un mismo día he escuchado a hombres decir que el oso tiene los ojos negros, otros que marrones, y otros que negros y marrones, o incluso, en una ocasión, que los tiene totalmente blancos —se rió—. Quizá los tenga de todos esos colores.

—No se puede negar que ha causado mucho daño —dijo Denis Durac.

—Sí —contestó el príncipe—, la madre con la que he hablado antes me ha conmovido profundamente.

Cuando nos dirigíamos hacia el último pueblo, el príncipe Enrique se detuvo al oír los gritos desgarradores de una mujer que lamentaba la pérdida de su hijo. Le dijeron que el oso había atrapado al pequeño cuando jugaba en el exterior de la cabaña familiar. Al oír los gritos de la madre, todo el pueblo había ido corriendo en su ayuda. Habían conseguido ahuyentar al oso con piedras y fuego, pero fue demasiado tarde como para poder salvar la vida del pequeño. Le trajeron al príncipe el cuerpo destrozado y desfigurado para que lo examinara. El príncipe Enrique pidió que le dieran dinero a la apenada mujer, que había corrido detrás de él mientras partía y se había agarrado a sus estribos y había besado sus pies.

Era evidente que el príncipe se sentía abochornado ante tal muestra de emoción. Pero frenó su caballo y, al verla arrodillada en el suelo, prometió traerle la cabeza del oso que le había arrebatado a su hijo.

—Ésa es la seña de un verdadero príncipe —murmuró Giorgio.

Me sorprendió su comentario, ya que no era muy común verle alabar a alguien, y además estaba muy malhumorado por tener que ir a la caza. Estaba atormentado por tener que aguantar las sacudidas del caballo. Habría preferido quedarse bajo el amparo del acogedor palacio real antes que tener que ir con la expedición por zonas agrestes. Me sentí un poco culpable por su malestar, ya que había sido yo quien le había animado a ir. Me había enterado de que buscaban un médico para la caza y le había preguntado a Giorgio si quería presentarse como voluntario para el puesto.

—¿Por qué tendría que hacer eso? —me había contestado Giorgio—. Preferiría quedarme en la corte y asistir a las damas, que pagan bien por mis remedios.

—No puede decirse que prescribir tinturas de agua para los desmayos de las mujeres en lugar de aconsejarles que se aprieten menos el corsé es realmente actuar como un médico.

—¡Mélisande! —se escandalizó—. Os he dicho antes que los médicos tienen que curar la mente y el espíritu, además del cuerpo. En cualquier caso, no me habéis explicado por qué creéis que tengo que ofrecer mis servicios esta vez.

—Os daría mucho prestigio, y el príncipe Enrique se percataría de ello —dije.

Giorgio entrecerró los ojos.

—¿Eso es todo? —me preguntó.

—Por supuesto —contesté—. Sólo deseo que prosperéis.

—Ahora me parece incluso más sospechoso —dijo Giorgio—. ¿Tenéis intención de acompañarme en esta expedición?

—Creo que necesitaríais a un asistente con habilidades farmacéuticas. Alguien que también pudiera tocar la mandolina si el príncipe Enrique necesitara entretenimiento musical.

Giorgio consideró la idea.

—Ir por la corte discretamente como vos, vestida como un chico, es relativamente fácil. Pero para la caza, cuando los hombres están, en constante contacto físico y están habituados a aliviarse donde y cuando les apetece, es otra cosa. Todos sus comportamientos os resultarían muy embarazosos.

—Os agradezco el consejo —le dije.

Ya me estaba acostumbrando a las formas descuidadas de los hombres. Había aprendido a apartar la vista, a beber con moderación y a controlar mis propios actos hasta que estuviera segura de tener intimidad.

—Me las arreglaré —le aseguré.

—Eso espero —dijo seriamente—. Si os descubrieran, seríais presa de los hombres más obscenos y yo no podría protegeros.

Pero podría contar con la protección de otro.

Cuando nos detuvimos en el refugio de caza, Giorgio y yo dispusimos nuestros

catres y los utensilios farmacéuticos en una tienda bajo los árboles. Le habían pedido que atendiera a uno de los hombres del príncipe. Yo me puse a desplegar las banquetas transportables y la mesa que habíamos traído, y a sacar hierbas, tinturas, y algunos instrumentos de cirugía y vendas por si le ocurría algo grave a los cazadores. Terminé y me senté en una banqueta, cogí mi mandolina y empecé a tocar. ¡Qué agradable era estar al aire libre otra vez! Los árboles murmuraban entre sí. La luna permanecía en lo más alto del cielo y los búhos ululaban.

Giorgio regresó y me informó de que, en ese momento, se sentía más desgraciado que nunca por estar alejado de las tareas más sencillas de la corte.

—Abrir con una lanceta un furúnculo en la espalda del ayuda de cámara del príncipe Enrique no es lo que concebía como mejorar mi estatus, que fue lo que me prometisteis —dijo.

Me di cuenta de que había algo de satisfacción en su voz y pregunté dulcemente si causar dolor a otro aliviaba su propio malestar.

Estaba a punto de responder cuando apareció la sombra de un hombre en la puerta de la cabaña.

—Estoy buscando un unguento.

Se me aceleró el pulso.

Giorgio estiró sus manos hacia las medicinas de forma apacible.

—Tengo muchos unguentos. ¿Estáis buscando alguno en particular?

—Uno en concreto —le contestó Melchior—. Es de árnica con flores de borraja.

Giorgio negó con la cabeza.

—No preparo ningún remedio con esos ingredientes.

—Quizá su asistente haya oído hablar de él.

—No creo... —comenzó a responder Giorgio.

Me levanté y me acerqué a la puerta de la tienda. Melchior sostenía el pequeño plato que le había dado unos años atrás en Cherboucy.

—Conozco la receta —le dije a Giorgio.

El boticario inclinó la cabeza a un lado. Me miró, luego miró a Melchior, y me volvió a mirar. Entonces dijo:

—Creo que voy a ir al lugar donde se sirve la cena.

Melchior y yo le miramos mientras se desenrollaba las mangas, se abrochaba los puños de la camisa, y se ponía el abrigo y el sombrero. Miró fijamente a Melchior antes de marcharse.

—Espero que mi asistente se reúna conmigo dentro de diez minutos —dijo con voz alta y clara.

Melchior le devolvió la mirada a Giorgio.

Ambos sabían que si Melchior le desobedecía, no podría hacer nada.

Cuando Giorgio se marchó, me inundó la timidez. Incliné la cabeza y me senté de

nuevo en la banqueta. Melchior se acercó y se arrodilló ante mí. Su cara estaba al mismo nivel que la mía. Le miré a los ojos y me sentí ahogada en su profundidad.

Melchior extendió las manos y tomó las mías.

—Mélisande —dijo—. Decidme cómo os ha ido desde la última vez que os vi.

CAPÍTULO 60

El día anterior al comienzo de la cacería, el príncipe Enrique pidió consejo a sus hombres.

Llamó a Melchior y habló con él cordialmente. Observé cómo el príncipe escuchaba y discutía acerca del despliegue de los animales de caza, los caballos y los hombres. Su auténtica ambición era librar a su pueblo de la amenaza que los aterrorizaba, pero sentía inquietud por la seguridad y bienestar de los cazadores.

Nos adentramos en los Pirineos siguiendo la ruta que nos mostraba un pastor local. El hombre se arrodilló ante el príncipe de la misma forma que aquella mujer, desconsolada, había hecho el día anterior.

Agradeció al príncipe Enrique que hubiera venido en su ayuda. Y le explicó que su vida corría peligro. Tres de sus ovejas habían muerto y el resto de la manada se dispersó espantada.

Nos adentramos más en las montañas. Ahora el terreno era rocoso y salpicado de árboles en las laderas. En un lugar como ése habían nacido Melchior y el leopardo, Paladín. Algún comerciante o noble habría traído a una hembra de leopardo a esta tierra y se habría escapado para vivir en el bosque. La fiera debía haberse quedado embarazada antes de salir de África, donde había sido capturada.

A mediodía, paramos para comer. Los hombres recogieron su comida de forma desordenada. El príncipe Enrique se sentó entre ellos. En comparación con las burdas formas que a veces manifestaba en ausencia de mujeres, su conversación no fue grosera.

Hablaron de política, del destino del ser humano y de la influencia de Dios y la Iglesia. El príncipe rechazó condenar a un hombre por sus creencias. Habíamos pasado al lado de un altar al borde del camino dedicado a la Virgen María y el pastor guía se había adelantado para colocarle unas flores. Entonces, al acordarse de quién le acompañaba, se había girado repentinamente, atemorizado. Pero el príncipe Enrique había ordenado a su caballo que siguiera, manteniendo su mirada firme en el camino.

Volvimos a montar y continuamos con el rastreo. El viento soplaba desde nuestras espaldas y llevaba nuestro olor hacia delante, lo que nos impedía detectar a nuestra presa. Giorgio y yo íbamos en la parte de atrás del grupo, ya que nuestros caballos llevaban las cajas de medicinas e instrumentos, pero la partida era reducida y podíamos ver por delante de nosotros con claridad.

El pastor nos mostró el lugar donde habían matado a su oveja unos días antes.

—Dejen que el leopardo huelga sangre fresca —ordenó el príncipe Enrique.

Melchior arrastró a Paladín y le quitó el bozal de la boca. El animal estaba inquieto, con las orejas aplanadas por la brisa inclemente de la montaña. Melchior le quitó la cadena. Y él, a pesar del frío que impregnaba el aire, se quitó la camisa.

Reveló de nuevo el dibujo retorcido en colores ocres y violetas pintado en su espalda.

Mis sentidos se fueron alterando. De la misma forma que mi mente y mi cuerpo.

Me di cuenta de que Giorgio me estaba mirando. Se dio la vuelta pero no antes de que me percatara de su mirada de inquietud.

De repente, sin avisar, el oso atacó.

Saltó desde las rocas de la montaña y cayó en la montura de Denis Durac. Por el peso del oso y la tremenda fuerza del ataque, el caballo y el jinete cayeron al suelo. El ataque del oso desgarró el hombro del caballo hasta el hueso.

Sin esperar órdenes, el leopardo comenzó su propia venganza. El oso se levantó. Con una barrida de su enorme pata abofeteó al leopardo. Paladín voló por los aires y cayó con todo su peso en la tierra, dando vueltas y vueltas por la ladera de la montaña.

Me mordí la mano para parar de gritar.

Los hombres soltaron a los perros. Ladraban frenéticamente, daban vueltas, pero con cuidado de no inmiscuirse en la pelea. El oso era inmenso. Tenía dos veces la altura de un hombre medio. Y era tan ancho como una casa. Los caballos relinchaban de miedo. Con los ojos vueltos, se alzaron y empezaron a golpearse y vapulearse, e intentaron huir. Algunos lo consiguieron, alejándose al galope por el camino con sus jinetes aferrados a ellos desesperadamente. El príncipe Enrique mantuvo el control del suyo, instándole a que se dirigiera al lugar donde Denis Durac yacía en el suelo, atrapado bajo el cuerpo de su propio caballo.

El oso se encontraba encima del hombre al que había atacado, gruñendo y rugiendo, con los ojos inyectados en sangre, babeando y con sangre resbalando de sus mandíbulas.

El príncipe Enrique se quitó la capa. Se puso en pie sobre los estribos y la lanzó sobre la cabeza del oso. La tela voló y cayó sobre las orejas del oso. Medio cegado, con la cabeza cubierta, la bestia se tambaleó, moviendo los cuartos delanteros de forma demencial.

Les dio el respiro que necesitaban. En un instante, el príncipe Enrique tenía su lanza en la mano. Un destello de pelo color almendra, y Paladín tenía al oso cogido por el cuello. El leopardo se aferraba al animal mientras el oso le arañaba y trataba de liberarse de él.

Los cazadores se aproximaron, y lo aniquilaron rápidamente con arpones y

flechas.

El pastor sollozaba asustado y fascinado al mismo tiempo.

El resto de los hombres liberaron a Denis Durac de la presión del caballo. El joven yacía allí, con el rostro pálido, mientras uno de los cazadores rajaba compasivamente la garganta del animal herido.

El príncipe Enrique se acercó y se arrodilló al lado de su amigo. Denis Durac tomó la mano del príncipe.

—Señor, me habéis salvado la vida.

El príncipe Enrique le dio unas palmadas en la cabeza en señal de camaradería.

—De la misma forma que vos habríais salvado la mía, querido amigo, si yo hubiera estado en vuestro lugar.

En ese momento me di cuenta de por qué querían a su príncipe y le seguirían hasta la misma muerte.

El príncipe levantó la mano para ordenar algo a Giorgio.

—¡Doctor! Se requiere su presencia.

Nos reunimos y regresamos al refugio de caza. Giorgio insistió en fabricar una cama de paja para transportar a Denis Durac. Dijo que Durac se había roto las costillas y que, si querían que se curara sin mayores lesiones internas, deberían hacer caso a sus recomendaciones. Habló con tal convicción que el príncipe prestó atención e insistió en que se siguieran las órdenes de Giorgio.

Después del almuerzo, el príncipe Enrique habló de su promesa a la mujer del pueblo. Cortaron la cabeza del oso antes de partir con una escolta para ofrecérsela como regalo a la madre del niño muerto. El príncipe colocó a Denis Durac en su propia cama. Dejé a Giorgio acompañándolo y fui a empaquetar las cajas y a prepararme para el regreso a la corte al día siguiente.

Melchior me estaba esperando.

—¿Cómo está Paladín? —le pregunté.

—Dolorido, pero satisfecho por haber matado al oso.

—¿Necesitáis algún ungüento para sus heridas?

Melchior negó con la cabeza.

—Se las lamerá y las dejará limpias. Su saliva tiene propiedades curativas.

Miré hacia la montaña que se encontraba detrás de nosotros.

—¿Aquí fue donde nacisteis?

—Sí, no muy lejos de aquí.

—Una vez me dijisteis que llegaría el día en que encontraríais una oportunidad y escaparíais.

Hice un gesto con la mano y señalé el refugio de caza, donde únicamente había unos cuantos criados.

—Ésta es vuestra oportunidad.

Melchior asintió.

—Conozco un pasaje secreto a través de las montañas —se mantuvo a la espera de mi respuesta—. Y vos, ¿qué vais a hacer? —me preguntó.

—Debo ir a París.

—¿Para encontrar a vuestro padre?

—Sí...

—¿Y para algo más?

—Sí.

Me miró, pero volví la cabeza. Ya había decidido que no le contaría la extraña profecía de Nostradamus. Mientras se acercaba el día en que debía llevar los documentos en presencia de Catalina de Medici, mi miedo a su venganza crecía. Si era capaz de arrancar el cabello de su propia hija por enamorarse del hombre equivocado, ¿qué haría conmigo, una simple juglaresa, que le había ocultado una profecía con respecto a su hijo, el rey? Tenía demasiado aprecio por Melchior como para implicarlo en algo que le pudiera causar daño.

—Si vais a París, correréis un gran peligro —dijo.

—Lo sé.

—Entonces iré yo también para poder ayudaros.

Sus dedos rozaron los míos. Y mi corazón se estremeció.

CAPÍTULO 61

Celebramos nuestro regreso triunfal al refugio de caza, arrastrando los restos del cadáver del oso por los pueblos que atravesaba el camino. Los aldeanos salían corriendo a esparcir llores a los pies del príncipe Enrique e intentaban besar su mano al pasar. Rodeaban la cama de paja en la que descansaba Denis Durac, y también a nosotros, en un flujo de gratitud y afecto. Era fácil ver el gran aprecio que la gente de Navarra tenía por su líder real.

De vuelta a la corte, descubrimos que por fin se había alcanzado un acuerdo sobre las condiciones de la boda entre el príncipe Enrique de Navarra y la princesa francesa Margot. Las nupcias tendrían lugar en agosto del siguiente año, 1572.

1572.

El año en el que Nostradamus había predicho que en las calles de París resonarían los gritos de los agonizantes.

Pronto comenzó a organizarse la larga cabalgata compuesta por los miembros de la corte, nobles, dignatarios y personal real para la partida desde Navarra hacia París para la ceremonia nupcial. La reina Juana de Albret fue a París unos meses antes que su hijo. Deseaba establecerse allí para preparar las diversas recepciones reales. El príncipe Enrique lo hizo más tarde. El rey Carlos había pedido expresamente a su sobrino que se llevara con él a Paladín, el leopardo.

Durante los meses en los que la corte se preparaba para partir, Denis Durac se recuperó por completo. Su mejoría causó cierto revuelo, ya que era bastante normal que una persona que había sufrido lesiones internas acabara con una infección y muriese agonizando de dolor. De esa forma, la fama curativa de Giorgio se expandió lo suficiente como para ser uno de los doctores elegidos para ir en la avanzada de personal que viajaría a la capital francesa. El príncipe Enrique pidió que atendiera a su madre, la reina Juana, que no gozaba de buena salud.

La hora marcada por mi destino estaba cerca. La noche antes del día en que teníamos previsto partir no pude dormir y temblaba de miedo en mi catre, mirando fijamente a la luna a través de una ventana sin cortinas. Los ruidos nocturnos del castillo llegaban a mis oídos y recordé como Chantelle y yo susurrábamos juntas cada noche en el Palacio de Cherboucy en feliz hermandad. Debía dejar de lado el miedo.

Le debía justicia a mi hermana. Si salvaba la vida al rey, ¿sería capaz de garantizar la libertad a mi padre y así poder vengar la muerte de mi hermana?

Aunque nos habían proporcionado un carruaje para viajar, el trayecto fue horrible. Horas y horas con las ruedas sacudiendo el camino no ayudaban a las dolencias de Giorgio, pero eran las vistas que teníamos en el trayecto lo que incomodaba más que cualquier malestar físico.

El campo estaba desolado por las constantes disputas religiosas. Los cultivos se pudrían en el campo, mientras los niños huérfanos hambrientos paseaban por los márgenes del camino mendigando algo de pan o limosna. Atravesamos pueblos incendiados y fincas y castillos con los muros derribados.

En casi todas las intersecciones había una horca con un esqueleto colgando. A pesar de ello, me iba animando conforme nos acercábamos a París. Me movía la esperanza de poder volver a ver a mi padre después de todo este tiempo. Mi recuerdo de la ciudad cuando era muy joven era de un lugar feliz y vibrante.

¡Cómo había cambiado la ciudad! Las disputas religiosas habían destrozado los edificios y mermado el ánimo de los ciudadanos por igual. El ruidoso bullicio que oí cuando era joven había sido reemplazado por voces de ira y discusiones.

Las marcas en nuestro carruaje proclamaban que éramos hugonotes.

Al atravesar la puerta de acceso, unos jinetes apostados en la calle no se apartaron para dejarnos pasar. Ante nosotros, unos carros redujeron la velocidad para retrasar nuestro avance, y los vendedores y transeúntes gritaban palabras obscenas en nuestra contra.

De repente, una mano áspera abrió el cristal de la ventana y apareció una cara.

—¡Herejes! —nos gritó el intruso—. ¡Tomad esto como regalo de boda para vuestro príncipe protestante!

El hombre escupió en la cara de Giorgio.

Proferí un alarido. Escuché cómo nuestro cochero maldecía, y uno de nuestros escoltas se acercó y golpeó al hombre con su fusta.

Giorgio se secó con calma el esputo de la cara.

—¿Se les puede culpar? —dijo—. No hace mucho que estaban muriendo de hambre cuando el ejército hugonote asedió París y mató al condestable de la ciudad.

A Giorgio y a mí nos proporcionaron alojamiento en la casa del vizconde Lebrand, donde estaba afincada la reina Juana.

Nos ofrecieron un lugar en el sótano con una pila y un banco para preparar los remedios, y antes de nuestra llegada Giorgio había enviado algunos pedidos de ingredientes especiales a varios distribuidores parisinos. Nuestras habitaciones tenían una puerta exterior que conducía a unas escaleras que subían a la calle, lo que significaba que podíamos ir y venir cuando nos apeteciese.

Casi de inmediato, Giorgio fue citado en los aposentos del piso superior para

examinar una úlcera en la pierna del vizconde Lebrand. Me dejó con la tarea de desempaquetar las cajas mientras él iba a atenderle. Acababa de colgar la capa de viaje y la mandolina en un gancho de la pared cuando la puerta de la calle se abrió y un hombre que parecía enfermo entró.

—¿Dónde está el doctor Giorgio?

—No se encuentra aquí —le contesté inquieta, molesta en mi propia insensatez de dejar la puerta abierta—. ¿Quién sois?

—Dígale que Rodrigo le envía esto —dijo, y me entregó un pequeño paquete—. Se debe utilizar inmediatamente.

—¿Contiene ingredientes frescos? —le pregunté—. ¿Se echa a perder?

—Sí, sí —se rió—, se puede echar a perder si no se usa inmediatamente.

Me sonrió abiertamente y se marchó.

Sabía que Giorgio había estado buscando en sus libros un remedio para la pierna ulcerosa del vizconde. Pero yo no sabía qué tipo de ingrediente podía ser, y menos sabiendo que podía echarse a perder si no se usaba. Decidí que sería mejor desenvolverlo.

Abrí el paquete. Contenía un frasco con polvo blanco. Cuando quité el tapón, un olor familiar y afrutado se esparció por el ambiente. El polvo no parecía tener la suficiente densidad como para ser utilizado para un ungüento y tenía curiosidad por saber lo que contenía. Me mojé el dedo y lo introduje, e iba a metérmelo en la boca cuando Giorgio entró en la habitación por la puerta interior que conducía a la casa.

—¿Qué tenéis ahí? —me preguntó con dureza.

—Un hombre ha traído este paquete para vos. Hay que usarlo inmediatamente o se echa a perder —le dije—. Suponía que era el polvo para el ungüento, pero iba a probarlo para asegurarme.

Giorgio se acercó y me apartó la mano de la boca tan violentamente que me caí sobre la mesa. Le miré fijamente, asombrada.

—¿Qué ocurre?

—Esto es, esto es... —tartamudeaba— para una mezcla especial. La pedí... la pedí... para desinfectar.

Tomó un paño y me limpió el dedo. A continuación, me dio un pequeño empujón.

—Id a por una piedra pómez y frotaos la yema del dedo hasta que esté en carne viva —me ordenó.

Mientras iba a la pila a hacer lo que me había ordenado, vi como plegaba el paquete meticulosamente y se lo guardaba dentro de la túnica.

—¿Cómo está la reina Juana?

—¿Qué? —exclamó—. ¿Por qué preguntáis eso?

—Porque el príncipe Enrique esperaba que hicierais que su madre se sintiera lo suficientemente bien como para disfrutar la boda —le recordé.

—Por supuesto —dijo Giorgio—, soy consciente de ello. Examinaré a la reina Juana mañana; entonces veré lo que se puede hacer.

Miró a su alrededor de forma distraída.

—Ahora tengo que salir. Hay varios asuntos de los que debo ocuparme.

No le di mucha importancia a la salida de Giorgio esa noche. Tanto en Salou como en Navarra siempre estuvo dispuesto a buscar hasta el último ingrediente para sus recetas. Asumí que ya había establecido una red similar en París.

Pero temía por su seguridad. Conforme se aproximaba la fecha de la boda real, la ciudad se iba llenando de gente y haciéndose más peligrosa.

Además de los nobles que se desplazaban hasta aquí para ver las ceremonias y procesiones, un gran número de gente de clase baja entraba por las puertas cada día.

Las guerras, que se habían expandido por muchas zonas, habían causado hambruna, y París estaba llena de campesinos que buscaban dádivas gratuitas por la celebración nupcial, tal y como se había prometido, para el deleite del público. Todas las posadas, tabernas y monasterios estaban llenas de viajeros. Por el día se agolpaban en las calles; por la noche, aquéllos que no tenían alojamiento se amontonaban en los portales y en los callejones.

Era más de medianoche y Giorgio no había vuelto. Yo ya había regresado a la pequeña habitación donde me había preparado mi cama, pero estaba despierta cuando le oí introducir la llave en la cerradura de la puerta exterior. No estaba solo. Había un murmullo de voces. Entonces, para completar el sobresalto, alguien abrió la puerta de mi habitación cautelosamente. Permanecí inmóvil. Giorgio nunca se había inmiscuido en mi intimidad de ninguna manera. Contuve la respiración, pero mi cuerpo se tensó para correr o golpear a alguien si me atacaban. Entonces escuché la voz de Giorgio.

—Os lo dije, el chico duerme profundamente. —No escuchará ni sospechará nada ya que, aunque es útil, es un tanto lerdo.

Me di cuenta instintivamente de que Giorgio decía esto para protegerme, pero aún así me sentí ofendida. Mi impulso era levantarme y decir: «Tengo la suficiente inteligencia para saber que algo oculta la persona que consulta a un doctor durante la noche». Pero habían pasado los años y ya no era la chiquilla imprudente que había sido. Así que permanecí en el camastro, sin moverme ni hablar.

La puerta de mi habitación se cerró y no oí nada más. Además, tenía demasiado miedo para levantarme y espiar la conversación que estaban manteniendo en la otra habitación.

CAPÍTULO 62

En las semanas anteriores al enlace, el ambiente de la ciudad se fue caldeando hasta llegar a ser agobiante.

Y, conforme aumentaban las temperaturas, también lo hacían las disputas entre los ciudadanos de París y la gente del campo, entre los franceses nativos y los visitantes de Navarra, y entre los católicos y los protestantes.

Los ladrones y las meretrices robaban a plena luz del día a los visitantes, los posaderos aumentaban los precios, y los tenderos engañaban y desplumaban a cualquiera que se presentase. Los mendigos formaban bandas y ponían de manifiesto una conducta agresiva si no les daban limosnas.

El orden impuesto por las leyes se desmoronaba por los continuos ataques. Los hugonotes se convirtieron en el principal objeto de descontento.

Se les podía identificar fácilmente por sus ropajes y sus formas. Les impedían la entrada, no les daban de comer ni tampoco les proporcionaban alojamiento, y les empujaban e insultaban siempre que se presentaba la ocasión.

En los dos frentes, el clero predicaba abiertamente en contra del enlace. Las palabras de los predicadores enardecían los ánimos de los fieles. Conforme transcurrían los días, el ánimo de la gente pasó de una comedia agitación a un enfado, y de ahí a hervir de ira.

La atmósfera que rodeaba a la ciudad se reflejaba fielmente dentro de la casa de la reina Juana de Albret. Mientras esperábamos la llegada del príncipe Enrique, su madre se veía sometida a una corriente interminable de mensajes procedentes de la corte francesa, que contenían instrucciones, sugerencias y, en algunos casos, exigencias.

Cuando le informaron de los detalles de la ceremonia, la reina Juana afirmó que la fe protestante de su hijo le impedía entrar en la catedral de Notre Dame para casarse. Gaspard Coligny sugirió un arreglo. Se dispuso que se erigiría una plataforma en la plaza, frente a la catedral, donde podrían contraer matrimonio el príncipe Enrique y la princesa Margot. La reina regente, Catalina de Medici, insistió en que la ceremonia debía celebrarse dentro de una iglesia católica. Así que se llegó al acuerdo de que un apoderado ocupara el lugar del príncipe Enrique.

A cambio, la reina Juana envió mensajes al rey Carlos, que se había alojado en el Louvre, para hablar directamente con él y no con su madre. Pero al joven rey se dejaba asesorar plenamente por otro consejero, Gaspard Coligny. El rey Carlos ahora

llamaba «padre» al líder hugonote, y le permitía tener cada vez más influencia en las decisiones de estado y de defensa.

Giorgio y yo asistíamos constantemente a la reina Juana de Navarra, porque su salud variaba debido a la situación de tensión que soportaba. En las últimas semanas, Giorgio se había convertido en un tipo sarcástico y gruñón. Había recibido a dos visitantes desconocidos más en mitad de la noche. Me había despertado de nuevo al escuchar las voces en las habitaciones exteriores, pero había mantenido la puerta y los ojos firmemente cerrados. Sin embargo, en una de esas ocasiones, había escuchado a Giorgio levantar la voz y decir: «El tiempo nos llevará a la misma conclusión».

La conversación continuó en un tono que no podía escuchar.

Su comportamiento con la reina Juana era compasivo y afectuoso, pero no me podía hablar del tratamiento como normalmente hubiera hecho con cualquier otro paciente.

Mientras tanto, ella se quejaba cada vez menos sobre su salud y cada vez más sobre la familia real francesa y sus formas tiránicas.

—Soy de sangre real y heredera por derecho propio —protestó una vez—, como nieta del rey de Francia. Mi hijo, Enrique, es de sangre real, por mi estirpe, y por la familia Borbón de su padre.

A lo cual, se decía que Catalina de Medici había respondido:

—Yo soy la que doy permiso para que los Borbones ostenten títulos, y estoy dispuesta a retirar esa licencia.

Un día, Giorgio estaba retirando las sanguijuelas del brazo de la reina Juana cuando Gaspard Coligny llegó para celebrar una audiencia.

—¿Os encontráis mejor hoy, mi señora? —dijo, y le besó los dedos.

—Tengo la atención de un buen doctor —dijo la reina—, enviado para mí por mi hijo.

El cabello de Gaspard Coligny se había oscurecido y era más escaso que la última vez que le vi. Asintió brevemente a Giorgio.

—¿Y cómo os trata la vida, mi amigo, almirante Coligny? —preguntó la reina Juana—. ¿Conseguís mantener la paciencia con ese chico bobo y mimado al que reverencian como rey?

Giorgio me pasó la palangana de la sangre y comencé a retirar el torniquete del brazo de la reina. De repente, se levantó un alboroto entre la gente que se encontraba en la puerta. Giorgio miró a su alrededor y soltó el paño que tenía en las manos.

La reina regente, Catalina de Medici, acompañada de su hijo, había llegado inesperadamente a visitar a la reina Juana.

—¡Padre! —gritó con gozo el rey Carlos, apresurándose a abrazar a Gaspard Coligny.

Las dos mujeres que se encontraban en la habitación miraron con desaprobación el comportamiento precipitado de Carlos.

—Espero que os recuperéis lo suficiente para poder asistir al matrimonio entre mi hija y su hijo —dijo con delicadeza Catalina de Medici.

—Yo también, espero que la boda pueda celebrarse, señora —contestó la reina Juana.

Se hizo el silencio mientras Catalina de Medici digería la amenaza disimulada que había lanzado la reina Juana de Albret.

—Vengo para agradeceros los muchos presentes con los que nos habéis obsequiado a mi hija y a mí.

Catalina prefirió ignorar la posibilidad de que el bando navarro pudiera cancelar la boda. Sus ojos recorrieron la habitación mientras hablaba. Detuvo su mirada en mí unos segundos antes de continuar.

—También yo os agradezco los suyos —respondió la reina Juana.

—Sí... —dijo Catalina de Medici, e hizo una pausa—. Le enviamos un regalo muy particular hoy a primera hora.

Sonrió de una forma más siniestra que cualquiera de sus serias miradas.

—Eran un par de guantes blancos de cuero de la más suave piel de cabrito, hechos especialmente para vos.

—Los recibí con agrado —dijo la reina Juana.

—Me alegro —dijo Catalina de Medici, y sonrió afablemente a la reina Juana como si esta pequeña forma de cortesía le hubiera agraciado enormemente—. Estaría muy agradecida si al menos pudiera probárselos para comprobar la talla lo antes posible; así, si es necesario cambiarlos, podremos hacerlo inmediatamente.

Mientras la reina Juana se levantaba de su cama de día, Catalina de Medici se inclinó hacia adelante solícitamente.

—Espero que su salud mejore para poder ver a su hijo unido a la noble dinastía de Francia.

La reina Juana ignoró la insinuación de que su hijo Enrique no formaba todavía parte de la nobleza francesa y dijo:

—Me he encontrado indispuesta, pero las atenciones del doctor que me ha enviado mi hijo para cuidar de mí van a hacer que esté lo suficientemente recuperada para cualquier ceremonia a la que tenga que asistir durante las próximas semanas.

Pese a que a Giorgio estaba frente a ella, Catalina de Medici no miraba en esa dirección.

Y eso me extrañó, ya que mi recuerdo de esa mujer era muy claro al respecto. Cuando entraba en una habitación, sus ojos recorrían cada rincón. Examinaba a los allí presentes y el lugar que ocupaban. Estudiaba la importancia de cada individuo, su amenaza, su influencia.

Valoraba a cada individuo por lo útil que podría resultar, o por la cantidad de daño que podría hacer.

Se oyeron gritos desde la calle y el ruido de jinetes cabalgando.

—No hay duda de que es otro contingente de sus campesinos que entran a París —comentó Catalina de Medici con arrogancia.

La reina Juana le devolvió la mirada a Catalina de Medici fijamente de forma igualmente orgullosa.

—Mi hijo tiene muchos amigos que desean celebrar con él el día de su boda.

Catalina miró por la ventana.

—¡Pero si ese cuerpo de soldados es francés! —exclamó—. Y marchan desde el centro hacia las puertas. No he dado órdenes para un movimiento de tropas.

Gaspard Coligny sonrió al rey Carlos cuando él respondió con calma:

—Vos sabéis qué ocurre. Los protestantes de Holanda necesitan ayuda de sus hermanos de Francia y Navarra. Es un acto noble enviar armas para ayudarles, porque los señores feudales los ejecutarían por sus creencias.

—¿Habéis enviado un contingente de tropas francesas para que vaya a Holanda a luchar contra España? —la voz de Catalina estaba marcada por la incredulidad.

Carlos miró con confusión a su madre, y luego al hombre al que llamaba «padre».

—Cuando Gaspard explicó la situación en el extranjero, vi apropiado otorgarle el derecho a enviar las tropas.

Catalina se esforzó por mantener la voz calmada.

—España puede considerar eso como un acto bélico e invadirnos.

—Me parece algo razonable —alegó el rey Carlos a su madre.

Catalina controló su enfado y logró esbozar una sonrisa antes de decir:

—Lo que es razonable es que siempre deba ser informada antes de que se tomen tales decisiones.

—Ruego me disculpéis, señora —dijo Gaspard Coligny—, pero no creo que sea necesario explicar las órdenes del rey a nadie más.

Oí cómo Giorgio inspiraba profundamente.

—Entonces quizá podáis explicarme esto —dijo Catalina de Medici—. Me he dado cuenta de que muchos hugonotes que pasean por las calles de París llevan armas. ¿Desde cuándo ocurre que los invitados a una boda van armados?

—Desde que los anfitriones también están armados —replicó Coligny sin dudar.

Catalina de Medici miró a su hijo, esperando que reprimiera a Coligny por hablarle de esa forma tan imprudente. Pero Carlos sólo asintió y dijo:

—Es un comentario acertado.

La reina Catalina se mordió el labio. Se marchó rápidamente de la habitación arrastrando los faldones. Giorgio me dio un codazo.

—Llevaos esta palangana de sangre —ordenó.

Me alejé de prisa con la palangana hacia nuestras habitaciones para vaciarla en la pila. Unos cuantos tarros y bandejas permanecían allí, aguardando a que alguien los limpiara. Dudé. La regla de Giorgio de buena higiene estaba por encima de todo lo demás. La sangre en mal estado puede contaminar, y debe mantenerse alejada del resto de elementos. Recordé haber visto un sumidero justo al lado de la puerta. Salí y me arrodillé para vaciar el contenido de la palangana en la abertura. Me coloqué de tal manera que nadie pudiera verme, bajo la escalera en arco del portal principal de la casa, mientras la reina regente, Catalina de Medici, salía apresurada de la casa.

La escuché hablar cuando subía al carruaje. Con la voz agitada por la furia, dio una instrucción a su ayuda de cámara:

—Enviad este mensaje privado al duque de Guisa. Decidle que ha llegado la hora.

CAPÍTULO 63

Como la mayoría de las noches, no podía conciliar el sueño y me mantenía despierta en la oscuridad.

Pero esta vez no era por el sonido de los susurros o por la presencia sigilosa de alguien cerca de mi habitación. Era un ruido estrepitoso y la persona gritaba:

—¡Doctor! ¡Doctor Giorgio!

Me senté en la cama. Unos puños aporrearon la puerta que conducía al pasillo interior de la casa. Me puse como pude la ropa y el gorro, y abrí la puerta antes de que Giorgio se despertase del todo.

Era un criado despeinado.

—¡El doctor debe venir cuanto antes! ¡La reina Juana está enferma de muerte!

Giorgio agarró su bolso de médico y corrió escaleras arriba con el camisón puesto, conmigo pisándole los talones. Al entrar en la habitación, de la reina, se podía adivinar claramente que Giorgio no podía hacer nada por su vida. Nadie podía hacer nada por ayudarla. El cadáver de la reina Juana yacía sobre unas almohadas con los ojos fijos y la mirada perdida. Tenía el rostro pálido, al igual que las manos, que mantenía sobre la colcha.

—Necesito que todo el mundo se marche —ordenó Giorgio firmemente.

Los criados del dormitorio obedecieron.

Giorgio abrió el bolso que había cogido rápidamente al salir de nuestros aposentos.

—Vos también —me dijo en voz baja—. Verificaré que la reina ha muerto y lo comunicaré a la corte. Deberéis atender a cualquiera de sus damas de compañía ante los posibles ataques de histeria.

Hice lo que me pidió. Giorgio aflojó la cortina para que cayese sobre su espalda mientras se inclinaba sobre el cuerpo difunto de la reina. Un pequeño grupo de gente se reunió en la puerta. El vizconde Lebrand apareció y se abrió paso entre la gente.

—¿Qué ocurre? —preguntó. Corrió hacia la cama y descorrió las cortinas—. ¿Ha sufrido la reina otro ataque de su enfermedad?

Giorgio se enderezó. Cerró el bolso de las medicinas, se giró hacia el vizconde y dijo:

—Siento tener que deciros que la reina Juana ha fallecido. Lleva muerta al menos una hora.

Con las palabras de Giorgio, estallaron los sollozos entre los que permanecían junto la puerta. Como él había predicho, una de las mujeres comenzó a exhalar alaridos, a gemir y a rasgarse las vestiduras.

Giorgio miró en su dirección.

—Déjenme ir a traer algunas sales aromáticas y sedantes para calmar los nervios de estas mujeres...

El vizconde asintió agradecido mientras las asistentes de la reina se abrazaban entre lágrimas.

Cuando Giorgio levantó el bolso y se alejó a toda prisa, una de las mujeres corrió a la cama y, tomando la mano de la reina, comenzó a sollozar lastimeramente. Coloqué mis brazos sobre sus hombros e intenté apartarla de allí. Pero se resistía, y se agarraba más fuertemente, besando el dorso de la mano de la reina, con la piel amarillenta y manchada por los años. El vizconde Lebrand intervino, e instó a la mujer a que abandonara la habitación y se reuniera con el resto. Pronto toda la casa se llenó de lamentos. Los súbditos querían a la reina de Navarra tanto como a su hijo.

A pesar de la muerte de la reina Juana, se acordó celebrar las nupcias de su hijo, Enrique. No iba a ser pospuesta, aunque Enrique lloraba la ausencia de su madre. La reina había sido una persona muy centrada, mientras que su hijo era despreocupado. Ella era refinada, y él más informal en sus formas y vocabulario. Pero se habían preocupado el uno del otro.

Aparte del respeto por sus creencias, estaban los deseos del príncipe Enrique, que había comentado que estaba contento de seguir adelante con la boda, que se celebraría el día dieciocho de agosto.

Después del funeral, se guardó un corto período de luto, y después continuaron los preparativos finales para el enlace.

La tensión aumentó en la ciudad y el ambiente se reflejaba dentro de las paredes de la casa. Los criados de la reina añoraban profundamente su presencia e incluso Giorgio, normalmente muy estoico ante tales temas, parecía estar alterado por su muerte. Estaba gruñón y distraído. Yo también estaba nerviosa, porque había sabido por los criados de la cocina que Melchior y el leopardo habían llegado a París. Habían ido, tal y como estaba organizado, a unos aposentos especialmente preparados dentro del palacio del Louvre. Melchior se encontraba ahora más cerca de mi padre y me había dicho que intentaría descubrir cualquier información que fuera posible. Me preguntaba si yo podría avistar a esa persona a la que deseaba ver con desesperación.

Cuando le preguntaba a Giorgio si ahora que la reina Juana estaba muerta, iríamos a actos de la corte, él daba alguna respuesta evasiva. Estaba sorprendida por sus malas maneras y me centré en el trabajo, intrigada por el motivo que le hacía tan susceptible a mi pregunta. Elevé la mirada. Giorgio me estaba mirando fijamente y yo no podía entender la expresión de su rostro. Era como si un extraño hubiera entrado

en la habitación, aunque sus ojos tenían una mirada que me era familiar. Me recorrió un escalofrío cuando me di cuenta de que la última vez que un hombre me había mirado de esa forma había sido en mi forcejeo para liberarme del conde de Ferignay.

Era una mirada analítica, la forma en la que un predador examina a su posible víctima.

Y, de repente, fue como si se despertara otro sentido dentro de mí.

Sentí cómo una trampa me rodeaba.

Levanté la cabeza. De la misma forma que el leopardo levantó la cabeza segundos antes de que el oso atacara.

Giorgio se llevó la mano a la frente.

—Hace mucho calor, ¿no? —dijo.

Las gotas de sudor descendían por sus sienes.

—Estoy vencido por el sofoco —hizo una pausa y sonrió—. Seguro que a vos os ocurre lo mismo, Mélisande. Debéis descansar más, querida. Prepararé un calmante que os ayude a dormir por las noches.

Así que no era nada. Mi presagio sólo era el calor sofocante de la ciudad. La mirada fija de Giorgio era simplemente su inquietud por mi salud.

Giorgio siguió vigilándome todos los días de ese bochornoso agosto. Comencé a beber su remedio cada noche, ya que cada sorbo era más dulce que el anterior. Y, de esa forma, no me quedaba despierta por las noches bañada en sudor, escuchando los crecientes ruidos aterradores de los canallas que ocupaban las calles de la ciudad en las horas de oscuridad. Su poción ahuyentó mis pesadillas, donde me veía arrodillada a los pies de Catalina de Medici, suplicándole clemencia mientras ella ordenaba al verdugo de Carcassonne que me condujera a la estaca.

CAPÍTULO 64

Llegó el día de la boda, y a nosotros, como consejeros médicos de la casa real de Navarra, nos asignaron dos sitios en un lugar lo suficientemente próximo como para ver las celebraciones.

Mientras la atención de todo el mundo se centraba en la ceremonia nupcial, yo esperaba que ése fuera el día en que pudiera ver a mi padre de nuevo.

El príncipe Enrique llegó primero, acompañado por su buen amigo Denis Durac y por Gaspard Coligny. Ascendieron a la plataforma erigida especialmente para la ceremonia fuera de la catedral de Notre Dame, para que el novio no tuviera que entrar en una iglesia católica.

Allí les hicieron esperar durante cerca de una hora antes de que algún dignatario de la corte francesa se dignara a acercarse a ellos. En esta ocasión, los hugonotes no iban vestidos con ropas apagadas.

Aunque no iban ataviados ostentosamente, lucían ampulosos adornos, lo que era apropiado para el lugar y las circunstancias. Vestían trajes de seda, y el jubón del príncipe Enrique estaba bordado en plata. En los sombreros llevaban plumas blancas fijadas con perlas en forma de pera.

Para pasar el tiempo, los dos jóvenes caminaban sin rumbo intercambiando palabras con los espectadores. Se mantuvieron fundamentalmente en las zonas donde se habían reunido los partidarios hugonotes, aunque Enrique se acercó un par de veces a los puestos donde se encontraban los cortesanos franceses y entabló conversación con algunos de ellos. No se acercó al final, a la parte trasera de la plataforma, donde el pueblo llano y los ciudadanos de París se apelmazaban esperando ver el espectáculo y con la esperanza de recibir generosas distribuciones de regalos. Pero no era necesario estar cerca de este grupo para sentir su estado de ánimo. Habían abucheado e insultado a Enrique, Denis Durac y Coligny al verlos, y la inquietud emergente indicaba que la multitud podía alborotarse fácilmente.

—Señor Coligny, ¿no os creeréis lo que la señora de Medici os ha dicho? ¡Qué esta boda unirá a católicos y protestantes!

—Si la princesa Margot luce un vestido blanco hoy sabréis que, al igual que su madre, ella también es una mentirosa.

Por el contrario, los parisinos daban la bienvenida a la familia de Guisa con una aprobación atronadora. El duque de Guisa, al cual recordaba como un impetuoso

chico de quince años, era ahora un atractivo hombre de casi veintidós. Tenía la barba cuidada y una expresión atrevida en la cara. Él era el noble del que se decía que la princesa Margot se había enamorado desesperadamente. El duque reconoció los vítores y se pavoneó hasta su lugar.

Entonces las burlas se hicieron más personales y obscenas.

—¡Enrique! ¡Deberíais preguntarle a vuestra prometida dónde durmió anoche! ¡Su respuesta podría sorprenderos!

—¡Y puede que ésa no sea vuestra primera sorpresa, hugonote! —añadió rápidamente un chistoso—. Vuestro regalo de boda llegará en nueve meses, no tengáis prisa. ¡Será el obsequio del duque de Guisa!

El duque se rió a carcajadas al oír la rima con su nombre. Enrique ignoró las burlas y entabló conversación con Denis Durac.

Entonces llegó Catalina de Medici. Había abandonado su convencional ropa negra de viuda y vestía un traje largo de brocado morado oscuro. Un collar excesivamente historiado enfatizaba su aire de arrogancia. La multitud se paralizó mientras subía rápidamente en la plataforma para tomar asiento.

Al ver a la reina regente, retrocedí hacia Giorgio. El boticario me había proporcionado un abrigo con cuello alto y un sombrero blando para que los llevara puestos al estilo del asistente de un doctor.

Cubría mis rasgos muy bien pero, al ver a Catalina de Medici, la preocupación me invadió. El año en que los planetas se alinearían y cumpliría con mi destino. Pero ¿qué es lo que tendría que hacer? ¿Debería acercarme al lugar donde se encontraba el rey? ¿Debería situarme entre él y la daga de un asesino? Quizá debía haber traído la profecía conmigo. Estaba todavía oculta dentro del dobladillo de mi capa de viaje, colgando en el gancho de los abrigos junto a la mandolina.

Una fanfarria de trompetas anunció la partida nupcial. Los ropajes del rey Carlos le hacían parecer como si quisiera competir en esplendor con su hermana. Su túnica y sus pantalones eran carmesíes, sus calzas de color malva. La túnica estaba vistosamente decorada, cosida y ribeteada, y bordada con multitud de cuentas, y las mangas y los pantalones rayados en seda amarilla.

Una fuente de lazos decoraba sus vestiduras y, en los dedos, en el cuello y en las orejas, resplandecían los diamantes. De su brazo caminaba la prometida.

Al igual que el resto de la multitud, grité al ver aparecer a la princesa Margot. La joven saludable y vibrante que había visto hacía unos años en Cherboucy se había convertido en una mujer misteriosamente hermosa. Su vestido de novia era de paño de oro salpicado con todas las joyas posibles. Esmeraldas, rubíes, diamantes y zafiros brillaban con la luz del sol mientras avanzaba hacia la plataforma. Encima del vestido portaba un sobrecuerpo sin mangas azul brillante que arrastraba varios metros. Diseminada en series, la flor de lis se distinguía en el atuendo, repitiéndose en un

diseño de exquisito oro bordado. Sobre su cabeza lucía una corona rematada con armiño y, justo debajo, su rostro mantenía un gesto sereno, aunque se mostraba encendido y su mirada reflejaba su desaprobación.

El rey Carlos la acompañó al lado de Enrique, que extendió su mano hacia ella. Margot le ignoró y, ayudada por sus asistentes, se sentó sobre el reclinatorio dispuesto ante el altar. Enrique se encogió de hombros y se arrodilló junto a ella.

Observé al rey Carlos hacer una señal a Gaspard Coligny para que acercara su silla a su posición. Catalina de Medici levantó la cabeza y permaneció inmóvil.

El coro comenzó a cantar. Nubes de incienso acre se expandieron por el aire. Los hugonotes tosieron y mostraron su desacuerdo. El coro cesó sus cánticos. El arzobispo comenzó la ceremonia nupcial.

Enrique de Navarra pronunció sus votos matrimoniales con voz monótona e indiferente. El arzobispo se giró a la prometida y le preguntó si aceptaba a Enrique de Navarra como esposo.

La princesa Margot no respondió.

El arzobispo repitió las palabras.

Margot miró fijamente hacia adelante y se negó a asentir.

Comenzó a oírse un murmullo entre los espectadores.

Margot no respondía.

La multitud empezó a gritar.

—¡Hablad, Margot!

—¡Decidle que regrese a Navarra!

Catalina de Medici murmuró algo al oído del rey. Carlos se puso en pie y colocó su mano sobre el cuello de Margot.

Cuando el arzobispo, por tercera vez, pidió que realizara su voto, el rey empujó la cabeza de su hermana hacia delante para que asintiera.

Enrique de Navarra no se inmutó. La multitud chifló y abucheó, y algunos individuos de aspecto tosco intentaron avanzar entre la muchedumbre. Vi como Denis Durac colocaba la mano en la empuñadura de su espada, pero su señor le controló rápidamente.

El incidente fue de boca en boca a gran velocidad y, mientras seguíamos la larga procesión hasta la recepción en el palacio episcopal, escuchamos distintas opiniones en voz alta.

—¡La princesa Margot ha sido coaccionada a casarse con el hereje!

—¡París debe sublevarse para protegerla!

Al encontrarnos en la partida de los hugonotes, comenzaron a empujarnos, por lo que Giorgio me rodeó el hombro con su brazo para protegerme. Como invitados oficiales, a él y a mí nos permitían entrar a comer en las grandes mesas que habían colocado en los patios, mientras los invitados reales comían dentro.

Esperamos en fila mientras los dignatarios desfilaban por delante de nosotros. Al entrar por la puerta, Gaspard Coligny echó una ojeada a su alrededor y vio sobre su cabeza los estandartes hugonotes que habían sido capturados en una de sus derrotas en las recientes disputas religiosas.

En un tono intencionadamente elevado, lo suficiente para que el duque de Guisa lo escuchara, dijo:

—Podéis estar seguros de que serán descolgados y devueltos a sus legítimos dueños lo antes posible.

Inmediatamente, el duque de Guisa gruñó una respuesta y dio un brinco delante de Coligny para obstruirle el paso.

CAPÍTULO 65

Giorgio me empujó detrás de él.

Los partidarios de Coligny y del duque de Guisa se reunieron a su alrededor, pero antes de que ocurriera algo, la voz del rey resonó por encima de todos.

—¡Quietos ahora mismo! —exclamó—. ¡Es el día de la boda de mi hermana y no quiero tener problemas!

Se abrió un espacio, y el rey Carlos caminó hacia los dos hombres.

—Haced caso a lo que os digo.

Se hizo el silencio. Catalina de Medici apareció detrás del rey. Inclino la cabeza de forma casi imperceptible. El duque de Guisa se apartó.

—Escuché un insulto a su majestad —dijo para excusar su acción.

—Fue una broma —dijo el rey Carlos—. Nada más que eso. Venid —dijo extendiendo los brazos para abrazar a Coligny—, el hombre al que llamo «padre» se sentará a la mesa conmigo.

Entraron sin mayores incidentes en el gran salón del palacio, mientras el resto de invitados permanecimos en las mesas instaladas fuera. Comí y bebí muy poco. La ansiedad hacía que mis manos temblaran y mi cuerpo estaba preso de la agitación. Giorgio se dio cuenta y se preocupó amablemente por mi estado de salud.

—Estoy nerviosa por ver a mi padre, eso es todo —le aseguré. Durante toda la comida, mis ojos estudiaron las caras de los que nos rodeaban y me esforcé por escuchar algo que pudiera ayudarme a encontrar a papá.

El banquete terminó a media tarde. Limpiaron nuestras mesas y nos agrupamos en los balcones superiores que tenían vistas al patio, mientras la realeza y sus invitados se reunían abajo. Iban a mostrarles retablos especiales para que los contemplaran. Trajeron sillas para la partida nupcial y, pese a la evidente irritación de Catalina de Medici, su hijo, el rey Carlos, se sentó al lado de Gaspard Coligny. Yo permanecí con Giorgio y miré hacia donde se encontraban los embajadores, los nobles y los altos clérigos. Los grupos de hugonotes con sus ropajes oscuros marcaban un lúgubre contrapunto con los vestidos espléndidos de los otros, con insignias de honor, bandas y adornos de altos cargos.

Se oyó un gong, y una procesión de campesinos de varias regiones de Francia entraron para rendir homenaje al rey Carlos y presentar sus obsequios a los novios. Esos hombres y mujeres iban vestidos con los trajes tradicionales de sus respectivos

lugares de origen: Auvernia, Picardía, Bretaña, Normandía, Gascuña...

—¡Mirad lo burdos que son los gascones! —dijo con voz burlona alguien en nuestro balcón—. Tanto como sus hermanos de Navarra.

La multitud se desplazó hacia nosotros. Giorgio miró nervioso por encima del hombro y me separó del tumulto.

—Habrà un altercado antes de que acabe el día —murmuro en mi oído—. Debemos irnos pronto.

Sabía que tenía razón. No había nada para mí en ese lugar. Nostradamus me había dicho que me había visto con mi padre junto a una ventana del Louvre, no en un balcón con vistas al patio del palacio episcopal en Notre Dame. No tenía motivos para esperar más. No era el momento de actuar para salvar al rey. Y en ese momento sentía pocas esperanzas de poder ver a mi padre ese día.

Fue en ese instante cuando vi una silueta que me llenó de terror y entonces supe que debía marcharme al instante.

¡El conde de Ferignay!

Agaché la cabeza, fingiendo bostezar, y cubrí la mayor parte de mi cabeza con las manos. Giorgio me miró y luego dirigió su mirada hacia el patio. Abrí los dedos y me expuse a su mirada.

El conde estaba más corpulento que seis años atrás. Su rostro se había ensanchado, la piel de sus mejillas se había aflojado, mostrando los estragos de la edad y de una vida de desenfreno. Se encontraba a uno de los lados, formando parte de un grupo que rodeaba al duque de Guisa.

Con Giorgio siguiéndome, recorrí el muro hacia la escalera más lejana, que nos conduciría a la puerta de salida.

En el patio, los campesinos habían comenzado a actuar. Sus voces se unieron armónicamente y traquetearon los zuecos alegremente sobre el adoquinado mientras daban vueltas y vueltas, cantando y bailando para celebrar la recolecta de la cosecha.

De repente, la princesa Margot se levantó. Avanzó caminando, dando palmadas al ritmo de la música e hizo un amago de unirse a la danza. Los hugonotes parecían escandalizados por su comportamiento. Se reunieron en pequeños grupos y murmuraron entre ellos.

Margot se quitó el sobrecuerpo. Corrió hacia el patio, moviendo los brazos y bailando alocadamente. Su vestido dorado estaba desaliñado, tenía un hombro al descubierto y su cabeza no parecía el sitio más seguro para la corona, ya que el pelo se movía vigorosamente. Catalina de Medici hizo ademán de levantarse. Su rostro mostraba furia contenida mientras observaba como su hija se comportaba de manera inmoral en público. El rey Carlos levantó el brazo para impedir que su madre se entrometiese.

—Es el día de la boda de mi hermana —dijo—. Dejad algo de libertad a Margot.

Vivirá el resto de sus días en Navarra, vistiendo ropas pardas, sin bailes ni música.

La princesa Margot brincó por todo el claustro, entre los pilares, y luego de nuevo por el centro del patio.

Giraba una y otra vez. Subió un par de escalones, dio un traspié y se cayó.

Apartando a sus acompañantes, el duque de Guisa dio un salto adelante. Mientras la muchacha caía, la recogió entre sus brazos y ella apoyó la cabeza en su hombro.

—¡Dios!

Giorgio no fue el único espectador que tomó el nombre del Señor en vano.

En el patio se hizo el silencio. Entonces, Denis Durac se colocó delante del duque de Guisa y se dirigió a la princesa.

—Majestad, su esposo requiere su presencia.

Margot se puso en pie. Se abrió camino bruscamente entre el duque de Guisa y Denis Durac y, llamando a sus asistentes, entró en el palacio de forma soberbia y firme.

Aprovechándose del brote de charlatanería que se había producido, Giorgio me tomó con firmeza del brazo y me escoltó escaleras abajo hasta la puerta exterior.

El sol descendía por el oeste. Su calor me llenó la mente y los implacables rayos de la enorme bola de fuego cegaron mi visión. Me puse la mano en la sien cuando una migraña se apoderó de mí.

Entonces escuché al rey Carlos hablar con claridad, como si se encontrara a mis espaldas.

—Este revuelo me ha dado dolor de cabeza. Necesito algo para aliviar el dolor que perturba mi mente.

Y, a través de un hueco entre la multitud, le vi mover la mano para dar una orden.

Y entonces... oí un sonido con el que había estado soñando durante los últimos seis años. Un sonido que temía no volver a oír nunca. Un maestro músico tocando un laúd.

Me detuve. Estiré el cuello por encima de Giorgio para poder ver mejor. El rey todavía estaba sentado en la silla colocada para él en el patio. Detrás de él, había un hombre alto.

Un hombre mucho más encorvado que la última vez que lo vi, pero inconfundible para mí. Antes de desmayarme, grité una palabra.

—¡Papá!

CAPÍTULO 66

Abrí los ojos.

Estaba tumbada en el colchón de mi habitación, en la casa del vizconde Lebrand, con Giorgio arrodillado a mi lado.

—Os desmayasteis. Tuve que llevaros a casa —dijo Giorgio con voz de preocupación—. Estoy preocupado por vuestra salud, Mélisande.

Intenté incorporarme. Las náuseas se apoderaron de mí, pero conseguí decir:

—¿Le visteis? ¿Visteis a mi padre?

—Si os referís al juglar que estaba detrás de la silla del rey, sí, le vi. Pero gritar de esa forma es algo muy peligroso, Mélisande. Tuvisteis suerte de que en el tumulto tras el comportamiento chocante de la princesa, nadie os prestara atención.

—Hay más celebraciones previstas con motivo de la boda —dije con urgencia—, ¿os han invitado?

—Es posible que tenga que ejercer funciones de representante oficial —contestó Giorgio—. ¿Por qué lo preguntáis?

Ante su pregunta, hecha en un tono tan atento y amable, y con la carga completa de la tragedia de mi vida abalanzándose sobre mí, me desmoroné.

—Mi padre —contesté sollozando—. He visto a mi padre hoy. Hacía años que no le veía, desde la muerte de mi hermana.

Así que le relaté a Giorgio con lujo de detalles la historia de mi familia, cómo murió Chantelle, y cómo me marché del lado de mi padre y tuve que huir hasta Salon.

—Sí —dijo cuando terminé—, ahora todo está mucho más claro. —Se inclinó y me acarició la frente.

—Pero creo que hay algo más, Mélisande. No me habéis contado todo.

La verdad era que, después de haberle visto en persona, estaba tan centrada en reunirme con mi amado padre que no me importaba la profecía, ni le daba valor a los documentos de Nostradamus.

—No —negué con la cabeza—. No hay nada más. Eso es lo tenía que contaros y lo único que deseo es hablar con mi padre de nuevo.

Giorgio se levantó.

—Debe haber algo que se pueda hacer al respecto.

—Pero ahora que la reina Juana ha muerto puede que nos manden de vuelta a Navarra —dije—. Tenemos muy poco tiempo.

—Estoy de acuerdo —dijo Giorgio pausadamente—. No tenemos mucho tiempo pero ¿os haría feliz ver a vuestro padre de nuevo?

—¡Claro que sí! —dije uniendo mis manos.

—Y si resultara imposible que pudierais hablar con él, ¿hay algún mensaje que quisierais transmitir a vuestro padre, o a alguien en la corte? —preguntó Giorgio de forma casual.

—Me gustaría hacerle saber a papá que estoy a salvo —contesté.

—¿Nada más? —dudó—. ¿Ningún documento por escrito?

—Escribiría algo si creéis que puede resultar adecuado —propuse.

—No, no —dijo Giorgio—. Pensaba que posiblemente ya tendríais algo escrito, una carta quizá... —su voz se fue apagando en las últimas palabras.

—Redactaré una ahora mismo —dije levantándome de la cama.

—No, será mejor que no lo hagáis —dijo Giorgio desconcertado. Se dirigió hacia la puerta—. Intentaré que volváis a reuniros con vuestro padre, Mélisande. Os merecéis eso al menos.

Las celebraciones por la boda real duraron cuatro días: hubo todo tipo de juegos, espectáculos, bailes de máscaras, conciertos y numerosos banquetes, públicos y privados.

Pero, pese al abundante reparto de comida, el ánimo de la ciudad estaba cargado de resentimiento. Los criados de la casa chismorreaban al respecto, pero yo apenas me daba cuenta. Normalmente permanecía en la habitación porque me sentía indispuesta, con temblores, pensando en que podría ver a mi padre en poco tiempo.

¿Me reconocería? Encontré un espejo y miré fijamente a mi reflejo. Me impactó mi apariencia. Tenía el rostro muy fino, el cutis pálido y los ojos ensombrecidos por la fatiga. Con el pelo corto y el gorro calado podía pasar por chico, pero ¿mi propio padre no se confundiría con el disfraz?

Durante los siguientes días, Giorgio salió por las noches y no regresó hasta tarde. Cada noche cuando volvía parecía más agobiado y menos dispuesto a hablar.

Me explicó que se debía a su frustración por no poder asegurarme un pase para poder entrar con él dentro del Palacio del Louvre. Y, mientras tanto, estaba pendiente de mi salud y se sentaba conmigo cuando bebía la medicina cada noche.

Pero, entonces, en la tarde del viernes, vigesimosegundo día de agosto, le llegó un mensaje con una orden para que acudiera al Louvre de forma inmediata. El nuevo esposo, Enrique de Navarra, se había caído y se había dañado el tobillo jugando al tenis con el rey Carlos.

Giorgio miró hacia el lugar en que permanecía sentada, de forma indiferente, sobre una banqueta, agitando un tarro de alumbre.

—Esta pequeña emergencia implica que a ambos se nos permitirá entrar al Louvre —dijo mirándome con compasión—. Podría ser la única oportunidad de ver a

vuestro padre, Mélisande.

Me levanté.

—Estoy preparada —dije.

En los días que habían transcurrido desde mi última salida, las calles de la ciudad se habían deteriorado. Me sorprendió lo insegura e inmunda que se había vuelto. Las aguas residuales se acumulaban en apestosos charcos, y los transeúntes nos miraban con rencor cuando pasábamos. Giorgio me agarraba firmemente del hombro mientras caminábamos rápidamente. Llegamos a la puerta principal junto al mensajero que habían enviado para que nos escoltase y de esa forma, se nos permitió el acceso al palacio.

Enrique de Navarra estaba sentado en el borde de la pista de tenis, en un patio interior, con la pierna apoyada sobre un cojín. Gaspard Coligny se encontraba a su lado y la reina regente, Catalina de Medici, también estaba allí. La mujer se hizo a un lado cuando nos acercamos, sin reconocernos. El tobillo de Enrique estaba hinchado, pero estaba bromeando con el rey Carlos.

—Si hubiera sabido que ésta era la forma en que tratabais a vuestros oponentes, nunca hubiera aceptado jugar un partido contra vos —bromeó.

—Debéis sentir os afortunado de que sólo os hayáis desgarrado el músculo del tobillo. Muchas cosas peores le podrían ocurrir a un hereje.

Reconocí esa voz. ¡El conde de Ferignay! Sentí un espasmo de miedo en el estómago, pero mantuve la cabeza contra el pecho y el rostro desviado.

Si Enrique escuchó la mofa, la ignoró, pero su amigo Denis Durac se inclinó sobre él y le susurró al oído:

—Tome nota señor, uno de los hombres de la casa de Guisa le puso la zancadilla cuando entraba al patio. El golpe fue intencionado, así que ahora le tienen cojo.

—Debéis ocupar el lugar de mi nuevo cuñado —el rey Carlos se dirigió a Gaspard Coligny malhumorado—. Es mi deseo real jugar al tenis en este momento y vos podéis ser mi compañero.

—Os ruego me perdonéis, señor —Coligny se excusó—, pero después del Consejo de Estado de esta mañana, debo ir y preparar las órdenes para permitir que algunas tropas más se reúnan para hacer frente a la agresión española en Holanda, cerca de nuestras fronteras.

Coligny sonrió abiertamente a la reina regente, de forma insultante. Todo el mundo conocía el hecho de que Catalina pensaba que se debía evitar cualquier tipo de confrontación con España.

—Podéis marcharos.

El rey Carlos miró desafiante a su madre y agitó la mano para despedirse de Coligny. Catalina de Medici apartó la mirada mientras Coligny abandonaba la habitación.

—Jugaré al tenis con vos, mi señor, si me concede ese honor.

El duque de Guisa se había ofrecido entre el grupo de partidarios que le rodeaban. El rey asintió impacientemente y volvió a la pista de tenis, mientras el duque de Guisa cogía una raqueta. Mis ojos recorrieron las filas de espectadores y los cortesanos que se apiñaban en la galería y que se amontonaban en las puertas. No había rastro de mi padre. El duque caminó perezosamente hacia la pista. El rey estaba cada vez más molesto por el retraso del partido.

—Comencemos entonces —profirió—. He tenido que aplazar mi deporte matutino durante bastante tiempo mientras mis llamados asesores, Coligny y el resto, discuten acerca de si debemos estar en guerra con España.

Catalina de Medici contuvo la respiración.

—Dejadme que le recuerde, señor, que provocar una guerra con España sería un desastre para Francia.

—¡No me importa! —la voz del rey Carlos resonó con estridencia—. No discutiré el asunto más. ¡Quiero jugar el partido de tenis ahora!

Y lanzó la pelota al aire para golpearla salvajemente con la raqueta.

El duque de Guisa, pese a intentar permitir que el rey comenzara ganando, logró el primer punto.

Carlos, enrojecido por la ira, golpeó la pelota enconadamente. El duque devolvió un golpe suave. El rey retrocedió lleno de júbilo. Echó hacia atrás su brazo para dar el golpe con el que hubiera ganado el punto cuando, de repente, se escuchó en el pasillo un frenético revuelo. Varios soldados entraron corriendo en el patio.

—¡Asesinato! ¡Asesinato!

Carlos gritó alarmado y corrió a esconderse detrás de su madre. Ella permaneció completamente quieta. Se alisó el vestido y preguntó:

—¿Qué significa este ultraje?

El primer soldado se arrodilló ante ella.

—Han disparado al almirante Gaspard Coligny.

—¿Cómo? —exclamó el rey Carlos tirando su raqueta de tenis al suelo—. ¿No voy a tener un rato de paz? —gritó enfurecido—. ¿No puedo jugar un partido sin interrupciones constantes?

Al escuchar lo sucedido, Enrique de Navarra intentó incorporarse. Se alzó un murmullo de voces y los hombres comenzaron a correr hacia las puertas.

—¡Deteneos! —ordenó Catalina de Medici. Los cortesanos se dieron la vuelta y se detuvieron—. Aseguren todas las entradas y salidas a este lugar —ordenó a su guardia personal—. Estamos compungidos por la muerte de Gaspard Coligny, pero debemos proteger al rey.

Durante el altercado, otro hombre, hugonote por su vestimenta, entró corriendo y dialogó con Enrique de Navarra.

Ayudado por Denis Durac, Enrique se levantó. Entonces habló, ordenando a los presentes que escucharan sin levantar la voz.

—Me acaban de informar de que el almirante Gaspard Coligny no está muerto, aunque está herido por el disparo.

Se oyeron suspiros de lamento procedentes de los nobles de la casa de Guisa.

—Debemos agradecer que el Señor haya decidido salvar su vida.

Carlos miró irritado a su cuñado.

—¿Agradecer? ¿Agradecer decís? —dijo a gritos—. Ha interrumpido mi partido de tenis. Ahora se ha fastidiado todo. Iba a ganar un punto —añadió malhumorado.

Las diferencias entre los dos hombres no podían haber sido más obvias. Las cualidades reales de Enrique contrastaban con el temperamento enrabiado de Carlos al pensar en perder un partido de tenis.

Al escuchar que Coligny estaba sólo herido, la decepción de Catalina de Medici se hizo palpable, pero se recuperó pronto. Hizo un ligero movimiento con la cabeza.

—¿Hay algún doctor que pueda atender al almirante Coligny?

Giorgio dio un paso al frente.

De inmediato, Enrique de Navarra le dijo:

—Giorgio, sed tan amable de llevaros a vuestro asistente y acudid ahora a la casa del almirante Gaspard Coligny para prestarle vuestra mejor atención.

Enrique de Navarra y Catalina de Medici ordenaron a un guardia armado que nos protegiera en el camino. Las calles estaban llenas de gente, gritándose unos a otros las noticias y empujando a los soldados mientras se abrían paso con nosotros por el centro de la formación. Las llamadas entre los distintos grupos nos permitieron saber que el disparo había sido llevado a cabo desde una ventana de una casa de la que el duque de Guisa era dueño.

—¿Pensáis que fue premeditado? —pregunté a Giorgio.

Apretó mi brazo con tanta fuerza que grité de dolor.

—No digáis nada —me reprendió—. ¿Entendéis? No digáis nada.

Nos condujeron escaleras arriba una vez que llegamos a la casa de Gaspard Coligny. Sus amigos, que estaban congregados a su alrededor, se apartaron al escuchar que nos había enviado Enrique de Navarra. Giorgio miró la herida en el brazo izquierdo de Coligny.

—Si es posible, le podría aplicar un cataplasma —sugirió.

—No recomiendo ese tipo de procedimiento —le interrumpió una voz.

Ambroise Paré, el cirujano del rey, había llegado, enviado por el rey, que ahora se lamentaba de su falta de preocupación por las heridas de Coligny. La rectitud de Paré era intachable y Giorgio cedió inmediatamente ante la opinión del doctor más experimentado. Me miró al pasar, pero por la expresión de su rostro, supuse que no me había reconocido. Solo nos habíamos visto brevemente cuando fuimos a atender a

mi hermana Chantelle y confirmó su muerte.

—Primero debemos retirar la bala de mosquete; de lo contrario, la herida se infectará —afirmó Paré tras realizar cuidadosamente su propio examen del brazo roto de Coligny.

—Y después debemos llevar al almirante Coligny al Louvre, por su seguridad —añadió Giorgio.

—¡No! —gruñó un hugonote desde la puerta—. ¡Si dejamos que lo lleven al Louvre, les daremos la oportunidad de acabar con su intento fallido de asesinarle!

Paré miró a Giorgio con curiosidad y dijo:

—Creo que si trasladamos al almirante Coligny, es muy probable que no se recupere. Su herida tendrá más posibilidades de cicatrizar si permanece en la cama.

Giorgio me llevó hacia la ventana mientras Ambroise Paré comenzaba a explorar la bala.

—Debemos irnos de aquí —dijo con voz tensa—, porque pronto nadie podrá entrar o salir de esta casa.

Miré hacia abajo. El callejón a nuestros pies estaba lleno de hugonotes que se habían acercado desde todos los lugares de la ciudad. Formaban una creciente masa oscura que se agolpaba para saber qué estaba ocurriendo.

Nuestro escolta estaba apostado en la puerta frontal y Giorgio le persuadió para que nos condujera de forma segura a la casa del vizconde Lebrand. Para poder abrirnos paso, los soldados tenían que pasear con la alabarda extendida por delante de sus cuerpos.

—Habrán disturbios antes de que acabe la noche —dije.

—O algo peor —dijo Giorgio lacónicamente.

También había revuelo en casa del vizconde Lebrand. Había escuchado las noticias, pero no podía ir a ayudar a su hermano hugonote ya que el absceso de su pierna estaba supurando. Le pidió a Giorgio que le cambiara el vendaje.

—Perder a Gaspard Coligny tan pronto después de la muerte de nuestra reina dañaría en gran medida la causa hugonote —le dijo a Giorgio.

El vizconde Lebrand se había tomado muy a pecho la muerte de la reina Juana, creyendo que incidía negativamente en él ya que había fallecido en su casa.

—La reina Juana estaba exhausta por la visita del rey Carlos y Catalina de Medici ese día —continuó el vizconde—. Quizá si me hubiera sentado con ella esa noche, la hubiera visto debilitarse y buscar ayuda, y podría haberse salvado.

—No debe reprochároslo —dijo Giorgio al vizconde mientras comenzaba a drenar la herida en la palangana que yo sujetaba cerca de la pierna infectada—. Con el tiempo se habría llegado al mismo final.

Sentí como el suelo de la habitación se despegaba de mis pies cuando el pus comenzó a manar de la herida.

—Llevaos la palangana y enjuagadla —me ordenó Giorgio amablemente—. Luego marchaos a casa y descansad. Y aseguraos de tomar la medicina antes de acostaros.

—¿Está indispuerto vuestro asistente? —escuché preguntar educadamente al vizconde mientras me dirigía hacia la puerta.

—Creo que pueden ser las primeras fases de la querena —dijo Giorgio en voz muy baja.

El vizconde esbozó un gesto de compasión.

—Es una pena. Es difícil encontrar un buen asistente.

¿Querena? En Salon habíamos tratado a pacientes que habían contraído esa fatal enfermedad y yo sabía que no la tenía. Y Giorgio debería saberlo también. ¿Por qué habría dicho tal cosa? Aunque tenía dolor de cabeza, y unos rayos desgarradores ardían tras mis ojos.

La palangana se hizo añicos al resbalarse de mis manos y caer en la pila. La miré fijamente, embobada. No tenía fuerzas para arreglar el desorden. Una sensación punzante presionaba mis ojos por detrás de los párpados.

Necesitaba tomar algo para aliviar la presión. Había un remedio que Giorgio usaba para las migrañas que era muy efectivo.

Anduve a tientas hasta la estantería, pero la botella estaba vacía.

El dolor era ahora una plancha de hierro alrededor de mis sienes. Debía disipar el dolor. Sabía que Giorgio guardaba algunos de sus remedios más populares en su bolso. Siempre lo colocaba a un lado del colchón, y pensé que no le importaría si tomaba algo para hacer más liviana mi dolencia.

Abrí el bolso de Giorgio y hurgué en el fondo. Encontré un pequeño paquete en una esquina, toscamente enrollado en papel.

¿Estaría ahí el remedio? Extraje el paquete, arranqué el papel que lo enrollaba y el contenido cayó al suelo, a mis pies.

Un par de guantes. Guantes blancos.

¿Por qué Giorgio guardaba los guantes ahí? Él nunca llevaba guantes de ningún tipo. Eran guantes de mujer. Los había visto antes en algún lugar...

Me incliné para recogerlos. Entonces me detuve. En el aire flotó un perfume afrutado que procedía del paquete abierto. Y esta vez reconocí el olor.

Cerezas.

Y, una con asombrosa claridad, todo lo demás se me vino a la mente.

Me senté en el suelo. La puerta de la casa se abrió y Giorgio entró. Me miró a mí y observó la bolsa abierta. Vio lo que yacía en el suelo, junto a mí.

—Ah, los guantes de la reina Juana —dijo—. Debería haber quemado esos malditos guantes.

CAPÍTULO 67

Giorgio cerró con llave la puerta.

Le miré fijamente. Mi amigo. Mi protector.

Giorgio.

Había matado a la reina Juana. Había asesinado a la reina de Navarra utilizando el veneno de los Medici del que una vez me había hablado en Salon. Recordaba ahora los síntomas que Giorgio había descrito: el olor a cerezas, el color amarillento de la piel en el dorso de las manos.

Mi mente retrocedió a la noche de la muerte de la reina Juana. Al entrar en la habitación, sus manos reposaban sobre la colcha y estaban blancas. Debía haber estado probándose los guantes, como le pidió Catalina de Medici, que se los había enviado como obsequio aquel día. Giorgio se había acercado a la cama y había ordenado a todos los demás que se marcharan. Había aprovechado la oportunidad para quitarle los guantes y esconderlos en el bolso. Recordé que, más tarde, cuando una de las damas de compañía se acercó a ella, la mano de la reina ya no tenía el guante y la piel estaba cubierta de las manchas marrones comunes de la edad, aunque también amarillenta por el veneno.

Levanté la cara y le miré afligida.

—Matasteis a la reina Juana de Navarra.

—Dejaron aquí un paquete con el veneno de los Medici y preparé una crema que alguien introdujo en el interior de los guantes —dijo Giorgio en voz baja—. Y me aseguré de que después de la muerte de la reina Juana, los guantes desapareciesen para no dejar pruebas. Pero la reina Juana estaba muy enferma. Habría muerto de todas formas. Habríamos llegado al mismo desenlace tarde o temprano.

—Eso es justo lo que le dijisteis al vizconde Lebrand —dije—. Con el tiempo se habría llegado al mismo final. Son las mismas palabras que le dijisteis a alguien que vino a visitaros una noche hace unas semanas.

—¡Con que estabais despierta aquella noche! —dijo Giorgio inclinando la cabeza—. Así que estaba en lo cierto cuando comencé a daros el medicamento para el sueño. Se aproximó a mí y me preguntó bruscamente: ¿Cuál es el mensaje que portáis, Mélisande?

—No sé a qué os referís.

—Ambos sabemos a qué me refiero.

Estaba de pie ante de mí. De repente, sentí mucho miedo. Me levanté y le empujé en el pecho. Me dejó un poco de espacio y se dirigió a mí de forma amistosa.

—Podemos intercambiar secretos si queréis.

—¿Qué secreto sabéis que yo pudiera querer conocer? —le pregunté.

—Información que ayudaría a vuestro padre. Pruebas de como murió Armand Vescault.

—¿Cómo podríais tener esa información?

—El señor Thierry os amaba —dijo Giorgio negando con la cabeza—. Le inspirabais tal devoción que dio su vida por la vuestra e hizo esto por vos.

—¿Cómo?

—El señor Thierry llevó a cabo una investigación, privada por la desaparición de Armand Vescault. Mientras viajabais camuflada, se las arregló para que se me enviaran los resultados y que yo os los diera. Antes de abandonar Navarra, recibí una carta del magistrado de Carcassonne. Sus oficiales examinaron a conciencia el Palacio de Cherboucy. Encontraron el cuerpo de Armand Vescault en un pozo profundo, acuchillado hasta la muerte con un puñal que llevaba grabado el blasón de armas del conde de Ferignay. Esto demuestra que el conde de Ferignay mentía cuando decía que había hablado con Armand y lo había visto partir. Es suficiente para esclarecer que ni vos ni vuestro padre cometisteis ningún crimen. Así que creo que la carta os sería de gran utilidad.

Mientras hablaba, me di cuenta de que Giorgio me había cerrado el paso hacia la puerta exterior.

—¡Debéis darme esa carta! —grité—. Por lealtad al señor Thierry.

—Yo no soy empleado del señor Thierry —dijo Giorgio—. Me convenía hacerle creer que lo era.

—¿Quién os paga entonces?

Dudó antes de responder.

—La persona más importante en este territorio.

—¿El rey Carlos?

Giorgio rió a carcajadas.

—Qué inocente sois, Mélisande, creyendo que el rey es la persona más poderosa de Francia.

—¡Catalina de Medici!

—¡Callad!

El boticario elevó la vista hacia el techo.

—Pero ¿por qué motivo trabajaríais vos para ella? Pensaba que los Medici os habían torturado porque sospechaban que habíais intentado matar uno de sus nobles.

—No —dijo Giorgio—, no fue porque intentara envenenar a uno de sus nobles por lo que los Medici me torturaron, sino porque no logré envenenarle. Los Medici

me pidieron que provocara la muerte a este hombre. Era un doctor recién titulado con grandes ideales y ganas de salvar vidas. Cuando vi el sufrimiento al que le estaba exponiendo, no pude continuar. Lo que me hicieron los Medici para vengarse me hizo prometer que no volvería a desobedecer sus órdenes de nuevo.

—Si trabajáis para Catalina de Medici, ¿por qué estabais en Salon en la casa de Nostradamus?

—Durante años, el profeta Nostradamus había estado atormentando a la gente con premoniciones respecto a la sangre real de Francia. Sabéis que Catalina de Medici creía en él. Me instruyeron para que me congraciara con Nostradamus y recogiera toda la información posible. Catalina de Medici creyó que él había redactado una profecía que predecía la sucesión al trono. Y estaba en lo cierto —Giorgio me miró intensamente—, ¿no es verdad?

Mi corazón comenzó a latir desenfadadamente. ¡Los documentos de Nostradamus! ¿Cómo se enteró Giorgio?

El hombre estudiaba mi expresión.

—Sé que sois portadora de algún tipo de mensaje, Mélisande. Por ese motivo arriesgué mi vida para ayudaros a escapar de Valbonnes. No me era fácil acceder a los pisos superiores de la casa de Nostradamus, pero utilizaba a la criada Berthe para espiar por mi cuenta. Le decía algún piropo sobre su cabello o su vestido y no tardaba en decir lo que sabía. También me di cuenta de que vos os citabais con Nostradamus. Por ese motivo sabía que había algo muy importante que teníais que dar a conocer. Catalina de Medici me ha comentado el destino que me espera si no encuentro la profecía y se la entrego en secreto esta noche.

—Si Catalina de Medici creyera que llevo algo de valor me habría arrestado y torturado hace mucho tiempo —protesté.

—No he informado a la reina regente de que yo pensaba que erais vos la que portaba el mensaje de Nostradamus —replicó Giorgio—. Sólo le dije que había una persona a la que estaba siguiendo y que podría conocer lo que ella buscaba. Si hubiera mencionado vuestro nombre a la señora Medici, os habrían llevado inmediatamente a la cámara de tortura más vil y os habrían inflingido inenarrables castigos hasta que pidierais misericordia a gritos. No, no quería que sufrierais de la misma manera que yo lo había hecho. Hace mucho tiempo, Mélisande, fuisteis amable conmigo, y corristeis a ayudarme cuando me atacaron en el exterior de la botica en Salon. Así que pensé en engatusaros de otro modo para que me contarais el secreto que sabéis.

—No es nada —dije con la voz entrecortada por el miedo.

Ahora era consciente de por qué la reina regente no había reconocido a Giorgio en la habitación de la reina Juana o en la pista de tenis hoy. No quería que la asociaran con él de ninguna manera. Ya había ideado hábilmente que él debía ser el

primer doctor en atender a Gaspard Coligny y, si Ambroise Paré no hubiera llegado a tiempo, quizá Giorgio habría conseguido asesinar a Coligny tratando su herida inadecuadamente. Habría cerrado la herida con la bala de mosquete dentro, provocando que se infectase.

—No es de extrañar que Ambroise Paré os mirara de forma tan extraña cuando sugeristeis que trasladáramos a Gaspard Coligny —dije—. Él sabía que cualquier doctor cualificado habría observado aquello que era más dañino para el paciente. Y ése era el motivo por el que queríais marcharos tan precipitadamente —continué—, por si los hugonotes se daban cuenta también, y veían que no teníais las mejores intenciones con Coligny.

—No tiene importancia —dijo Giorgio—, ya que Gaspard Coligny morirá esta noche de todos modos.

—¿Cómo podéis estar seguro de eso? —pregunté sorprendida.

—Mélisande, no sois tan estúpida e ingenua como para no ver que París es como un montón de madera seca en el que se ha encendido una chispa. La milicia está cerrando las puertas de la ciudad en este mismo instante. Os ofrezco un trato.

Giorgio extrajo una carta del interior de su abrigo y me la entregó.

—Aquí está la carta del magistrado de Carcassonne que prueba que vos y vuestro padre sois inocentes. Cogedla como señal de buena fe. Ahora decidme dónde habéis escondido los documentos de Nostradamus.

Leí rápidamente la carta que tenía en la mano. El contenido coincidía con lo que me había dicho Giorgio y llevaba el sello oficial de Carcassonne.

¡Ahora que la tenía necesitaba liberar a mi padre! Metí la carta de Carcassonne en mi túnica. Pero no podía vender la confianza de Nostradamus y darle a Giorgio los documentos que contenían sus profecías. Instintivamente, miré hacia el gancho donde tenía la mandolina y la capa de viaje. Giorgio interceptó mi mirada y, de un salto, estiró la mano y agarró la mandolina.

—Debía haber adivinado que aquí era donde habríais ocultado cualquier documento de valor —gritó, e hizo añicos mi mandolina contra la pared.

Durante un horrible instante, pensé que mi corazón iba a dejar de latir.

Movido por la frustración, Giorgio buscó entre las piezas rotas y se dio cuenta de que no había nada dentro. Le invadió una sensación de ira. Sacó un estilete de la manga de su abrigo, se acercó y me puso la hoja en la garganta.

—Ya he intentado convenceros por las buenas. Esta noche me juego la vida. Y me vais a decir dónde habéis escondido la profecía; de lo contrario, os mataré.

Dolida por haber perdido mi hermosa mandolina e intentando evitar la muerte, le conté lo que quería saber.

—Los documentos de Nostradamus están cosidos en el dobladillo de mi capa de viaje.

Me empujó, corrió hacia la capa y rasgó el ribete con su puñal.

—Muy bien ocultos —dijo mientras extraía los rollos de papel. Se giró—. Y ahora —dijo avanzando hacia mí— siento tener que hacer esto, Mélisande.

Hablaba con lo que parecía sincero arrepentimiento.

—Como en el pasado me salvasteis del dolor, habría preferido que no sufrierais. Si hubiera tenido la opción, os habría llevado a vuestro final sin dolor y con un medicamento para el sueño más potente.

—¿Me habéis estado envenenando?

Ahora sabía la razón de las náuseas y dolores de cabeza.

—Sí —respondió Giorgio—. Os he estado la dosis suficiente cada noche para que vuestros sentidos estuvieran confundidos. Eso me permitió manipularos más fácilmente. Pensé que, una vez que os hubiera convencido de que me entregaseis la profecía de Nostradamus, acabaría con vuestra vida de forma clemente. Pero el problema tiene que arreglarse ahora.

Levantó el estilete.

—Os arrestarán —grité asustada—. No puedes ocultar un crimen así. Cuando encuentren mi cuerpo al amanecer, el vizconde Lebrand os habrá arrestado.

—Cuando comience la masacre —dijo Giorgio—, creedme que nadie se preocupara por vos. Por la mañana, un cuerpo más no significará nada.

—¿Qué estáis diciendo?

Le miré estupefacta.

—La reina regente, Catalina de Medici, aparta a los enemigos de su camino —dijo Giorgio—. Es su forma de hacer las cosas. Ella creía que la reina Juana iba a cambiar de opinión sobre la boda. Por eso me dijo que la eliminara. Ahora Catalina de Medici no puede permitir que Coligny siga adelante y nos lleve a la guerra con España. Arruinaría Francia por completo y, si nos conquistaran, sus hijos podrían perder su herencia. Por ello, los hugonotes deben ser sacrificados.

—¿Os referís a los nobles hugonotes?

—El duque de Guisa y sus seguidores negociarán personalmente con Gaspard Coligny y sus señores. En cuanto al resto, han compilado listas de aquéllos que están alojados en las posadas y pensiones. Una vez que empiece, la ciudad se levantará y ninguno sobrevivirá. Esta noche, todos los hugonotes que se encuentren en París morirán.

—Mañana es un día sagrado —protesté—. La fiesta de San Bartolomé. Y, de todas formas, el rey Carlos no lo permitirá. Siente afecto por Gaspard Coligny.

—Al final, el rey hará lo que le aconseje su madre, aunque mañana sea un día festivo. Os digo que la matanza se iniciará dentro del propio palacio del Louvre —dijo Giorgio—. Se esperará a la señal para comenzar el ataque. Y cualquiera que no lleve uno de éstos —dijo señalando un lazo blanco clavado en su abrigo— morirá.

No podía creer lo que Giorgio me estaba contando.

—Es imposible. Hay miles de hugonotes. No será tan fácil vencerles.

—Por eso es el momento adecuado —dijo Giorgio—. El que golpee primero es el que ganará esta batalla.

Y, diciendo esto, se abalanzó hacia mí, apuntándome con el estilete.

Di un brinco y mi espalda chocó contra la pila. Me tenía acorralada. No había escapatoria. El terror hizo que se me cerrara la garganta, por lo que no pude gritar. Y, de haberlo hecho, nadie me habría escuchado, porque nos encontrábamos en la parte inferior de la casa. Se me acercó otra vez, se abalanzó sobre mí, y yo lo esquivé, pero el estilete me alcanzó en la parte superior del brazo. La visión de mi propia sangre me impulsó a actuar. Llevé las manos hacia atrás y, agarrando el filo de la pila para apoyarme, le di una patada con ambos pies. Con los miembros inarticulados por las sesiones de tortura, no consiguió evitar mis golpes. Pero estaba debilitada por las pociones para dormir que me había dado cada noche, y apenas podía detener su progreso.

Me agarró firmemente del pelo, intentando flexionar mi cabeza hacia atrás para poder realizar un corte en mi garganta. Le arañé y forcejeamos. Se me estaba echando encima. Una vez más, llevé las manos hacia atrás, pero en lugar de encontrar el borde de la pila, agarré algo distinto.

Me dolió.

Había agarrado una pieza de la palangana rota que había hecho añicos en la pila antes. Mis dedos se cerraron alrededor de un largo fragmento de cerámica. Lo agarré en mi mano con tanta firmeza como me fue posible.

Entonces, elevé el brazo, y asesté un golpe con todas mis fuerzas bajo la barbilla de Giorgio. Solo gritó una vez. Entonces la sangre comenzó a brotar. Tiró el estilete y se tapó el cuello con ambas manos. Pero no podía detener la sangre, que burbujeaba entre sus dedos.

Giorgio cayó de rodillas. Mientras la vida le abandonaba, las manos cayeron de su rostro y su cuerpo se retorció en espasmos. Me quedé inmóvil unos minutos. Había matado a una persona. Un hombre que pensaba que era mi amigo, pero que me había traicionado. Y, aún así, no podía odiarle por ello. Había hecho lo que le habían ordenado para preservar su propia vida. Como yo debía hacer ahora, preservar la mía y la de mis seres queridos.

Apartando los ojos en su rostro, tomé un par de tijeras y corté el lazo blanco de la capa de Giorgio. Recorté los hilos sueltos del dobladillo de mi capa de viaje y liberé los rollos de papel. Los coloqué dentro de mi túnica, junto a la carta de Carcassonne.

Entonces me dirigí zigzagueando hasta la puerta exterior, la abrí y me interné en la noche.

CAPÍTULO 68

Ante mí se extendía el viejo puente de la ciudad.

Las aguas del Sena circulaban lentamente, reflejándose bajo los arcos. Pese a la hora que era, había algunas personas cerca, siluetas sombrías que se movían en la oscuridad.

Oí los sonidos propios de un forcejeo procedentes de un callejón cercano. No me importaba si eran amantes o asesinos. Ahora era lo suficientemente madura para no pararme a investigar cualquier ruido extraño. Hasta las piedras de París crepitaban con la tensión. La estimación de Giorgio era acertada. Asfixiados por el calor de un fétido verano y tras la reciente boda de la hermana del rey con el odiado príncipe hugonote, la hostilidad de los ciudadanos hacia los miles de protestantes alojados en las proximidades hervía a fuego lento, lista para explotar.

Palpé los papeles de Nostradamus dentro de mi túnica y me pregunté si sería la noche en la que las primeras palabras que había escuchado pronunciar al profeta se harían realidad.

«¡El rey está sentenciado! ¡Veo ríos de sangre por las calles de París!».

Habían transcurrido muchos años desde que el rey Carlos se riera de su profecía. Pero había llegado el momento de que se cumplieran las predicciones astrológicas del sabio Nostradamus.

Vi de nuevo a Nostradamus con las manos por encima de la cabeza.

«¡Un centenar de muertos!

¡No! ¡Más! ¡Doscientos!

¡Aún más! ¡Y más aún!

¡Trescientos! ¡Cuatrocientos! ¡Quinientos! ¡Cinco veces quinientos!

La campana está doblando. París grita de agonía. Los bebés son arrancados de los brazos de sus madres. Intentan escapar, corriendo por las calles. Sus cuerpos obstruyen el río y el agua no puede discurrir. ¡Qué vil asesinato!».

Comencé a sentir náuseas en el estómago. Entonces creí, sin duda, que una

atrocidad enorme iba a acontecer. Y que sería esa noche. Comenzaría dentro de la casa real, con alguna señal para llamar a la ciudad entera a levantarse contra los hugonotes.

¿Qué señal?

Eso era lo que no sabía. Solo sabía que ocurriría, y que las dos personas que más quería estaban en peligro. Mi amado padre, que había permitido que lo capturaran para salvarme, y Melchior, ambos en algún lugar del palacio del Louvre. Si no quería que murieran, debía encontrarlos y advertirles. Y no me inquietaría por el destino del rey, ni intentaría volver a descifrar las palabras del segundo cuarteto que el maestro Nostradamus había escrito para mí.

«Éste es vuestro destino. Mélisande.

Sois la única que podéis,

de una forma que conocéis,

salvar al rey que debe ser salvado».

El rey Carlos corría un grave peligro esa noche. Pero yo no sentía un deseo especial de salvar a ese hombre enloquecido y sanguinario, que aceptaba la espantosa matanza de los invitados a la boda.

Un fuego ardía a la entrada del puente. Normalmente había tres vigilantes en servicio allí. Sólo podía ver a uno, que permanecía allí solo. Sus dos compañeros estaban a un lado, ocupados con un par de chicas de la calle.

—¿Quién sois? —preguntó el soldado mientras me aproximaba—. ¿Qué hacéis por aquí?

El hombre me agarró fuertemente, pero conseguí zafarme.

El gorro y la cara sucia resultaron un buen disfraz. Le mostré el lazo blanco que me había clavado en la manga.

Suspiró desilusionado.

—Un chico. No nos sirve para ningún entretenimiento. —Me dio un toque con su lanza, pero sin excesiva fuerza—. Id a casa con vuestra madre, pequeño. Y decidle que cierre con llave y que ponga una barrera en la puerta. Es casi de día y, cuando amanezca, habrá problemas. Nadie estará a salvo.

Pensé rápidamente. Para llegar al Louvre, tenía que cruzar el río. Saqué de mi túnica el pergamino que llevaba el sello del profeta.

—Tenéis que dejarme pasar —dije.

El soldado echó un vistazo al papel que había puesto bajo su nariz.

—¿Qué noble os ha dado este pase?

—Este documento lleva la marca de alguien que, aunque está muerto, tiene mucho más poder que cualquier príncipe o señor en la tierra.

—¿Y quién es ése?

—Nostradamus —silbé el nombre.

El hombre retrocedió y pasó delante de él.

Corrí, por el puente y la masa oscura del Louvre se erigió frente a mí. Me detuve para apoyarme en el muro del dique en el lado más lejano del río. Sólo me detuve durante un minuto, lo que tardé en aliviar el dolor que sentía en el costado y esconder a buen recaudo el pergamino en mi túnica. Pero entonces la luna se abrió paso entre las nubes. Elevé la mirada y sentí un escalofrío, y volví a escuchar las palabras de Nostradamus:

«La luna cae en la casa de la muerte».

Esos pocos minutos de vacilación me pasaron factura. Cuando abandonada el refugio del muro, la campana de una iglesia comenzó a doblar. Giré la cabeza para oírla.

«La campana está doblando. París grita de agonía».

Grité.

¡Era demasiado tarde! Era la señal para el inicio de la masacre.

CAPÍTULO 69

Cuando la campana comenzó a sonar, las puertas del Louvre se abrieron, y un gran cuerpo de hombres a caballo salió galopando, encabezados por el duque de Guisa. Se alejaron en dirección a la casa de Gaspard Coligny.

Con las espadas en alto, se gritaban los unos a otros con gran, agitación. Por ello supe que el destino del almirante estaba sentenciado.

Corrí hacia las puertas cuando empezaron a cerrarse. Sabía el riesgo que corría, pero tenía la desesperada esperanza de que mi audacia me permitiera acceder al palacio.

Mostré el pase que Nostradamus me había entregado, enseñé el lazo blanco en mi manga y dije solemnemente:

—Vengo de parte del doctor Giorgio y traigo un documento que la reina regente, Catalina de Medici, debe leer. Es muy urgente.

Al escuchar el nombre de Catalina de Medici, el soldado buscó a un oficial de alto rango.

—Es vital que la reina regente lea este mensaje —le dije—. Trata sobre una profecía de Nostradamus. La reina espera esta información con impaciencia, y yo debo dársela en mano.

La obsesión de Catalina de Medici con lo oculto era suficientemente conocida como para que me dejaran atravesar la puerta. Y, si me capturaban antes de ver a la reina regente, les enseñaría la profecía relativa a mi destino de salvar la vida del rey. Decidí hacer esto pese a recordar que Nostradamus me había dicho que Catalina de Medici no debería saber de ello hasta que antes hubiera salvado al rey, pero ahora solo pensaba en llegar al lugar donde se encontraba mi padre a toda costa. Debía intentar convencer a la reina regente de que Nostradamus me había dicho que acudiera específicamente a ella para salvar a su hijo. Entonces podría darme un trato de favor y defender mi caso por mi padre y por mí.

—Si decís que venís con órdenes del doctor Giorgio —añadí al oficial—, comprobaréis que se me permite el acceso a su majestad.

El oficial tomó el pase y me llevó a la sala de los guardias. Me pidió que esperara allí mientras iba a investigar si se me permitía hablar con Catalina de Medici. Cuando se marchó, se oyó un grito repentino y, a continuación, un chillido prolongado desde el interior del palacio. Uno de los guardias me sonrió.

—Ha comenzado —dijo.

—Ahora esos hugonotes verán lo que París piensa de ellos —dijo otro.

Apenas había terminado de hablar cuando un grupo de hombres vestidos de oscuro salieron corriendo del palacio hacia los jardines cercados. Un grupo de soldados les seguía de cerca, disparándoles flechas.

—¡Ajá! —gritó el primer guarda—. Las ratas están corriendo. Vamos a divertirnos con ellas.

Cogió su lanza, que estaba apoyada en la pared, y siguió a sus compañeros, que perseguían a los hombres que huían.

Aproveché ese momento para colarme por la puerta que conducía al edificio de las caballerizas. Las antorchas ardían sobre los soportes en todos los patios, donde los mozos de las caballerizas sacaban uno a uno los caballos, esperando a los oficiales de caballería y a los milicianos.

Atravesé las puertas abiertas. No tenía conocimiento de dónde podría estar mi padre. Pero sabía que se encontraba en el mismo lugar donde se alojaban Paladín y Melchior, y el joven me había prometido que descubriría todo lo que pudiera sobre mi padre. Rodeé el edificio donde creí haber visto la silueta de la jaula del leopardo. Reconocí la figura de una persona entre las sombras.

—Melchior —susurré.

Me empujó hacia él y, antes de que pudiera abrir la boca, me dijo:

—He venido a por vos. Se ha iniciado la masacre planeada. Debemos abandonar este corrupto lugar lo antes posible.

—¿Y mi padre? —pregunté.

—He encontrado el lugar donde duerme en palacio.

Melchior abrió la puerta de la jaula y sacó a Paladín mientras hablaba. Incliné la cabeza hacia la oreja del animal y le hablé antes de quitarle el bozal. Recordé lo que Melchior me había dicho en el Palacio de Cherboucy y permanecí inmóvil. El leopardo se acercó y me olió, y acarició suavemente mi mano con su nariz.

—Por aquí —dijo Melchior, y nos perdimos en la noche.

Con el leopardo caminando sin hacer ruido a nuestro lado, nos alejamos del ala principal del palacio, donde las luces empezaban a brillar en las ventanas y la gente miraba angustiada al exterior, preguntándose a qué podría deberse el alboroto.

Nos dirigimos a la parte más antigua del edificio y subimos a un piso superior por una escalera exterior. Una puerta de hierro conducía a un pasillo de techo bajo con una fila de claraboyas por las que se filtraba levemente la luz de la luna. Había habitaciones minúsculas bajo el alero. Apenas habían sido utilizadas, ya que la mayoría de las puertas estaban abiertas, y las habitaciones polvorientas y vacías. Pero llegamos finalmente a una que estaba cerrada con llave.

—Aquí es donde tienen recluido a vuestro padre. Lo vigilan de cerca, pero esta

noche sus guardias estarán en otra parte.

—Os equivocáis —dijo una voz detrás de nosotros. Nos giramos.

El conde de Ferignay estaba allí, bajo el marco de la puerta de la habitación de enfrente, con una espada en la mano.

—Mientras me preparaba para la caza de los hugonotes, se me ocurrió que la distracción que ofrecía sería una oportunidad perfecta para que alguien intentara rescatar al juglar. Así que, después de dejar que mi señor, el duque de Guisa, se ocupara del almirante Coligny, pensé en venir aquí para ver si estaba en lo cierto.

Ferignay dio un paso adelante y me quitó el gorro de la cabeza.

—Es la hija rebelde —dijo con tono triunfal—. Los rumores de que estabais en París intentando reuniros con vuestro padre eran totalmente ciertos.

Mi ánimo, enaltecido y esperanzado un momento antes, cayó en una gran depresión. No debí haberme detenido a descansar y observar la luna después de cruzar el puente. Si hubiéramos llegado un poco antes, podríamos haber eludido a Ferignay.

Melchior giró un poco la cabeza. Paladín emitió un gruñido desde lo más profundo de su pecho.

—¿No pensaréis oponer resistencia? —le advirtió el conde—. He avisado a Jauffré y ambos estamos armados.

En ese momento, Jauffré salió de la habitación contigua también con la espada en alto.

Y nosotros no tenemos armas, pensé. ¿Por qué no había guardado el cuchillo de Giorgio al coger el lazo y los documentos? No teníamos nada con que protegernos.

Pero había olvidado algo: Paladín daría la vida por su dueño. Cuando el conde de Ferignay avanzó hacia él, Melchior pronunció una palabra. Paladín dio un salto adelante. Con un furioso despliegue violento, Paladín brincó con las mandíbulas abiertas a la garganta del conde de Ferignay.

Ferignay extendió la espada. El hombre y el animal cayeron al suelo. El conde gritó e intentó usar su espada una vez más, pero el leopardo tenía ahora a su presa sujeta por el cuello. Los clientes del leopardo se cerraron, atravesando venas y hueso. Ferignay gritó en su agonía de muerte, rodando por el suelo, retorciendo piernas y brazos mientras el animal le mordía el cuello y el rostro.

Pero Jauffré tenía la espada preparada y, antes de que pudiéramos evitarlo, la introdujo dos veces en el cuerpo de Paladín. El leopardo se retorció, gruñendo, herido de muerte. Melchior saltó sobre Jauffré, le quitó la espada, y se la incrustó en el pecho. Jauffré cayó al suelo, y Melchior y yo nos acercamos a Paladín.

El leopardo tenía perforados los órganos vitales y era evidente que su final se acercaba. Con lágrimas en las mejillas, Melchior se arrodilló y sostuvo con cuidado la cabeza de Paladín en su regazo. En unos minutos, el leopardo dejó de respirar, y sus

ojos oscuros se cerraron.

Más noble que cualquier caballero en el campo de batalla.

Más leal que cualquier camarada. Portador de justicia para mi hermana. Veloz y valeroso vengador. Mi propio corazón se magullaba de dolor mientras contemplaba la muerte de Paladín.

*«Paladín, portas un nombre de gran nobleza,
orgulloso príncipe de sangre real.
Prisionero de otros, sin embargo,
tu espíritu es indómito como el mar.
Expedito hijo de una poderosa raza,
tus conquistas se rinden ante tu majestad.
Sombra silenciosa, veloz en la caza.
Tus cadenas se convertirán en libertad».*

Melchior se sentó, conmocionado.

El alivio se apoderó de mis sentidos al ver los cuerpos muertos de los dos asesinos que me habían robado mi juventud y mi felicidad. Pero el dolor también inundaba mis sentidos por el destino de Paladín. Sentí como el sobrecogimiento entumecía mi cuerpo. Supe que moriríamos si no actuábamos en ese momento.

Me arrodillé junto a Melchior y puse mis manos sobre las suyas.

—Paladín es libre ahora, aunque no sea en vida. El noble leopardo ha vengado a mi hermana, y ha dado su vida para salvar la vuestra. Su sacrificio no debe ser en vano.

Oímos a gente corriendo y algunos gritos de histeria en el patio. Cogí el puñal del cinturón de Jauffré y corté los lazos blancos ensangrentados de su manga y de la del conde de Ferignay.

—Es un lazo especial que hay que portar como señal para los soldados y la milicia. Los que lo lleven se salvarán —expliqué a Melchior mientras ataba uno alrededor de su brazo.

Melchior acarició la cabeza de Paladín por última vez. Entonces se levantó y abrió de un golpe la puerta de la habitación donde mi padre estaba prisionero.

La figura que yacía en el suelo se puso en pie. Estaba delgado como un tallo de cebada, con los ojos febriles y brillantes.

Me dio un vuelco el corazón.

—¿Mélisande? —dijo mi padre asombrado. Se balanceó, a punto de caer.

Me apresuré a abrazarle para sostenerle.

—Hablares más tarde, papá —le dije, y le até el otro lazo en la manga.

Melchior tomó a mi padre en brazos y lo izó fácilmente sobre sus hombros.

—Abandonemos este maldito lugar.

Procedentes de pisos inferiores, nos llegaban alaridos y el sonido del mobiliario siendo arrastrado.

—Están intentando atrincherarse en sus aposentos —dije.

—Solo servirá para demorar su muerte —respondió Melchior.

Corrimos por el pasillo y abrimos la puerta exterior que se encontraba al fondo. En las escaleras había una mujer hugonote que venía hacia nosotros. Cinco hombres le pisaban los talones. Su vestido estaba desgarrado desde el corpiño al faldón y su pelo caía libre sobre su cuerpo. Cuando nos vio, estiró los brazos y dijo suplicando:

—¡Ayudadme! ¡Por el amor de Dios! ¡Ayudadme!

Dos de los hombres la cogieron del pelo y comenzaron a arrastrarla cruelmente escaleras abajo. Los otros tres levantaron la vista y comenzaron a subir las escaleras de forma amenazante. Levanté el brazo para mostrar el lazo blanco. Los hombres vacilaron, pero se dieron la vuelta y volvieron por el lugar donde habían venido. En la zona que se extendía a los pies de la escalera, un grupo de mujeres habían sido acorraladas por los soldados, que las abofeteaban y zarandeaban. Melchior me tiró de la manga.

—Entrad —dijo—. No podemos hacer nada por ellas.

*«Las mujeres piden socorro y vos, Mélisande,
no podéis hacer nada por ayudarlas».*

Nos dirigimos al otro extremo del pasillo, encontramos una escalera interior y comenzamos a descender en una oscuridad total. Eran unas escaleras para los criados que no se utilizaban, pero todavía podíamos escuchar en los pasillos los gritos de muerte que se producían cuando sacaban de las camas a los hugonotes y los asesinaban. Estaban persiguiendo y atrapando a todos los hombres y mujeres en ese oscuro laberinto del Louvre.

Y, pese a todo aquello, yo sólo pensaba en poner a mi padre a salvo. Llegamos al final de las escaleras. A un lado había un pasadizo ligeramente iluminado. Al otro lado, la puerta de salida, de piedra desmenuzada y decorada con símbolos antiquísimos, estaba cerrada y atornillada con barras de hierro.

—Esta puerta lleva cerrada muchos años —dijo Melchior mientras la examinaba—. Ése el motivo por el que no hemos encontrado a nadie al bajar por la escalera.

Bajó a mi padre de sus hombros y lo sentó en el suelo.

—Voy a adentrarme en el pasillo para ver si puedo descubrir en qué parte de este laberinto nos encontramos.

—Llevaos esto —dije, y le entregué el puñal que había extraído del cuerpo de Jauffré.

Cuando Melchior se fue, mi padre se estiró para tocarme.

—Qué testaruda eres, hija —dijo.

Apoyé la cabeza en su pecho.

—Perdonadme padre, os he causado mucho dolor.

—No, no —me hizo callar—. El hecho de pensar que estabais libre fue lo que me dio fuerzas durante estos largos meses. He cantado vuestras canciones. Os imaginé errante por la isla de Bressay. ¿Llegasteis a casa?

—Sí.

—¿Era tan bonita como la recordabais? —me preguntó.

—Sí, claro que sí —contesté, con sinceridad.

—Pude escuchar vuestra voz en el viento que soplaba fuera de los muros del castillo —dijo mi padre sumido en una ensoñación—. El rey Carlos no se trató con crueldad. Le encantaba la música y me buscaba cuando le dolía la cabeza para calmarle. Mi vida no ha sido tan mala.

Melchior regresó.

—¿Dónde estamos? —le pregunté.

Se sentó a nuestro lado en los escalones y me miró con gesto muy serio.

—Mélisande —dijo—, no lo sé. Pero en este lugar se ha desatado una locura extrema esta noche. Salir de cualquiera de estos pasillos es encontrar una muerte segura.

*«La persona que haga esto avanzará
codo a codo con la muerte».*

Antes de que pudiéramos seguir hablando, escuchamos el estruendo de las espadas y gritos de hombres batiéndose en duelo. Subimos a mi padre algunos escalones al avistar bajo nosotros a los hombres que luchaban.

Cuatro hombres de la casa de Guisa estaban atacando a Enrique de Navarra y a Denis Durac.

Enrique era regordete pero fuerte; Denis no tenía tanta fuerza, pero era habilidoso con el estoque. Permanecían codo con codo bajo el arco de la escalera y luchaban como hombres endemoniados.

Eliminaron a dos de los hombres, pero estaba claro que ambos hugonotes estaban debilitados. La agilidad de Enrique estaba mermada por culpa del tobillo que tenía vendado. Denis Durac tenía un corte en la cara y varias cuchilladas en el brazo con el que usaba la espada y, mientras esquivaba otro golpe, bajó la guardia. Directamente bajo nosotros uno de los nobles de Guisa se adelantó para aprovecharse de su debilidad.

Melchior saltó y cayó sobre sus hombros. Tenía el puñal de Jauffré en su mano y

lo clavó en el cuello del hombre.

—¡Melchior! —gritó el príncipe Enrique en alegre sorpresa.

Denis Durac se recuperó. Los otros nobles de Guisa arremetieron contra Enrique de Navarra y le habrían asestado un golpe fatal si Denis Durac no se hubiera colocado entre ellos.

La espada del oponente de Enrique se clavó en el estómago de Denis, que cayó moribundo al suelo. Enrique, furioso, acabó con el soldado que había causado la muerte a su amigo.

Entonces, dejó de un lado la espada, corrió, y se arrodilló al lado de Denis Durac.

—Ya no estoy en deuda con vos, su majestad —dijo Denis Durac gimiendo de dolor—. Os he devuelto el favor que me hizo cuando el oso me atrapó en los Pirineos.

—No era un favor que quisiera que me devolvierais —dijo Enrique—. No estoy preparado para perder a un amigo tan bueno.

A lo que Denis Durac replicó:

—No puedo pensar en una mejor forma de morir que dar mi vida por salvar al rey, que debe ser salvado.

CAPÍTULO 70

«El rey que debe ser salvado».

Me senté, erguida, en las escaleras.

Denis Durac acababa de pronunciar la última línea del cuarteto que Nostradamus había escrito para mostrarme mi destino.

*«Éste es vuestro destino, Mélisande.
Sois la única que podéis,
de una forma que conocéis,
salvar al rey que debe ser salvado».*

Pero ¿por qué Denis Durac había llamado al príncipe Enrique de Navarra «rey»?

Y entonces me di cuenta. Con la muerte de la reina de Navarra, la reina Juana de Albret, su hijo ya no era el príncipe Enrique. Se había convertido en rey, el rey de Navarra. Y Enrique era rey, no sólo por el título. Era, efectivamente, rey por conducta y por naturaleza. Un rey al que había que salvar.

Mi destino. Como profetizaba Nostradamus.

Enrique era el rey que debe ser salvado. El gran rey de Francia no iba a ser el hijo de una Medici. Era Enrique de Navarra.

*«Éste es vuestro destino, Mélisande.
Sois la única que podéis,
de una forma que conocéis,
salvar al rey que debe ser salvado».*

La profecía y la presencia de Nostradamus me hablaban. «Sabed que no podéis alterar el curso de esta vil masacre, pero podéis ayudar al rey que puede sacar a Francia del fango en el que se está ahogando y conducirla hacia la grandeza y la prosperidad. Para que Francia prospere, Enrique debe vivir. Acabará con el caos y se salvarán muchas vidas si vos salváis la suya. Mélisande, de una forma que conocéis,

salvad al rey que debe ser salvado».

De una forma que conocéis.

A menudo, durante los largos años de espera, le había estado dando vueltas a la idea de saber cómo poder salvar al rey.

Había considerado mis deficientes habilidades médicas y sabía que flaqueaba en ese campo.

De una forma que conocéis...

Levanté la mirada hacia la piedra que descansaba sobre la puerta enladrillada; el arco estaba tallado con símbolos antiquísimos.

Conocía la forma. El dibujo basculó ante mis ojos, como lo hizo el que había en el marco alrededor del espejo en el Palacio de Cherboucy. La tumba de los Caballeros Templarios. Los muros dentro del monumento central de las piedras levantadas.

Mi destino. Sabía lo que tenía que hacer y decir.

—Mélisande, mirad —dijo Melchior señalando hacia el extremo del pasillo, donde algunos soldados venían hacia nosotros—. Acabamos de ayudar a matar a unos nobles de la casa de Guisa. Los lazos blancos no nos salvarán ahora. Debemos prepararnos para morir.

Entonces, ahuecó mi cara con sus manos y me miró a los ojos.

—Os amo.

—Y yo a vos —dije. Cogí sus manos y las mantuve entre las mías por un momento. Me dirigí al rey Enrique de Navarra, que había cogido la espada y estaba preparado para luchar.

—Señor —dije—. El destino me ha conducido hacia vos esta noche, porque os doy mi palabra de que soy la única que puede sacaros de este palacio.

Enrique señaló a los hombres que venían hacia nosotros.

—Nos superan en número por mucho. Si sabéis una forma de escapar, mostrádmela rápidamente.

Me adentré en el pasillo y giré inmediatamente a la izquierda.

Melchior y Enrique me seguían de cerca, sosteniendo a mi padre.

—He explorado este pasaje —me dijo Melchior mientras avanzábamos—, y sólo da vueltas en círculo por donde hemos venido.

—Por eso los soldados han dejado de perseguirnos —dijo Enrique de Navarra—. Saben que si esperan donde están caeremos en sus manos.

—Por aquí —dije con confianza. Abrí la puerta de un pequeño cuartillo, me aproximé a una ventana diminuta y aparté el revestimiento inferior.

—Esto solo parece un agujero en el suelo —dijo Enrique dudoso.

—No lo es —respondí con confianza, porque conocía cada recodo de ese laberinto. Conocía la estructura desde que era una niña. El diseño estaba grabado y regrabado en mi mente, y formaba ya parte de mí. Cada curva, cada giro, el camino y

las líneas, los pasajes serpenteantes entrecruzándose, estaban incrustados en mi alma.

Ayudamos a mi padre a entrar. A continuación, nos arrastramos entre el revestimiento de madera y la pared de aquella habitación, y así una habitación tras otra. Quité un trozo del revestimiento en la tercera habitación y, desde allí, los conduje a la entrada.

El fuego de mosquete sonaba cerca.

—Debemos cruzar a las habitaciones del otro lado —dije.

—¿Estáis seguro? —dijo el rey Enrique mirándome, y dirigiendo los ojos a Melchior acto seguido.

Melchior asintió.

—Seguiré a esta chica donde sea que nos lleve.

—¿Chica? —preguntó Enrique. Entonces se acercó para mirarme más de cerca—. Sois una chica. Pero ¿cómo habéis llegado aquí? ¿Y dónde está Paladín, el leopardo, Melchior? Nunca os he visto sin él a vuestro lado.

—Paladín ha muerto, mi señor —al decir esto a Melchior se le encogió la voz—, defendiendo mi vida.

—Siento escuchar eso, pero me alegra que el leopardo muriera así. Ésa es la nobleza de los animales —comentó el rey—. Si pudieran enseñar a los hombres a tener tales cualidades, no seríamos testigos de la matanza de esta noche.

Abrí la puerta y les pedí que se acercaran. Nos deslizamos a la habitación de enfrente. Permanecí allí un momento con los ojos cerrados hasta que las líneas de mi destino se desenredaron ante mí.

—Por aquí —señalé.

Melchior golpeó la madera y encontramos un hueco por el que nos introdujimos una vez más. Cavamos bajo las tablas del entarimado y seguimos nuestro camino secreto.

A cada paso de ese azaroso trayecto, nos acompañaban sonidos que ningún humano debería oír.

Algunas veces avanzábamos en la oscuridad, otras veces se filtraba algo de luz. En una ocasión, Melchior se detuvo y miró por un resquicio. Retrocedió y nos pidió que nos diéramos prisa.

Avanzamos rápidamente bajo los pasillos. Ignorando los gritos de terror y los estruendos de la batalla, nos arrastrábamos uno detrás de otro.

Yo guiaba al grupo y el rey me seguía, hasta que salimos a un pequeño salón a través de una tabla de entarimado suelta. Melchior fue a la puerta y miró hacia el pasillo.

—Hay soldado a menos de un metro —susurró—. Llevan el uniforme de la guardia personal de Catalina de Medici.

Enrique colocó las manos sobre su espada.

—¡Me habéis conducido a una trampa! —exclamó.

Negué con la cabeza.

—Lo que digo es cierto.

Crucé la habitación y toqué un tapiz.

—Detrás hay una puerta secreta.

Palpé con mis dedos la superficie del labrado de madera hasta que encontré lo que buscaba. Con un suave chasquido la puerta se abrió. Entramos, bajamos unas escaleras y entramos en una alcoba de techo bajo. Frente a nosotros había otra puerta. La abrí y encontré una cortina pesada, que aparté.

Nos encontrábamos en el estudio privado del rey de Francia.

Carlos estaba sentado en una silla, llorando junto a la ventana.

—¡Vuestra majestad! —anunció su presencia Enrique de Navarra.

El rey Carlos estaba tan afligido que no consideró algo extraño que su primo y varias personas más aparecieran detrás de una cortina en su habitación en mitad de la noche.

—¿Sois consciente de lo que está ocurriendo en vuestro palacio —le preguntó Enrique— y en vuestra ciudad?

—¡No era mi intención! —gritó Carlos, balanceándose hacia delante y hacia atrás—. Me intimidaron y me arengaron hasta que no pude pensar con sensatez. Han asesinado a Gaspard Coligny, al que yo quería como a un padre. No pretendía que nadie muriera.

—Entonces, señor —dijo Enrique de Navarra—, debéis dar la orden para que detengan esta matanza.

—No puedo —contestó el rey—. ¡Mirad ahí abajo y veréis que nada puede detenerse ahora!

Nos apiñamos en la ventana y miramos hacia abajo.

Nuestros ojos encontraron un horror inenarrable. Los hugonotes aterrorizados que huían, supervivientes de la primera ola de masacre, habían sido rodeados y agrupados en el patio principal.

Allí, los arqueros les disparaban mientras los guardas avanzaban hacia ellos, acuchillándolos y empalándolos con las lanzas. Montones de cuerpos muertos se apilaban en el suelo, mientras los soldados, en una locura incontrolada, desnudaban y mutilaban los cadáveres.

Enrique de Navarra retrocedió. Me incliné para apoyarme en el marco de la ventana. Melchior me rodeó con su brazo y me apartó de la ventana. Abracé a mi padre.

—¿Qué podemos hacer ahora? —dijo Enrique, dirigiéndose a Melchior—. ¿Quién es esta chica y por qué confiáis en ella lo suficiente para permitirle que nos guíe aquí, donde podíamos estar peor que antes?

Melchior le explicó a Enrique de Navarra el porqué de mi presencia y cómo habíamos llegado a esa situación.

—Me gustaría pedir os mi libertad, señor —dijo Melchior al finalizar la

conversación—, e instaros a abandonar el palacio esta noche.

—Os concedo la libertad —asintió Enrique—. Pero no sé cómo vos o yo podremos salir de París de forma segura.

Mientras hablaba, la puerta de la habitación se abrió y Catalina de Medici entró en los aposentos. Pese a que eran más de las tres de la madrugada, estaba completamente vestida con uno de sus convencionales vestidos negros. Tenía el cabello cuidadosamente arreglado con todas las joyas en su lugar. Era evidente que no acababa de levantarse de la cama, sino que llevaba despierta y vestida un rato; si no estaba planeando la masacre, seguramente era consciente de que ocurriría.

Aunque debería estar sorprendida de ver a Enrique de Navarra en una parte del palacio completamente distinta a aquélla en que lo esperaba, ni se inmutó.

—Es impropio de alguien estar con el rey sin el conocimiento de su chambelán —dijo ella. Retrocedió hacia la puerta por la que acababa de entrar, sin dudar en pedir ayuda.

Enrique adelantó la espada que todavía sostenía.

—Señora —dijo, haciendo un gesto al rey.

Catalina de Medici permaneció callada. Nos fue inspeccionando uno a uno sin prisa. Cuando me miró, noté en su rostro que me había reconocido.

Con un brusco movimiento, Enrique soltó su espada.

—Ahora estoy desarmado —le dijo a la reina regente—. No os deseo daño alguno a vos o a vuestro hijo. De hecho, vengo para advertiros de que los hombres de la casa de Guisa han iniciado una rebelión armada y están matando hugonotes indiscriminadamente.

Catalina de Medici miró al hombre al que consideraba todavía un advenedizo que le había ganado la partida en habilidades diplomáticas.

—Estoy de acuerdo —contestó después de una leve vacilación—. Debemos frenar a esos soldados —comentó a su hijo.

Después se giró rápidamente hacia mí y dijo:

—Sé por quien estás aquí. El capitán de mi guardia me trajo el pase que os había dado Nostradamus. ¿Dónde está el hombre conocido como Giorgio que me juró que me traería algo de interés que había obtenido del vidente antes de que muriera?

—Giorgio se quedó en la casa del vizconde Lebrand —le respondí meditando mi contestación—. Era en mí en quien el vidente confiaba. Tengo el documento con la profecía escrita de su puño y letra.

Catalina de Medici extendió la mano.

—Ahora dadme esa profecía del maestro Nostradamus y decidme lo que sabéis de su significado.

Muy lenta y cuidadosamente, saqué de mi túnica sólo el papel en que estaban escritas las dos cuartetas relacionadas con mi destino y los acontecimientos de esa

noche. Se lo di a Catalina de Medici, diciendo:

—Éste es el documento que Nostradamus escribió para mí y todo lo que sé es que pertenece al rey de Francia.

Catalina de Medici desplegó el pergamino y leyó la primera de las dos cuartetas.

*«Con fuego y ejecuciones despiadadas,
reina la traición de la dinastía real.
Con hazañas sigilosas, uno sobrevivirá.
A salvo de la espada, salvado sólo por la palabra».*

Se detuvo.

—¿No son estas cuatro primeras líneas las palabras que Nostradamus proclamó en Cherboucy cuando vino a advertirnos de que la vida del rey podría estar en peligro?

—Sí —dije—. Nostradamus previo esta noche de derramamiento de sangre en París.

—El texto se refiere claramente a las acciones de la casa de Guisa —dijo Catalina de Medici con firmeza—. Son de la casa real y nos han engañado a todos a traición esta noche.

Se giró hacia su hijo, el rey.

—Debemos parar esta matanza.

—Debemos parar esta matanza. Debemos parar esta matanza.

Angustiado y repitiendo las palabras de su madre una y otra vez, el rey Carlos se levantó, abrió la ventana y comenzó a ordenar a los arqueros que dejaran de lanzar flechas.

—¡Cerrad la ventana! —exclamó Catalina de Medici.

El rey Carlos retrocedió al escuchar la voz airada de su madre, y yo, que estaba junto a la ventana, obedecí su orden. Conforme cerraba la ventana, unas cuantas flechas golpearon en el cristal, ya que, en la oscuridad, el tirador vio lo que pensaba que era un hugonote intentando escapar.

Catalina de Medici gritó alarmada y se aproximó a su hijo. El rey Carlos dejó caer la cabeza sobre el cuello de su madre, sollozando. Ella lo acunó y lo tranquilizó como si se tratase de un niño pequeño. A continuación, lo llevó a una silla y lo sentó allí.

Catalina se levantó, me miró directamente y dijo:

—Vos sois Mélisande, la hija del juglar. La que escapó el día que su hermana cayó de la torre en Cherboucy.

—Sí, su majestad —contesté—, y con su permiso me gustaría presentarle este testamento.

Extraje la carta escrita por el magistrado de Carcassonne que afirmaba que había

encontrado el cadáver de Armand Vescault con pruebas que inculpaban al conde de Ferignay.

—Lo sé todo —dijo Catalina de Medici, y estiró la mano irritada mientras yo intentaba explicarlo—. Mis propios espías descubrieron la verdad de lo ocurrido. Se sabe que el conde de Ferignay es un mentiroso y un mujeriego. No creí ni una sola palabra de la historia que me contó.

Apenas podía comprender lo que la reina regente acababa de decir. ¿Había retenido a mi padre durante años sin celebrar un juicio justo sabiendo que era inocente?

Al observar mi expresión de incredulidad, la reina regente dijo:

—Era necesario. Mi hijo, el rey, sufría dolores de cabeza frecuentes. La música de vuestro padre le aliviaba, así que decidí que el juglar no debía abandonar la corte. Era la forma más sencilla de asegurarme de que se quedaría aquí. Si la verdad hubiera salido a la luz, habría ido a buscaros.

Qué poco le importa la felicidad de la gente corriente a aquéllos que gobiernan, pensé.

—Y lo hice por el bien de Francia —añadió enigmáticamente.

Con esta mujer, nada estaba completamente claro. Me llegó un recuerdo de Cherboucy. En el gran salón, mientras la reina escuchaba mis ruegos de justicia, había visto cómo sus ojos se paseaban por la habitación, contando el número de soldados que pertenecían a la casa de Guisa y a los que pertenecían a ellos.

Quizá no se atrevió a arrestar al conde de Ferignay, vinculada como estaba a la poderosa casa de Guisa, sin poner en peligro la estabilidad de la corona. Siempre se había dicho que era tan retorcida que ni siquiera se decía la verdad a sí misma.

—Y así lo habían dictado las señales místicas —continuó la reina regente—. Porque, al haber venido a salvar a vuestro padre y traerme esta carta, vos también salvaréis la vida de mi hijo, vuestro rey. Éste es el otro verso que Nostradamus escribió, en el que predice lo que acaba de ocurrir.

Catalina de Medici sostuvo el documento que le había entregado y leyó la segunda quarteta de la profecía:

«Éste es vuestro destino, Mélisande.

Sois la única que podéis,

de una forma que conocéis,

salvar al rey que debe ser salvado».

Enrique de Navarra contuvo la respiración. No tuve necesidad de mirarle fijamente para saber que entendía el significado completo de la quarteta. Evitando su mirada, dirigí mis ojos a la reina regente. Catalina de Medici asintió con la cabeza

varias veces.

—Incluso desde el más allá, el solemne maestro Nostradamus no me ha fallado. Mi argucia os ha traído a esta habitación. Por eso vos, Mélisande, os encontrabais en la ventana y habéis podido cerrarla cuando los arqueros lanzaban las flechas. Y así mi amado hijo, Carlos, rey de Francia, ha sido salvado de la muerte.

Miré a Melchior, que movió ligeramente la cabeza. Comprendí que me indicaba que no hiciera ningún comentario.

El semblante de la reina regente parecía satisfecho. Como el señor Thierry me había dicho una vez, Catalina de Medici pensaba que su hijo estaba destinado por decreto divino a gobernar Francia. Ése era el motivo por el que creía ciegamente que el destino había conspirado para salvar a Carlos de morir aquella noche.

Pero yo conocía mi verdadero destino y tenía que asegurarme de que el rey gozara de la máxima seguridad.

Me llené de valor y hablé.

—Vuestra majestad, quizás soy muy osada, pero el sabio adivino Nostradamus todavía intenta ayudaros.

—Sí —dijo inmediatamente Catalina de Medici—. ¿Qué más tenéis que decir, muchacha?

Miré más allá de la reina regente, a un espejo que colgaba en la pared. Y, fijando mi mirada en él, entoné:

*«Dos personas unidas en un lazo sagrado,
dos reinos...».*

Catalina de Medici entrecerró los ojos.

—Recuerdo esas palabras. El vidente Nostradamus las pronunció en Cherboucy. Yo las interpreté como una unión, entre mi hijo, el rey Carlos e Isabel de Inglaterra. Pero no fue así.

Señalé a Enrique de Navarra.

—Majestad, quizá interpretasteis las palabras del profeta correctamente.

Los ojos de la reina regente se abrieron de par en par.

—¡Es cierto! —exclamó—. Estaba oculto, pero se me ha otorgado el don de determinar el camino correcto a seguir.

—Dispusisteis la boda del príncipe Enrique y la princesa Margot —señalé.

—Y esa unión debe preservarse —asintió.

Acercó las manos a su pecho.

—Nostradamus me habla desde el más allá.

La reina regente se giró y miró de forma más benevolente a Enrique de Navarra, y entonces supe que había cumplido al fin mi destino.

—Mi hijo —dijo Catalina de Medici al rey Carlos—, redactaremos una orden real que declare que Enrique de Navarra debe vivir.

—Y Mélisande, su padre y Melchior podrán abandonar el castillo libremente —dijo Enrique de Navarra.

Tales eran las habilidades diplomáticas del rey Enrique, que Catalina de Medici fue a sentarse al escritorio real. Y redactó una orden que garantizaba que mi padre, Melchior y yo pudiéramos salir de París aquella misma noche sin recibir daño alguno.

CAPÍTULO 72

Los asesinatos no cesaron al llegar el alba.

Porque, aunque el rey ordenó a todos los hombres que abandonaran las armas, ignoraron su petición. La multitud controlaba la asolada ciudad de París e, inevitablemente, la gente comenzó a atacarse entre sí.

Al correrse la voz en las provincias, la violencia comenzó a expandirse por toda Francia. En numerosas ciudades, los criminales vagaban por las calles saqueando las casas y asesinando a los habitantes. En el campo, los oprimidos campesinos formaron bandas que causaban estragos donde quiera que fueran. Las casas se incendiaban con las puertas atrancadas y sus ocupantes dentro. Los ahorcamientos tenían lugar sin juicios ni piedad. Ni los protestantes ni los católicos estaban a salvo. Entre escenas de una carnicería salvaje, se saldaron viejas deudas pendientes, y la gente enloquecía sedienta de sangre mientras llevaban a cabo venganzas personales.

Mi padre estaba muy débil y no se encontraba en condiciones para viajar muy lejos. Una vez que salimos de la ciudad, Melchior nos condujo a una cabaña de leñadores abandonada en uno de los bosques donde había cazado con el rey Carlos. Quemamos las ramas que habían caído al suelo para calentarnos y Melchior capturó animales para alimentarnos. Por la noche, al sentarnos alrededor del fuego, lloró la pérdida de su compañero en la caza, Paladín, el noble leopardo que había muerto para salvar la vida de su amo. Papá y yo le acompañamos en sus lamentos, y recordamos muchas historias de la bondad de Chantelle, aprovechando el tiempo para rendir homenaje a mi hermana. Yo les hablé de lo que Nostradamus había distinguido en sus visiones y de su última profecía, y les conté lo que me había pedido que hiciera.

Pasamos el otoño y el invierno allí, a salvo, mientras el terror se apoderaba de Francia. En una orgía de odio, miles y miles de personas, hombres, mujeres y niños inocentes, murieron, y las palabras de Nostradamus se hicieron realidad. Los ríos fluyeron rojos por la sangre.

La familia real estuvo prisionera en el Louvre y, en una ironía horrible, el duque de Guisa, viendo que podían haber perdido el control de todo el país, utilizó a sus propios soldados para intentar restaurar el orden en nombre del rey.

Llegaron noticias de salvajes historias de congratulaciones y rechazo del resto de cortes de Europa. Se dijo que, al saber del asesinato de muchos líderes protestantes, el rey de España había tirado su sombrero al aire de alegría, pero la reina de Inglaterra

se había puesto un velo negro de inmediato.

Catalina de Medici negó que hubiera una conspiración católica para exterminar a todos los protestantes. Declaró que se había descubierto una trama de los hugonotes para matar al rey y que eso precipitó la acción, asumida por el duque de Guisa al asesinar a Gaspard Coligny. Por ello culpó a la familia de Guisa, mientras ellos insistían en que la orden había procedido del rey.

El año acabó, y el nuevo año había comenzado sin que se instaurara una paz gradual en todos los lugares del país. Los nobles discutían sobre la responsabilidad del conflicto, lo que hizo que la gente llevara la carga de la recriminación y el rencor.

Incomunicados como estábamos, lejos de todo alojamiento, no supimos nada de esto hasta que llegamos a la isla de Bressay.

Habíamos esperado hasta la primavera posterior a la masacre para abandonar nuestro refugio en el bosque. Viajamos cautelosamente y en tramos sencillos, así que hasta mayo de ese nuevo año no volvimos a ver nuestra tierra. Los arrendatarios nos contaron que los soldados del conde de Ferignay se habían marchado, que habían desaparecido, mientras nos relataban también la muerte de su señor en los hechos acaecidos en París.

La salud de mi padre no era demasiado buena pero, con la llegada del verano y de forma majestuosa, su cuerpo y su mente se recuperaron lo suficiente como para poder salir a pasear juntos.

Una noche de finales de junio, fui con él y con Melchior a la colina de las piedras alzadas desde la que se divisaba la isla de Bressay. Había enrollado la última profecía de Nostradamus en un paquete de cuero lubricado y lo había traído conmigo en ese día del solsticio de verano.

—Hay algo que debo hacer —dije a Melchior y, separándonos de mi padre, entramos juntos en el círculo de las piedras alzadas.

Pensé en la profecía que contenía el paquete. Recordé lo que Nostradamus había dicho al dármele: «Os encargo la misión de buscar un lugar seguro para mi última profecía hasta que llegue la hora de ser revelada. Nosotros solo podemos esperar que aquéllos que vengan detrás de nosotros estén alerta y escuchen la advertencia que está escrita».

—Este círculo lleva aquí miles de años —dijo Melchior.

—Y sobrevivirá mil más —dije—. Hay un lugar aquí donde podemos esconder la última profecía.

—Es una buena elección —dijo Melchior—, ya que los hombres no moverán estas piedras.

—Sí —dije—, aunque bestias de metal aren los campos y peces de metal naden en el cielo, la humanidad siempre respetará las piedras alzadas.

Melchior me tocó la frente.

—Algunas veces —dijo—, no sé si lo que citáis son las palabras del profeta o vuestras propias profecías.

—Ni yo misma lo sé —respondí.

El sol descendía por el oeste, sobre el horizonte. Sus rayos se extendían sobre el Nuevo Mundo, al otro lado del planeta, y se perdían entre los poderosos océanos de oscuridad de los cielos. Porque la aterradora verdad, escondida durante siglos, era el hecho de que nunca fuimos y nunca podríamos ser el centro del universo. Somos unos entre muchos, pero hay algunas cosas tan enormes en su obra que nuestras débiles mentes no pueden abarcarlas. Cuando su final estuvo próximo, Nostradamus se vio abrumado por sus visiones.

Escribió lo que sabía para advertir a aquéllos que vinieran tras nosotros. Esconderé su quarteta del destino con la esperanza de que la gente del futuro la descubra y evite la catástrofe apocalíptica que predijo el vidente de Salon.

«La Sexta Extinción

Tras las cinco extinciones anteriores

La tierra, el mar y el aire arderán sin fin.

Las aguas fluyen, pero no hay nada para beber.

Las criaturas y los cultivos perecen.

La tierra gime con la carga de la humanidad

Y todos los seres vivos piden socorro».

Un rayo de luz de sol brilló sobre el monumento central.

Como si caminara en trance, anduve hasta allí, y toqué la piedra angular.

La gran losa se giró. Coloqué la última profecía de Nostradamus dentro de la cámara secreta.

Y allí está, esperando.

Cuento ahora mi historia para aquéllos que vengan después de mí, con el fin de que puedan encontrar la última profecía y hagan caso a la advertencia.

A mí sólo se me encomendó una misión. Del resto depende que se eviten los desastres por venir.

Descendí la colina con Melchior a mi lado. Sobre nuestras cabezas, las estrellas brillaban en el firmamento. Y, mientras caminábamos, por primera vez desde que Giorgio destruyó mi mandolina, la música, clara como la luz de las estrellas, se apoderó de mí. Pensé en la balada que compondría para contar nuestra historia, la de Melchior y la mía propia. En cómo nos conocimos y tuvimos que alejarnos el uno del otro, y cómo volvimos a estar juntos, y la forma en la que el leopardo, Paladín, nos

salvó la vida.

Llamaría a esa balada *La canción de Mélisande y Melchior*.

Regresamos a la tranquilidad del hogar y a nuestras habitaciones. Encendí la lámpara, tomé la nueva mandolina que mi padre me había regalado y le dije a Melchior:

—Esta noche volveré a componer.

Melchior tomó la mandolina de mis manos. Se inclinó, apagó la lámpara y me susurró:

—Primero hagamos el amor.

Y, al entregarme a él aquella noche, supe que realmente había vuelto.

EPÍLOGO

A pesar de estar bajo estricta supervisión durante varios años, Enrique de Navarra consiguió escapar.

Con el tiempo, llegó al trono de Francia y se convirtió en uno de los mejores reyes que tuvo el país.

NOTA DE LA AUTORA

Aunque está basado en hechos históricos reales, este libro es una novela de ficción.

Para relatar la historia de Mélisande y Melchior he añadido personajes, hechos y profecías, en particular las que se refieren a la masacre de San Bartolomé y a la Sexta Extinción, a aquéllos que se sabe a ciencia cierta que existieron en aquella época.

La masacre de la víspera de San Bartolomé ocurrió en París en 1572.

Se puede visitar la casa del famoso vidente Michel de Nostradame, conocido como Nostradamus, en Salon de Provence.

Las profecías de Nostradamus se pueden interpretar con seriedad o con escepticismo. Depende, de cada persona creerlas o no.

Se han producido cinco «extinciones» previas en la historia del mundo en las que tuvieron lugar hechos catastróficos que exterminaron a un gran número de especies. No hace falta ningún don para prever que nuestra actual falta de cuidado por los recursos de la Tierra nos conducirá al desastre. La raza humana puede ser una de las especies aniquiladas en esa «Sexta Extinción».

La advertencia está ahí, escondida entre las piedras alzadas, tal y como está escrito en la profecía de Nostradamus.

AGRADECIMIENTOS A...

Margot Aked
Lauren Buckland
Laura Cecil
David Clayton
Sue Cook
Marzena Currie
Annie Eaton
Julie Gormley
Diane Hendry
Sophie Nelson
Chris Newton
Hugh Rae
Hamish White
Personal del museo de Salon de Provence
Personal de Random House y Editorial Almuzara
y a los sospechosos habituales...